

se

# Los trazos de la canción

Bruce Chatwin



Lectulandia

Para un aborigen australiano, su país es como una inmensa partitura musical: allí donde pisa puede cantar canciones inmemoriales que hacen surgir el paisaje, otorgan derechos territoriales, posibilitan el trueque simbólico y permiten expresar el alma del cantante. Los cantos, mitos y ceremonias de los arandas impresionan a Bruce Chatwin como un «laberinto de incontables corredores y pasajes, misteriosamente interconectados mediante un sistema que desconcierta por su complejidad».

Fascinado por estas prácticas, antiguas y poéticas, el escritor inglés descubrió durante su experiencia en Australia no sólo la naturaleza de los aborígenes, sino de los nómadas en general, y en este libro apunta conclusiones sobre la curiosidad que permanece insatisfecha en el hombre moderno.

Especie de manifiesto místico-exorcista en medio de un itinerario encantado, «Los trazos de la canción» es al mismo tiempo un libro de viajes, una novela y una colección de aforismos: un texto singular, tan mágico como el asunto del que se ocupa.

**Lectulandia**

Bruce Chatwin

# **Los trazos de la canción**

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2017

Título original: *The Songlines*  
Bruce Chatwin, 1987  
Traducción: Eduardo Goligorsky  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Elizabeth*

## Uno

En Alice Springs —una cuadrícula de calles abrasadoras donde los hombres de largos calcetines blancos no paraban de montar en los Land Cruisers y desmontar de ellos— conocí a un ruso que estaba realizando una exploración cartográfica de los lugares sagrados de los aborígenes.

Se llamaba Arkadi Volchok. Era ciudadano australiano. Tenía treinta y tres años.

Su padre, Ivan Volchok, era un cosaco de una aldea próxima a Rostov del Don, quien, en 1942, había sido arrestado y embarcado, junto con otros *Ostarbeiter*, en un tren que los llevaría a trabajar en una fábrica de Alemania. Una noche, en algún lugar de Ucrania, saltó del vagón jaula y cayó en una plantación de girasoles. Los soldados de uniforme gris, lo buscaron de un extremo a otro de las hileras de girasoles, pero consiguió eludirlos. En algún otro lugar, mientras estaba perdido entre ejércitos sanguinarios, conoció a una muchacha de Kiev y se casó con ella. Juntos fueron a la deriva hasta un desmemoriado suburbio de Adelaida, donde montó un alambique para destilar vodka y engendró tres hijos robustos.

El menor de ellos era Arkadi.

En el temperamento de Arkadi no había nada que lo predispusiera a vivir en el ambiente circunspecto de los suburbios anglosajones ni a buscar un empleo convencional. Tenía facciones chatas y una sonrisa afable, y se desplazaba por los espacios luminosos de Australia con la desenvoltura de sus antepasados trashumantes.

Su cabello era espeso y rígido, de color pajizo. El calor le había agrietado los labios. Éstos no eran retraídos como los de muchos australianos blancos de la llanura interior y tampoco se tragaba las palabras. Hacía rodar las «erres» con una pronunciación muy rusa. Sólo cuando uno lo veía desde cerca notaba que sus huesos eran muy grandes.

Se había casado, según me contó, y tenía una hija de seis años. Pero como prefería la soledad al caos doméstico, ya no vivía con su esposa. Poseía pocos bienes personales, si se exceptuaban un clavicordio y un anaquel con libros.

Era un caminante incansable y prefería andar por los montes. No se lo pensaba dos veces antes de emprender una marcha de ciento sesenta kilómetros a lo largo de la Cordillera, con una cantimplora y unos pocos víveres. Al fin retornaba a casa, de vuelta del calor y la luz, recorría las cortinas e interpretaba la música de Buxtehude y Bach en el clavicordio. Sus escalas ordenadas, decía, armonizaban con los contornos del paisaje de Australia Central.

Ninguno de los progenitores de Arkadi jamás había leído un libro en inglés. Él les dio la inmensa alegría de graduarse con calificaciones sobresalientes en historia y filosofía, en la Universidad de Adelaida. Y los dejó muy apenados cuando marchó a

trabajar como maestro de escuela en un caserío aborígen del territorio walbiri, al norte de Alice Springs.

Le gustaban los aborígenes. Le gustaban su coraje y su tenacidad y la astucia que desplegaban en sus tratos con los blancos. Había aprendido, cabalmente o a medias, algunos de sus idiomas, y había quedado asombrado por su vigor intelectual, por las proezas de su memoria y por su capacidad y voluntad para sobrevivir. No eran, insistía, representantes de una raza moribunda, aunque de vez en cuando necesitaban ayuda para sacarse de encima al gobierno y las compañías mineras.

Fue durante su etapa como maestro de escuela cuando Arkadi descubrió la existencia del laberinto de senderos invisibles que discurren por toda Australia y que los europeos llaman «Huellas de Ensueño» o «Trazos de la Canción»; en tanto que los aborígenes los denominan «Pisadas de los Antepasados» o «Camino de la Ley».

Los mitos aborígenes de la Creación hablan de los seres totémicos legendarios que deambularon por el continente en el Tiempo del Ensueño, cantando el nombre de todo lo que se les cruzaba por delante —pájaros, animales, plantas, rocas, charcas— y dando vida al mundo con su canción.

La belleza de este concepto lo sedujo tanto que empezó a anotar todo lo que veía u oía, no para publicarlo sino para satisfacer su propia curiosidad. Al principio, los patriarcas walbiris desconfiaron de él, y contestaron sus preguntas con evasivas. Más adelante, cuando hubo ganado su confianza, lo invitaron a presenciar sus ceremonias más secretas y lo alentaron a aprender sus canciones.

Cierto año, un antropólogo de Canberra fue a estudiar los sistemas de tenencia de tierra de los walbiris. Era un académico envidioso que le guardaba rencor a Arkadi por su amistad con los hombres del canto, que le sonsacó información y se apresuró a traicionar un secreto que había prometido guardar. Disgustado por el consiguiente escándalo, el «ruso» dejó su empleo y partió al extranjero.

Visitó los templos budistas de Java, estuvo en compañía de santones en los muelles de Benarés, fumó hachís en Kabul y trabajó en un *kibutz*. En la Acrópolis de Atenas se encontró con una fina capa de nieve en polvo y con una única turista: una joven griega de Sidney.

Viajaron por Italia y durmieron juntos, y en París acordaron casarse.

Arkadi, que se había criado en un país donde no había «nada», siempre había anhelado ver los monumentos de la civilización occidental. Estaba enamorado. Era primavera. Europa debería haber estado maravillosa. Para su mayor desencanto, lo dejó con una sensación de apatía.

En Australia había tenido que defender a menudo a los aborígenes de personas que los menospreciaban por considerarlos salvajes borrachos e incompetentes; sin embargo había momentos en que, en medio de la sordidez cagada por las moscas de un campamento walbiri, había sospechado que tal vez aquella gente tenía razón, y que su vocación por ayudar a los negros era una manifestación de autocomplacencia caprichosa o una pérdida de tiempo.



Ahora, en una Europa insensatamente materialista, sus «viejos» le parecían más sabios y lúcidos que nunca. Fue a una oficina de Qantas y compró dos billetes de regreso. Seis semanas más tarde se casó en Sidney, y llevó a su esposa a vivir a Alice Springs.

Ella le había dicho que anhelaba vivir en la región central. Cuando llegaron allí dijo que estaba encantada. Después de pasar un solo verano en una casa con techo de hojalata que se recalentaba como un horno, empezaron a distanciarse.

La Ley de Derechos Territoriales convertía a los «propietarios» aborígenes en titulares de sus tierras, siempre que estuvieran desocupadas, y la función que Arkadi inventó para sí fue la de interpretar la «ley tribal» adaptándola al lenguaje de la Ley de la Corona.

Nadie sabía mejor que él que los tiempos «idílicos» de la caza y la recolección habían terminado... si, en verdad, alguna vez habían sido tan idílicos. Lo que se podía hacer por los aborígenes era preservar su libertad más esencial: la libertad de seguir siendo pobres o, para expresarlo con mayor delicadeza, el espacio en el cual podrían ser pobres si deseaban serlo.

Ahora que Arkadi vivía solo, le gustaba pasar la mayor parte de su tiempo «en la sabana». Cuando estaba en la ciudad, trabajaba en el taller abandonado de un periódico, donde las bobinas de papel viejo aún atascaban las prensas, y sus secuencias de fotos aéreas se habían desplegado, como un juego de dominó, sobre las desconchadas paredes blancas.

Una serie mostraba una franja de territorio de casi quinientos kilómetros que enfilaba aproximadamente hacia el norte. Ésta era la ruta sugerida para un nuevo ferrocarril que uniría Alice con Darwin.

La línea, me explicó, representaría el último tendido de vías férreas de gran extensión que se instalaría en Australia, y el ingeniero jefe, un experto en ferrocarriles de la vieja escuela, había anunciado que también debería ser el mejor.

El ingeniero se hallaba próximo a la edad de jubilación y se preocupaba por su reputación postuma. Estaba especialmente ansioso por evitar un escándalo como los que estallaban cada vez que una compañía minera metía su maquinaria en territorio aborigen. Por ello se había comprometido a no destruir ni uno de sus lugares sagrados y había pedido a sus representantes que le suministraran un estudio topográfico.

La tarea de Arkadi consistía en identificar a los «propietarios tradicionales»; trasladarlos a sus antiguos cotos de caza, aunque éstos pertenecieran ahora a una compañía ganadera, e inducirlos a revelar qué roca o estanque o eucalipto eran obra de un héroe del Tiempo del Ensueño.

Ya había confeccionado el mapa del tramo de doscientos cincuenta kilómetros comprendido entre Alice y Middle Bore Station. Le faltaba otro tanto.

—Le advertí al ingeniero que su comportamiento era un poco temerario —dijo—, pero él lo quería así.

—¿Por qué temerario?



—Bueno, si lo mira desde el punto de vista de ellos —comentó sonriendo— toda la maldita Australia es un lugar sagrado.

—Explícate —respondí.

Estaba a punto de explicarse cuando entró una joven aborigen con una pila de papeles. Era una secretaria, una ondulante muchacha de tez morena que usaba un vestido marrón de punto. Sonrió y exclamó:

—¡Hola, Ark! —Pero su sonrisa se desvaneció cuando vio a un extraño.

Arkadi bajó la voz. Me había advertido anteriormente que los aborígenes odian oír cómo los blancos discuten sus «negocios».

—Éste es un *Pom*, un inglés —informó a la secretaria—, un *Pom* llamado Bruce.

La chica soltó una risita desconfiada, dejó caer los papeles sobre la mesa y salió disparada hacia la puerta.

—Vamos a tomar un café —dijo Arkadi.

De modo que fuimos a una cafetería de Todd Street.

## Dos

En mi infancia nunca oí la palabra *Australia* sin evocar los vahos del inhalador del eucalipto y un país interminablemente rojo poblado por ovejas.

A mi padre le encantaba contar, y a nosotros oír, la historia del millonario australiano propietario de un criadero de ovejas que entró en una sala de exposición de la firma Rolls-Royce, en Londres, miró con desprecio todos los modelos menores, eligió una inmensa limusina con un panel de vidrio que separaba al chófer de los pasajeros y añadió con tono petulante, mientras contaba el dinero: «Esto impedirá que las ovejas resoplen sobre mi nuca».

También sabía, gracias a mi tía abuela Ruth, que Australia era el país de la gente que vivía cabeza abajo. Un agujero perforado rectamente a través de la tierra desde Inglaterra les reventaría bajo los pies.

—¿Por qué no se caen al espacio? —le pregunté.

—La fuerza de gravedad —susurró.

En su biblioteca tenía un libro sobre el continente, y yo ojeaba pasmado las fotos del koala y el martín cazador, del ornitorrinco y el lobo de Tasmania, del viejo canguro y el perro «dingo» amarillo, y del puente de la bahía de Sidney.

Pero mi foto preferida mostraba a una familia aborígen en marcha. Eran individuos esbeltos y angulosos, y andaban desnudos. Su piel era muy negra, no con el negro brillante de los africanos sino con un negro opaco, como si el sol hubiera absorbido toda posibilidad de reflejo. El hombre lucía una larga barba bífida y empuñaba una o dos lanzas y un dispositivo para arrojarlas. La mujer cargaba una bolsa con chucherías y un bebé adosado al pecho. Un crío caminaba junto a ellos... y yo me identificaba con él.

Recuerdo la fantástica carencia de hogar de mis primeros cinco años. Mi padre estaba en la Armada, en el mar. Mi madre y yo íbamos y veníamos, en los ferrocarriles de aquella Inglaterra en guerra, para visitar a familiares y amigos.

Toda la frenética agitación de la época se me contagió: el silbido del vapor en una estación envuelta en niebla; el doble chasquido metálico de las puertas que se cerraban; el estruendo de los aviones, los reflectores, las sirenas; la melodía de una armónica a lo largo de un andén poblado de soldados dormidos.

El hogar, si lo había, era una sólida maleta negra llamada el Rev Robe, en la cual había un rincón para mis ropas y mi máscara antigás con las facciones del ratón Mickey. Sabía que, cuando empezaran a caer las bombas, podría acurrucarme dentro del Rev Robe y ponerme a salvo.

A veces pasaba meses en compañía de mis dos tías abuelas, en su casa con galería abierta situada detrás de la iglesia de Stratford-on-Avon. Eran viejas solteronas.

La tía Katie era pintora y había viajado. En París había asistido a una fiesta muy

licenciosa en el estudio de Kees van Dongen. En Capri había visto el bombín de un tal Ulianov que acostumbraba a pasearse a lo largo de la Piccola Marina.

La tía Ruth había viajado una sola vez en su vida, a Flandes, para depositar una corona de flores en la tumba de un ser querido. Poseía un temperamento sencillo, confiado. Sus mejillas tenían un color rosa pálido y podía ruborizarse tan dulce e inocentemente como una jovencita. Era muy sorda, y yo tenía que gritar dentro de su audífono, que parecía una radio portátil. Junto a su cama conservaba la fotografía de su sobrino favorito, mi padre, que miraba serenamente desde abajo de la visera de charol de su gorra de oficial de la Marina.

Los hombres de la rama paterna de mi familia eran ciudadanos fiables y sedentarios —abogados, arquitectos, anticuarios— o vagabundos que corrían en pos de nuevos horizontes y que habían dispersado sus huesos por todos los rincones de la tierra: el primo Charlie en la Patagonia; el tío Victor en un yacimiento aurífero de Yukon; el tío Robert en un puerto oriental; el tío Desmond, el de la larga melena rubia, que se había desvanecido en París sin dejar rastros; el tío Walter, que había muerto, recitando los suras del glorioso Corán, en un hospital de El Cairo para santones.

A veces, oía por casualidad cómo mis tías discutían aquellas vidas malogradas, y tía Ruth me abrazaba, como si quisiera disuadirme de seguir sus pasos. Sin embargo, a juzgar por la forma en que paladeaba palabras tales como *Xanadú*, o *Samarcanda*, o frases como «el mar oscuro como vino», sospecho que ella también experimentaba la inquietud del «peregrino de corazón».

La casa estaba atestada de muebles engorrosos heredados de la época de los techos altos y la servidumbre numerosa. En el salón había cortinas con estampados de William Morris, un piano, un gabinete de porcelanas y un cuadro de pescadores de almejas pintado por A. E. Russell, un amigo de tía Katie.

Mi bien máspreciado, en aquella época, era una concha llamada Mona, que mi padre había traído de las Indias Occidentales. Yo pegaba mi cara contra la lustrosa vulva rosada y escuchaba el ruido de las olas.

Un día, después de que tía Katie me hubo mostrado una reproducción del *Nacimiento de Venus*, de Botticelli, rogué y rogué que una bella joven rubia surgiera súbitamente del interior de Mona.

Mi tía Ruth no me regañó nunca, excepto una vez, en una tarde de mayo de 1944, cuando oriné en el agua de la bañera. Yo debí de ser uno de los últimos niños del mundo a los que amenazaron con el espectro de Bonaparte.

—Si vuelves a hacerlo —vociferó— Boney te llevará consigo.

Sabía cómo era Boney porque había visto su estatuilla de porcelana en el gabinete: botas negras, pantalones de montar blancos, botones dorados y un bicornio negro. Pero la imagen que tía Ruth dibujó para asustarme —versión de la que el amigo de su padre, Lawrence Alma Tadema, había dibujado para asustarla a ella cuando era niña— sólo mostraba el bicornio peludo montado sobre un par de piernas

flacas.

Aquella noche, y durante las semanas siguientes, soñé que me encontraba con Boney en el camino pavimentado de la vicaría. Sus dos mitades se abrían como un bivalvo. Dentro, había hileras de colmillos negros y una masa de pelo negro azulado y duro, dentro de la cual me caía, y me despertaba gritando.

Los viernes, tía Ruth y yo caminábamos hasta la iglesia parroquial y la preparábamos para el oficio religioso del domingo. Ella lustraba los bronce, barría el sitial del coro, reponía el frontal y colocaba flores frescas en el altar, mientras yo trepaba al púlpito o entablaba conversaciones imaginarias con *Mr. Shakespeare*.

*Mr. Shakespeare* miraba desde su monumento funerario situado en el sector norte del presbiterio. Era un hombre calvo, con bigotes de guías enhiestas. Su mano izquierda descansaba sobre un rollo de papel, y la derecha empuñaba una pluma.

Yo me erigí en guardián y guía de su tumba, y cobraba tres peniques por recorrido a los soldados norteamericanos. Los primeros versos que aprendí de memoria fueron los cuatro grabados sobre su lápida:

Buen amigo, en nombre de Jesús, no permitas  
que exhumen el polvo aquí encerrado,  
bendito sea el hombre que respete estas piedras  
y maldito el que remueva mis huesos.

Mucho tiempo después, en Hungría, adonde había ido a estudiar la arqueología de los nómadas, tuve la suerte de presenciar la apertura de la tumba de una «princesa» de los hunos. La joven yacía boca arriba, sobre un lecho de tierra negra, con los frágiles huesos cubiertos por una lluvia de placas de oro, en tanto que sobre su pecho descansaba, con las alas desplegadas, el esqueleto de un águila dorada.

Uno de los excavadores llamó a unas campesinas que recogían el heno en un campo próximo. Las mujeres dejaron caer sus rastrillos y se apiñaron alrededor de la tumba abierta, persignándose torpemente, como si quisieran decir: «Dejadla en paz. Dejadla con su amante. Dejadla a solas con Zeus».

«Maldito sea...», me pareció oírle clamar a *Mr. Shakespeare*, y por primera vez empecé a preguntarme si la arqueología misma no estaría condenada.

Siempre que teníamos buen tiempo en Stratford, por la tarde, tía Ruth y yo —y su cocker-spaniel Amber, que tiraba de la trailla— salíamos a recorrer lo que según decía ella había sido el trayecto favorito de *Mr. Shakespeare*. Partíamos de College Street, pasábamos frente al silo de granos y al burbujeante canal del molino, atravesábamos el Avon por el puente para peatones y seguíamos por el sendero que llevaba hasta Weir Brake.

Éste era un bosque de avellanos situado en un declive que se precipitaba al río. En primavera, allí florecían primulas y campánulas. En verano era un matorral de

ortigas, zarzas y lisimaquias purpúreas, al pie del cual discurría el agua lodosa.

Mi tía me aseguraba que aquél era el lugar adonde *Mr. Shakespeare* iba a «refocilarse» con una joven. Era la mismísima orilla donde exhalaba su aroma el tomillo silvestre. Pero nunca me explicó lo que era «refocilarse», y por mucho que rebuscara no encontraba tomillo ni vellorita, aunque sí encontraba unas pocas violetas alicaídas.

Mucho más tarde, cuando leí las obras de *Mr. Shakespeare* y supe lo que era refocilarse, se me ocurrió pensar que Weir Brake era un lugar demasiado fangoso y espinoso para que Titania y Bottom se tendieran en él, aunque sí era perfecto para que Ofelia se zambullera.

A tía Ruth le encantaba leer a Shakespeare en voz alta, y en los días en que la hierba estaba seca, yo balanceaba las piernas sobre la margen del río y la oía recitar: «Si la música fuera el alimento del amor...», «La virtud de la misericordia no se excede...», o «A cinco brazas yace tu padre».

«A cinco brazas...» me alteraba espantosamente porque mi padre aún estaba en alta mar. Tenía otro sueño que se repetía: su barco se había hundido; a mí me crecían agallas y una cola de pez y nadaba bajo el agua para reunirme con él en el lecho del océano, y veía las perlas que habían sido sus brillantes ojos azules.

Uno o dos años después, para reemplazar a *Mr. Shakespeare*, mi tía empezó a traer consigo una antología de poemas especialmente escogidos para viajeros que se titulaba *The Open Road*. Estaba encuadernada en bucarán verde y lucía una bandada de golondrinas doradas sobre la cubierta.

Me gustaba contemplar las golondrinas. Cuando llegaban en primavera, sabía que mis pulmones no tardarían en despejarse de flema verde. En otoño, cuando se posaban a parlotear sobre los hilos de telégrafo, casi podía contar los días que me separaban del inhalador de eucalipto.

Dentro de *The Open Road* había guardas en blanco y negro, en el estilo de Aubrey Beardsley, que mostraban un sendero refulgente que serpenteaba entre bosques de pinos. Uno por uno, leímos todos los poemas del libro.

Nos entusiasmos y fuimos a Innisfree. Vimos las cuevas, que son inconmensurables para el hombre. Deambulamos solitarios como nubes. Saboreamos todo el orgullo del verano, lloramos por Lícidas, derramamos lágrimas irguiéndonos entre el maíz ajeno, y escuchamos la cadencia estridente y seductora de Walt Whitman:

Oh carretera pública...

Me expresas mejor de lo que puedo expresarme yo mismo  
serás para mí más que mi poema.

Un día, tía Ruth me informó de que antaño nuestro apellido había sido

Chettewynde, que, en anglosajón, significa «el sendero sinuoso», y arraigó en mi cerebro la sugestión de que la poesía, mi propio nombre y el camino estaban, los tres, misteriosamente conectados.

En cuanto a las historias para la hora de acostarse, la de mi familia era la de la cría de coyote que figura en *Lives of the Hunted*, de Ernest Thompson Seton.

Coyotita era la menor de una camada a cuya madre había matado a tiros el vaquero Wolver Jake. A sus hermanos y hermanas los habían aporreado en la cabeza y a ella le habían perdonado la vida para que sirviera de entretenimiento al bullterrier y los galgos de Jake. La ilustración donde aparecía encadenada mostraba la figurita canina más lastimosa que jamás había visto. Sin embargo, Coyotita desarrolló su astucia, y una mañana, tras fingirse muerta, huyó a la espesura: para inculcar allí a una nueva generación de coyotes el arte de eludir a los hombres.

Ahora no puedo reconstruir la asociación de pensamientos que me llevó a acoplar la carrera de Coyotita en pos de la libertad con el andariego de los aborígenes australianos. Tampoco recuerdo dónde oí por primera vez la expresión *andariego*. Sin embargo, de alguna manera capté la imagen de aquellos negros «mansos» que un día estaban trabajando alegremente en una hacienda ganadera, y al siguiente, sin aviso previo ni razón justificada, recogían sus bártulos y se perdían en la inmensidad.

Se quitaban la ropa de trabajo y partían: caminaban durante semanas y meses y aun años a través de medio continente, aunque sólo fuese para encontrarse con un hombre, y después volvían sobre sus pasos como si nada hubiera pasado.

Procuré imaginar la cara que pondría su capataz al enterarse de su marcha.

Probablemente se trataría de un escocés: un hombrón de tez manchada, con la boca llena de obscenidades. Lo imaginaba desayunándose con un bistec y huevos (en los tiempos del racionamiento sabíamos que todos los australianos comían carne en el desayuno). Después saldría al encuentro del sol deslumbrador —todo el sol australiano era deslumbrador— y llamaría a gritos a sus «muchachos». Nada.

Volvería a gritar. Ni un ruido, excepto la risa burlona del martín cazador. Otearía el horizonte. Nada más que los eucaliptos. Exploraría los corrales del ganado. Tampoco nada allí. Entonces, frente a las chozas, encontraría sus camisas y sombreros y botas asomando de los pantalones...

## Tres

Arkadi pidió un par de *cappuccinos* en la cafetería. Los llevamos a una mesa contigua a la ventana y empezamos a conversar.

Me fascinó la velocidad de su mente, aunque a veces me parecía que hablaba como un hombre encaramado en una tribuna pública, y que mucho de lo que decía había sido dicho antes.

Los aborígenes tenían una filosofía apegada a la tierra. Ésta daba vida al hombre: le daba su alimento, su lenguaje y su inteligencia; y volvía a recibirlo cuando moría. El «terruño propio» del hombre, aunque sólo fuera un erial poblado de hierbajos espinosos, era en sí mismo un icono sagrado que debía mantenerse incólume.

—¿Incólume, quieres decir, respecto a la acción de carreteras o minas o vías férreas?

—Herir la tierra —respondió solemnemente— es herirte a ti mismo, y si otros hieren la tierra, te hieren a ti. La tierra debe permanecer intacta: tal como era en el Tiempo del Ensueño cuando los antepasados dieron vida al mundo con su canción.

—Rilke —comenté— tuvo una intuición parecida. Él también dijo que la canción era la existencia.

—Lo sé —asintió Arkadi, mientras apoyaba el mentón sobre las manos—, *Tercer soneto a Orfeo*.

Los aborígenes, prosiguió, eran seres que apenas pisaban la tierra, y cuanto menos les quitaban, menos tenían que devolverles. Nunca habían entendido por qué los misioneros prohibían sus inocentes sacrificios. No inmolaban víctimas, ni animales ni humanas. En cambio, cuando deseaban agradecer a la tierra sus dones, sencillamente hacían un corte en una vena de sus antebrazos y dejaban que su propia sangre salpicara el suelo.

—No es un precio oneroso —manifestó—. Las guerras del siglo xx son el precio pagado por la rapiña excesiva.

—Lo sé —asentí dubitativamente—, pero ¿podríamos volver a los Trazos de la Canción?

—Podríamos.

Yo había viajado a Australia con el propósito de intentar aprender por mí mismo, y no a través de libros ajenos, lo que era un Trazo de la Canción... y cuáles eran sus efectos. Obviamente, no iba a llegar al fondo de la cuestión, ni tampoco pretendería tanto. Le había preguntado a una amiga de Adelaida si conocía un experto. Ella me dio el número de teléfono de Arkadi.

—¿Te molestaría que utilice mi libreta de apuntes? —inquirí.

—Haz lo que te plazca.



Saqué del bolsillo una libreta negra, con tapas de hule, cuyas páginas estaban sujetas por una banda elástica.

—Linda libreta —dijo.

—Las conseguía en París —contesté—. Pero ya no se fabrican.

—¿París? —repitió, mientras arqueaba una ceja como si nunca hubiera oído algo tan presuntuoso.

Luego hizo un guiño y seguimos conversando.

Para poder abordar el concepto del Tiempo del Ensueño, dijo, había que entender que éste es un equivalente aborigen de los dos primeros capítulos del Génesis, con una diferencia significativa.

En el Génesis, Dios creó las «cosas vivas» y después plasmó al padre Adán con arcilla. Aquí, en Australia, los antepasados se crearon a sí mismos con arcilla, por centenares y millares, uno para cada especie totémica.

—De modo que cuando un aborigen te dice: «Mi Ensueño es un Canguro Valaby», esto significa: «Mi tótem es Valaby. Soy miembro del Clan Valaby».

—¿Así que un Ensueño es un emblema del clan? ¿Una divisa para distinguirnos a «nosotros» de ellos? ¿«Nuestro» territorio de «su» territorio?

—Es mucho más que eso —respondió.

Cada hombre Valaby creía descender de un padre Valaby universal, que era el antepasado de todos los otros hombres Valaby y de todos los Valaby vivientes. Los Canguros Valaby, por lo tanto, eran sus hermanos. Matar a uno de ellos para comerlo era al mismo tiempo un fratricidio y un acto de canibalismo.

—Sin embargo —insistí—, ¿el hombre no era un canguro Valaby, así como los británicos no son leones, ni los rusos osos, ni los norteamericanos águilas calvas?

—Cualquier especie —explicó Arkadi— puede ser un Ensueño. Un virus puede ser un Ensueño. Puedes tener un Ensueño varicela, un Ensueño lluvia, un Ensueño naranja del desierto, un Ensueño rojo. En los Kimberleys ahora tienen un Ensueño dinero.

—Y los galeses tienen puerros, los escoceses cardos y Dafne se transformó en laurel.

—La misma vieja historia de siempre —manifestó.

A continuación explicó cómo se pensaba que, al desplazarse por el país, cada antepasado totémico había esparcido una huella de palabras y notas musicales a lo largo de la sucesión de sus pisadas, y cómo estos rastros de Ensueño estaban impresos sobre la tierra como «medios» de comunicación entre las tribus más distantes.

—Una canción —dijo— era al mismo tiempo un mapa y un medio de orientación. Si conocías la canción, siempre podrías encontrar tu itinerario a través del país.

—¿Y un hombre que echaba a andar, un «andariego», siempre marcharía a lo largo de uno de los Trazos de la Canción?

—En los viejos tiempos, sí —asintió—. Ahora viajan en tren o automóvil.

—¿Y suponiendo que el hombre se apartara de su Trazo de la Canción?

—Se convertiría en un intruso. Podrían clavarle una lanza por eso.

—Pero mientras se ciñera al rastro, ¿siempre encontraría hombres que compartiesen su Ensueño? ¿Que eran, en verdad, sus hermanos?

—Sí.

—¿Y de los que podía esperar un trato hospitalario?

—Y viceversa.

—¿De modo que la canción es una suerte de pasaporte y de fuente de sustento?

—Nuevamente, es más complicado que eso.

En teoría, por lo menos, toda Australia se podía leer como una partitura musical. En el país casi no había una roca o un arroyo que no hubiera podido ser, o no hubiera sido, cantado. Tal vez se podría representar visualmente los Trazos de la Canción como unos *spaghetti* de *Ilíadas* y *Odiseas* que se enroscaban en todas direcciones y en los cuales cada «episodio» se podía leer en términos geológicos.

—Por episodio —pregunté—, ¿entiendes un «lugar sagrado»?

—Correcto.

—¿Como los lugares que exploras para el ferrocarril?

—Planteémoslo de esta manera —dijo—. En cualquier lugar de la sabana puedes señalar un elemento del paisaje y preguntarle al aborigen que te acompaña: «¿Qué historia tiene eso?», o «¿quién es ése?». Es posible que te conteste: «Un canguro», o «un periquito», o «un lagarto de cola de troncho». Depende de la identidad del antepasado que transitó por allí.

—¿Y la distancia entre dos lugares de esos se puede medir como un fragmento de canción?

—Ésa es la causa de todos mis conflictos con el personal del ferrocarril —respondió Arkadi.

Una cosa era persuadir a un agrimensor de que una pila de piedras estaba compuesta por los huevos de una serpiente *Abastor erythrogrammus* o que una protuberancia de una rojiza piedra arenisca era el hígado de un canguro muerto de una lanzada. Y otra muy distinta era convencerlo de que un tramo monótono de gravilla era el equivalente musical del *Opus III* de Beethoven.

Al dar vida al mundo mediante la canción, añadió, los antepasados habían sido poetas en el sentido original de *poesis*, que significa «creación». Ningún aborigen podía concebir que el mundo creado era de algún modo imperfecto. Su vida religiosa tenía un solo objetivo: conservar la tierra como era y como debía ser. El hombre que se convertía en «andariego» hacía un viaje ritual. Seguía las huellas de su antepasado. Entonaba las estrofas de su antepasado sin modificar una palabra ni una nota... y así recreaba la Creación.

—A veces —prosiguió Arkadi— yo guío a mis «ancianos» por el desierto, y llegamos a una hilera de dunas de arena, y de pronto todos se ponen a cantar. «¿Qué es lo que cantáis a coro?», les pregunto, y me responden: «Levantamos el país con

nuestro canto, jefe. Así se levanta más rápidamente».

Los aborígenes no podían creer que el país existiera antes de que ellos lo hubieran visto y cantado... así como, en el Tiempo del Ensueño, el país no había existido hasta que los antepasados lo cantaron.

—¿De modo que la tierra debe existir primeramente como un concepto mental? —inquirí—. ¿Después hay que cantarla? ¿Y sólo entonces se puede decir que existe?

—Exactamente.

—En otras palabras, ¿«existir» es «ser percibido»?

—Sí.

—Suenan sospechosamente a la *Refutación de la materia* del obispo Berkeley.

—O al budismo de la mente pura que también ve el mundo como una ilusión —manifestó Arkadi.

—Entonces supongo que estos quinientos kilómetros de acero, que atraviesan incontables canciones, deben alterar necesariamente el equilibrio mental de tus «ancianos».

—Sí y no —dijo—. Su configuración emocional es muy resistente, y son muy pragmáticos. Además, han visto cosas mucho peores que un ferrocarril.

Los aborígenes creen que todas las «cosas vivas» han sido plasmadas en secreto bajo la corteza terrestre, lo mismo que todos los equipos del hombre blanco —sus aviones, sus armas de fuego, sus todoterreno Toyota— y todos los inventos futuros, que están adormecidos debajo de la superficie esperando su turno.

—¿Quizá —sugerí— podrían devolver el ferrocarril, con su canción, al mundo creado, al mundo de Dios?

—No lo dudes —dijo Arkadi.

## Cuatro

Eran las cinco y pico. El sol del atardecer rastrillaba la calle y por la ventana pudimos ver a un grupo de jóvenes negros, con camisas de cuadros y sombreros vaqueros, que caminaban con movimientos torpes bajo las poincianas en dirección a la taberna.

La camarera retiraba las sobras. Arkadi le pidió más café pero ella ya había apagado la máquina. Arkadi miró su taza vacía y frunció el entrecejo.

Luego levantó la vista y preguntó bruscamente:

—¿Qué interés tienes en todo esto? ¿Qué quieres aquí?

—He venido a poner a prueba una idea —respondí.

—¿Una gran idea?

—Probablemente una idea muy evidente. Pero tengo que sacármela de encima.

—¿Y?

Su repentino cambio de humor me puso nervioso. Empecé a explicar cómo antaño había intentado escribir, sin éxito, un libro acerca de los nómadas.

—¿Nómadas pastores?

—No —contesté—, *Nomos* es una palabra griega que significa «tierra de pastoreo». El nómada va de una tierra de pastoreo a otra. Un nómada pastor es un pleonasma.

—Un punto a tu favor —insistió Arkadi—. Continúa. ¿Por qué los nómadas?

Cuando rozaba la veintena, expliqué, había trabajado como «experto» en pintura moderna en una conocida firma de subastadores de obras de arte. Teníamos salones de venta en Londres y Nueva York. Yo era uno de los cinco jóvenes prodigio. La gente decía que me aguardaba una gran carrera, con la única condición de que me ciñera a las reglas del juego. Una mañana, desperté ciego.

Durante el día recuperé la visión del ojo izquierdo, pero el derecho se mantuvo torpe y nublado. El especialista que me examinó dijo que no tenía ningún problema orgánico, y diagnosticó la naturaleza de la dolencia.

—Ha estado mirando los cuadros desde una distancia demasiado corta —manifestó—. ¿Por qué no los cambia por unos horizontes despejados?

—¿Por qué no? —dije.

—¿A dónde le gustaría ir?

—A África.

El presidente de la firma dijo que no ponía en duda que algo me fallaba en la vista, pero no entendía por qué debía ir a África.

Fui a África, a Sudán. Cuando llegué al aeropuerto mis ojos se habían recuperado.

Navegué aguas abajo por el Dongola en una falúa comercial. Fui a los «etíopes», que es un eufemismo para designar el burdel. Faltó poco para que me mordiese un perro rabioso. Fui anestesista durante un parto con cesárea en una clínica escasa de

personal. A continuación me uní a un geólogo que buscaba minerales en las colinas del Mar Rojo.

Ése era un territorio de nómadas, y los nómadas eran los beja, los *fuzzy-wuzzies* de Kipling, negros sudaneses que se desentendían de todo: tanto de los faraones de Egipto como de la caballería británica que había librado la batalla de Omdurman.

Los hombres eran altos y esbeltos, y vestían ropas de algodón de color arena plegadas en una x sobre el pecho. Con sus escudos de cuero de elefante y sus sables de «cruzados» colgados del cinto, entraban en las aldeas para trocar su carne por grano. Despreciaban a los aldeanos como si fueran cierto tipo de animales.

Con las primeras luces del alba, y mientras los buitres flexionaban sus alas sobre los techos, el geólogo y yo mirábamos cómo los hombres practicaban su acicalamiento cotidiano.

Se untaban recíprocamente el pelo con grasa de cabra perfumada y luego lo trenzaban en bucles semejantes a tirabuzones, y así formaban un quitasol mantecoso que sustituía al turbante e impedía que se les ablandaran los sesos. Al caer la noche, cuando la grasa se había derretido, los rizos volvían a su lugar y formaban una almohada sólida.

Nuestro camellero era un bromista llamado Mahmoud, cuyas greñas eran aún más voluminosas que las de los demás. Empezó por robar el martillo de geología. Luego nos dejó su cuchillo para que se lo robáramos. Finalmente, entre carcajadas, volvimos a canjearlos y, así, nos hicimos grandes amigos.

Cuando el geólogo regresó a Jartum, Mahmoud me llevó al desierto para mostrarme las pinturas rupestres.

Al este de Derudeb el terreno estaba blanqueado y agostado, y había largos peñascos grises y en los uadis crecían palmeras llamadas dumas. Las llanuras estaba salpicadas de acacias de copa plana, desprovistas de hojas en aquella estación, con largas espinas blancas semejantes a estalactitas y espolvoreadas con flores amarillas. Por la noche, mientras yacía despierto bajo las estrellas, las ciudades de Occidente me parecían tristes y ajenas, y las pretensiones del «mundo artístico» se me antojaban estúpidas. Y sin embargo allí experimentaba una sensación de retorno al hogar.

Mahmoud me enseñó el arte de leer las pisadas en la arena: gacelas, chacales, zorros, mujeres. Rastreamos y divisamos una recua de asnos salvajes. Una noche, oíamos cerca el rugido de un leopardo. Una mañana, Mahmoud decapitó a una víbora del desierto que se había enroscado bajo mi saco de dormir y me entregó su cuerpo ensartado en la punta de su sable. Nunca me sentí más seguro en la compañía de otra persona y, al mismo tiempo, más inepto.

Teníamos tres camellos: dos para montar y uno para los odres de agua, pero generalmente preferíamos caminar a pie. Él iba descalzo; yo usaba botas. Nunca vi nada parecido a la ligereza de su marcha y, mientras caminaba, cantaba: generalmente, una canción acerca de una joven del Uadi Hammamat que era bella como un periquito verde. Los camellos eran su único patrimonio. No tenía rebaños ni

los deseaba. Era inmune a todo lo que llamaríamos «progreso».

Encontramos las pinturas rupestres: hombres delgados como alfileres, de color rojo ocre, garrapateados sobre el saliente de una roca. Cerca de allí había un largo peñasco plano con una hendidura en un extremo y con la superficie salpicada de marcas cóncavas. Ése, dijo Mahmoud, era el Dragón con la cabeza cortada por Alí.

Me preguntó, con una sonrisa maligna, si era creyente. En el transcurso de dos semanas nunca lo vi rezar.

Más adelante, cuando regresé a Inglaterra, descubrí la fotografía de un *fuzzy-wuzzy* tallado en un relieve de una tumba egipcia de la Decimosegunda Dinastía, hallada en Beni Hassan: una figura lastimosa, demacrada, como las que se ven en las fotos de las víctimas de la sequía del Sahel. En ella se podía reconocer su semejanza con Mahmoud.

Los faraones desaparecieron; Mahmoud y su pueblo perduraron. Sentí que necesitaba desentrañar el secreto de su intemporalidad y de su irreverente vitalidad.

Dejé mi empleo en el «arte mundial» y volví a los territorios áridos. Los nombres de las tribus entre las que viajé carecen de importancia: guibat, quashgai, taimanni, turkomán, bororo, tuareg... pueblos cuyos viajes, a diferencia de los míos, no tenían principio ni final.

Dormí en tiendas negras, en tiendas azules, en tiendas de cuero, en yurtas de fieltro y detrás de barreras de espinas que me protegían del viento. Una noche, atrapado en medio de una tempestad de arena, en el Sahara occidental, comprendí el apotegma de Mahoma: «Un viaje es un fragmento del Infierno».

Cuanto más leía, más me convencía de que los nómadas habían sido la palanca motora de la historia, aunque sólo fuera porque las grandes religiones monoteístas habían emergido, en su totalidad, del medio pastoril...

Arkadi miraba por la ventana.

## Cinco

Un destartalado camión rojo se había acercado al bordillo de la acera y había aparcado. Cinco mujeres negras estaban sentadas y hacinadas en la parte de atrás, entre un montón de bultos y bidones. Sus vestidos y pañuelos de cabeza estaban cubiertos de polvo. El conductor era un sujeto corpulento, con el abdomen hinchado por la cerveza y un sombrero grasiento de fieltro encasquetado sobre una melena hirsuta. Se asomó por la portezuela de la cabina y empezó a gritar a las pasajeras. Entonces un anciano desgarrado se apeó y señaló un objeto encajado entre los bultos.

Una de las mujeres le entregó un elemento tubular envuelto en plástico transparente. El anciano lo cogió y, cuando dio media vuelta, Arkadi lo reconoció.

—Es mi viejo amigo Stan —manifestó—. De Popanji.

Salimos a la calle y Arkadi abrazó al viejo Stan, y éste pareció temer que él o el objeto envuelto en plástico terminara triturado, de modo que cuando Arkadi lo soltó, dio una auténtica muestra de alivio.

Yo me quedé en el hueco de la puerta, mirándolos.

El anciano tenía los ojos enrojecidos y velados y usaba una camisa amarilla mugrienta, y su barba y su pelo parecían de humo.

—¿Qué te ha traído aquí, Stan? —preguntó Arkadi.

—La pintura —respondió Stan, con una sonrisa apocada.

—¿Qué harás con ella?

—La venderé.

Stan era un patriarca pintupi. El tipo corpulento era su hijo, Albert. La familia había viajado a la ciudad para vender uno de los cuadros de Stan a la señora Lacey, la propietaria de la librería y galería de arte Desert.

—Vamos —exclamó Arkadi, señalando el paquete con el pulgar—. ¡Déjanos ver!

Pero el viejo Stan curvó hacia abajo las comisuras de sus labios, apretó los dedos y masculló:

—Antes tengo que mostrársela a la señora Lacey.

La cafetería estaba cerrando. La camarera había apilado las sillas sobre la mesa y pasaba el aspirador a la alfombra. Pagamos la cuenta y nos fuimos. Albert estaba apoyado contra el camión y conversaba con las señoras. Caminamos acera abajo hasta la librería.

Los pintupi componían la última «tribu salvaje» desplazada del desierto occidental y puesta en contacto con la civilización blanca. Hasta finales de la década de 1950 habían continuado cazando y merodeando, desnudos en las colinas de arena, tal como lo habían hecho durante por lo menos diez mil años.



Se trataba de un pueblo despreocupado y sin prejuicios, poco propenso a los ritos de iniciación crueles, propios de las tribus más sedentarias. Los hombres cazaban canguros y emús. Las mujeres recogían semillas y raíces comestibles y larvas igualmente comestibles. En invierno, se abrigan tras setos de hierba que los protegían del viento, y aun en medio del calor abrasador raramente carecían de agua. Valoraban un par de piernas robustas por encima de todo, y reían continuamente. Los pocos blancos que viajaron por sus comarcas quedaron atónitos al comprobar que sus críos eran gordos y saludables.

Sin embargo, el gobierno sustentaba el criterio de que había que salvar a los «hombres de la Edad de Piedra»... para Cristo, si era necesario. Además, se necesitaba el desierto occidental para operaciones mineras, y posiblemente para pruebas nucleares. Se dictó la orden de recoger a los pintupi en camiones del Ejército, y de asentarlos en reservas oficiales. A muchos los enviaron a Popanji, un caserío situado al oeste de Alice Springs, donde murieron víctimas de epidemias, riñeron con hombres de otras tribus, se aficionaron a la bebida y se acuchillaron entre sí.

Incluso en cautiverio, las madres pintupi, como las buenas madres de todo el mundo, cuentan a sus hijos historias sobre el origen de los animales: «Cómo le crecieron púas al erizo... Por qué el emú no puede volar... Por qué el cuervo tiene un color negro lustroso...». Y así como Kipling ilustró sus *Jast So Stories* con sus propios dibujos a pluma, así también la madre aborigen dibuja trazos en la arena para ilustrar las peregrinaciones de los héroes del Tiempo del Ensueño.

Narra su historia con un parloteo entrecortado y, al mismo tiempo, dibuja las «pisadas» de los antepasados deslizándolo el pulgar y el índice, uno tras otro, en una doble hilera de puntos a lo largo del suelo. Borra cada escena con la palma de la mano y, finalmente, traza un círculo atravesado por una raya: algo semejante a una Q mayúscula.

Esto marca el lugar donde el antepasado, extenuado por los trabajos de la Creación, ha «vuelto a entrar».

Los dibujos sobre arena confeccionados para los niños no son más que bosquejos o «versiones libres» de los auténticos dibujos que representan a los auténticos antepasados, los cuales se ejecutan únicamente en ceremonias secretas y deben ser vistos sólo por los iniciados. Igualmente, es mediante estos «bosquejos» que los jóvenes aprenden a orientarse en su territorio, su mitología y sus recursos.

Hace algunos años, cuando surgió la amenaza de que la violencia y el alcoholismo se desbordaran, a un asesor blanco se le ocurrió la idea de suministrar materiales artísticos a los pintupi y de hacerles trasladar sus ensueños al lienzo.

El corolario fue una escuela australiana instantánea de arte abstracto.

Hacía ocho años que el viejo Stan Tjakamarra pintaba. Cada vez que completaba un cuadro, lo llevaba a la librería Desert y la señora Lacey descontaba el costo de sus

materiales y le pagaba una suma global en efectivo.

## Seis

Enid Lacey me gustó. Yo ya había pasado un par de horas en la librería. Ciertamente sabía vender libros. Había leído casi todos los volúmenes escritos sobre Australia Central y procuraba tener en su local todos los títulos en existencia. En la sala que hacía las veces de galería de arte, había dos sillones a disposición de los clientes.

—Leed cuanto queráis —decía—. ¡Sin ningún compromiso! —Sabía muy bien, por supuesto, que una vez que te sentabas en aquel sillón, no podías irte sin comprar.

Era una veterana residente del Territorio del Norte, y estaba llegando a las postrimerías de los sesenta. Su nariz y su mentón eran excesivamente puntiagudos; su cabello tenía reflejos rojizos, que provenían del frasco de tintura. Usaba dos pares de gafas sujetas mediante cadenas y un par de pulseras de ópalo que le ceñían las muñecas curtidas por el sol.

—Los ópalos —me informó— no me han traído otra cosa que suerte.

Su padre había sido administrador de una hacienda ganadera próxima a Tennant Creek. Ella había pasado toda su vida en contacto con los aborígenes. No toleraba desatinos y los adoraba en secreto.

Había conocido a toda la vieja generación de antropólogos australianos y no tenía una buena opinión de los nuevos, los «traficantes de jerga», como los llamaba. La verdad era que, aunque procuraba mantenerse al tanto de las últimas teorías y lidiaba con los libros de Lévi-Strauss, nunca progresaba mucho. A pesar de todo, cuando salían a relucir los asuntos de los aborígenes, ella asumía su talante más solemne, y sustituía el pronombre yo por nosotros, no el nosotros mayestático sino el nosotros que significaba «el conjunto de la opinión científica».

Había sido una de las primeras en descubrir el mérito de la pintura pintupi.

Puesto que era una mujer de negocios astuta, sabía cuándo dar crédito a un artista, cuándo escatimarle y cuándo negarse a pagar un céntimo si el artista parecía irse de picos pardos. De modo que cuando uno de sus «chicos» aparecía, si aparecía, tambaleándose, a la hora del cierre —que, en la taberna Frazer Arms, era la hora de la apertura—, ella hacía chasquear la lengua y decía: «¡Qué barbaridad! No encuentro la llave de la caja registradora. Tendrás que volver por la mañana». Y cuando el artista volvía a la mañana siguiente, agradecido por no haberse bebido sus ganancias, ella blandía el dedo con expresión adusta y preguntaba: «¿Te irás a casa? ¿Ahora mismo? ¿No es cierto?», y él respondía: «¡Sí, señora!», y ella agregaba una propina para la esposa y los niños.

La señora Lacey pagaba por los cuadros mucho menos que las galerías de Sidney o Melbourne, pero también cobraba mucho menos por las pinturas, y los cuadros siempre se vendían.

A veces, una asistente social blanca la acusaba de «timar» a los artistas, pero el

dinero de Sidney o Melbourne tenía un don especial para encauzarse hacia las cooperativas de los aborígenes, en tanto que la señora Lacey pagaba en efectivo, al contado. Sus «chicos» sabían reconocer una ganga cuando la veían y siempre volvían a la librería.

Entramos detrás de Stan.

—¡Llegas tarde, badulaque! —La señora Lacey se ajustó las gafas.

Él se deslizaba hacia el mostrador, entre dos clientes y la estantería de libros.

—Te dije que vinieras el martes —prosiguió ella—. Ayer me visitó el señor de Adelaida. Ahora tendremos que esperar otro mes.

Los clientes eran una pareja de turistas norteamericanos, que trataban de decidir cuál de dos libros de láminas en color comprarían. El hombre tenía un rostro bronceado y pecoso y usaba unas bermudas azules y una camisa deportiva de color amarillo. La mujer era rubia y bonita, pero un poco retraída, y llevaba puesto un vestido de batik rojo con estampados de motivos aborígenes. Los libros se titulaban *Australian Dreaming* y *Tales of the Dreamtime*.

El viejo Stan depositó el paquete sobre el escritorio de la señora Lacey. Bamboleó la cabeza de un lado a otro mientras musitaba una excusa. Su olor rancio llenó el recinto.

—¡Idiota! —La señora Lacey levantó el tono de su voz—. Te lo he dicho mil veces. El hombre de Adelaida no quiere los cuadros de Gideon. Quiere los tuyos.

Arkadi y yo manteníamos las distancias, en el fondo de la tienda, junto a los estantes de estudios sobre los aborígenes. Los norteamericanos habían aguzado el oído y escuchaban la conversación.

—Sé que en materia de gustos no hay nada escrito —prosiguió la señora Lacey—. Dice que tú eres el mejor pintor de Popanji. Es un gran coleccionista. Él es el más indicado para saberlo.

—¿De veras? —preguntó el norteamericano.

—De veras —respondió la señora Lacey—. Yo puedo vender cualquier cosa que el señor Tjakamarra haya tocado con su mano.

—¿Podríamos verlo? —inquirió la norteamericana—. Por favor.

—No soy yo quien debe decirlo —replicó la señora Lacey—. Tendrán que preguntárselo al artista.

—¿Podríamos?

—¿Pueden?

Stan tembló, encorvó los hombros y se cubrió el rostro con las manos.

—Pueden —sentenció la señora Lacey, con una sonrisa dulce, y cortó el plástico con sus tijeras.

Stan apartó los dedos de su cara y, cogiendo un extremo del lienzo, la ayudó a desenrollarlo.

La pintura medía aproximadamente un metro veinte por noventa centímetros, y tenía un fondo de toques puntillistas en diversos matices de ocre. En el centro había

un gran círculo azul con varios círculos menores diseminados a su entorno. Cada círculo tenía un ribete escarlata alrededor del perímetro, y estaban conectados entre sí por un laberinto de líneas ondulantes, de color rosado flamenco, un poco parecidas a intestinos.

La señora Lacey se puso su segundo par de gafas y preguntó:

—¿Qué es lo que tienes aquí, Stan?

—La hormiga melera —susurró él con voz ronca.

—La hormiga melera —explicó la señora Lacey, volviéndose hacia los norteamericanos— es uno de los tótems de Popanji. La pintura es un Ensueño de la Hormiga Melera.

—Me parece hermoso —comentó la norteamericana, pensativa.

—¿Es como una hormiga común? —inquirió el norteamericano—. ¿Como una termita?

—No, no —exclamó la señora Lacey—. La hormiga melera es algo muy especial. Se alimenta con savia de acacia. Está en un árbol que tenemos aquí, en el desierto. Las hormigas desarrollan vesículas de miel en sus cuartos traseros. Parecen burbujas transparentes de plástico.

—¿De veras? —preguntó el hombre.

—Yo las he comido —manifestó la señora Lacey—. ¡Son deliciosas!

—Sí —suspiró la norteamericana. Había clavado su mirada en el cuadro—. ¡A su manera, es auténticamente hermoso!

—Pero no veo ninguna hormiga en el cuadro —comentó el hombre—. ¿Esto significa que es como... como la representación de un hormiguero? ¿Como si los tubos rosados fueran pasajes?

—No —la señora Lacey parecía un poco descorazonada—. El cuadro muestra el viaje del Antepasado Hormiga Melera.

—¿Como si fuese un mapa de rutas? —El hombre sonrió—. Sí, ya me di cuenta de que parecía un mapa de rutas.

—Exactamente —asintió la señora Lacey.

Mientras tanto, la esposa norteamericana abría y cerraba los ojos para comprobar qué impresión le produciría la pintura cuando, finalmente, los mantuviera abiertos.

—Hermoso —repitió.

—¡Veamos, señor! —El hombre se dirigió a Stan—. ¿Usted come esas hormigas meleras?

Stan hizo un ademán de asentimiento.

—¡No, no! —chilló la mujer—. Te lo dije esta mañana. ¡No te comes tu propio tótem! ¡Podrían matarte por devorar a tu antepasado!

—Querida, este caballero dice que sí come hormigas meleras. ¿Es verdad, señor?

Stan siguió haciendo ademanes de asentimiento.

—Estoy perpleja —manifestó la mujer con tono exasperado—. ¿Esto significa que la hormiga melera no es su Ensueño?

Stan meneó la cabeza.

—Entonces ¿cuál es su Ensueño?

El anciano se estremeció como un escolar al que lo obligan a revelar su secreto, y consiguió susurrar la palabra *Emú*.

—Oh, estoy muy confundida —la mujer se mordió el labio, desilusionada.

Le gustaba ese hombre de habla dulce y camisa amarilla. Le gustaba imaginar cómo las hormigas meleras soñaban su itinerario a través del desierto mientras el sol refulgente brillaba sobre sus vesículas de miel. Le había encantado el cuadro. Quería ser su propietaria, conseguir que él lo firmara, y ahora debería pensárselo de nuevo.

—¿Usted cree... —Moduló las palabras lenta y cuidadosamente— que si le dejáramos un adelanto de dinero a la señora...?

—Lacey —completó la señora Lacey.

—... ¿usted podría pintarnos un Ensueño del Emú y enviarlo... hacerlo enviar por la señora Lacey a los Estados Unidos?

—No —la interrumpió la señora Lacey—. No podría. Ningún artista pinta su propio Ensueño. Éste es demasiado poderoso. Podría matarlo.

—Ahora estoy totalmente confundida —la mujer se retorció las manos—. ¿Quiere decir que no puede pintar su propio Ensueño, pero sí el de otro?

—Ya entiendo —exclamó el marido, espabilándose—. Digamos que no puede comer emús pero sí hormigas meleras.

—Exactamente —asintió la señora Lacey—. *Mr. Tjakamarra* no puede pintar un Ensueño Emú porque el emú es su tótem paterno y sería sacrílego hacerlo. Puede pintar una hormiga melera porque ésta es el tótem del hijo del hermano de su madre. Es así, ¿verdad, Stan? ¿El Ensueño de Gideon es la hormiga melera?

Stan parpadeó y dijo:

—¡Correcto!

—Gideon —prosiguió— es el supervisor ritual de Stan. Se dicen recíprocamente qué es lo que pueden y no pueden pintar.

—Creo entender —manifestó la norteamericana, dubitativamente. Pero aún tenía un talante bastante perplejo y necesitó tiempo para organizar su pensamiento ulterior—. ¿Ha dicho que *Mr. Gideon* también es artista?

—Lo es —asintió la señora Lacey.

—¿Y pinta Ensueños del Emú?

—Sí, los pinta.

—¡Estupendo! —rió la mujer, inesperadamente, y batió palmas—. Podríamos comprar uno de cada uno de ellos y colgarlos en pareja.

—Por favor, cariño —dijo el marido, esforzándose por apaciguarla—. En primer lugar, debemos averiguar si el cuadro de la hormiga melera está en venta. Y si lo está, ¿cuánto cuesta?

La señora Lacey agitó las pestañas y respondió, astutamente:

—No lo sé. Deberán preguntárselo al artista.

Stan revolvió los ojos y apuntó al cielo raso con sus escleróticas, y luego frunció los labios. Era evidente que estaba calculando un precio —el precio que obtendría la señora Lacey— y que lo multiplicaba por dos. También era evidente que él y la señora Lacey ya habían pasado anteriormente por aquella pantomima. Luego bajó la cabeza y dijo:

—Cuatrocientos cincuenta.

—Dólares australianos —aclaró la señora Lacey—. Por supuesto, deberé añadir mi comisión. ¡El 10 por 100! Es lo justo. Y deberé sumar veinte por la pintura y el lienzo.

—¿Por ciento?

—Dólares.

—Es lo justo —asintió el hombre, bastante aliviado.

—Es realmente hermoso —afirmó la mujer.

—¿Ahora estás contenta? —le preguntó su marido con ternura.

—Lo estoy —contestó ella—. Soy muy feliz.

—¿Puedo pagar con la American Express? —inquirió él.

—Desde luego —asintió la señora Lacey—. Siempre que no le fastidie pagar la comisión de ellos.

—Es lo justo —dijo el hombre, tragando saliva—. Pero ahora quiero saber qué es lo que sucede. En el cuadro, quiero decir.

Arkadi y yo nos habíamos deslizado detrás de los norteamericanos y vimos cómo el viejo Stan apuntaba con su dedo huesudo hacia el gran círculo azul del lienzo.

Aquella era la Morada Eterna, explicó, de la antepasada Hormiga Melera de Tátatá. Y de pronto nos sentimos como si pudiéramos ver las hileras e hileras superpuestas de hormigas meleras, con sus cuerpos rayados y resplandecientes, que estaban henchidas de néctar en sus celdillas, bajo las raíces de la acacia. Vimos el anillo de tierra roja como el fuego alrededor de la entrada de su nido, y los itinerarios de su migración a medida que se expandían por otros lugares.

—Los círculos —agregó la señora Lacey servicialmente—, son los centros ceremoniales de la hormiga melera. Los «tubos», como ustedes los llaman, son las huellas del Ensueño.

El norteamericano estaba cautivado.

—¿Y podemos salir en busca de esas huellas del Ensueño? ¿Allí fuera, quiero decir? ¿Por ejemplo en Ayer's Rock? ¿En algún lugar como ése?

—Ellos pueden —manifestó la señora Lacey—. Ustedes no.

—¿Eso significa que son invisibles?

—Para ustedes. Para ellos no.

—¿Dónde están, entonces?

—En todas partes. Tal vez haya una huella del Ensueño que discurre precisamente por el centro de mi tienda.

—Escalofriante —comentó la norteamericana, con una risita.



—¿Y sólo ellos pueden verlas?

—O cantarlas —explicó la señora Lacey—. No existe una huella sin una canción.

—¿Y estas huellas discurren por todas partes? —preguntó el hombre—. ¿Por toda Australia?

—Sí —respondió la señora Lacey, con un suspiro de satisfacción por haber descubierto una frase pegadiza—. La canción y la tierra son una misma cosa.

—¡Asombroso! —exclamó él.

La norteamericana había sacado el pañuelo y se enjugaba las comisuras de los ojos. Pensé por un momento que iba a besar al viejo Stan. Ella sabía que el cuadro había sido hecho para los blancos, pero el viejo Stan le había concedido una vislumbre de algo inusitado y extraño, y le estaba muy agradecida por ello.

La señora Lacey volvió a cambiar de gafas para rellenar el impreso de la American Express. Arkadi se despidió de Stan con un ademán, y mientras salíamos a la calle oímos el *rum-rum* triunfal del motor.

—¡Qué mujer! —comenté.

—Vaya descarado —dijo Arkadi—. Ven. Vamos a tomar un trago.

## Siete

Yo usaba sandalias de caucho, y como los bares de todo Alice exhibían carteles con la leyenda «Prohibidas las sandalias» —para ahuyentar a los aborígenes— fuimos a la taberna Frazer Arms.

Alice no es una ciudad muy alegre, ni de día ni de noche. Los veteranos recuerdan cómo era Todd Street en los tiempos de los caballos y los postes para amarrarlos. En el ínterin se ha convertido en una calle deprimente y norteamericanizada donde abundan las agencias de viaje, las tiendas de *souvenirs* y los mostradores de venta de gaseosas. Una tienda vendía muñecos con forma de ositos koala y camisetas con la leyenda «Alice Springs» escrita en letra cursiva. En el quiosco de periódicos vendían un libro titulado *Red on White*. El autor, un exmarxista, insistía en que el Movimiento Aborigen de Derechos Territoriales era una «fachada» para la expansión soviética en Australia.

—Lo que me convierte en uno de los principales sospechosos —comentó Arkadi.

Frente a la taberna había una tienda de licores y los jóvenes que habíamos visto anteriormente merodeaban alrededor de ella. En mitad de la calzada, un eucalipto maltrecho asomaba su tronco a través del asfalto.

—Un árbol sagrado —dijo Arkadi—. Sagrado para el Ensueño de la Oruga y peligroso para el tráfico.

La bulliciosa taberna se hallaba atestada de blancos y negros. El barman de dos metros y pico de estatura tenía fama de ser el matón más temible de la ciudad. Sobre el linóleo había charcos de cerveza, las ventanas estaban protegidas por cortinas de color rojo vino, y las sillas de fibra de vidrio estaban dispersas en el mayor desorden.

Un aborigen obeso y barbudo se rascaba las picaduras de insectos del abdomen, y había apoyado cada nalga sobre un taburete distinto. Junto a él estaba sentada una mujer angulosa, con un posavasos insertado en el gorro tejido de color púrpura. Tenía los ojos cerrados y reía histéricamente.

—La banda está toda aquí —manifestó Arkadi.

—¿Quiénes?

—Mis camaradas del Consejo de Pintupi. Ven. Te presentaré al presidente.

Pagamos nuestras cervezas y nos abrimos paso entre los bebedores hasta donde el presidente arengaba con voz estentórea a un grupo de admiradores. Era un hombre descomunal, de tez muy oscura, que vestía vaqueros, una cazadora de cuero negro, un sombrero del mismo material y color, y una manopla tachonada en torno de la muñeca. Exhibió una sonrisa llena de dientes, estrechó mi mano en un apretón fraternal y exclamó:

—¡Hombre!

—¡Hombre! —respondí, y vi cómo la yema rosada de mi pulgar asomaba de su

puño.

—¡Hombre! —dijo.

—¡Hombre! —dije.

—¡Hombre! —dijo.

No dije nada. Me pareció que si reiteraba «¡Hombre!» por tercera vez, seguiríamos repitiéndolo indefinidamente.

Desvié la mirada. La fuerza de su apretón se redujo, y al fin recuperé mi mano triturada.

El presidente siguió contando la historia que había interrumpido en mi honor: concernía a su hábito de volar a tiros los candados de los corrales de ganado. Su auditorio lo encontraba muy divertido.

Luego intenté conversar con un activista urbano, que había llegado de Sidney en viaje de visita. O mejor dicho, puesto que volvió la cara, me encontré hablándole a la bandera aborigen que colgaba, a manera de zarcillo, de su oreja izquierda.

Para empezar, no le saqué más reacción que el extraño balanceo de la bandera. Después giró la cabeza y empezó a hablar.

—¿Usted es inglés?

—Sí.

—¿Por qué no vuelve a su país?

Respondí lentamente, con sílabas entrecortadas.

—Acabo de llegar.

—Me refiero a todos ustedes.

—¿Quiénes somos todos nosotros?

—Los blancos —sentenció.

Los blancos le habían robado su país, dijo. Su presencia en Australia era ilegal. Su pueblo jamás había cedido un centímetro cuadrado de territorio. Nunca había firmado un tratado. Todos los europeos deberían regresar a sus países de origen.

—¿Y los libaneses? —pregunté.

—Deben volver al Líbano.

—Entiendo —dije, pero la entrevista había terminado, y el rostro volvió a girar a su posición inicial.

A continuación mi mirada se encontró con la de una rubia atractiva y le hice un guiño. Me lo devolvió y ambos rodeamos el perímetro del grupo.

—¿Has pasado un mal rato con el jefe? —susurró.

—No —contesté—. Fue instructivo.

Se llamaba Marian. Había llegado a la ciudad en coche hacía sólo media hora, desde la comarca de Walbiri, en donde trabajaba unas tierras reivindicadas por mujeres.

Tenía unos ojos azules serenos y parecía muy inocente y feliz con su corto vestido floreado. Tenía medialunas de tierra roja bajo las uñas y el polvo le había conferido a su piel un suave lustre bronceado. Sus pechos eran firmes y sus brazos sólidos y

cilíndricos. Había cortado las mangas del vestido para permitir que el aire circulara libremente bajo sus axilas.

Ella y Arkadi habían sido maestros en la misma escuela de la sabana. A juzgar por la forma en que ella no cesaba de mirar la melena rubia de Arkadi, que refulgía bajo un foco de luz, conjeturé que alguna vez debieron de ser amantes.

Él usaba una camisa de color azul celeste y unos abolsados pantalones de trabajo.

—¿Hace mucho tiempo que conoces a Ark? —preguntó ella.

—Dos días —respondí.

Mencioné el nombre de la chica que ambos conocíamos en Adelaida. Ella bajó los párpados y se sonrojó.

—Es casi un santo —murmuró.

—Lo sé —dije—. Un santo ruso.

Podría haber seguido conversando con Marian, si no hubiera sido por una voz ronca que sonó hacia el lado de mi codo izquierdo.

—¿Y qué es lo que lo trae al Territorio?

Giré la cabeza y me encontré con un blanco de unos treinta y pico años, nervudo y de boca fruncida. Sus bíceps ejercitados y su camiseta gris sin mangas proclamaban que era un pelma de gimnasio.

—Estoy curioseando.

—¿Algo especial?

—Quiero investigar los Trazos de la *Canción de los aborígenes*.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—Un par de meses, quizá.

—¿Está enrolado en algún organismo?

—En el mío propio.

—¿Y qué le hace pensar que puede descolgarse de la vieja y alegre Inglaterra para venir a escamotear nuestros conocimientos sagrados?

—No pretendo escamotear ningún conocimiento sagrado. Sólo quiero saber cómo funciona un Trazo de la Canción.

—¿Es escritor?

—Algo por el estilo.

—¿Publicado?

—Sí.

—¿De ciencia-ficción?

—Odio la ciencia-ficción.

—Escuche —dijo el pelma de gimnasio—, está perdiendo el tiempo, camarada. He vivido diez años en el Territorio. Conozco a estos Patriarcas. Ellos no le contarán nada.

Tenía el vaso vacío. La única manera de desviar aquella conversación consistía en pagarle un trago.

—No, gracias —respondió, levantando el mentón—. Así estoy bien.

Hice de nuevo un guiño a Marian, que procuraba sofocar un ataque de risa. Los otros vasos estaban vacíos, así que ofrecí pagar una ronda. Fui al mostrador y pedí vasos grandes y medianos. También para el pelma de gimnasio, le gustara o no.

Arkadi se acercó para ayudarme a transportar los vasos.

—¡Coño! —exclamó, sonriendo—. Tú sí que te diviertes.

Pagué y nos llevamos los vasos.

—Dime cuándo quieres largarte de aquí —me susurró—. Podemos ir a mi casa.

—Estaré listo cuanto tú lo estés.

El pelma de gimnasio hizo una mueca cuando cogió su vaso y dijo:

—Gracias, camarada.

El presidente aceptó el suyo sin pronunciar una palabra.

Bebimos. Arkadi besó a Marian en los labios y dijo:

—Te veré luego.

El pelma de gimnasio puso su mano en la mía y exclamó:

—Hasta pronto, camarada.

Salimos.

—¿Quién era ése? —pregunté.

—Mal asunto —respondió Arkadi.

La ciudad estaba silenciosa en medio de la penumbra. Un ribete de color anaranjado parecía arder a lo largo de la cordillera Mac Donnell.

—¿Qué te pareció el Frazer Arms? —inquirió.

—Me gustó —dije—. Es un lugar acogedor.

Más acogedor, por lo menos, que la taberna de Katherine.

## Ocho

En el trayecto a Alice, desde los Kimberleys, había tenido que cambiar de autocar en Katherine.

Era la hora del almuerzo. La taberna estaba llena de camioneros y obreros de la construcción, que bebían cerveza y comían empanadillas. La mayoría utilizaba el uniforme habitual de la llanura desértica del interior de Australia: botas para el desierto, camisetas que dejaban al descubierto sus tatuajes, cascos amarillos y unos pantaloncitos verdes, ceñidos, sin cremallera. Y lo primero que se veía, al entrar por la puerta de vidrio esmerilado, era una hilera continua de piernas rojas peludas y de nalgas enfundadas en tela de color verde botella.

Katherine es una parada para turistas que acuden a visitar su famoso desfiladero. El desfiladero fue designado Parque Nacional, pero unos abogados especializados en derechos territoriales encontraron un defecto en los documentos legales y lo estaban reivindicando para los aborígenes. En la ciudad existía mucho malestar.

Me encaminé hacia el lavabo de hombres y, en el corredor, una prostituta negra apretó sus pezones contra mi camisa y preguntó:

—¿Me deseas, cariño?

—No.

En el tiempo que tardé en orinar, ella abordó a un hombrecillo nervudo que ocupaba un taburete frente al mostrador. Tenía unas venas protuberantes en su antebrazo, y una insignia de guardián del parque prendida en la camisa.

—¡No! —gruñó—. ¡Eres una sucia *abo*! No podrías excitarme. Para esto tengo a mi mujer. Pero si te sentaras aquí en el mostrador y abrieras las piernas, probablemente te metería una botella en el agujero.

Cogí mi vaso y me fui al fondo del salón. Entablé conversación con un español. Era bajo, calvo y sudoroso, y tenía una voz atiplada e histérica. Era el panadero de la ciudad. A escasa distancia de nosotros, dos aborígenes empezaban, muy lentamente, a discutir.

El aborigen de más edad tenía una frente arrugada y una camisa carmesí abierta hasta el ombligo. El otro era un chico esmirriado con pantalones de color naranja ceñidos a la piel. El hombre estaba más borracho que el chico, y apenas podía tenerse en pie. Se sostenía apoyando los codos sobre su taburete. El chico chillaba como si lo estuvieran degollando y echaba espuma por las comisuras de la boca.

El panadero me dio un codazo en las costillas.

—Soy de Salamanca —graznó—. Parece una corrida de toros, ¿no?

Alguien gritó:

—¡Los negros están peleando! —Aunque no peleaban... todavía. Pero los parroquianos, que se burlaban y los animaban, empezaron a desplazarse a lo largo del

mostrador para presenciar el espectáculo.

El hombre empujó delicadamente, casi con una caricia, el vaso que sostenía el chico, y aquél se cayó y se hizo trizas contra el suelo. El chico se agachó, levantó la base astillada y la sujetó con la palma de la mano como si fuera una daga.

El camionero sentado en el taburete contiguo vació el contenido de su propio vaso, estrelló el borde contra el filo del mostrador y lo colocó en la mano del aborigen de más edad.

—Adelante —dijo, azuzándolo—. Cárgatelo.

El chico arremetió con un trozo de vidrio, pero el hombre lo paró con una maniobra rápida de la muñeca. Ambos se sacaron sangre.

—¡Olé! —exclamó el panadero español, con las facciones crispadas por una mueca—. ¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!

El matón encargado de disuadir a los alborotadores saltó por encima del mostrador y arrastró a los dos aborígenes hasta la acera y a través de la franja de asfalto hasta una isla peatonal de la carretera, donde los dejó tumbados, el uno junto al otro, sangrando bajo las adelfas rosadas mientras las caravanas de camiones que venían de Darwin pasaban rugiendo a su lado.

Me alejé, pero el español me siguió.

—Son buenos amigos —dijo—. ¿No?



## Nueve

Me habría gustado acostarme temprano, pero Arkadi me había invitado a ir a comer un asado con algunos amigos en el otro extremo de la ciudad. Teníamos que matar una hora o más. Compramos en la tienda de licores una botella de vino blanco frío.

Arkadi vivía en un estudio alquilado, sobre una fila de cocheras particulares, en el solar situado en los fondos del supermercado. La baranda metálica de la escalera aún se hallaba recalentada por el sol. El aparato de aire acondicionado estaba funcionando y, cuando abrió la puerta, una corriente fría nos azotó la cara. Había una nota deslizada sobre el felpudo. Arkadi encendió la luz y la leyó.

—No antes de tiempo —murmuró.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Explicó cómo uno de los patriarcas kaititj, un anciano llamado Alan Nakumurra, había frenado la exploración durante las últimas cuatro semanas. Era el último sobreviviente varón de su clan y el «propietario tradicional» del territorio situado al norte de Middle Bore Station. Los agrimensores del ferrocarril estaban ansiosos por apropiarse de ese tramo específico. Arkadi los había disuadido hasta que pudieran hallar a Alan.

—¿A dónde fue?

—¿Qué piensas tú? —se rió—. Es un andariego y salió a deambular.

—¿Qué les pasó a los otros?

—¿Qué otros?

—Los otros miembros de su clan.

—Los mataron a tiros —respondió Arkadi—. Las patrullas policiales en la década de 1920.

La habitación era pulcra y blanca. Sobre la repisa de la cocina americana descansaba un exprimidor de zumo, y junto a él había una cesta de naranjas. Algunos lienzos y cojines indonesios estaban diseminados encima de un colchón colocado en el suelo. Sobre el clavicordio estaban abiertas partituras de *The Well-tempered Clavier*.

Arkadi descorchó la botella, llenó dos vasos y, mientras yo echaba un vistazo al contenido de su biblioteca, él telefoneó a su jefe.

Habló de asuntos profesionales durante un minuto o dos, y después dijo que en la ciudad había un *pom*, un «inglés», que quería adentrarse en la sabana con el equipo de agrimensura... No, no era un periodista... Sí, por ser un *pom* era relativamente inofensivo... No, no era fotógrafo... No, no le interesaba asistir a ceremonias rituales... No, mañana no... al día siguiente...

Hubo una pausa. Casi se podía oír cómo el hombre reflexionaba en el otro extremo de la línea. Luego Arkadi sonrió e hizo un ademán triunfal con el pulgar

hacia arriba.

—Puedes venir —anunció, y colgó el auricular.

A continuación telefoneó a la compañía de alquiler de camiones para que tuvieran un vehículo listo para el miércoles por la mañana.

—Que sea un Land Cruiser —dijo—. Es posible que llueva.

En la biblioteca había clásicos rusos, libros sobre los presocráticos y varios estudios sobre los aborígenes. Entre estos últimos se contaban dos de mis favoritos: *Aranda Traditions*, de Theodore Strehlow, y *Songs of Central Australia*.

Arkadi abrió una lata de anacardos y ambos nos sentamos sobre el colchón, con las piernas cruzadas.

—*Nazdorie!* —brindó, levantando el vaso.

—*Nazdorie!* —Entrechocamos los vasos.

Estiró las piernas una vez más, extrajo un álbum de fotos del anaquel y empezó a hojearlo.

Las primeras fotografías eran todas instantáneas de color, sobre todo del mismo Arkadi, que formaban el historial de cualquier joven australiano durante su primer viaje al exterior: Arkadi en una playa de Bali; Arkadi en el *kibutz* Hudal; Arkadi junto al templo de Sounion; Arkadi con su futura esposa en Venecia, con las palomas; Arkadi de vuelta en Alice con su esposa y su hijita.

Después saltó al final del álbum, a una fotografía borrosa en blanco y negro: una pareja más bien joven, sobre la cubierta de un barco, con un bote salvavidas como telón de fondo.

—Mamá y papá —dijo—. En mayo del 47, cuando el barco fondeó en Adén.

Me incliné hacia adelante para ver mejor. El hombre era bajo, tenía un cuerpo liso y robusto, espesas cejas negras y pómulos sesgados. Por la abertura de su camisa asomaba un mechón de pelo negro. Sus pantalones abolsados estaban ceñidos en la cintura y parecían exageradamente holgados.

La mujer era más alta que él y esbelta, tenía puesto un vestido sencillo y llevaba el pelo claro recogido en trenzas. Su brazo regordete se abultaba sobre la baranda. El sol le hacía fruncir la cara.

Más abajo, en la misma página, había una segunda foto del hombre: ahora mermado y canoso, en pie junto a un seto, en un huerto de coles que sólo podían ser coles rusas. Junto a él, formando un grupo, se veía a una campesina gorda y dos jóvenes chulos con gorros de karakul y botas.

—Ésta es mi tía —dijo Arkadi—. Y éstos son mis primos cosacos.

Los gorros de karakul me retrotrajeron a una bochornosa tarde de verano en Kiev y al recuerdo de un escuadrón de caballería cosaca que se ejercitaba en una calle adoquinada: caballos negros lustrosos, capas escarlatas, gorros ladeados, y los rostros agrios y resentidos de los espectadores.

La fecha era agosto de 1968, un mes antes de la invasión de Checoslovaquia. Durante todo aquel verano habían circulado rumores de desasosiego en Ucrania.

Arkadi volvió a llenar los vasos y seguimos hablando de los cosacos: de los «kazajos» y «cosacos»; de los cosacos como mercenarios y de los cosacos como rebeldes; de Iermak el cosaco y la conquista de Siberia; de Pugachev y Stenka Razin; de Majno y la Caballería Roja de Budenny. Me referí por azar a la Brigada Cosaca de Von Pannwitz, que combatió junto a los alemanes contra el Ejército Rojo.

—Es curioso que menciones a Von Pannwitz —comentó Arkadi.

En 1945, sus padres se encontraban en Austria, en la zona ocupada por los británicos. Era la época en que los aliados enviaban a los refugiados soviéticos, traidores o no, de vuelta a su patria, poniéndolos a merced de Stalin. A su padre lo interrogó un comandante de la inteligencia británica que lo acusó, en impecable ucraniano, de haber combatido en las filas de Von Pannwitz. Después de una semana de entrevistas intermitentes, consiguió convencerlo de que el cargo era injusto.

Los trasladaron a Alemania, donde los alojaron en lo que había sido un club de oficiales, al pie del Nido de Aguila de Berchtesgaden. Solicitaron documentos de emigración para viajar a los Estados Unidos y Canadá. Argentina, les dijeron, era un lugar más aconsejable para personas de condición ambigua. Por fin, tras un año de ansiosa espera, llegaron noticias de que había trabajo en Australia, y pasajes para quienes firmaran los contratos.

Corrieron el albur de buen grado. Lo único que deseaban era alejarse de una Europa sanguinaria —del frío, el lodo, el hambre y las familias perdidas— y desembarcar en un país soleado donde todos comían.

Zarparon de Trieste en un barco-hospital reconvertido. Todas las parejas casadas viajaban separadas y sólo podían reunirse en cubierta, a la luz del día. Después de fondear en Adelaida, los internaron en un campamento de viviendas semicilíndricas de metal, donde hombres vestidos de color caqui vociferaban órdenes en inglés. A veces, les parecía estar de nuevo en Europa.

Anteriormente, yo había captado un elemento de ferocidad en la obsesión de Arkadi por los ferrocarriles australianos. En aquella oportunidad me explicó el motivo.

A Ivan Volchok le dieron trabajo en una cuadrilla de mantenimiento de la línea Transcontinental, en mitad de la llanura de Nullarbor. Allí, entre las estaciones de Xanthus y Kitchener, sin esposa ni hijos, enloquecido por el sol y por la dieta de carne en conserva y té hervido en latas, se deslomaba reemplazando las traviesas del ferrocarril.

Un día lo devolvieron a Adelaida en una camilla. «Extenuado por el calor», dictaminaron los médicos, pero el ferrocarril no le pagó la indemnización justa. Otro médico dijo: «Tiene el corazón débil». Nunca volvió a trabajar.

Afortunadamente, la madre de Arkadi era una mujer capaz y decidida que, tras iniciarse con una parada callejera, montó un próspero negocio de frutas y verduras. Compró una casa en un suburbio del este. Leía novelas rusas a solas, y cuentos populares rusos en compañía de Arkasha y sus hermanos, y los domingos los llevaba

a la misa ortodoxa.

Su marido no tenía tantos recursos. En otra época había sido puro músculo y rebeldía. Ahora, envejecido, se paseaba por la tienda arrastrando los pies, molestaba a todos, se emborrachaba con su aguardiente casero y rumiaba melancólicamente el pasado.

Murmuraba incoherentemente acerca de un peral del jardín de su madre y de un amuleto que había ocultado en la bifurcación de las ramas. En Australia, decía, los árboles estaban medio muertos. En Rusia había árboles de verdad, que perdían sus hojas y volvían a vivir. Una tarde, Petró, el hermano de Arkadi, lo encontró talando su pino de Norfolk Island. Entonces se dieron cuenta de que algo muy grave sucedía.

A través de la embajada soviética en Canberra, consiguieron autorización para que él y Petró volvieran al terruño y visitaran su aldea, Gorniatskie. Vio a su hermana, el viejo samovar, los trigales, los abedules y un río perezoso. El peral había sido talado, hacía mucho tiempo, para hacer leña.

En el cementerio limpió las bardanas que sofocaban la tumba de sus padres y se quedó a escuchar el chirrido de la giraldilla herrumbrosa. Después de que hubo oscurecido cantaron todos, mientras sus sobrinos se turnaban para tocar la *bandura* familiar, un laúd ruso de tres cuerdas. El día previo a la partida, la KGB lo llevó a Rostov para interrogarlo. Repasaron su legajo una y otra vez, y le hicieron un montón de preguntas capciosas acerca de la guerra.

—Esa vez —comentó Arkadi—, mi padre se sintió muy dichoso de ver Viena; mucho más dichoso que la vez anterior.

Aquello había ocurrido hacía siete años. Ahora anhelaba nuevamente volver a Rusia. Sólo hablaba de la tumba de Gorniatskie. Sabían que quería morir allí y no sabían cómo arreglarlo.

—Aun en mi condición de occidental —dije—, sé lo que debe de sentir. Cada vez que visito Rusia, no veo la hora de irme. Y después no veo la hora de volver.

—¿Te gusta Rusia?

—Los rusos son gente estupenda.

—Lo sé —asintió tajantemente—. ¿Por qué?

—Es difícil decirlo —respondí—. Me gusta imaginar a Rusia como un país de milagros. Precisamente cuando temes lo peor, siempre ocurre algo maravilloso.

—¿Qué, por ejemplo?

—Generalmente cosas pequeñas. Cosas humildes. En Rusia la humildad es infinita.

—Te creo —dijo—. Acompáñame. Será mejor que nos vayamos.

## *Diez*

Era una noche clara, iluminada por la Luna. Sólo gracias a ésta se podía tomar un atajo por el Todd en condiciones seguras. Los aborígenes tenían el hábito de dormir la mona en el lecho del río. En medio de la oscuridad corrías el riesgo de tropezar con uno de ellos, que podía estar o no peligrosamente borracho.

Los troncos de los eucaliptos irradiaban un resplandor blanco: la riada del año anterior había arrancado varios de raíz. Sobre la otra margen del río se veían el casino y los faros de los coches que enfilaban hacia él. La arena era blanda y granulosa, y nos hundimos hasta los tobillos. Una figura desmelenada se alzó de entre los matorrales, masculló «¡Hijoputas!», y volvió a desaparecer con un ruido sordo y un crujido de ramas.

—¡Inofensivamente borracho! —exclamó Arkadi.

Encabezó la marcha contorneando el casino a lo largo de una calle flanqueada por casas recientemente construidas. Tenían placas solares sujetas a sus techos y había caravanas aparcadas en los caminos interiores. En el extremo final de la calle se levantaba una vieja y destartada casa de pioneros, sesgada respecto de las otras, con una galería ancha y telas mosquiteras. Desde el jardín llegaba el aroma de los franchipanieros y de la grasa chirriante.

Un hombre de barba gris llamado Bill, sin camisa y empapado en sudor, asaba bistecs y salchichas sobre una parrilla de carbón.

—¡Hola, Ark! —exclamó, blandiendo un tenedor.

—Hola, Bill —respondió Arkadi—. Éste es Bruce.

—Mucho gusto, Bruce —dijo Bill apresuradamente—. Servíos.

La esposa rubia de Bill, Janet, estaba sentada detrás de una mesa montada sobre caballetes, sirviendo ensalada. Tenía un brazo roto y escayolado. Sobre la mesa había varias botellas de vino y una palangana de plástico llena de hielo y de latas de cerveza.

Los insectos nocturnos revoloteaban en torno de un par de quinqués.

Los invitados se desplazaban por el jardín transportando la comida en platos de cartón; o estaban sentados en el suelo, formando grupos, y reían, o conversaban seriamente, instalados en sillas plegables. Había enfermeras, maestras, abogados, lingüistas, arquitectos. Supongo que todos trabajaban de una manera u otra con los aborígenes o en beneficio de ellos. Eran jóvenes y tenían piernas estupendas.

Había un solo aborigen presente: un hombre delgado, de pantaloncito blanco, con una barba que se abría en abanico hasta más abajo de su ombligo. Una joven mestiza estaba colgada de su brazo. La muchacha tenía el cabello fuertemente ceñido por un pañuelo de color lila. Él le permitía monopolizar la conversación.

La joven hablaba con voz quejumbrosa: de cómo el Ayuntamiento de Alice Town

se proponía prohibir que la gente bebiera en público.

—¿Cómo beberán los nuestros —preguntó—, si no les permiten hacerlo en público?

Entonces vi al pelma de gimnasio que avanzaba rectamente por el jardín. Se había puesto una camiseta con la leyenda de Derechos Territoriales y unos pantaloncitos de color verde eléctrico. Había que confesar que era bien parecido, dentro de su estilo avinagrado. Se llamaba Kidder. La nota estridente, ascendente, con que concluía sus oraciones, daba a cada uno de sus asertos, por muy dogmático que fuera, un sesgo vacilante y discutible. Habría sido un excelente policía.

—Como decía en la taberna —manifestó—, los días de ese tipo de investigación han llegado a su fin.

—¿Qué clase de investigación?

—Los aborígenes están hartos de que los espíen como si fueran animales enjaulados en el zoológico. Han decretado el fin.

—¿Quién lo ha decretado?

—Ellos —dijo—. Y los asesores de su comunidad.

—¿Uno de los cuales eres tú?

—Lo soy —asintió, modestamente.

—¿Ello significa que no puedo hablar con un aborígen sin antes solicitar tu autorización?

Adelantó el mentón, bajó los párpados y miró de reojo.

—¿Quieres ser iniciado? —preguntó.

Añadió que, si lo deseaba, me vería obligado a someterme a la circuncisión, en el caso de que no me hubiera sometido anteriormente a ella, y luego a la subincisión, que, como seguramente yo sabía, consistía en hacerse mondar y desollar la uretra con un cuchillo de piedra, como si fuera la piel de un plátano.

—Gracias —respondí—. Paso de eso.

—En cuyo caso —sentenció Kidder—, no tienes derecho a meter la nariz en asuntos que no te conciernen.

—¿Tú has sido iniciado?

—Yo... esto... yo...

—Te pregunté si tú has sido iniciado.

Se pasó los dedos por el pelo y adoptó un tono más cortés.

—Creo que deberé ponerte al tanto de determinadas decisiones políticas —manifestó.

—Cuéntame de qué se trata.

Explayándose sobre el tema, Kidder explicó que el conocimiento sagrado era el patrimonio cultural de los aborígenes. Todos los conocimientos de este tipo que almacenaban los blancos habían sido adquiridos mediante el engaño o la fuerza. Ahora serían «desprogramados».

—El conocimiento es el conocimiento —dijo—. No es tan fácil eliminarlo.

No estuvo de acuerdo.

«Desprogramar» el conocimiento sagrado, explicó, implicaba examinar los archivos en busca de materiales inéditos sobre los aborígenes. Luego se devolvían las páginas pertinentes a los «propietarios» legales. Esto significaba transferir los derechos de edición del autor de un libro al pueblo que dicho libro describía; devolver las fotografías a los fotografiados (o a sus descendientes); las cintas magnetofónicas a los grabados en ellas, y así sucesivamente.

Lo escuché hasta el fin, con suspiros de incredulidad.

—¿Y quién decidirá quiénes son esos «propietarios»? —inquirí.

—Tenemos medios para buscar ese tipo de información.

—¿Tus medios o los de ellos?

No contestó. En cambio saltó a otro tema y me preguntó si sabía qué era una *tjuringa*.

—Lo sé.

—¿Qué es una *tjuringa*?

—Una tabla sagrada —dije—. El *Sancta Sanctorum* del aborígen. O, si prefieres, su «alma».

La *tjuringa* es generalmente una placa con un extremo oval, tallada en piedra o madera de acacia, y cubierta de configuraciones que representan las andanzas de quien fue el antepasado en el Tiempo del Ensueño de su actual propietario. Según la ley aborígen, jamás se permitió que una persona no iniciada mirara una *tjuringa*.

—¿Alguna vez has visto una *tjuringa*? —preguntó Kidder.

—Sí.

—¿Dónde?

—En el Museo Británico.

—¿Te diste cuenta de que actuabas ilegalmente?

—Nunca oí tamaña necedad.

Kidder cruzó los brazos y estrujó una lata de cerveza vacía: *clu... unk*. Su pecho palpitaba como el de una paloma buchona.

—Por menos que eso muchos hombres fueron asesinados a lanzazos —sentenció.

Me tranquilizó ver que Arkadi se acercaba por el jardín. Tenía una pila de ensalada de coles en su plato y un hilo de mayonesa que le chorreaba por el mentón.

—Sabía que vosotros dos tendríais que conoceros —comentó sonriendo—. ¡Par de charlatanes!

Kidder frunció sus labios en una sonrisa tensa. Era una presa atractiva para las mujeres. Una muchacha morena, de aspecto vehemente, nos rondaba desde hacía varios minutos. Evidentemente, estaba ansiosa por conversar con él. No dejó escapar la oportunidad. Yo tampoco dejé escapar la mía: para evadirme y conseguir un poco de comida.

—Me debes una explicación —le dije a Arkadi—. ¿Quién es Kidder?

—Un chico rico de Sidney.

—Lo que quiero saber es qué papel desempeña en el movimiento de Derechos Territoriales.

—No desempeña ninguno y no es nadie. Tiene un avión, eso es todo. Vuela llevando mensajes de un lado a otro. Así se siente importante.

—Un palurdo volador —comenté.

—Es simpático —respondió Arkadi—. Eso me han dicho.

Fui a buscar otro poco de ensalada y me reuní con Marian. Estaba sentada sobre una alfombra y conversaba con un abogado. Se había puesto un vestido más desteñido y ajado que el anterior, con un estampado de crisantemos japoneses. Los harapos le sentaban bien. Los harapos eran su estilo. Todo lo que no fueran harapos le habría hecho parecer desaliñada.

Me ofreció ambas mejillas para que las besara y dijo que se alegraba de que yo fuera.

—¿A dónde?

—A Middle Bore —respondió—. Espero que vengas. ¿Vendrás?

—¿Tú también?

—Yo también —miró a Arkadi y frunció las cejas—. Soy la colaboradora del Gran Duque.

Me explicó que las mujeres aborígenes tienen sus propios ciclos de canciones, y por lo tanto, distintos lugares a los cuales proteger. Pocas personas se habían dado cuenta de ello hasta hacía poco tiempo, porque las mujeres eran mucho más reservadas con sus secretos que los hombres.

—De todos modos, es bueno que vengas —añadió, sonriendo—. Será divertido.

Me presentó al abogado.

—Bruce, éste es Hughie.

—Mucho gusto —dije.

Él correspondió a mi saludo con una lenta inclinación de cabeza.

Tenía el rostro pálido y ovalado, y una forma cortante y escrupulosa de pronunciar las sílabas. Y con sus pecas, sus gafas con montura de acero y el mechón de pelo ratonil que se le erizaba en la coronilla, parecía realmente el chico más espabilado de la escuela. Cuando la lámpara le iluminaba las facciones, se veía que tenía arrugas y estaba cansado.

Bostezó.

—¿No podemos buscar una silla, amigo? No aguanto un minuto más en pie y aborrezco sentarme en el suelo. ¿Tú no?

Encontré un par de sillas y nos sentamos. Mientras tanto, Arkadi y Marian se habían ido a otra parte para discutir los preparativos del viaje.

El abogado había pasado todo el día en los tribunales, defendiendo a un joven negro acusado de homicidio. El día siguiente también lo pasaría íntegramente en el



juzgado. Era neozelandés. Había estudiado en una escuela privada inglesa y la vocación por la abogacía se había apoderado de él mientras vivía en Londres.

Conversamos acerca del caso Lawson, que había sido visto en el tribunal de Alice. Lawson era un camionero al que la propietaria de un motel de la región interior le había negado un trago cuando estaba aparentemente borracho. Lawson había salido al encuentro del sol abrasador del mediodía, había desenganchado su remolque y, veinte minutos más tarde, había atravesado el bar con su camión a cincuenta kilómetros por hora, matando a cinco parroquianos e hiriendo a veinte.

Después del incidente, Lawson desapareció en la sabana y, cuando lo encontraron, dijo que no recordaba nada.

—¿Crees esa historia? —le pregunté.

—¿Si la creo? ¡Claro que la creo! *Mr.* Lawson es un hombre muy simpático y veraz, y su empresa lo tenía sobrecargado de trabajo. El error de su defensa consistió en que no estaba borracho, sino drogado.

—¿Con qué?

—Con anfetaminas, ¡pobre infeliz! Hacía cinco días que no dormía. Todos estos camioneros se alimentan con anfetaminas. ¡Se las echan en la boca como si fueran caramelos! Una, dos, tres, cuatro, cinco y... ¡Uiiii! Salen volando. No es raro que estuviera un poco mareado.

—¿Eso salió a relucir en la audiencia?

—Los cinco días, sí; las anfetaminas, no.

—¿Por qué no?

—¡Ni nombrarlas! ¿Las anfetaminas y el negocio del transporte en camiones? ¡Ni nombrarlo! Imagina si hubiera habido una investigación. Las anfetaminas son la respuesta de este país a la distancia. Sin ellas, estaría atascado.

—Es un país extraño —comenté.

—Lo es.

—Más extraño que los Estados Unidos.

—¡Mucho más! —asintió—. ¡Los Estados Unidos son un país joven! Joven, inocente y cruel. Pero este país es viejo. ¡Roca vieja! ¡Ésa es la diferencia! Viejo, exhausto y sabio. ¡Absorbente, para colmo! Chupa todo lo que viertas encima.

Hizo un ademán con su brazo blanco y flanco en dirección a la gente saludable y bronceada que ocupaba el jardín.

—¡Míralos! —exclamó—. Se creen jóvenes. Pero no lo son, entérate. Son viejos. ¡Nacieron viejos!

—Arkadi no —protesté—. Arkadi no me parece viejo.

—Ark es la excepción —dijo—. Creo que Arkadi debió de caer del cielo. Pero los restantes son viejos —prosiguió—. ¿Has observado los párpados de la gente joven de este país? Son párpados de viejos. Los despiertas y parecen faunos sorprendidos... ¡por un instante! Después vuelven a ser viejos.

—¿No será el efecto de la luz? —sugerí—. El resplandor de Australia que hace

añorar la oscuridad.

—Ark me dice que tienes toda clase de teorías interesantes sobre esto y lo de más allá. Un día me gustaría escucharlas, pero esta noche me siento sumamente cansado.

—Yo también.

—Esto no significa, desde luego, que yo no tenga unas cuantas teorías favoritas de mi propia cosecha. Supongo que ésa es la razón por la que estoy aquí.

—Es lo que me preguntaba.

—¿Qué?

—Qué es lo que haces aquí.

—Yo también me lo pregunto, amigo. Cada vez que me cepillo los dientes me formulo la misma pregunta. Pero ¿qué podría hacer en Londres? ¿Participar en mezquinos almuerzos remilgados? ¿Vivir en un bonito apartamento? No. No. No me sentaría nada bien.

—Pero ¿por qué aquí?

—Amo este lugar —respondí con tono pensativo—. La abstracción, ¿me entiendes?

—Creo que sí.

—Ideal para marsupiales, pero nunca para el hombre. La tierra, quiero decir. Impulsa a la gente a hacer las cosas más raras. ¿Has oído la historia de la chica alemana y su motocicleta?

—No.

—¡Un caso muy interesante! Una chica alemana guapa, sana. Alquila una motocicleta en una tienda de Todd Street. Compra un candado en una tienda de Court Street. Sale de la ciudad por la carretera de Larapinta y llega al desfiladero de Ormiston. Arrastra la motocicleta por el desfiladero, lo cual, como sabrás, si has estado alguna vez allí, es una proeza sobrehumana. Entonces, en mitad de lo que se podría denominar la nada absoluta, sujeta su pierna a la carrocería mediante el candado, arroja la llave lejos de sí, y se tumba a achicharrarse bajo el sol. ¡El impulso de tomar baños de sol llevado a la enésima potencia! ¡Quedaron los huesos mondos y lirondos! ¡Mondos y lirondos!

—¡Qué chocante!

—No —meneó la cabeza—. ¡Reconciliada! ¡Disuelta! Todo ello forma parte de mi pequeña teoría sobre Australia. Pero ahora no te aburriré con ella, porque me siento espantosamente cansado, de veras, y debería estar en la cama.

—Yo también —dije, y me puse en pie.

—¡Siéntate! —exclamó—. ¿Por qué vosotros los *poms* debéis tener siempre tanta prisa?

Sorbió su vino. Nos quedamos callados uno o dos minutos, y entonces prosiguió:

—Sí, es un lugar estupendo para extraviarse en él. Extraviarte en Australia te da una encantadora sensación de seguridad —dijo y se levantó de un salto—. Y ahora —añadió— ¡sencillamente debo irme! Ha sido muy agradable conversar contigo y estoy

seguro de que volveremos a hacerlo. ¡Buenas noches!

Se alejó hacia el portalón del jardín, saludando con una inclinación de cabeza a todas las personas con que se cruzaba y diciéndoles «¡Buenas noches!». Fui a reunirme con Arkadi y Marian.

—¿Qué piensas de Hughie? —preguntó él.

—¡Qué bicho raro!

—Es un excelente abogado —afirmó—. Hace desternillar de risa al tribunal.

—Ahora me largo —dije—. Tú no te muevas. Mañana pasaré por el despacho.

—Todavía no te irás —respondió—. Hay una persona a la que quiero que conozcas.

—¿De quién se trata?

—De Dan Flynn —señaló al aborigen barbudo.

—¿El padre Flynn?

—Él mismo —asintió Arkadi—. ¿Conoces su historia?

—Sí.

—¿Cómo?

—Se la oí a un irlandés, el padre Terence.

—Nunca lo oí nombrar.

—No me extraña —manifesté—. Es un ermitaño. Él me dijo que buscara a Flynn. Arkadi echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Todos quieren buscar al padre Dan —comentó—. Hasta que los manda a hacer puñetas. Si le caes simpático, aprenderás muchas cosas. Si no le caes simpático... te lo hará saber.

—Sí. Me advirtieron que es un tipo difícil.

## Once

Rara vez, en el curso de sus desvelos misioneros, la Iglesia católica de Australia pudo haber tropezado con un caso tan difícil como el del padre Flynn.

Había sido un expósito, que una madre desconocida había abandonado en la tienda de un irlandés, en Fitzroy Crossing. A los seis años lo enviaron a la Misión Benedictina de Cygnet Bay, donde se negó a jugar con otros niños negros, aprendió a colaborar en la misa, y adquirió el hábito de hacer preguntas, acerca del dogma, en una suave jerga irlandesa ceremoniosa. Un día, recitó impecablemente los nombres de todos los papas, desde san Pedro hasta Pío XII. Los padres interpretaron esto como una prueba de su devoción a Cristo.

Le enseñaron latín y lo alentaron a tomar las órdenes sagradas. Se hizo cargo de él el miembro más anciano de la misión, un chiflado aparentemente inofensivo, el padre Herzog, quien había estudiado etnografía y le enseñó los rudimentos de la religión comparada.

Flynn recibió las órdenes sagradas en 1969. Fue a Roma. Paseó con sus compañeros de seminario por los montes Albanos. Tuvo una audiencia con el Santo Padre que duró aproximadamente un minuto y cuarto. Cuando regresó a Australia, la Orden resolvió que sería el primer aborigen que se haría cargo de su propia misión.

El lugar elegido fue Roe River, en los montes Kimberleys. Y para que se pertrechara debidamente, lo enviaron a recibir las enseñanzas de dos veteranos, los padres Subirós y Villaverde, en otra avanzada benedictina: Boongaree.

El padre Subirós —a quien yo habría de conocer más tarde en el monasterio donde estaba retirado— era un hombre de carácter dulce: bajo, gordo, catalán y estudioso. El padre Villaverde era un extremeño curtido, de Trujillo. Habían convivido durante cincuenta años, en el transcurso de los cuales habían sufrido riadas, hambre, enfermedades, motines, un bombardeo japonés y muchas otras embestidas del diablo.

Boongaree estaba a una hora de marcha de la costa. Roe River, en cambio, se hallaba a unos doscientos cincuenta kilómetros tierra adentro, y las lluvias podían aislarlo durante tres o más meses. Ninguna de las dos era una misión en el sentido estricto de la palabra, sino haciendas que la Orden había comprado por una bicoca en 1946 y que pretendían ser áreas de refugio para las tribus cuyas tierras habían sido usurpadas por los criadores de ganado. Ambas resultaron ser inversiones muy sólidas.

El padre Villaverde, que provenía de la tierra natal de los Pizarro, se sintió obligado a asumir el papel de conquistador. Afirmaba que era inútil esforzarse por impresionar a los paganos con actos de amor, cuando lo único que entendían era la fuerza. Les prohibió cazar e incluso cultivar huertos. Su única esperanza de salvación económica residía en que se dejaran inculcar la afición a montar a caballo.

Separaba a los niños pequeños del regazo de su madre y los sentaba sobre la silla de un potro. Nada le producía mayor regocijo que cargar por la sabana al frente de su tropa de jóvenes temerarios. Los sábados por la tarde presidía actividades deportivas que incluían competiciones de velocidad, torneos de lucha, y certámenes en los que los jóvenes arrojaban la lanza y el bumerán... y él participaba en todo. Era un atleta nato, y aunque tenía más de setenta años, disfrutaba de las oportunidades para exhibir su contextura física superior, europea. Los negros, que sabían cómo darle gusto, controlaban su fuerza, le permitían ganar, lo coronaban con la guirnalda del vencedor y lo transportaban en hombros a sus aposentos.

Todos los antropólogos, periodistas y demás entrometidos tenían vedada la entrada a la misión. Prohibía las ceremonias «tradicionales». Sobre todo, con una suerte de envidia clerical, odiaba que los chicos salieran en busca de esposa. Cuando salían de la misión e iban a Broome o Fitzroy Crossing, se contagiaban el lenguaje obsceno, las enfermedades malignas y el gusto por el alcohol. Así que, tras hacer todo lo posible por evitar que se fueran, hacía todo lo posible por evitar que volvieran.

Los negros creían que hacía esfuerzos deliberados por limitar el crecimiento de la población aborígen.

Nunca fui a ninguna de las dos misiones: cuando llegué a Australia, hacía siete años que las habían cerrado. Sólo recibí estas informaciones de boca del padre Terence, quien, cuando Flynn arribó a Boongaree, vivía más o menos a un kilómetro y medio del caserío, en una choza de hojas y ramas.

El padre Villaverde odió a Flynn desde que lo vio por primera vez, y lo sometió a toda clase de suplicios. Lo hacía vadear el río desbordado con el agua hasta el cuello, castrar toros y fregar las letrinas. Lo acusaba de mirar a las hermanas enfermeras españolas durante la misa, cuando habían sido ellas —pobres aldeanas enviadas como ganado desde un convento próximo a Badajoz— quienes lo habían estado espionando a él.

Un día, mientras los españoles guiaban a un potentado tejano por la misión, la esposa de éste se empeñó en fotografiar a un patriarca de barba blanca que estaba sentado en el polvo, con las piernas cruzadas y desabotonado. El viejo se puso furioso. Lanzó un gargajo perfecto, que cayó a los pies de la dama. Pero ella se puso a la altura de las circunstancias, se disculpó, arrancó la película de la cámara, y mientras hacía una reverencia con aires de Dama de la Abundancia, preguntó:

—¿Hay algo que pueda enviarle de los Estados Unidos?

—Claro que sí —exclamó el anciano—. ¡Cuatro todoterrenos Toyota!

El padre Villaverde quedó horrorizado. Para este auténtico caballero, el motor de combustión interna era un anatema. Alguien debía de haber estado sembrando la discordia. Sus sospechas recayeron sobre el padre Flynn.

Más o menos un mes más tarde, interceptó una carta del Departamento de Asuntos Aborígenes de Canberra, en la que éste agradecía al Consejo de Boongaree el pedido de un todo-terreno. La solicitud sería puesta a consideración.

—¿Y qué es el Consejo de Boongaree? —chilló el padre Villaverde.

El padre Flynn cruzó los brazos, esperó que terminara la andanada, y respondió:

—El Consejo somos nosotros.

A partir de aquel día se declaró la guerra abierta.

Durante el torneo deportivo del sábado siguiente, justo cuando el padre Villaverde acababa de arrojar la lanza ganadora, Flynn salió de atrás de la capilla, vestido con una sotana blanca y empuñando una lanza que había sido frotada con ocre de color rojo. Hizo una seña a los espectadores para que le dejaran espacio y, con un movimiento de muñeca que aparentemente no le costó ningún esfuerzo, despidió el arma a gran altura.

El trayecto recorrido duplicó con creces el del español... quien se fue furioso a la cama.

He olvidado los nombres de las tres tribus que acampaban alrededor de la misión. El padre Terence los garrapeó sobre un trozo de papel, pero lo he perdido. Lo que sí recuerdo es que la Tribu A era amiga y aliada de la Tribu B, y que ambas eran enemigas a muerte de los hombres de la Tribu C, quienes, acorralados y privados de su fuente proveedora de mujeres, corrían peligro de extinguirse.

Los tres campamentos estaban a igual distancia de los edificios de la misión: cada tribu miraba en dirección a su antiguo terruño. Las contiendas sólo estallaban después de un período de desafíos y acusaciones de brujería. Sin embargo, por un acuerdo tácito, ninguno de los aliados se sumaba al otro para luchar contra el enemigo común. Las tres tribus reconocían a la misión propiamente dicha como terreno neutral.

El padre Villaverde prefería disculpar estos derramamientos periódicos de sangre: mientras los salvajes se obstinaban en desconocer el Evangelio, estarían condenados a seguir luchando entre sí. Además, el papel de pacificador satisfacía su vanidad. Apenas oía gritos, corría al escenario del combate, se abría paso entre las lanzas entrechocadas y, con el mismo ademán con que Cristo había apaciguado las aguas, exclamaba «¡Deteneos!»... y los guerreros volvían cabizbajos a sus moradas.

El juez supremo de la Tribu C tenía un nombre inolvidable: Cheekybugger Tabagee. En su juventud había sido un experto rastreador y había guiado grupos de exploradores por los Kimberleys. Ahora aborrecía a todos los hombres blancos y, en treinta años, nunca había dirigido una palabra a los españoles.

Cheekybugger tenía unas dimensiones colosales, pero estaba viejo, artrítico, y cubierto con las escaras de una enfermedad de la piel. Las piernas no le respondían. Se sentaba en la semipenumbra de su choza y dejaba que los perros le lamieran las llagas.

Sabía que se estaba muriendo, y eso lo encolerizaba. Había visto cómo los jóvenes se iban, o se desquiciaban, uno por uno. Pronto no quedaría nadie, ya fuera para cantar las canciones o para dar sangre en las ceremonias.

De acuerdo con las creencias aborígenes, la tierra a la que no le cantan es una tierra muerta. Por lo tanto, si se olvidaban las canciones, la tierra misma moriría. Permitirlo sería el peor de los crímenes, y fue esta idea amarga la que lo indujo a comunicar sus canciones al enemigo... condenando así a su pueblo a la paz perenne, lo cual, por supuesto, entrañaba una decisión mucho mucho más grave, que la de conspirar para la guerra perpetua.

Hizo llamar a Flynn y le pidió que actuara como mediador.

Flynn fue de un campamento a otro, discutió, exhortó y finalmente encontró una fórmula. El obstáculo era de tipo protocolario.

Cheekybugger había iniciado las negociaciones. Según la ley, era él quien debía transmitir personalmente las canciones. Pero ¿cómo lo haría? No podía caminar. No se dejaba transportar en brazos. Se rió cuando le ofrecieron un caballo. Por último, Flynn dio en la tecla: le pidió prestada una carretilla al cocinero malayo que cultivaba el huerto.

La procesión partió entre las dos y las tres de una despejada tarde abrasadora, cuando las cacatúas estaban mudas y los españoles roncaban en medio de la siesta. Cheekybugger iba a la cabeza en la carretilla, que empujaba su primogénito. Su *tjuringa*, que ahora se proponía prestar al enemigo, descansaba sobre su rodilla, envuelta en papel de periódico. Los otros lo seguían en fila india.

En un lugar situado allende la capital, dos hombres, de las tribus A y B, salieron de entre los matorrales y escoltaron a la columna hasta el punto de la «transacción».

Flynn iba rezagado, con los ojos semicerrados, y parecía un hombre en trance. Pasó junto al padre Terence sin dar muestras de haberlo reconocido.

—Vi que estaba «desconectado» —me explicó el padre Terence—. Y me di cuenta de que iba a pasar algo malo. Pero era todo muy conmovedor. Por primera vez en mi vida tuve una visión de la paz en la tierra.

Aproximadamente a la hora del crepúsculo, una de las hermanas enfermeras tomó un atajo por la maleza y oyó un bordoneo de voces y el *tak... tak...* de los bumeranes entrechocados. Corrió a informar de ello al padre Villaverde.

Éste fue de prisa a interrumpir la reunión. Flynn salió de atrás de un árbol y le advirtió que no se entrometiera.

Después de la riña, la gente dijo que Flynn se limitó a cerrar los dedos sobre las muñecas de su atacante y a sujetarlas. Sin embargo, esto no impidió que el padre Villaverde escribiera una carta tras otra a sus superiores, en las que denunciaba que lo habían agredido sin motivo y exigía que expulsaran del cuerpo de la Iglesia a ese acólito de Satanás.

El padre Subirós le aconsejó que no las enviase. Los grupos de presión aborígenes ya estaban negociando con las autoridades la clausura de las misiones. Flynn no había participado en el rito pagano: sólo había actuado como pacificador. ¿Qué sucedería si se enteraba la prensa? ¿Y si se divulgaba que dos viejos españoles habían fomentado una guerra tribal?

El padre Villaverde capituló, a regañadientes, y en octubre de 1976, dos meses antes de las grandes lluvias, Flynn partió para hacerse cargo de Roe River. El titular relevado de la misión se negó a recibirlo y partió rumbo a Europa para disfrutar de su año de descanso. Llegaron las lluvias... y se hizo el silencio.

En algún tramo de la cuaresma, el obispo católico de los Kimberleys se comunicó por radio con Boongaree para confirmar o desmentir un rumor de que Flynn había «vuelto a la naturaleza», a lo cual el padre Villaverde contestó: «¡Nunca salió de ella!».

El primer día apropiado para viajar en avión, el obispo voló en su Cessna con el benedictino a Roe River, y allí inspeccionaron los daños «como dos políticos conservadores en la escena de una explosión terrorista».

En la capilla reinaba el desorden. Los edificios habían sido transformados en leña y calcinados. Los corrales estaban vacíos y había huesos de reses carbonizados por todas partes.

—Nuestra obra en Australia ha tocado a su fin —sentenció el padre Villaverde.

Entonces a Flynn se le fue la mano. Pensó que el movimiento de Derechos Territoriales avanzaba más rápidamente de lo que la realidad autorizaba a suponer. Algunos izquierdistas le aseguraron que las misiones de todo el país serían entregadas a los negros, y él lo creyó. Rehuyó el compromiso. El padre Villaverde jugó su baza.

El conflicto tocó a la Iglesia en su punto más sensible: el económico. No era de dominio público que tanto Boongaree como Roe River habían sido financiados con capitales que procedían inicialmente de España. Un banco de Madrid retenía los títulos como prenda. Para bloquear cualquier tentativa de confiscación, la Iglesia vendió ambas misiones, en secreto, a un hombre de negocios norteamericano, quien las incorporó al patrimonio de una corporación multinacional.

Hubo una campaña de prensa en favor de su devolución. Los norteamericanos amenazaron con cerrar una fundición que no daba beneficios, al norte de Perth, lo cual habría implicado la pérdida de quinientos puestos de trabajo. Intervinieron los sindicatos. La campaña amainó. Los aborígenes fueron dispersados, y Dan Flynn, como se hacía llamar, se fue a vivir con una chica en Broome.

Se llamaba Goldie. Entre sus antepasados había malayos, koipangers, japoneses, escoceses y aborígenes. Su padre había sido pescador de perlas y ella era dentista. Antes de mudarse al apartamento de Goldie, Flynn escribió una carta al Santo Padre, en impecable latín, para pedirle que lo dispensara de sus votos.

La pareja se trasladó a Alice Springs y militaba en el movimiento político aborígen.



## Doce

El exbenedictino estaba rodeado por media docena de admiradores en la zona más oscura del jardín. La luz de la Luna se reflejaba sobre la protuberancia de sus arcos superciliares, y las tinieblas devoraban su rostro y su barba. Su amiga estaba sentada a sus pies. De cuando en cuando, ella estiraba su largo y hermoso cuello sobre el muslo de Flynn, y él extendía un dedo y le hacía cosquillas.

Innegablemente, se trataba de un tipo difícil. Cuando Arkadi se acuclilló junto a la silla y le explicó lo que yo deseaba, oí que Flynn mascullaba:

—¡Jesús, otro no!

Debí esperar cinco minutos, ni uno menos, hasta que se dignó girar la cabeza hacia mí. Entonces preguntó con voz opaca, irónica:

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí —respondí, con tono nervioso—. Me interesan los Trazos de la Canción.

—¿De veras?

Su presencia era tan imponente que, dijeras lo que dijeras, tenías la certeza de hacer un papel ridículo. Procuré despertar su interés por diversas teorías sobre los orígenes evolutivos del lenguaje.

—Algunos lingüistas —dije—, opinan que el primer lenguaje fue la canción.

Desvió la vista y se acarició la barba.

Luego ensayé otro recurso y describí cómo las comunidades gitanas se comunican a través de distancias colosales cantando por teléfono versos secretos.

—¿Eso hacen?

Antes de ser iniciado, proseguí, el joven gitano debía aprender de memoria las canciones de su clan, los nombres de sus parientes, y cientos de números de teléfono internacionales.

—Los gitanos —comenté—, son probablemente los mejores expertos del mundo en interferencias telefónicas.

—No veo qué relación existe entre los gitanos y nuestro pueblo —respondió Flynn.

—Los gitanos también se ven a sí mismos como cazadores —expliqué—. El mundo es su coto de caza. Los colonos son las presas fáciles. La palabra que los gitanos utilizan para designar al «colono» es la misma que utilizan para designar la carne.

Flynn se volvió para mirarme a la cara.

—¿Sabe cómo llama nuestra gente al hombre blanco? —preguntó.

—Carne —sugerí.

—¿Y sabe cómo llaman a un cheque de los servicios de asistencia social?

—También carne.

—Traiga una silla —dijo—. Quiero hablar con usted.

Acerqué la silla que había ocupado antes y me senté junto a él.

—Lamento haber sido un poco ofensivo —se disculpó—. Debería ver a los chalados con los que tengo que tratar. ¿Qué bebe?

—Tomaré una cerveza —contesté.

—Otras cuatro cervezas —le dijo Flynn a un chico de camisa anaranjada.

El chico corrió prestamente a buscarlas.

Flynn se inclinó hacia adelante y susurró algo en el oído de Goldie. Ella sonrió y él habló.

Los hombres blancos, explicó en primer lugar, cometían todos el error de suponer que, puesto que los aborígenes eran nómadas, no podían tener un sistema de tenencia de tierra. Esto era falso. Los aborígenes, eso sí, no atinaban a imaginar el territorio como un bloque de tierra limitado por fronteras, sino que lo veían más bien como una red intercomunicada de «líneas» o «caminos de paso».

—Todas nuestras palabras que significan «terruño» —manifestó—, son idénticas a las que significan «línea».

Ello tenía una explicación sencilla. La mayor parte de la llanura interior de Australia era un matorral árido o un desierto donde la lluvia siempre caía muy esporádicamente y donde a un año de abundancia podían seguirlo siete de penuria. Desplazarse por semejante paisaje equivalía a sobrevivir; permanecer en el mismo lugar era suicida. La definición del «terruño propio» de un hombre era «el lugar donde no tengo que pedir». Sin embargo, el sentirse «cómodo» en dicho terruño dependía de la posibilidad de abandonarlo. Todos esperaban contar con no menos de cuatro «vías de salida» por las cuales se pudiera transitar en caso de crisis. Cada tribu —le gustara o no— debía cultivar relaciones con su vecina.

—De modo que si A tenía frutos —prosiguió Flynn—, B tenía patos y C tenía un yacimiento de ocre, había reglas formales para intercambiar estos bienes, y rutas formales por donde se encauzaba el comercio.

Lo que los blancos llamaban el «andariego» era, en la práctica, una especie de telégrafo-de-la-sabana-complementado-con-mercado-de-valores, que difundía mensajes entre pueblos que nunca se veían entre sí y que podían ignorar sus respectivas existencias.

—Este comercio —explicó—, no era el comercio tal como lo conocéis los europeos. ¡Nada de comprar y vender por lucro! El comercio de nuestro pueblo era siempre simétrico.

Los aborígenes pensaban, en general, que todos los «bienes» eran potencialmente malignos y que redundaban en perjuicio de sus poseedores si no estaban constantemente en movimiento. Los «bienes» no tenían por qué ser comestibles, ni útiles. Lo que la gente prefería era permutar cosas inútiles, o cosas con las que podía autoabastecerse: plumas, objetos sagrados, cinturones de pelo humano.

—Lo sé —interrumpí—. Algunos canjeaban sus cordones umbilicales.

—Veo que se ha estado informando.

Los «bienes de intercambio», continuó, debían interpretarse más bien como fichas de negociación de un juego gigantesco, en el cual todo el continente era el tablero de juego y todos sus habitantes los participantes. Los «bienes» eran símbolos de intención: de volver a comerciar, de volver a encontrarse, de fijar fronteras, de concertar casamientos mixtos, de cantar, bailar, compartir recursos y compartir ideas.

Una concha podía pasar de mano en mano, desde el mar de Timor hasta el Bight, por «caminos» heredados desde el comienzo de los tiempos. Estos «caminos» seguían la línea de los pozos de agua inagotables. Los pozos de agua, a su vez, eran los centros ceremoniales donde se congregaban los hombres de las diferentes tribus.

—¿Para lo que ustedes llaman *corroborees*, las festividades nocturnas?

—Ustedes los llaman así —respondió—. No nosotros.

—Está bien —asentí—. ¿Dice que la ruta comercial siempre sigue el curso de un Trazo de la Canción?

—La ruta comercial es el Trazo de la Canción —afirmó Flynn—. Porque el principal medio de intercambio son las canciones, no los objetos. Comerciar con «objetos» es la consecuencia secundaria del intercambio de canciones.

Antes de que llegaran los blancos, añadió, en Australia nadie carecía de tierra, porque todos y todas heredaban, como propiedad privada, un tramo de la *Canción del Antepasado* y el tramo de terreno sobre el cual discurría la canción. Los versos de cada individuo eran sus títulos de propiedad sobre el territorio. Podía prestárselos a otro. Podía tomar prestados otros versos en canje. Lo único que no podía hacer era venderlos o deshacerse de ellos.

¿Y si los Ancianos del clan de la Serpiente Pitón resolvían que era hora de cantar su ciclo de canciones desde el comienzo hasta el fin? Se despachaban mensajes, camino arriba y camino abajo, convocando a los dueños de canciones para que se congregaran en el Lugar Grande. Entonces, cada «propietario» cantaba, cuando le llegaba el turno, su tramo de las huellas del Antepasado. ¡Siempre en el orden correcto!

—Cantar un verso fuera de lugar —manifestó Flynn con talante ceñudo—, era un crimen. Generalmente se castigaba con la pena de muerte.

—Lo entiendo —asentí—. Sería el equivalente musical de un terremoto.

—Peor —sentenció con cara torva—. Implicaría «descrear» la Creación.

Allí donde había un Lugar Grande, continuó, existía la posibilidad de que convergieran los otros Ensueños. De modo que en uno de los *corroborees* podían participar cuatro clanes totémicos distintos, de cualquier cantidad de tribus diferentes, todos los cuales intercambiarían cantos, danzas, hijos e hijas, y se concederían mutuamente «derechos de paso».

—Cuando pase más tiempo aquí —comentó, volviéndose hacia mí—, oiré la expresión «adquirir conocimiento ritual».

Todo ello significaba que el individuo estaba ampliando su mapa de canciones.

Estaba expandiendo sus opciones, explorando el mundo a través de la canción.

—Imagine a dos hermanos negros que se encuentran por primera vez en una taberna de Alice —dijo—. Uno ensayará un Ensueño. El segundo ensayará otro. Entonces es seguro que algo encajará...

—Y ése —intervino Arkadi—, será el comienzo de una hermosa amistad en torno a la botella.

Todos rieron al oírlo, menos Flynn, que continuó hablando.

La clave siguiente, manifestó, consistía en entender que todo ciclo de canciones saltaba a través de las barreras idiomáticas, independientemente de tribus o fronteras. La huella de un Ensueño podía nacer en el Noroeste, cerca de Broome; desovillar su trayecto a través de veinte o más lenguas; y desembocar en el mar cerca de Adelaida.

—Y sin embargo —dije—, es la misma canción.

—Los nuestros —dictaminó Flynn—, afirman que reconocen una canción por su «sabor» o su «olor»... y a lo que se refieren, por supuesto, es a la «cadencia». La cadencia sigue siendo siempre la misma, desde los primeros acordes hasta el final.

—La letra puede cambiar —volvió a interrumpirlo Arkadi—, pero la melodía perdura.

—¿Eso significa que un joven andariego podría cantar su camino de un extremo a otro de Australia con la única condición de que pudiera tararear la melodía correcta? —inquirí.

—Teóricamente, sí —asintió Flynn.

Alrededor del 1900, un habitante de Arnhemland atravesó el continente a pie en busca de esposa. Se casó en la costa sur y volvió caminando con su esposa y su flamante cuñado. Luego el cuñado se casó con una chica de Arnhemland y la llevó andando hasta el sur.

—Pobres mujeres —comenté.

—Es la aplicación práctica del tabú del incesto —explicó Arkadi—. Si quieres sangre fresca, tienes que caminar para conseguirla.

—Pero en la práctica —continuó Flynn—, los ancianos le aconsejarían al joven que no atravesase más de dos o tres «paradas» del camino.

—¿Qué se entiende por «parada»? —pregunté.

La «parada», respondió, era el «punto de transferencia» donde la canción dejaba de pertenecerte, donde ya no tenías la responsabilidad de vigilarla ni la facultad de prestarla. Cantabas hasta el final de tus versos, y allí estaba la frontera.

—Entiendo —murmuré—. Como si fuera una frontera internacional. Las señales de la ruta están escritas en otro idioma, pero la carretera es la misma.

—Más o menos —replicó Flynn—. Pero su alegoría no capta la belleza del sistema. Aquí no hay fronteras: sólo caminos y «paradas».

Suponga que abarca un área tribal como la de Aranda Central. Suponga que entran y salen de ella seiscientos Ensueños entretejidos. Esto significa que hay mil doscientos «puntos de transferencia» marcados alrededor del perímetro. Un

antepasado del Tiempo del Ensueño ha cantado cada «parada» para ponerla en su lugar: por lo tanto, su posición en el mapa de la canción es inmutable. Pero como cada uno es obra de un antepasado distinto, no hay manera de enhebrarlos lateralmente para formar una frontera política moderna.

Una familia aborígen, manifestó, podría tener cinco hermanos cabales, cada uno de los cuales podría pertenecer a un clan totémico distinto, con diferentes lealtades dentro y fuera de la tribu. A decir verdad, los aborígenes tenían luchas y *vendettas* y enemistades familiares, pero siempre para reparar algún desequilibrio o sacrilegio. Nunca les habría entrado en la cabeza la idea de invadir el territorio del vecino.

—Todo esto se traduce en algo muy parecido al canto de un pájaro —comenté, con tono vacilante—. Los pájaros también cantan sus demarcaciones territoriales.

Arkadi, que había estado escuchando con la frente apoyada sobre las rodillas, levantó la cabeza y me miró.

—Me preguntaba cuándo llegarías a esa conclusión.

Entonces Flynn remató la conversación con un bosquejo del problema que había quitado el sueño a muchos antropólogos: el de la doble paternidad.

Los primeros exploradores de Australia informaron de que los aborígenes no establecían ninguna relación entre el acto sexual y la concepción: una prueba, por si no hubiera bastantes, de su mentalidad irremediablemente «primitiva».

Esto era, por supuesto, un disparate. Todo hombre sabía muy bien quién era su padre. Sin embargo existía, además, una suerte de paternidad paralela que vinculaba su alma a un punto específico del paisaje.

Se pensaba que al cantar su camino por el territorio, cada antepasado había dejado un rastro de «células de vida» o «hijos espirituales» a lo largo de su sucesión de pisadas.

—Una especie de esperma musical —comentó Arkadi, lo que hizo reír nuevamente a todos. Esta vez incluso a Flynn.

Se suponía que la canción descansaba sobre el terreno formando una cadena ininterrumpida de dísticos: un dístico por cada par de pisadas del antepasado, y formado, cada uno, por los nombres que él «sembraba» al caminar.

—¿Un nombre a la derecha y otro a la izquierda?

—Sí —respondió Flynn.

Lo que debías imaginar era a una mujer ya embarazada que trajina en el curso de su faena cotidiana de recolectora. De pronto, pisa un dístico, el «hijo espiritual» brinca —a través de la uña del dedo gordo, para subir por la vagina, o introduciéndose en una callosidad de su pie— y se remonta hasta la matriz, y fecunda al feto con la canción.

—La primera patada del niño —dijo—, corresponde al momento de la «concepción espiritual».

La madre en ciernes marca entonces el lugar y corre en busca de los Patriarcas. Ellos interpretan la configuración del terreno y deciden qué antepasado transitó por

allí, y qué estrofas forman el patrimonio privado del niño. Le reservan un «sitio de concepción» que coincide con el jalón visible más próximo del Trazo de la Canción. Marcan su *tjuringa* en el depósito de *tjuringas*...

El ruido de un reactor que volaba a baja altura ahogó la voz de Flynn.

—Norteamericano —manifestó Marian, amargamente—. Sólo vuelan por la noche.

Los norteamericanos tienen una base de rastreo espacial en Pine Gap, en los MacDonnells. Cuando llegas en avión a Alice, ves una sonda blanca y un conglomerado de instalaciones. En Australia nadie parece saber qué es lo que sucede exactamente allí. Ni siquiera el primer ministro. Nadie sabe qué funciones cumple Pine Gap.

—Jesús, qué siniestro —añadió Marian, con un estremecimiento—. Ojalá se vayan.

El piloto aplicó los frenos aerodinámicos y el avión de transporte carreteó más lentamente por la pista.

—Se irán —sentenció Flynn—. Algún día tendrán que irse.

Nuestro anfitrión y su esposa habían retirado las sobras y se habían ido a dormir. Vi que Kidder se acercaba por el jardín.

—Será mejor que me vaya ya —anunció, dirigiéndose a los presentes—. Debo ir a elaborar mi plan de vuelo.

Por la mañana volaría a Ayer's Rock, por algo relacionado con la Reinvidicación Territorial de aquella localidad.

—Salúdalo de mi parte —dijo Flynn, sarcásticamente.

—Nos veremos, camarada —Kidder se volvió hacia mí.

—Nos veremos —contesté.

Su reluciente todoterreno negro estaba aparcado en el camino interior. Encendió los faros e iluminó a toda la gente que estaba en el jardín. Aceleró el motor estrepitosamente y dio marcha atrás hasta la calle.

—¡Se ha ido el gran jefe blanco! —exclamó Flynn.

—Qué tío imbécil —comentó Marian.

—No seas mala —la contradijo Arkadi—. En el fondo es una buena persona.

—Nunca exploro hasta allí.

Entretanto, Flynn se había inclinado sobre su chica y la besaba, cubriéndole la cara y el cuello con las alas negras de su barba.

Era hora de irse. Le di las gracias. Me estrechó la mano. Le transmití los saludos del padre Terence.

—¿Cómo está?

—Bien —respondí.

—¿Sigue en su choza?

—Sí. Pero dice que la va a dejar.

—El padre Terence —afirmó Flynn—, es un hombre bueno.

## Trece

De vuelta en el motel, estaba semidormido cuando golpearon a mi puerta.

—¿Bru?

—Sí.

—Soy Bru.

—Lo sé.

—¡Oh!

Este otro Bruce había ocupado el asiento contiguo al mío en el autocar en el que había viajado desde Katherine. Él venía de Darwin, donde acababa de romper con su esposa. Buscaba trabajo en una cuadrilla de peones camineros. Echaba mucho de menos a su mujer. Tenía un vientre prominente y no era muy espabilado.

En Tennant Creek, había dicho: «Tú y yo podríamos ser socios, Bru. Podría enseñarte a pilotar una excavadora». En otra oportunidad había comentado, con más afecto: «No eres un *pom* plañidero, Bru». Ahora, ya muy pasada la medianoche, estaba frente a mi puerta gritando:

—Bru.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres salir a pillar una curda?

—No.

—¡Oh!

—Podríamos ligar con unas tías —insistió.

—¿De veras? ¿A esta hora de la noche?

—Y que lo digas, Bru.

—Vete a la cama —respondí.

—De acuerdo, buenas noches, Bru.

—¡Buenas noches!

—¿Bru?

—¿Y ahora qué quieres?

—Nada —murmuró y se alejó, arrastrando por el corredor sus sandalias de goma con un ruido semejante a *shlip... shlip...*

En la calle, frente a mi habitación, había una lámpara de sodio, y un borracho vomitaba sobre la acera. Me volví hacia la pared y procuré dormir, pero no pude dejar de pensar en Flynn y su chica.

Recordaba haber estado sentado con el padre Terence en su playa desierta, y que él me había dicho:

—Ojalá sea una mujer tierna.

Flynn, agregó, era un hombre de pasiones descomunales.

—Si es tierna, no pasará nada. Una mujer dura podría ponerlo en aprietos.

—¿Qué clase de aprietos? —inquirí.

—Apretos revolucionarios, o algo por el estilo. Flynn debería perpetrar un acto muy anticristiano y sólo eso podría transformarlo. Pero no si la chica es tierna...

El padre Terence había encontrado su Tebaida en las costas del mar de Timor.

Vivía en una ermita remendada con chapas acanaladas y encalada, y construida entre montes de pandanáceas sobre una duna de arena blanca farinácea. Había sujetado las paredes con cables para impedir que un ciclón se llevara las chapas. Encima del techo se alzaba una cruz, cuyos brazos consistían en dos trozos de un remo roto, amarrados entre sí. Hacía siete años que residía allí, desde la clausura de Boongaree.

Yo me acerqué desde tierra adentro. Divisé la choza desde bastante lejos, a través de los árboles, recortada contra el sol en lo alto de la duna. En el prado que había al pie pastaba un toro de raza cebú. Pasé frente a un altar de lajas de coral y a un crucifijo suspendido de una rama.

La duna había crecido hasta superar la altura de las copas de los árboles y, al escalar la ladera, escudriñé el territorio interior por encima de una planicie lisa y arbolada. En dirección al mar, las dunas formaban ondulaciones salpicadas de espigas silvestres, y a lo largo de la margen septentrional de la bahía se prolongaba una angosta franja de mangles.

El padre Terence tecleaba en una máquina de escribir. Lo llamé por su nombre. Salió en pantaloncitos, volvió a entrar, y reapareció con una sucia sotana blanca. Se preguntó qué me había impulsado a realizar una caminata tan larga en medio del calor.

—¡Aquí! —exclamó—. Venga y siéntese en la sombra, y herviré agua en una lata, para el té.

Nos sentamos en un banco, a la sombra, detrás de la choza. Sobre la tierra descansaban un par de aletas de caucho negro, y una máscara y un tubo de respiración para practicar buceo. Rompió algunas ramas secas, las encendió, y las llamas se avivaron bajo el trípode.

Era un hombre de baja estatura, de pelo rojizo aunque muy escaso, y con unos pocos dientes marrones y desconchados, que exhibió en una sonrisa vacilante. Tendría que ir pronto a Broome, explicó, para que el médico le eliminara mediante crioterapia los cánceres de piel.

Su infancia, dijo, la había pasado en la embajada irlandesa en Berlín, donde su padre, un patriota, había trabajado en secreto para destruir el Imperio británico: el temperamento de aquel hombre lo había impulsado a consagrar su vida a la oración. Había llegado a Australia en los años sesenta para incorporarse a un nuevo monasterio cisterciense, en Victoria.

Todas las tardes, a esa hora, escribía a máquina: cartas, sobre todo, a amigos



dispersos por todo el mundo. Había mantenido un largo intercambio epistolar con un monje budista zen, del Japón. Después leía, y a continuación encendía la lámpara y seguía leyendo hasta muy entrada la noche. Había estado absorto con *Las formas elementales de la vida religiosa*, de Durkheim, que otro amigo le había enviado desde Inglaterra.

—¡Qué locura! —exclamó—. ¡Formas elementales, nada menos! ¿Cómo podría tener la religión una forma elemental? ¿Ese individuo era marxista o algo parecido?

Trabajaba en la preparación de un libro propio. Sería un «manual de pobreza». Aún no había escogido el título.

Ahora, dijo, más que nunca, los hombres debían aprender a vivir sin objetos materiales. Éstos llenaban a los hombres de miedo: cuantos más objetos materiales poseían, más tenían que temer. Los objetos se las ingeniaban para acoplarse al alma y dictarle luego a ésta lo que debía hacer.

Vertió el té en dos jarras esmaltadas. Era oscuro y quemaba. Dejamos pasar uno o dos minutos hasta que súbitamente rompió el silencio:

—¿No es maravilloso? ¿El vivir en este prodigioso siglo? Por primera vez en la historia, no necesitas ser dueño de algo.

Era cierto que él tenía unos pocos bienes en su choza, pero pronto los dejaría. Se iría de allí. Se había encariñado excesivamente con su pequeña choza, y eso lo afligía.

—Hay un tiempo para el silencio —dijo—, y hay un tiempo para el bullicio. Ahora me complacería un poco de bullicio.

Los Padres del Desierto habían sido sus guías espirituales durante siete años: perderse en el desierto era encontrar el camino que llevaba a Dios. Pero, ahora, estaba menos preocupado por su propia salvación que por las necesidades del pueblo. Iría a trabajar por los desheredados de Sidney.

—Opino algo parecido acerca del desierto —dije—. El hombre nació en el desierto, en África. Cuando vuelve al desierto, se descubre nuevamente a sí mismo.

El padre Terence hizo chasquear la lengua y suspiró.

—¡Ay, ay, ay! Ya veo que es evolucionista.

Cuando le hablé de mi visita a los padres Subirós y Villaverde, lanzó otro suspiro y dijo con un muy marcado acento irlandés:

—¡Esos dos! ¡Vaya pareja!

Le pregunté por Flynn. Hizo una pausa antes de responder con mucha prudencia.

—Flynn debe de ser una especie de genio —manifestó—. Tiene lo que llamaríamos un intelecto virgen. Puede aprender cualquier cosa. Capta perfectamente la teología, pero no me parece que haya sido jamás creyente. Nunca pudo sumergirse en la fe. No tenía imaginación para ello, lo cual lo hacía hasta cierto punto peligroso. Se apropió de una o dos ideas muy peligrosas.

—¿Por ejemplo?

—El sincretismo —dijo el padre Terence—. La visita a Roma fue un error.

Fue en Roma donde Flynn empezó a odiar la actitud condescendiente de sus

superiores blancos y a sentirse agraviado por el escarnio que hacían de las creencias de su pueblo. Cuando llegó a Boongaree, ya tenía ideas propias.

La Iglesia, acostumbraba a explicarle al padre Terence, se equivocaba al imaginar que los aborígenes estaban abandonados en un limbo horrible. Su condición se parecía, más bien, a la de Adán antes de la caída. Le gustaba comparar las «Huellas de los Antepasados» con la frase de Nuestro Señor: «Yo soy el Camino».

—¿Qué debía hacer yo, entonces? —me preguntó el padre Terence—. ¿Morderme la lengua? ¿O decirle lo que pensaba? No. Tuve que decirle que, a mi juicio, el mundo mental de los aborígenes era muy confuso, muy despiadado y cruel. ¿Con qué podíamos mitigar sus padecimientos si no era con el mensaje cristiano? ¿Qué otro medio existía para detener las matanzas? Uno de sus territorios de los Kimberleys se llama ¡Mátalos a todos!, y ¡Mátalos a todos! Es uno de esos lugares sagrados que tanto veneran últimamente. ¡No! ¡No! ¡No! Esas pobres criaturas de color sólo tienen dos alternativas: ¡el verbo de Cristo o la policía!

Nadie podría negar, continuó, que en su concepción del Tiempo del Ensueño los aborígenes habían percibido las primeras vislumbres de la vida eterna, lo cual equivalía a decir que el hombre era religioso por naturaleza. Pero confundir su magia «primitiva» con el verbo de Cristo... ¡eso sí que era una confusión!

Los negros no eran los culpables. Durante milenios habían vivido aislados de la médula de la humanidad. ¿Cómo podrían haber experimentado el Gran Despertar que barrió el Viejo Mundo en los siglos que precedieron a Cristo? ¿Qué sabían acerca del Tao? ¿O de Buda? ¿O de las enseñanzas de los upanishadas? ¿O del logos de Heráclito? ¡Nada! ¿Cómo podrían haberse enterado? Pero lo que sí podían hacer, aún ahora, era adentrarse en la fe. Podían seguir los pasos de los tres Reyes Magos y adorar al niño indefenso de Belén.

Y creo que fue en ese punto donde lo perdí —dijo el padre Terence—. Nunca entendió la historia del establo.

Ahora hacía más fresco y nos trasladamos al frente de la choza. Una hilera de cúmulos, semejante a una procesión de témpanos aéreos, se destacaba sobre el mar. Las olas de color azul lechoso se derrumbaban sobre la playa, y había bandadas de gaviotines que volaban a ras de la bahía, taladrando el estrépito de la marejada con sus finos chillidos metálicos. No soplaba el viento.

El padre Terence me habló de los ordenadores y de la ingeniería genética. Le pregunté si alguna vez añoraba Irlanda.

—¡Nunca! —Alzó ambos brazos en dirección al horizonte—. Aquí nunca podría echarla de menos.

Encima de la puerta de la choza estaba clavada una tabla que la corriente había arrojado a la playa, con dos versos en escritura «gaélica» tallados por el padre Terence:

Los zorros tienen madrigueras, las aves del cielo tienen

nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene un lugar  
donde apoyar la cabeza.

El Señor, dijo, había pasado cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, y no había construido una casa ni una celda, sino que se había albergado junto a un pozo.

—Venga —me hizo una seña—. Deje que le muestre algo.

Me guió a través de depósitos de conchas rosadas: los vestigios de una tribu que antaño había vivido allí. Después de recorrer unos doscientos metros, se detuvo junto a una roca de color cremoso debajo de la cual burbujeaba una fuente de agua clara. Se recogió la sotana y chapoteó en el agua como un niño.

—¿No le parece hermosa el agua del desierto? —exclamó—. A este lugar lo he llamado Meribá.

Cuando marchábamos de regreso a la choza, un canguro ualaby se asomó de atrás de la pandanáceas y brincó hacia él.

—Mi hermano el ualaby —comentó sonriendo.

Entró a buscar un par de cortezas de pan. El ualaby las cogió de su mano y le frotó la cabeza contra el muslo. El padre Terence lo acarició detrás de las orejas.

Le dije que era hora de partir. Se ofreció para acompañarme a lo largo de la playa.

Me quité los botines, los colgué de mi cuello por los cordones, y la arena tibia se escurrió entre los dedos de mis pies. Los cangrejos huían oblicuamente cuando nos acercábamos, y había bandadas de aves zancudas que levantaban el vuelo y volvían a posarse más adelante.

Lo que más echaría de menos, confesó, sería la natación. En los días serenos le gustaba bucear durante horas a lo largo del arrecife. En una oportunidad lo habían divisado desde la lancha de la aduana y lo habían confundido con un cadáver.

—Y presumo que estaba en cueros.

Allí los peces eran tan mansos, añadió, que uno podía flotar en medio de un cardumen y tocarlos. Conocía todos sus colores y todos sus nombres: la raya, los labros, los tiburones planos y moteados que se llamaban *Orectolobus barbatus*, el pez volador «baronesa», los teutídeos erizados de espinas, las escorpinas, los orbes, los ángeles de mar. Cada uno de ellos tenía una «personalidad» con sus propias modalidades individuales: le recordaban los rostros de una multitud de Dublín.

Mar adentro, más allá del límite de los corales, había un profundo abismo oscuro donde, un día, un tiburón tigre había salido nadando de las tinieblas y había empezado a describir círculos alrededor de él. Vio sus ojos, las mandíbulas y los cinco opérculos de las agallas, pero la bestia cambió de rumbo y desapareció. El padre Terence nadó hasta la playa y se tumbó sobre la arena, recorrido por estremecimientos de pánico tardío. A la mañana siguiente, como si le hubieran quitado un peso de encima, comprendió que ya no temía a la muerte. Volvió a nadar por el mismo tramo de arrecife, y el tiburón lo contorneó y desapareció nuevamente.

—¡No tema! —exclamó, mientras me apretaba la mano.

Los cúmulos estaban cada vez más cerca. Un viento cálido empezó a soplar contra las olas.

—¡No tema! —repitió.

Me volví para despedirme con un ademán de las dos figuras borrosas: el hombre enfundado en una túnica blanca flotante y el ualaby con la cola en forma de signo de interrogación.

«¡No tema!». Debió de pronunciar esas mismas palabras en mi sueño, porque fueron las primeras que me vinieron a la mente cuando desperté por la mañana.

## Catorce

El cielo estaba gris y encapotado cuando bajé a desayunar. El sol parecía una ampolla blanca y el aire olía a quemado. Los diarios de la mañana estaban llenos de noticias acerca del incendio de matorrales que se extendía al norte de Adelaida. Las nubes, comprendí, eran de humo. Telefoneé a algunos amigos que, según mis cálculos, estaban dentro de la zona incendiada o cerca de ella.

—¡No, estamos estupendamente! —La voz de Nin me llegó alegre y crepitante por la línea—. El viento cambió de dirección en el momento preciso. Pero pasamos la noche sobre ascuas.

Habían visto la franja del horizonte en llamas. El fuego se desplazaba a ochenta kilómetros por hora, y el bosque estatal era lo único que los separaba de él. Las copas de los eucaliptos se convertían en bolas ígneas y volaban arrastradas por los vientos huracanados.

—Sobre ascuas, por cierto —dije.

—Esto es Australia —respondió, y entonces se cortó la línea.

La atmósfera exterior estaba tan calurosa y bochornosa que volví a mi habitación, encendí el equipo de aire acondicionado, y pasé la mayor parte del día leyendo *Songs of Central Australia*, de Strehlow.

Era un libro patoso, discursivo e increíblemente largo, y Strehlow, desde todo punto de vista, era asimismo un tío patoso. Su padre, Karl Strehlow, había sido el pastor de la misión luterana de Hermannsburg, al oeste de Alice Springs. Había sido uno de los pocos «alemanes buenos» que habían hecho más que cualesquiera otros para evitar que los aborígenes de Australia central se extinguieran víctimas de la población de origen británico, todo ello gracias a que les habían suministrado un asentamiento territorial seguro. Semejante comportamiento no los hizo populares. Durante la Primera Guerra Mundial, se desencadenó una campaña periodística contra aquel «nido de espías teutones» y contra «los efectos perniciosos que produce la germanización de los nativos».

En su primera infancia, Ted Strehlow tuvo una nodriza de la tribu aranda y se crió hablando correctamente su lengua. Más tarde, después de graduarse en la universidad, volvió a «su pueblo» y, durante más de treinta años, registró pacientemente, en cuadernos de apuntes, en cintas magnetofónicas y en películas, las canciones y las ceremonias de la hermandad moribunda. Sus amigos negros le pidieron que lo hiciera para que sus canciones no murieran definitivamente con ellos.

Dados sus antecedentes, no fue extraño que Strehlow se convirtiera en un hombre hostigado: un autodidacta que anhelaba simultáneamente la soledad y el

reconocimiento público, un «idealista» alemán que desentonaba con los ideales de Australia.

*Aranda Traditions*, su primer libro, se adelantó en muchos años a su época cuando postuló la tesis de que el intelecto del «nativo» no era en modo alguno inferior al del hombre moderno. El mensaje pasó casi inadvertido para los lectores anglosajones, pero Claude Lévi-Strauss lo retomó e incorporó los descubrimientos intuitivos de Strehlow a su libro *El pensamiento salvaje*.

Luego, en las postrimerías de su edad intermedia, Strehlow lo apostó todo a una gran idea.

Quiso demostrar que todos los aspectos de la canción aborígen tenían su gemelo en hebreo, griego antiguo, escandinavo antiguo o inglés antiguo: las literaturas que reconocemos como propias. Después de captar el vínculo entre la canción y la tierra, quiso llegar a las raíces de la canción propiamente dicha: descubrir en la canción una clave que permitiera desentrañar el misterio de la canción humana. Era una empresa imposible. Nadie le agradeció sus desvelos.

Cuando *Songs* apareció en 1971, una crítica mordaz del *TLS* sugirió que el autor debería haberse abstenido de divulgar su «gran teoría poética». El comentario alteró tremendamente a Strehlow. Más desquiciantes fueron los ataques de los «activistas» que lo acusaron de haber robado las canciones a patriarcas inocentes y confiados con la intención de publicarlas luego.

Strehlow murió en 1978, quebrantado, frente a su mesa de trabajo. Su recuerdo fue perpetuado por una biografía condescendiente que me pareció despreciable cuando la hojeé en la librería Desert. Estoy convencido de que fue un pensador muy original. Sus libros son formidables y solitarios.

Hacia las cinco de la tarde visité a Arkadi en su despacho.

—Tengo buenas noticias para ti —anunció.

Había llegado un mensaje radial de Cullen, una avanzada aborígen situada a unos quinientos cincuenta kilómetros de distancia, en el límite de Australia Occidental. Dos clanes se disputaban unas regalías mineras. Habían llamado a Arkadi para que hiciera las veces de mediador.

—¿Quieres acompañarme? —preguntó.

—Claro que sí.

—Terminaremos con el asunto del ferrocarril en un par de días. Después enfilaremos hacia el oeste a campo traviesa.

Ya había tramitado mi autorización para visitar una reserva aborígen. Él tenía una antigua cita para aquella noche, de modo que telefoneé a Marian y le pregunté si quería cenar conmigo.

—¡No puedo! —exclamó, jadeando.

Cuando sonó el teléfono ella estaba echando llave a la puerta. Partiría dentro de

un minuto hacia Tennant Creek, para recoger a las mujeres con las que realizaría la exploración.

—Te veré mañana —dije.

—Hasta entonces.

Cené en el Colonel Sanders de Todd Street. Bajo la luz enceguedora de neón, un hombre vestido con un elegante traje azul endilgaba un sermón a unos adolescentes, potenciales encargados de freír los pollos, como si el freír pollos de Kentucky fuera una especie de ceremonia religiosa. Volví a mi cuarto y pasé la noche con Strehlow y una botella de Borgoña.

Alguna vez Strehlow comparó el estudio de los mitos aborígenes con el hecho de entrar en un «laberinto de incontables corredores y pasajes», todos los cuales estaban misteriosamente interconectados mediante un sistema que desconcertaba por su complejidad. Al leer los *Songs*, tuve la impresión de hallarme ante la obra de un hombre que había entrado en aquel mundo secreto por la puerta trasera; que había tenido la visión de una composición mental más maravillosa e intrincada que cualquier otra cosa que hubiese sobre la tierra, de una composición capaz de dejar reducidos los logros materiales del hombre a la categoría de un montón de basura... y que sin embargo, quién sabe por qué, eludía toda posibilidad de descripción.

Lo que hace que la canción aborígen sea tan difícil de valorar es la acumulación interminable de detalles. A pesar de lo cual, incluso el lector superficial puede tener una vislumbre de un universo moral —tan moral como el Nuevo Testamento— donde las estructuras de parentesco abarcan a todos los hombres vivos, a todas las hermanas criaturas, y a los ríos, las rocas y los árboles.

Seguí leyendo. Las transliteraciones de Strehlow a partir de la lengua de aranda bastaban para dejar estrábico a cualquiera. Cuando ya no pude seguir leyendo, cerré el libro. Sentía los párpados como papel de lija. Terminé la botella de vino y bajé al bar para pedir un *brandy*.

Un hombre gordo y su esposa estaban sentados junto a la piscina.

—¡Que tenga muy buenas noches! —exclamó el hombre.

—Buenas noches —respondí.

Pedí un café y un *brandy* doble en la barra, y volví a mi habitación con un segundo *brandy*. La lectura de Strehlow me había despertado el deseo de escribir algo. No estaba borracho —todavía— pero hacía mucho tiempo que no estaba tan próximo a la borrachera. Cogí un bloc de papel amarillo y empecé a escribir.

## *En el comienzo*

*En el comienzo la Tierra era una llanura infinita y caliginosa, separada del cielo y del mar gris y salado y ahogada en un crepúsculo sombrío. No había Sol ni Luna ni estrellas. Sin embargo, muy lejos, vivían los moradores del cielo: seres juvenilmente indiferentes, de forma humana pero con pies de emúes, con cabelleras doradas que refulgían como telas de araña a la hora del ocaso, intemporales e inmunes al envejecimiento, que siempre habían existido en su paraíso verde y bien regado allende las nubes del Oeste.*

*Las únicas irregularidades que había sobre la superficie de la Tierra eran unos huecos que se convertirían, algún día, en pozos de agua. No había animales ni plantas, pero alrededor de los pozos de agua se arracimaban masas pulposas de materia: coágulos de caldo primigenio —mudos, ciegos, desprovistos de respiración, ajenos a toda vigilia y todo sueño— cada uno de los cuales contenía la esencia de la vida, o la posibilidad de volverse humano.*

*Sin embargo, bajo la corteza de la Tierra titilaban las constelaciones, brillaba el Sol, la Luna crecía y menguaba, y todas las formas de vida yacían aletargadas: el color escarlata del *Clianthus speciosus*, la iridiscencia del ala de mariposa, los bigotes blancos y vibradores del viejo canguro... latentes como semillas del desierto que deben esperar un chubasco peregrino.*

*En la mañana del Primer Día, el Sol experimentó el anhelo de nacer. (Aquella noche lo seguirían las estrellas y la Luna). El Sol irrumpió a través de la superficie, inundó la Tierra de luz dorada, y entibió los huecos bajo los cuales dormía cada Antepasado.*

*A diferencia de los moradores del cielo, estos Patriarcas nunca habían sido jóvenes. Eran seres claudicantes y exhaustos de barba gris, con piernas nudosas, y habían dormido aislados a través de los tiempos.*

*Así fue cómo, en aquella Primera Mañana, cada Antepasado dormido sintió que la tibieza del Sol le pesaba sobre los párpados, y sintió que su cuerpo alumbraba vástagos. El Hombre Serpiente sintió que las víboras salían reptando de su ombligo. El Hombre Cacatúa sintió las plumas. El Hombre Larva Blanca de la acacia sintió un culebreo, el Hormiga Melera un cosquilleo, el Madreselva sintió que sus hojas y flores se desplegaban. El Hombre Rata Canguro Almizclada sintió que las crías bullían bajo sus axilas. Cada uno de los «seres vivos» salió en busca de la luz del día, cada uno en su lugar natal específico.*

*En el fondo de sus huecos (que ahora se llenaban de agua), los Patriarcas movieron una pierna, y luego la otra. Sacudieron los hombros y flexionaron los brazos. Alzaron los cuerpos a través del cieno. Separaron dificultosamente los párpados. Vieron cómo sus criaturas jugaban al sol.*



*El lodo chorreaba de sus muslos, como la placenta de un recién nacido. Luego, como si aquél fuera el primer vagido del niño, cada Antepasado abrió la boca y gritó: «¡Yo soy!». «Yo soy... Serpiente... Cacatúa... Hormiga Melera... Madreselva...». Y este primer «¡Yo soy!», este acto primigenio de imposición de nombre, fue definido, entonces y por siempre jamás, como el dístico más secreto y sacrosanto de la Canción del Antepasado.*

*Cada Patriarca (que ahora disfrutaba tumbado bajo el sol) estiró el pie izquierdo y pronunció un segundo nombre. Estiró el pie derecho y pronunció un tercer nombre. Designó el pozo de agua, los cañaverales, los eucaliptos... Designó a diestro y siniestro, engendrándolo todo mediante la imposición de nombres y entretejiendo los nombres en versos.*

*Los Patriarcas hicieron camino cantando por todo el mundo. Cantaron los ríos y las cordilleras, las salinas y las dunas de arena. Cazaron, comieron, hicieron el amor, bailaron, mataron: fueran donde fueren, sus pisadas dejaban un reguero de música.*

*Envolvieron el mundo íntegro en una malla de música; y finalmente, cuando la Tierra hubo sido cantada, se sintieron exhaustos. Volvieron a experimentar en sus piernas la inmovilidad congelada de los tiempos. Algunos se hundieron en el suelo allí donde estaban. Otros se metieron a gatas en cuevas. Otros se arrastraron hasta sus «moradas eternas», hasta los pozos de agua ancestrales que los habían parido.*

*Todos ellos volvieron «dentro».*

## Quince

A la mañana siguiente la nube se había despejado y, como el motel no servía el desayuno hasta las ocho, salí a correr hasta la cañada. Ya empezaba a acumularse el calor. Las colinas se veían marrones y acanaladas bajo el sol temprano.

Al encaminarme hacia la salida pasé frente al hombre gordo que flotaba boca arriba en la piscina. Tenía una cicatriz en el abdomen, como si le hubieran estampado sobre la piel el esqueleto de un pescado.

—Buenos días tenga usted, señor.

—Buenos días —respondí.

Algunas familias aborígenes habían acampado al otro lado de la calzada en el jardín municipal y se refrescaban bajo el dispositivo de riego por aspersión. Se hallaban lo suficientemente cerca de éste como para que los salpicara, pero no tanto como para que les apagara los cigarrillos. Algunos críos a los que les chorreaban mocos de la nariz se revolcaban por allí, húmedos y resplandecientes de pies a cabeza.

Saludé a un barbudo que me contestó «Buenos los tenga usted, compañero». Le hice una inclinación de cabeza a su mujer, que respondió «¡Que te zurzan!» y bajó los párpados y se rió.

Pasé frente a los cuerpos jóvenes que se ejercitaban en el Centro de Diversión y Gimnasia y después giré hacia la derecha bordeando la margen del río y me detuve a leer un cartel adosado a unos eucaliptos:

*Lugar Sangrado Reservado para el Ensueño de la Injalka  
(Oruga).*

*Se prohíbe la entrada de vehículos.*

*Multa por daños: 2000 dólares.*

No había mucho que ver, al menos para un hombre blanco: un cerco descalabrado de alambre de espino, algunas piedras resquebrajadas dispersas en todas las direcciones, y un montón de botellas rotas entre la hierba dura.

Seguí corriendo y llegué a la cañada, pero hacía demasiado calor para correr más, de modo que volví caminando. El gordo seguía flotando en la piscina y su gorda esposa flotaba junto a él. Ella tenía puestos los rizadores y se había cubierto la cabeza con una gorra rugosa de color rosado.

Me duché y preparé la maleta. Guardé en ella una pila de mis viejas libretas de apuntes negras. Eran las libretas para el libro sobre los «nómadas», que había conservado al quemar el manuscrito. Había algunas que no había vuelto a tocar en los últimos diez años, cuando menos. Contenían una miscelánea de anotaciones casi

indescifrables, «pensamientos», citas, breves encuentros, apuntes de viaje, ideas para cuentos... Las había llevado a Australia porque planeaba enterrarme en algún lugar del desierto, lejos de las bibliotecas y de las obras de otros autores, para repasar su contenido con un nuevo enfoque.

Frente a mi cuarto, me detuvo un joven de melena rubia, con unos vaqueros remendados y desteñidos. Tenía el rostro congestionado y parecía muy excitado. Me preguntó si había visto a un chico aborigen.

—Un chico con un peinado estilo Bob Marley.

—No —respondí.

—Bueno, si lo ves, dile que Graham lo espera junto a la furgoneta.

—Lo haré —asentí, y fui a desayunar.

Había terminado la segunda taza de café asqueroso, cuando el otro Bruce entró y dejó caer su casco sobre mi mesa. Le informé de que pensaba irme de la ciudad.

—Bueno, no te veré, Bru —dijo melancólicamente.

—Quizá no, Bru.

—Bueno, ¡adiós, Bru!

—¡Adiós! —Le estreché la mano y él se fue a buscar sus gachas.

Arkadi apareció a las nueve en un todoterreno Toyota marrón. Sobre la baca había cuatro ruedas de auxilio y una hilera de bidones para agua. Tenía puesta una camisa de color caqui recién lavada, a la que le habían quitado las charreteras de cabo. Olía a jabón.

—Eres espabilado —comenté.

—No durará —replicó—. Créeme, no durará.

Arrojé mi maleta sobre al asiento trasero. La parte posterior del todoterreno estaba atestada de cajas de gaseosas y «esquis». El «esqui», apócope de «esquimal», es una nevera portátil de poliestireno sin la cual es impensable internarse en el desierto.

Habíamos recorrido la mitad de Todd Street cuando Arkadi frenó, entró velozmente en la librería Desert y salió con las *Metamorfosis* de Ovidio, en la edición de Penguin Classics.

—Un regalo para ti —anunció—. Material de lectura para el viaje.

Rodamos hasta el límite de la ciudad, pasando frente a la barraca de muebles y al taller de desguace, y nos detuvimos en la tienda de un carnicero libanés para comprar un poco de carne. El hijo del carnicero levantó la vista cuando entramos y después siguió afilando su cuchillo. Durante los diez minutos siguientes llenamos las «esquis» hasta reventar con salchichas y tajadas de bistecs.

—Víveres para mis viejos —comentó Arkadi.

—Parece excesivo.

—Tú espera —dijo—. Son capaces de comerse una vaca entera a la hora de cenar.

También compramos carne para un veterano de la sabana, llamado Hanlon, que vivía solo más allá de la taberna Glen Armond.

Seguimos viaje, pasamos frente al cartel de la antigua oficina de telégrafos de Alice, y entonces nos encontramos en el territorio desnudo y poblado de malezas de la llanura Burt.

La carretera era una cinta recta de asfalto y, a cada lado, había franjas de tierra roja donde crecían unos melones enanos que tenían el tamaño de pelotas de *cricket*. Los afganos los habían importado a Australia como forraje para sus camellos. A veces Arkadi viraba sobre los melones para eludir un camión con remolques que rodaba hacia el sur. Cada camión arrastraba tres remolques. No reducían la velocidad sino que se te echaban encima, brotando raudamente del espejismo que producía el calor, e invadiendo el centro de la carretera.

Cada tantos kilómetros pasábamos frente a la entrada de una hacienda o un molino de viento alrededor del cual se apiñaba el ganado. Había muchos animales muertos, con las patas estiradas hacia arriba, hinchados por el gas y cubiertos por una nube de cuervos. Las lluvias se habían retrasado dos meses.

—Es una región marginal —comentó Arkadi.

Los derechos de explotación de casi todos los mejores campos de pastoreo habían sido comprados por extranjeros: Vestey, Bunker Hunt y otros por el estilo. ¡No era raro que los habitantes del territorio se sintieran defraudados!

—El país se vuelve contra ellos —dijo—. Los políticos se vuelven contra ellos. Las multinacionales se vuelven contra ellos. Los aborígenes se vuelven contra ellos. ¿Acaso esta región sólo es buena para los aborígenes?

Contó cómo en una oportunidad, mientras rastreaban un Trazo de Canción cerca de Mount Wedge, el propietario apareció montado en su todoterreno y, blandiendo una escopeta, vociferó: «¡Lárguense de mi campo! ¡Saquen a los negros de mi tierra!». Entonces Arkadi, que ya le había escrito a ese hombre cinco cartas sin obtener respuesta, explicó las cláusulas de la Ley de Derechos Territoriales, en virtud de las cuales los «propietarios tradicionales» estaban autorizados a visitar sus solares.

Esto terminó de enfurecer al hacendado.

—¡En mi campo no hay solares sagrados!

—Oh, sí, los hay —dijo uno de los aborígenes.

—Oh, no, no los hay.

—Usted está pisando uno, amigo.

La carretera se curvó para atravesar el lecho de un arroyo y, al llegar al otro lado, Arkadi señaló los caballones de una hilera de cerros de color castaño claro situados hacia el este. Sobresalían de la llanura como un decorado de cartón.

—¿Ves aquel cerro pequeño? —preguntó.

—Sí.

Había un cerro más bajo, cónico, unido a los otros por un espolón de roca.

—Allí fue donde el personal del ferrocarril quiso practicar un corte —explicó—. Habría ahorrado por lo menos tres kilómetros de vía.

Los cerros se alzaban en el límite septentrional del territorio de los aranda, pero

cuando Arkadi hizo correr la voz por los cauces habituales nadie quiso reivindicarlos. Había estado a punto de suponer que no tenía «propietarios», cuando apareció en su oficina un grupo de arandas... quienes dijeron que los propietarios eran ellos. Transportó a cinco de los hombres hasta la sierra, donde lo escudriñaron todo desconsoladamente, con los ojos desencajados por el miedo. Les preguntó una y otra vez: «¿Cuáles son las canciones de este lugar?», o, «¿Aquí cuál es la Historia del Ensueño?». Ellos apretaban los labios y se resistían a pronunciar una palabra.

—No entendía qué pasaba —prosiguió Arkadi—. De modo que les hablé del corte para la vía férrea, y esto sí que les hizo perder los estribos. Todos empezaron a balbucear: «¡Mueren los negros! ¡Mueren los blancos! ¡Todos mueren! ¡El fin de Australia! ¡El fin del mundo! ¡Se terminó!». Bueno —continuó Arkadi—, eso tenía que ser algo gordo. De modo que interpele al Patriarca, que temblaba de pies a cabeza. «¿Qué tenéis aquí?». Y él hizo una bocina con su mano sobre mi oído y susurró: «¡el poder del gusano!».

La canción que discurría sobre la hilera de cerros hablaba de un antepasado del Tiempo del Ensueño que no había sabido ejecutar el ritual correcto para controlar el ciclo de reproducción de una mosca de la sabana. Un enjambre de gusanos invadió la llanura de Burt y la dejó limpia de vegetación... tal como está ahora. El antepasado reunió los gusanos y volvió a apretujarlos bajo el espolón de roca donde, desde entonces, se reproducen sin parar en túneles subterráneos. Los viejos decían que si alguien abría una brecha en la ladera del cerro, se produciría una explosión gigantesca. Una nube de moscas saldría despedida hacia arriba y cubriría toda la tierra y mataría con su veneno a todos los hombres y animales.

—¡La Bomba! —sugerí.

—La Bomba —asintió Arkadi, amargamente—. Algunos de mis amigos aprendieron mucho acerca de la Bomba. Después de que hubiera estallado.

Antes de que se efectuara la prueba de la bomba de hidrógeno británica en Maralinga, el ejército colocó carteles en inglés que decían «¡Prohibido pasar!», para que los leyera los aborígenes. No todos los vieron, ni tampoco todos sabían leer en inglés.

—La atravesaron —dijo.

—¿La nube?

—La nube.

—¿Cuántos murieron?

—Nadie lo sabe —respondió—. Lo taparon todo con un manto de silencio. Podrías intentar sonsacárselo a Jim Hanlon.

## *Dieciséis*

Aproximadamente una hora más tarde dejamos atrás la taberna Glen Armond, giramos a la izquierda saliendo de la cinta de asfalto, nos zangoloteamos por un camino de tierra y nos detuvimos frente a una barraca en desuso.

Cerca de allí, tras un seto de tamariscos, se levantaba una vieja casita de hojalata sin pintar, gris pero virando al color de la herrumbre, con una chimenea de ladrillo en el centro. Era la morada de Hanlon.

En el patio de enfrente se veía una pila de barriles de petróleo vacíos y otra pila de materiales de descarte del Ejército. En el fondo, al pie de un molino de viento chirriante, descansaba un difunto Chevrolet, a través de cuya carrocería crecía la hierba. Un cartel desvaído, pegado a la puerta de entrada, rezaba: «Trabajadores del mundo, uníos».

La puerta se abrió quince centímetros, raspando el suelo. Hanlon se hallaba detrás de ella.

—¿Qué demonios os pasa? —graznó—. ¿Es que no habéis visto nunca a un hombre desnudo? ¡Adelante, muchachos!

Hanlon tenía buen aspecto, para tratarse de un hombre que había traspasado el umbral de los setenta. Era flaco y nervudo, con una cabeza corta y aplastada y un cuello largo. Su pelo blanco estaba cortado al rape, y se alisaba las crines con la mano. Tenía la nariz rota, usaba gafas con montura de acero, y hablaba con voz baja y nasal.

Nos sentamos y él permaneció en pie. Miró circunspectamente sus genitales, se rascó la ingle, y se jactó de haberse tirado a una farmacéutica de Tennant Creek.

—¡No están mal para los setenta y tres! —Se miró a sí mismo—. ¡Todavía me prestan buenos servicios! ¡Una dentadura razonable! ¿Qué más podría necesitar un viejo como yo?

—Nada —respondió Arkadi.

—Y que lo digas —exclamó Hanlon, con una mueca burlona.

Sujetó una toalla alrededor de su vientre y extrajo tres botellas de cerveza. Observé que su mano derecha estaba tullida.

Dentro de la casa hacía un calor abrasador que bajaba del techo a gran presión, y nosotros teníamos las camisas empapadas de sudor. La habitación contigua era un corredor en forma de L, con una vieja bañera esmaltada en un extremo. Luego había una cocina, y más allá un grupo formado por una mesa y sillas.

Nos mostró los recortes adheridos a las paredes: una huelga en Kalgoorlie, el cráneo de Lenin, el bigote del Tío Joe, y conejitas de *Playboy*. Se había radicado allí hacía treinta años, con una mujer que lo había abandonado. Había vendido la tierra y ahora vivía de la beneficencia pública.

Sobre la mesa había un mantel de hule escarlata, y un gato atigrado que lamía un plato.

—¡Sal de ahí, bastardo! —Levantó el puño y el gato salió disparado—. ¿Qué os traéis entre manos, muchachos?

—Vamos a la comarca de los kaititj —contestó Arkadi—. Con la banda de Alan Nakumurra.

—Explorando, ¿eh?

—Sí.

—¿Lugares sagrados, eh?

—Sí.

—¡Sagrada basura! ¡Lo que necesitan esos chicos es organización!

Hizo saltar las tapas de las botellas y después se sonó la nariz dentro de la mano y frotó escrupulosamente el moco contra la cara inferior de su silla. Me sorprendió mientras lo miraba. Él me miró a mí.

Evocó los días que había pasado en Kalgoorlie, como miembro liberado del Partido, antes de la Segunda Guerra Mundial.

—¡Pregúntaselo! —señaló a Arkadi—. ¡Pídele que te encuentre mi currículum!

Se bamboleó hasta la habitación contigua, donde tenía su cama, y después de hurgar entre periódicos viejos encontró un libro con encuadernación de bucarán rojo y opaco. Volvió a sentarse, se ajustó las gafas, y aplastó su columna vertebral contra el respaldo de la silla.

—Y ahora —anunció, mientras fingía abrir el libro al azar—, ahora leeremos el Evangelio según Nuestro Padre Marx. ¡Disculpad las blasfemias de este viejo! Para el día de hoy... ¿qué mierda es hoy? Jueves... ¡ya me parecía! La fecha no importa... página 256... ¿Y qué es lo que tenemos...?

¿Qué es lo que constituye, pues, la alienación del trabajo? En primer término, el hecho de que el trabajo es exterior al trabajador, o sea, que no forma parte de su ser esencial; que no se afirma a sí mismo, sino que se niega, en su trabajo; que no se siente feliz sino desdichado; que no desarrolla su energía física y mental sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente...

—Nada como unas pocas frases de Marx antes de comer —dijo, sonriendo—. Para reforzar el intelecto y facilitar la digestión. ¿Habéis comido, muchachos?

—Sí —respondió Arkadi.

—Bueno, ahora comeréis aquí conmigo.

—No, en serio, Jim. No podemos.

—Claro que podéis, carajo.

—Se nos hará tarde.

—¿Tarde? ¿Qué es tarde y qué es temprano? ¡Un importante problema filosófico!

—Se nos haría tarde para una señora que se llama Marian.

—¡No es un problema filosófico! —exclamó—. ¿Quién demonios es Marian?

—Una vieja amiga mía —respondió Arkadi—. Trabaja para el Consejo Territorial. Fue a buscar a las mujeres kaititj. Nos reuniremos con ella en Middle

Bore.

—¡Marian! ¡La doncella Marian! —Hanlon hizo chasquear los labios—. Bajaré a Middle Bore con su cortejo de bellas damiselas. Te repito que pueden esperar. ¡Ve a buscar los bistecs, muchacho!

—Sólo si nos damos prisa, Jim —capituló Arkadi—. Disponemos de una hora, y basta.

—«Dame... dame... una hora... una hora... contigo...».

Hanlon aún conservaba los vestigios de una pasable voz de barítono. Me miró.

—¡No me mires así! —espetó—. He cantado en coros.

Arkadi fue a buscar la carne almacenada en el coche.

—Así que eres escritor, ¿eh? —me preguntó Hanlon.

—Algo así.

—¿En toda tu vida has trabajado de veras aunque sólo fuese un día?

Los ojos azules le lagrimeaban. Sus globos oculares estaban suspendidos en redes de hilos rojos.

—Lo he intentado —respondí.

Estiró bruscamente la mano lisiada. Era purpúrea y parecía de cera. Le faltaba el meñique. La acercó a mi rostro, como una garra.

—¿Sabes qué es esto?

—Una mano.

—La mano de un trabajador.

—He trabajado en el campo —dije—. Y en el talado de bosques.

—¿Bosques? ¿Dónde?

—En Escocia.

—¿Qué clase de bosques?

—Abetos... alerces...

—¡Muy convincente! ¿Qué clase de sierra?

—Sierra eléctrica.

—¿De qué modelo, capullo?

—No lo recuerdo.

—Muy poco convincente —dijo—. No me lo trago.

Arkadi empujó la puerta con los bistecs. La bolsa de plástico blanco estaba salpicada de sangre. Hanlon cogió la bolsa, la abrió e inhaló.

—¡Ajá! ¡Esto es mejor! —Sonrió—. Buena carne roja para variar.

Se levantó, encendió el hornillo de gas, vertió grasa de una vieja lata de pintura y depositó tres bistecs sobre la sartén.

—¡Eh, tú! —me gritó—. Ven a hablar con el cocinero.

La grasa empezó a chirriar y él empuñó una espátula para evitar que la carne se adhiriera a la sartén.

—¿Así que estás escribiendo un libro?

—Lo intento —contesté.



—¿Por qué no escribes tu libro aquí mismo? Tú y yo podríamos tener conversaciones estimulantes.

—Podríamos —asentí, vacilando.

—¡Ark! —exclamó Hanlon—. Vigila estos bistecs un momento, ¿quieres, muchacho? Le mostraré al intelectual su guarida. ¡Eh! ¡Ven conmigo!

Dejó caer la toalla al suelo, se puso unos pantaloncitos y deslizó los pies dentro de un par de sandalias. Salí a la luz del sol, detrás de él. El viento se había refrescado y levantaba remolinos de polvo rojo a lo largo del camino. Atravesamos el seto de tamarindos y llegamos a un eucalipto crujiente debajo del cual se hallaba aparcado un remolque.

Abrió la puerta. Salió una bocanada de olor a muerto. Las ventanas estaban veladas por telas de araña. La ropa de cama estaba manchada y desgarrada. Alguien había derramado salsa de tomate sobre la mesa y las hormigas pululaban encima de ella.

—¡Una linda madriguera! —gorjeó Hanlon—. ¡Alquiler razonable! Y podrías aceitar el árbol si te molestan sus crujidos.

—Muy hermoso —comenté.

—Pero no lo suficiente, ¿eh?

—Yo no dije eso.

—Pero lo pensaste —siseó—. Claro que podríamos fumigarlo. ¡Y de paso podríamos fumigarte a ti!

Cerró la puerta violentamente y caminó de regreso a la casa.

Me quedé un rato en el patio y cuando entré en la casa los bistecs estaban listos. Hanlon había frito seis huevos y se disponía a servir la comida.

—¡Primero a Su Señoría! —le dijo a Arkadi.

Cortó tres rebanadas de pan y colocó una botella de salsa sobre la mesa. Esperé que se sentara. Hacía un calor insoportable. Miré el bistec y las yemas de huevo.

Hanlon me escudriñó durante lo que me pareció que era un minuto íntegro y dijo:

—¡Hinca tus jodidos colmillos en esa carne!

Comimos en silencio.

Hanlon inmovilizó su bistec con la mano lisiada, y lo cortó en cubos con la sana. Su cuchillo tenía el filo serrado y terminaba en un par de dientes curvados hacia arriba.

—¿Quién diablos se cree que es? —preguntó, girando hacia Arkadi—. ¿Quién le pidió que metiera su cochina nariz aristocrática aquí?

—Tú lo pediste —respondió Arkadi.

—¿Yo? Bueno, pues fue un error.

—No soy aristócrata —manifesté.

—¡Pero estás una pizca por encima de mi pequeña colación! ¡Colación! ¡Así es como la llamáis en Ponglaterra! ¡Una colación con la Reina! ¿Eh?

—Basta, Jim —dijo Arkadi. Estaba muy abochornado.

—Nada de esto es personal —advirtió Hanlon.

—Ya es algo —comenté.

—Lo es —asintió Hanlon.

—Háblale de Maralinga —intervino Arkadi, esforzándose por cambiar de tema —. Háblale de la Nube.

Hanlon levantó la mano sana e hizo chasquear los dedos como castañuelas.

—¡La Nube! ¡Cómo no, Señor! ¡La Nube! La Nube de Su Majestad. ¡La Nube de Anthony-ensartado-en-el-Edén! ¡Pobre *sir* Anthony! ¡Ambicionaba tanto su Nube! Para poder decirle al rusito en Ginebra: «¡Mira, viejo, nosotros también tenemos la Nube!». Olvidando, por supuesto, que existen cosas tales como las variables climáticas... ¡Incluso en Australia! ¡Olvidando que el viento podría ponerse a soplar en la dirección equivocada! Así que telefonea a Bob Menzies y le dice: «¡Bob, quiero mi Nube ahora! ¡Hoy mismo!». «Pero el viento...», responde *sir* Bob. «¡No me hables del viento! ¡He dicho ahora!», le espeta *sir* Anthony. De modo que detonan el artefacto... ¡cómo me gusta esta palabra artefacto!... y la Nube, en lugar de internarse en el mar para contaminar los peces, ¡se internó en tierra para contaminarnos a nosotros! ¡Y aquí la perdieron! ¡Perdieron a la hija de puta sobre Queensland! ¡Todo para que *sir* Anthony pudiera tener una agradable conversación sobre la Nube con el camarada Nikita! «Sí, camarada, es verdad. Nosotros también tenemos la Nube. ¡Claro que esto no significa que mis hombres acantonados allá no la hayan perdido de vista por un tiempo! En el trayecto pulverizó a unos cuantos aborígenes...».

—¡Basta ya! —exclamó Arkadi, enérgicamente.

Hanlon bajó la cabeza.

—¡Mierda! —masculló, y luego se metió en la boca otro cubo de carne.

Nadie habló hasta que Hanlon eructó y pidió perdón.

Empujó su plato a un lado.

—No puedo tragar esta basura —dijo.

Su rostro se había puesto gris como la masilla. Le temblaba la mano.

—¿Te pasa algo? —preguntó Arkadi.

—Tengo un nudo en la tripa, Ark.

—Deberías ver al médico.

—Lo he visto. Quieren abrirme la barriga, Ark.

—Lo siento —dije.

—No dejaré que me abran. Hago bien, ¿no te parece?

—No —respondió Arkadi—. Creo que deberías ir de nuevo.

—Bueno, quizá lo haga —Hanlon gimoteó desconsoladamente.

Al cabo de cinco minutos, Arkadi se puso en pie y pasó el brazo alrededor de los hombros del viejo, con aire protector.

—Jim —dijo con voz suave—, lo siento, pero temo que debemos irnos. ¿Podemos llevarte a alguna parte?

—No. Me quedaré aquí.

Hicimos ademán de partir.

—Quedaos un poco más —pidió Hanlon.

—No, de veras, tenemos que irnos.

—Me gustaría que os quedarais más tiempo, muchachos. Podríamos pasarlo bien.

—Volveremos —prometí.

—¿Volveréis? —Hanlon contuvo la respiración—. ¿Cuándo?

—Dentro de un par de días —intervino Arkadi—. Para entonces habremos terminado. Después enfilaremos hacia Cullen.

—Lamento haberme metido contigo —me dijo. Le temblaba el labio—. ¡Siempre me meto con los *poms*!

—No te preocupes —contesté.

Fuera hacía más calor que nunca, y el viento estaba amainando. En el corral de enfrente, un águila volaba a ras de la hilera de postes. Era un ave hermosa, resplandeciente, con plumas bronceadas, y se perdió en lontananza cuando nos vio.

Intenté estrechar la mano de Hanlon. Él la mantenía sobre su abdomen. Subimos al todoterreno.

—Podrías haber dado las gracias por los bistecs —gritó a nuestras espaldas.

Intentaba retomar sus modales hirientes, pero estaba asustado. Tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas. Dio media vuelta. No soportaba vernos partir.

## *Diecisiete*

En la entrada del campamento de Skull Creek había un cartel que amenazaba con una multa de 2000 dólares a cualquiera que introdujera alcohol en una reserva aborigen. Alguien había garrapeado encima, con tiza: «¡Mierda!». Habíamos ido allí para recoger a un patriarca kaititj llamado Timmy. Era pariente de Alan Nakumurra, por parte de madre, y conocía los Ensueños de los parajes que circundaban Middle Bore Station.

Quitó la cadena del portalón y rodamos hacia un conglomerado de techos relucientes de hojalata, que vislumbramos a medias entre la hierba blanqueada. En el confín del caserío, unos chicos brincaban sobre un trampolín y, cerca de allí, se levantaba una gran caja de metal marrón, sin ventanas, que según me explicó Arkadi era la clínica.

—Antes, alguien la bautizó la «Máquina de la Muerte» —explicó—. Ahora nadie se acerca siquiera a ella.

Aparcamos bajo un par de eucaliptos, junto a una casita encalada. Unos pájaros cantores trinaban en las ramas. Dos mujeres pechugonas, una de ellas enfundada en un holgado vestido verde, dormían en la galería.

—Mavis —exclamó Arkadi.

Ninguna de las gordas que roncaban en la galería se movió.

Al otro lado de los eucaliptos había aproximadamente veinte casas precarias que formaban un círculo alrededor de una extensión de tierra roja. Eran semicilindros de metal acanalado, abiertos en los extremos como porquerizas, con la gente tumbada o acucillada en la sombra.

El viento arrastraba cartones y trozos de plástico, y los reflejos del vidrio imperaban sobre todo el caserío. Los cuervos negros y lustrosos brincaban de trecho en trecho, haciendo parpadear sus ojos amarillos y picoteando las viejas latas de carne envasada, hasta que los ahuyentaban los perros.

Un chiquillo reconoció a Arkadi y gritó: «¡Ark! ¡Ark!», y al cabo de pocos segundos estuvimos rodeados por un enjambre de niños desnudos que vociferaban «¡Ark! ¡Ark! ¡Ark!». Sus cabellos rubios parecían rastros en un campo de tierra negra. Las moscas se alimentaban en las comisuras de sus ojos.

Arkadi alzó dos en brazos. Un tercero montó sobre sus espaldas y los restantes le manoteaban las piernas. Él les palmeó la cabeza y apretó las palmas extendidas de sus manos. Después abrió la parte trasera del todoterreno y empezó a repartir golosinas y caramelos.

Una de las gordas se sentó, apartó un mechón de pelo, bostezó, se frotó los ojos y preguntó:

—¿Eres tú, Ark?

—Hola, Mavis —saludo él—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien —bostezó nuevamente y sacudió el cuerpo.

—¿Dónde está Timmy?

—Durmiendo.

—Quiero llevarlo conmigo a la sabana.

—¿Hoy?

—Ahora, Mavis. ¡Ahora!

Mavis se puso dificultosamente en pie y fue bamboleándose a despertar a su marido. No se debería haber molestado. Timmy había oído el alboroto y estaba plantado en el hueco de la puerta.

Era un anciano pálido, esmirriado, con aspecto de duende, con una barba rala y un ojo velado por el tracoma. Usaba un sombrero de fieltro marrón, sesgado, y un pañuelo rojo anudado al cuello. Era tan flaco que debía tironear constantemente de sus pantalones para levantarlos. Agitó un dedo en dirección a Arkadi y soltó una risita.

Arkadi dejó a los niños y sacó del coche un álbum de fotos, con instantáneas de una expedición anterior. Luego se sentó en los escalones con Timmy y éste volvió las páginas con la frenética concentración de una criatura absorta en un libro de cuentos.

Me senté detrás de ellos, mirando en torno. Una terca perra blanca con mastitis no cesaba de hincarme el morro en la entrepierna.

Arkadi abrazó al viejo y preguntó:

—¿Así que hoy vendrás con nosotros?

—¿Tienes los víveres? —inquirió Timmy.

—Los tengo.

—Estupendo.

Mavis se despatarró junto a nosotros. Había dejado caer nuevamente el pelo sobre su cara y lo único que se veía de ella era un labio inferior resquebrajado y colgante.

Arkadi se inclinó hacia ella, volviéndose, y preguntó:

—¿Tú también vendrás, Mavis? Nos acompañarán Topsy y Gladys de Curtis Springs.

—¡No! —gruñó amargamente—. Ya no voy a ninguna parte. Paso mi tiempo sentada aquí.

—¿No tienes festivos ni nada?

Mavis se sorbió la nariz.

—A veces vamos a Tennant Creek. Allí tengo parientes. Mi madre vino de esa comarca. Del gran socavón que hay junto a la cañada. ¿Lo conoces?

—Creo que sí —respondió Arkadi, con tono incierto.

—La comarca de la Banda de Billy Boy —prosiguió Mavis, mientras se levantaba con extenuada solemnidad, como si confirmara su derecho a existir—. Llega hasta McCluhan Station.

—¿Y no nos acompañarás hasta Middle Bore?

—No puedo —resopló.

—¿Qué te lo impide?

—No tengo sandalias —estiró el pie e invitó a Arkadi a inspeccionar la planta agrietada y callosa—, no puedo ir a ninguna parte sin ellas. Tengo que comprarme unas.

—¡Usa las mías! —intervine—. Me sobra un par.

Fui al coche, abrí mi mochila y extraje mi único par de sandalias de goma verdes. Mavis me las arrebató de la mano como si yo se las hubiera robado. Se las puso, echó la cabeza hacia atrás y se alejó arrastrando los pies para ir a buscar el bote de lata y la manta de Timmy.

—¡Te felicito, *sir* Walter! —exclamó Arkadi, sonriendo.

Mientras tanto Timmy sorbía el contenido de su cartón de zumo de manzana. Lo dejó a un lado, se acomodó el sombrero, volvió a sorber, y luego dijo, con tono pensativo:

—¿Y qué pasa con Big Tom?

—¿Está aquí?

—Claro que está aquí.

—¿Crees que vendría?

—Claro que vendría.

Nos encaminamos hacia una choza con una reja oblicua cargada de melones bajo la cual dormía Big Tom. Tenía el torso desnudo. Su panza agitada por la respiración estaba cubierta por remolinos de pelo. Su perro empezó a ladrar y Big Tom se despertó.

—Tom —dijo Arkadi—. Iremos a Middle Bore. ¿Quieres venir?

—Claro que quiero —sonrió.

Salió a gatas, cogió una camisa marrón y un sombrero, y anunció que estaba en condiciones de partir. Su esposa, Ruby, una mujer huesuda de sonrisa aturdida, salió arrastrándose de su mitad del refugio, se cubrió la cabeza con un pañuelo verde de topos y dijo que ella también estaba lista.

Nunca vi un matrimonio que preparara sus bártulos y se pusiera en marcha con tanta rapidez.

Ahora éramos seis, y dentro del todoterreno flotaba un olor fuerte y extraño.

En el trayecto de salida, pasamos junto a un joven zanquilargo, con el pelo rubio trenzado en colas de rata y con una barba rojiza. Estaba tumbado cuan largo era sobre el polvo. Tenía puestos una camiseta anaranjada y unos vaqueros desteñidos, y llevaba un rosario de la secta de Rajneesh alrededor del cuello. Cuatro o cinco negras estaban acucilladas alrededor de él. Parecían estar dándole masajes en las piernas.

Arkadi hizo sonar el claxon y agitó la mano. El hombre casi consiguió contestar con una inclinación de cabeza.

—¿Quién es ése? —pregunté.

—Es Craig —respondió Arkadi—. Está casado con una de las mujeres.

## *Dieciocho*

En el Burnt Flat Hotel, donde nos detuvimos para cargar gasolina, un agente patrullero de la policía recogía testimonios acerca de un hombre que había aparecido muerto en la carretera.

La víctima, nos informó, había sido un hombre blanco, de unos veinte años. Un vagabundo, por añadidura. Los motoristas lo habían visto durante los últimos tres días, esporádicamente, marchando por el borde de la carretera.

—Y ahora está hecho una porquería. Hemos tenido que rasparlo del asfalto con una pala. Un camionero lo confundió con un canguro muerto.

El «accidente» había ocurrido a las cinco de la mañana, pero el cuerpo —lo que había dejado de él el camión con remolques— ya llevaba unas seis horas frío.

—Parece que alguien lo arrojó allí —dijo el policía.

Se mostraba muy oficiosamente amable. Su nuez de Adán subía y bajaba por la abertura en V de su camisa de color caqui. Tenía el deber de hacer algunas preguntas, y nosotros así debíamos comprenderlo. Si aplastaban a un negro en Alice Springs, nadie se mosqueaba. Pero tratándose de un blanco...

—Así que, ¿dónde estabais muchachos, anoche a las once?

—En Alice —respondió Arkadi con voz inexpresiva.

—Muchas gracias —el policía saludó llevándose la mano al ala de su sombrero —, no hará falta que os siga molestando.

Todo esto lo dijo mientras escudriñaba el interior del coche, sin apartar la vista ni un momento de nuestros pasajeros. Éstos, por su parte, hacían como si él no existiera y miraban la llanura con rostro apático.

El policía se encaminó hacia su coche con aire acondicionado. Arkadi pulsó el timbre para pedir que lo atendieran. Volvió a pulsarlo. Lo pulsó por tercera vez. No apareció nadie.

—Parece que tendremos que esperar —se encogió de hombros.

—Eso parece —asentí.

Eran las tres de la tarde y el calor hacía rielar los edificios. El hotel estaba pintado de color marrón café con leche y, sobre el techo de chapa acanalada, se leían las palabras BURNT FLAT en letras mayúsculas blancas pero desconchadas. Debajo de la galería había un aviario con periquitos y loros australianos. Las barracas estaban tapiadas y un cartel anunciaba: «En venta».

El propietario se llamaba Bruce.

—Cuando le quitaron la autorización para vender licores bajaron las ganancias —explicó Arkadi.

Hasta que se modificaron las leyes sobre comercialización de alcohol, Bruce

había hecho una pequeña fortuna vendiendo vino de alta graduación a los aborígenes.

Esperamos.

Un matrimonio mayor llegó en un autocaravana, y cuando el marido pulsó el timbre se abrió la puerta del bar y un hombre con pantaloncitos salió acompañado por un bullterrier jadeante sujeto con una trailla.

Bruce caminaba como un pato, y tenía el pelo rojo, nalgas fofas y carrillos ovalados. Tenía sirenas tatuadas en los brazos. Ató el perro, que ladró a nuestros pasajeros. Miró fijamente a Arkadi y fue a atender al matrimonio del autocaravana.

Después de que el hombre hubo pagado, Arkadi le preguntó muy cortésmente a Bruce:

—¿Podría llenarnos el depósito, por favor?

Bruce desató el perro y se fue por donde había venido, siempre bamboleándose.

—Cerdo —dijo Arkadi.

Esperamos.

El agente patrullero observaba desde su coche.

—Finalmente tendrán que atendernos —afirmó Arkadi—. Es la ley.

Diez minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse y una mujer con una falda azul bajó los escalones. Su pelo estaba prematuramente gris y lo llevaba corto. Había estado preparando un pastel y aún tenía la masa pegada a las uñas.

—No le haga caso a Bruce —suspiró—. Hoy está enfadado.

—¿No es lo habitual? —preguntó Arkadi sonriendo, y la mujer encorvó los hombros y exhaló un largo resuello.

—Entra —me dijo Arkadi—, si quieres disfrutar de un poco de color local.

—Hágalo —me urgió la mujer, mientras colgaba la lanza de la manga.

—¿Disponemos de tiempo?

—Podemos fabricárnoslo —respondió Arkadi—. Para tu educación.

La mujer frunció el labio y soltó una risa torpe.

—¿Qué te parece si les compro alguna bebida?

—Hazlo —asintió Arkadi—. Yo tomaré una cerveza.

Asomé la cabeza por la ventanilla y les pregunté qué querían beber. Mavis pidió naranja y después cambió de idea y optó por naranja con mango. Ruby pidió manzana. Big Tom pidió pomelo y Timmy una Coca-cola.

—Y un Violet Crumble —añadió. El Violet Crumble es una barra de caramelo bañada en chocolate.

Arkadi pagó a la mujer y yo la seguí al interior del bar.

Dentro, algunos miembros de una cuadrilla caminera arrojaban dardos a una diana, y un jornalero de una granja ovina, vestido al estilo del Oeste norteamericano, echaba monedas en un tocadiscos automático. Había muchas fotos Polaroid pinchadas a las paredes: de gente gorda desnuda y de un montón de globos largos. Un cartel rezaba: «El crédito es como el sexo. Algunos lo consiguen. Otros no». Un pergamino «medieval» exhibía la caricatura de un atleta musculoso y una inscripción



en letra gótica:

Sí, aunque yo atravieso  
el Valle de la Sombra de la Muerte  
no le temo a nada  
porque yo, Bruce, soy  
el hijo de puta más feroz del Valle.

Junto a las botellas de Southern Comfort había otra antigua, llena de líquido amarillo y con la etiqueta «Auténtico Pis de Ginebra del Territorio Septentrional».

Esperé.

Oí que Bruce informaba a uno de los parroquianos de que había comprado una casa en Queensland, donde «aún podías llamar a las cosas por su nombre: al negro de mierda, negro de mierda».

Un técnico de la compañía de telégrafos entró chorreando sudor, y pidió un par de cervezas.

—Me han contado que embistieron a un tipo en la carretera y que el conductor huyó —comentó.

—¡Sí! —Bruce exhibió los dientes—. ¡Más carne!

—¿Qué significa eso?

—He dicho más carne comestible.

—¿Comestible?

—De hombre blanco —Bruce sacó la lengua y rió convulsivamente. Me alegró ver que el técnico fruncía el ceño y no decía nada.

Entonces el compañero del técnico entró por la puerta y se sentó en un taburete frente a la barra. Era un mestizo de sangre aborígen, joven y delgado, con una sonrisa jovial y humilde.

—Aquí no queremos negros —Bruce elevó la voz por encima del bullicio de los tiradores de dardos—. ¿Me has oído? He dicho que aquí no queremos negros.

—No soy negro —respondió el mestizo—. Sólo tengo una enfermedad de la piel.

Bruce se rió. Los peones camineros rieron, y el mestizo apretó los dientes y siguió sonriendo. Vi que sus dedos apretaban con fuerza la lata de cerveza.

Entonces Bruce me preguntó con forzada amabilidad:

—Usted está lejos de su casa. ¿Qué se va a servir?

Hice el pedido.

—Y un Violet Crumble —añadí.

—¡Y un Violet Crumble para el caballero inglés!

No dije nada, y pagué.

Al salir miré hacia la derecha del interruptor de la luz y vi un orificio de bala en el empapelado de la pared. Estaba encuadrado por un marco dorado con una pequeña

placa de bronce —de esas que ves clavadas debajo de los cuernos de ciervo o de los pescados disecados— que rezaba: «Mike-1982».

Distribuí los refrescos y mis acompañantes los cogieron con una inclinación de cabeza.

—¿Y quién era Mike? —pregunté, cuando volvimos a partir.

—No era. Es Mike —corrigió Arkadi—. Era el camarero de Bruce.

También había sido una tórrida tarde de verano, y cuatro chicos de la tribu pintupi, que volvían de la misión Balgo, se detuvieron a cargar gasolina y beber un trago. Estaban muy cansados y excitables, y cuando el mayor de ellos vio la botella de Pis de Ginebra, hizo un comentario muy hiriente. Mike se negó a atenderlos. El chico le arrojó un vaso de cerveza a la botella. Mike cogió el rifle calibre 22 de Bruce —que éste siempre tenía a mano bajo el mostrador— y disparó por encima de sus cabezas.

—Por lo menos eso fue lo que Mike dijo en el juicio —explicó Arkadi.

El primer disparo alcanzó al chico en la base del cráneo. El segundo se incrustó en la pared a la derecha del interruptor de la luz. El tercero, para rematar, se incrustó en el cielo raso.

—Naturalmente —prosiguió Arkadi, con el mismo tono desapasionado—, los vecinos quisieron contribuir a pagar las costas del juicio del pobre camarero. Organizaron una función de gala, con un espectáculo *top-less* traído de Adelaida.

—¿Y Mike fue absuelto?

—Defensa propia.

—¿Y los testigos?

—Los testigos aborígenes —respondió Arkadi— no son siempre fáciles de manejar. Por ejemplo, se niegan a oír cómo llaman por su nombre al hombre muerto.

—¿O sea que no quisieron testificar?

—Lo cual dificultó el alegato de la acusación.

## Diecinueve

Al llegar a la bifurcación giramos hacia la derecha en el cartel que señalaba la ruta a Middle Bore, y enfilamos rumbo al este por un camino de tierra que corría paralelamente a un risco escarpado. El camino subía y bajaba a través de un matorral de arbustos de hojas grises, y sobre los postes de los cercos estaban posados unos halcones de color claro. Arkadi maniobraba constantemente para esquivar los baches más profundos.

Pasamos frente a un afloramiento de piedra arenisca erosionada, situado a la derecha y no muy lejos, con unos pináculos autoestables de unos siete metros de altura. Comprendí que tenía que ser un punto de Ensueño. Apliqué un codazo en las costillas de Big Tom.

—¿Quién es ése? —le pregunté.

—Uno pequeño —curvó el meñique para imitar los retorcimientos de una larva.

—¿La larva de la acacia?

Meneó la cabeza con un esfuerzo, y mientras hacía el ademán de llevarse una larva a la boca, dijo:

—Más pequeño.

—¿Oruga?

—¡Sí! —sonrió y me devolvió el codazo.

El camino de tierra llevaba a una casa blanca situada en medio de una arboleda, con unos edificios dispersos más atrás. Era Middle Bore Station. Unos caballos zainos pacían en una pradera de hierba blanca.

Viramos hacia la izquierda por un camino más angosto, atravesamos un curso de agua y nos detuvimos frente a la entrada de mi segundo campamento aborigen. El caserío tenía un aspecto menos desolado que Skull Creek. Había menos botellas rotas, menos perros sarnosos, y los niños parecían mucho más sanos.

Aunque era una hora avanzada de la tarde, la mayoría de la gente aún dormía. Una mujer estaba sentada al pie de un árbol, separando frutos comestibles de los que no lo eran y, cuando Arkadi la saludó, bajó la vista y se miró los dedos de los pies.

Dejamos atrás las viviendas semicilíndricas, zigzagueando entre matas de la hierba local llamada *spinifex*, y nos dirigimos hacia la carrocería sin ruedas de una furgoneta Volkswagen. Había un encerado verde extendido sobre la puerta, y una manguera de plástico goteaba sobre una plantación de sandías. El habitual perro de hocico fino estaba sujeto a la furgoneta mediante una cadena.

—¿Alan? —Arkadi alzó la voz por encima de los ladridos.

No hubo respuesta.

—¿Alan, estás aquí?... Jesús —murmuró entre dientes—, reguemos que no haya vuelto a irse.

Esperamos un rato y una larga mano negra asomó por el borde del encerado. Después de un momento, le siguió un hombre delgado, de barba plateada, que usaba un sombrero de vaquero gris claro, unos pantalones blancos mugrientos y una camisa purpúrea con guitarras estampadas. Estaba descalzo. Salió a la luz del sol, atravesó a Arkadi con la mirada y bajó majestuosamente la cabeza.

El perro siguió ladrando y el hombre le asestó un golpe.

Arkadi le habló en walbiri. El viejo escuchó lo que le decía, volvió a bajar la cabeza y se metió nuevamente tras el encerado.

—Me recuerda a Haile Selassie —comenté, mientras nos alejábamos.

—Pero más imponente.

—Mucho más imponente —asentí—. Vendrá, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—¿Sabe hablar inglés?

—Lo sabe pero no quiere hablarlo. El inglés no es su idioma favorito.

Los kaititj, me explicó Arkadi, habían tenido la mala suerte de vivir en el trayecto de la Overland Telegraph Line, y así entraron enseguida en contacto con el hombre blanco. También aprendieron a fabricar cuchillos y puntas de lanza con los aislantes de vidrio y, para poner fin a esta práctica, los blancos juzgaron necesario darles una lección. Los kaititj se vengaron de sus asesinos.

Un rato antes, esa misma tarde, habíamos visto, junto al borde de la carretera, la tumba del telegrafista que, mientras moría víctima de un lanzazo, en 1874, había conseguido teclear un mensaje de despedida para su esposa, que vivía en Adelaida. Las represalias de la policía se prolongaron hasta la década de 1920.

En su juventud, Alan había visto cómo mataban a tiros a su padre y sus hermanos.

—¿Y dices que es el último que queda vivo?

—De su clan —respondió—. En esta comarca.

Estábamos sentados espalda contra espalda, junto al tronco de un eucalipto, y mirábamos cómo el campamento cobraba vida. Mavis y Ruby habían ido a visitar a sus amigas. Big Tom se había amodorrado, y Timmy estaba sentado con las piernas cruzadas, sonriendo. El terreno estaba reseco y agrietado, y una nutrida columna de hormigas desfilaba sin desviarse de su camino a pocos centímetros de mis botas.

—¿Dónde demonios está Marian? —preguntó Arkadi, bruscamente—. Debería haber llegado hace horas. De todas maneras, vamos a tomar un poco de té.

Arrastré un manojo de leña desde el matorral y encendí una hoguera mientras Arkadi desembalaba el equipo del té. Le pasó un bollo con jamón a Timmy, quien lo devoró, pidió otro y, con el aire de un hombre acostumbrado a que lo atienda la servidumbre, me tendió su jarro para que lo llenara con té.

El agua casi estaba hirviendo cuando, repentinamente, estalló una tremenda algarabía en el campamento. Las mujeres chillaron, los perros y los niños corrieron a buscar refugio, y vimos una columna de polvo marrón rojizo que se desplazaba velozmente hacia nosotros.

El ciclón tropical rugía y crepitaba a medida que se acercaba: succionaba hojas, ramas, trozos de plástico, papeles y fragmentos de chapa, y los hacía girar como una tromba en dirección al cielo y luego los despedía a través del campamento y más allá de éste hacia la carretera.

Uno o dos minutos de pánico... y luego todo volvió a la normalidad.

Al cabo de un rato se reunió con nosotros un hombre de edad intermedia, con una camisa azul celeste. No usaba sombrero. Las duras cerdas grises que le coronaban la cabeza tenían la misma longitud que las de su mentón. Su rostro franco y sonriente me recordó el de mi padre. Se acuclilló y vertió cucharadas de azúcar en su jarro. Arkadi habló. El hombre esperó que terminara y contestó con un susurro, mientras garrapeaba diagramas en la arena con un dedo.

Luego se marchó en dirección a la furgoneta donde vivía Alan.

—¿Quién era? —pregunté.

—El sobrino del viejo —contestó—. Y también su «supervisor ritual».

—¿Qué quería?

—Inspeccionarnos.

—¿Fuimos aprobados?

—Creo que podemos esperar una visita.

—¿Cuánto?

—Dentro de poco tiempo.

—Me gustaría entender este asunto del «supervisor ritual».

—No es fácil.

El humo de la fogata soplaba en dirección a nuestras caras pero por lo menos alejaba las moscas.

Saqué mi bloc de apuntes y lo apoyé sobre la rodilla.

El primer paso, dijo Arkadi, consistía en familiarizarse con otras dos expresiones aborígenes: *kirda* y *kutungurlu*.

El viejo Alan era *kirda*, o sea, era el «propietario» o «patrón» del territorio que íbamos a explorar. Era responsable de su conservación, y debía cuidar que se cantaran sus canciones y se cumplieran puntualmente sus ritos.

El hombre de la camisa azul, en cambio, era el *kutungurlu* de Alan, su «supervisor» o «ayudante». Pertenecía a otro clan totémico y era sobrino —real o «clasificadorio», esto no importaba— por la rama de la familia de la madre de Alan. La misma palabra *kutungurlu* significaba «pariente uterino».

—¿Así que el «supervisor» —comenté—, siempre tiene un Ensueño distinto del que tiene el patrón?

—Efectivamente.

Ambos practicaban ritos recíprocos en sus respectivas comarcas, y trabajaban en equipo para preservarlos. El hecho de que el «patrón» y el «supervisor» rara vez tuvieran la misma edad determinaba que el conocimiento ritual se transmitiese de rebote de una generación a otra.

En los viejos tiempos, los europeos creían que el «patrón» era realmente el «patrón» y que el «supervisor» era una suerte de amanuense. Resultó que ésta no era más que una expresión de deseos. Los mismos aborígenes traducían a veces *kutungurlu* por «agente de policía», lo cual daba una idea mucho más precisa de la relación.

—El «patrón» —prosiguió Arkadi—, casi no puede moverse sin la autorización de su «policía». Tomemos el caso de Alan, aquí mismo. El sobrino me dice que a ambos los preocupa mucho que el ferrocarril destruya un importante lugar de Ensueño: el sitio de descanso eterno de un Antepasado Lagarto. Pero no depende de él, de Alan, el decidir si deben venir o no con nosotros.

La magia del sistema, añadió, consistía en que el responsable del territorio no era, en última instancia, el «propietario», sino un miembro del clan vecino.

—¿Y viceversa? —inquirí.

—Por supuesto.

—¿Lo cual haría bastante difícil la guerra entre vecinos?

—Jaque mate.

—Sería como si los Estados Unidos y la Unión Soviética acordaran intercambiar sus propias políticas interiores...

—Silencio —susurró Arkadi—. Ya vienen.

## Veinte

El hombre de la camisa azul avanzaba por la hierba llamada *spinifex* a ritmo de marcha lenta. Alan lo seguía uno o dos pasos más atrás, con su sombrero de vaquero encasquetado sobre la frente. Su rostro era una máscara de furia y autocontrol. Se sentó junto a Arkadi, cruzó las piernas y dejó su rifle calibre 22 atravesado sobre las rodillas.

Arkadi desenrolló el mapa de la exploración, sujetando las esquinas con piedras para que no se lo llevaran las ráfagas de viento. Señaló varios cerros, caminos, socavones y cercos, y la ruta probable del ferrocarril.

Alan miraba el mapa con la compostura de un general que asiste a una reunión de Estado Mayor. De cuando en cuando estiraba un dedo inquisidor hacia algún detalle del mapa, y luego lo retiraba.

Yo confundí la escena con una charada: nunca se me ocurrió pensar que el viejo sabía descifrar un mapa. Pero luego separó los dedos índice y corazón en V y los deslizó velozmente de un extremo al otro de la hoja, como si fueran los brazos de un compás, mientras movía silenciosamente los labios. Según me explicó más tarde Arkadi, estaba midiendo un Trazo de la Canción.

Alan aceptó un cigarrillo que le tendía Big Tom y siguió fumando en silencio.

Pocos minutos después llegó un camión destartado, con dos hombres blancos en la cabina y un peón negro agazapado contra la cola del vehículo. El conductor, un tipo delgado, curtido por la intemperie, con patillas y un sombrero marrón grasiento, se apeó y estrechó la mano a Arkadi. Era Frank Olson, propietario de Middle Bore Station.

—Y éste —dijo, señalando a su acompañante más joven—, es mi socio, Jack.

Ambos usaban pantaloncitos y camisetas mugrientas y botas para el desierto sin cordones ni calcetines. Tenían las piernas cubiertas de escaras y de pinchazos de espinas y picaduras de insectos. Tenían un talante tan ceñudo y resuelto que Arkadi se puso a la defensiva. Pero no debería haberse preocupado. Lo único que deseaba saber Olson era por dónde pasaría la línea de ferrocarril.

Se acucilló sobre el mapa.

—Déjame ver qué se proponen hacer esos hijos de puta —masculló coléricamente.

Nos contó que durante las dos últimas semanas las niveladoras habían despejado una ancha franja a través del matorral hasta el linde sur de su propiedad. Si seguían adelante por la divisoria de aguas, destruirían su sistema colector.

Sin embargo, el mapa mostraba que la ruta proyectada se desviaba hacia el este.

—¡Qué alivio! —exclamó Olson, mientras empujaba el sombrero hacia atrás y se

enjugaba la transpiración con la palma de la mano—. Por supuesto, nadie pensó en decírmelo.

Habló de la desvalorización de la carne vacuna, de la sequía y de los animales que morían por todas partes. En un buen año, caían treinta metros cúbicos de agua. En lo que había pasado de ese año habían caído veintitrés. Si alguna vez el volumen se reducía a veinte, él se iría a la bancarrota.

Arkadi le pidió autorización a Olson para acampar junto a una de sus presas.

—¡Por mí, hazlo! —respondió, mientras miraba de reojo a Alan y hacía un guiño—. Será mejor que se lo preguntes al patrón.

El anciano no movió un músculo, pero una tenue sonrisa se filtró entre las ondas de su barba.

Olson se puso en pie.

—Nos veremos —dijo—. Venid mañana a tomar una taza de té.

—Con mucho gusto —asintió Arkadi—. Gracias.

Una atmósfera apacible teñida de tonos dorados acababa de asentarse durante la tarde, cuando vimos un penacho de polvo a lo largo de la cinta del camino. Era Marian.

Iba al volante de su viejo todoterreno gris, rodando entre las chozas semicilíndricas, y aparcó a cincuenta metros de nuestra fogata. Dos mujeres musculosas, Topsy y Gladys, salieron a duras penas de la cabina, y en la parte posterior viajaban otras cuatro, más delgadas. Saltaron fuera del vehículo, se sacudieron el polvo, y flexionaron los brazos y las piernas.

—Llegas tarde —la regañó Arkadi, jovialmente.

Marian tenía las mejillas ajadas por el cansancio.

—A ti te habría pasado lo mismo —rió ella.

Después de partir de Alice Springs, había viajado unos quinientos kilómetros; había curado a un niño con una picadura de escorpión; había tratado a un crío con disentería; había extraído un diente infectado a un anciano; había dado unas puntadas a una mujer apaleada por su esposo; había dado unas puntadas al esposo, que había sido apaleado por su cuñado.

—Y ahora —concluyó—, estoy muerta de hambre.

Arkadi fue a buscar un bollo y una jarra de té. Temía que ella estuviera demasiado exhausta y no pudiera seguir viaje.

—Podemos pasar la noche donde estamos —dijo Arkadi.

—No, gracias —respondió ella—. Vámonos de aquí.

Tenía puesto el mismo vestido breve y floreado. Se sentó sobre el parachoques delantero, separó las piernas e insertó el bollo entre sus dientes. Intenté hablarle, pero ella miró el horizonte como si yo no existiera, exhibiendo la sonrisa de las mujeres obsesionadas por cuestiones femeninas.



Vació la jarra y se la devolvió a Arkadi.

—Concédeme diez minutos —manifestó—. Después partiremos.

Se alejó y se duchó bajo la bomba de agua de la sección femenina del campamento. Luego volvió, recortada contra la luz del sol, húmeda y reluciente de pies a cabeza, con el vestido empapado y estirado sobre sus pechos y caderas, y con el pelo colgando como un manojo de serpientes doradas. No era exagerado decir que parecía una *Madonna* de Piero: la ligera torpeza de sus movimientos la hacía aún más atractiva.

Una multitud de jóvenes madres formó un círculo alrededor de ella. Marian abrazó a sus críos, y les quitó los mocos de la nariz y la tierra de sus traseros. Los palmeó, los hizo brincar en el aire y los devolvió.

¿Cuál era la clave, me pregunté, de esas mujeres australianas? ¿Por qué se las veía tan robustas y satisfechas, y a muchos de sus maridos tan agostados? Nuevamente intenté hablarle, pero la sonrisa inexpresiva volvió a disuadirme.

—¿Qué le pasa a Marian? —le pregunté a Arkadi mientras preparábamos el equipo—. Creo que he metido la pata.

—No te preocupes —respondió—. Siempre se comporta así cuando está con las mujeres.

Si las mujeres la veían tratar con familiaridad a un extraño, pensarían que era una charlatana y no soltarían prenda.

—Sí —dije—. Esto podría explicarlo.

—Vamos, gente —les gritó a los hombres para que se apartaran de la hoguera—. En marcha.

## Veintiuno

El todoterreno se bamboleaba y traqueteaba por una doble rodada de polvo, mientras los arbustos frotaban la cara inferior del chasis. Alan estaba sentado delante con Timmy, y llevaba el rifle en posición vertical entre las rodillas. Marian nos seguía a escasa distancia, con las mujeres. Atravesamos un cañadón de arena y tuvimos que utilizar la tracción de cuatro ruedas. Un caballo negro se encabritó, relinchó y huyó al galope.

Frente a nosotros, el territorio consistía en un bosque ralo. Los árboles proyectaban franjas oscuras de sombra sobre la hierba, y a esa hora anaranjada de la tarde los eucaliptos parecían flotar por encima del nivel del suelo, como globos aerostáticos que se hubieran zafado de sus anclas.

Alan le hizo una seña a Arkadi para que se detuviera, asomó el rifle por la ventanilla y disparó hacia la maleza. Un canguro hembra y su cría salieron de su escondite y se alejaron a grandes saltos, exhibiendo sus grupas blancas contra el fondo gris del matorral.

Alan disparó una y otra vez. Luego él y el hombre de la camisa azul saltaron de la cabina y corrieron tras los animales.

—Canguros rojos gigantes —comentó Arkadi—. Salen a abrevarse cuando se pone el sol.

—¿Le acertó a la hembra?

—No lo creo —respondió—. No. Mira, ahí vuelven.

El sombrero de Alan asomó en primer lugar, por encima del nivel de los penachos de las hierbas altas. La camisa azul de su acompañante estaba desgarrada a la altura del hombro, y una espina le había producido un arañazo de donde manaba sangre.

—Mala suerte, viejo —le dijo Arkadi a Alan.

Alan volvió a amartillar el rifle y miró coléricamente por la ventanilla.

Cuando llegamos a un molino de viento y algunos corrales abandonados, el sol tocaba las copas de los árboles. En los viejos tiempos allí había habido un asentamiento. Se veían pilas de troncos grises y podridos y las ruinas de la casa de un aparcero. El molino despedía un chorro ininterrumpido de agua dentro de dos depósitos circulares galvanizados.

Una bandada de *galahs*, cacatúas de creta rosada, compuesta por centenares de ellas, estaba posada sobre el borde de los depósitos, y se espantó y revoloteó sobre nuestras cabezas cuando nos acercamos: la cara inferior de sus alas tenía el color de las rosas silvestres.

Todos los miembros del grupo rodearon una artesa de agua potable, se lavaron el polvo de la cara y llenaron sus cantimploras.

Yo tuve la precaución de eludir a Marian, pero ella se acercó por atrás y me

pellizcó la nalga.

—Veo que empiezas a aprender las reglas —comentó sonriendo.

—Eres una loca.

Hacia el este el territorio era un erial liso y desprovisto de árboles, sin el menor lugar donde resguardarse. Alan no cesaba de señalar una protuberancia recortada sobre el horizonte. Ya casi oscurecía cuando llegamos a una pequeña colina rocosa, de cuyos peñascos brotaban los penachos blancos del *spinifex* en flor, y la pelusa negra de un retoño de eucalipto australiano sin hojas.

La colina, explicó Arkadi, era el lugar de descanso del Antepasado Lagarto.

El grupo se dividió en dos campamentos, cada uno de ellos dentro del campo auditivo del otro. Los hombres se instalaron junto con sus bártulos en un círculo, y empezaron a hablar en voz baja. Mientras Arkadi desembalaba los equipos, fui a cortar leña.

Había encendido el fuego, utilizando cortezas y hierbas como yesca, cuando oímos un pandemónium que provenía del campamento de las mujeres. Todas chillaban y aullaban y, contra las llamas de sus hogueras, vi a Mavis, que brincaba de un lugar a otro y señalaba algo que estaba en el suelo.

—¿Qué sucede? —le gritó Arkadi a Marian.

—¡Una serpiente! —respondió ella alegremente.

Era sólo el rastro de una serpiente marcado sobre la arena, pero eso había bastado para ponerlas histéricas.

Los hombres también empezaron a inquietarse. Se incorporaron, guiados por Big Tom. Alan volvió a amartillar el rifle. Los otros dos se armaron con estacas; escudriñaron la arena; intercambiaron susurros ronc y emocionales, y agitaron los brazos como actores mediocres en una obra de Shakespeare.

—No hagas caso —me dijo Arkadi—. Sólo están fanfarroneando. De todas maneras, creo que dormiré sobre el techo del todoterreno.

—¡Gallina! —exclamé.

Para mí, acondicioné una manta «a prueba de serpientes» sobre la cual dormiría: até cada esquina a un arbusto, para que los bordes estuvieran a treinta centímetros del suelo. Después me puse a preparar la cena.

El fuego estaba demasiado caliente para asar bistecs sin chamuscarlos: casi me chamusqué yo también. Alan miraba con magistral indiferencia. Ninguno de los otros dio una muestra de gratitud por la comida, aunque volvían a tender los platos constantemente para pedir nuevas raciones. Por fin, cuando quedaron satisfechos, reanudaron la conversación.

—¿Sabes en qué me hacen pensar? —le pregunté a Arkadi—. En una sala de conferencias llena de banqueros.

—Y eso es lo que son —contestó—. Están resolviendo qué es lo poco que nos darán.

La carne estaba chamuscada y dura, y después de la comida en casa de Hanlon

teníamos muy poco apetito. Guardamos lo que hacía falta y fuimos a incorporarnos al círculo de los ancianos. El resplandor del fuego les lamía las caras. Apareció la luna. Apenas podíamos distinguir el perfil de la colina.

Permanecimos callados hasta que Arkadi, que juzgó llegado el momento, se volvió hacia Alan y le preguntó quedamente en inglés:

—¿Cuál es entonces la historia de este lugar, viejo?

Alan miró la hoguera sin mover un músculo. La piel estaba tirante sobre sus pómulos y brillaba. Luego, casi imperceptiblemente, inclinó la cabeza hacia el hombre de la camisa azul, quien se levantó y empezó a representar con ademanes (intercalando palabras de pidgin, el inglés deformado de los nativos) los viajes del Antepasado Lagarto.

Era una canción que narraba cómo el lagarto y su joven y bella esposa habían deambulado desde Australia Septentrional hasta el mar del Sur, y cómo un meridional había seducido a su esposa y lo había enviado a él de vuelta con una sustituta.

Ignoro de qué especie se suponía que era el lagarto: si era un *Amphibolurus barbatus* o un «correcaminos» o uno de esos lagartos arrugados, de aspecto colérico, con golillas alrededor del cuello. Lo que sí sé es que el hombre de la camisa azul dio la versión más realista que se pueda imaginar del susodicho lagarto.

Era macho y hembra, seductor y seducido. Era glotón, era cornudo, era un viajero extenuado. Agarrotaba su piel de lagarto lateralmente, y después se ponía rígido e inclinaba la cabeza. Levantaba el párpado inferior para cubrir el iris, y agitaba su lengua de lagarto. Hinchaba el cuello para formar protuberancias que reflejaban furia, y al fin, cuando le llegó la hora de morir, se revolcó y contorsionó, con movimientos cada vez más lentos, como los del Cisne Agonizante.

Entonces se le paralizó la mandíbula y allí terminó la función.

El hombre de la camisa azul señaló la colina y, con la cadencia triunfal de quien ha contado la mejor de las historias posibles, gritó:

—¡Ahí... ahí es donde está!

La representación no había durado más de tres minutos.

La muerte del lagarto nos conmovió y apenó. Pero Big Tom y Timmy no habían parado de reír desde el episodio del cambio de esposas, y siguieron carcajeándose y cloqueando hasta mucho después de que el hombre de la camisa azul se hubo sentado. Incluso el bello y resignado rostro del viejo Alan se compuso para formar una sonrisa. Luego bostezaron, uno por uno, y desplegaron sus atados y se acurrucaron y se quedaron dormidos.

—Debiste de caerles simpático —comentó Arkadi—. Fue su manera de agradecerte la comida.

Encendimos un candil y nos sentamos en un par de sillas de campaña, lejos del fuego. Lo que habíamos presenciado, explicó, no era, por supuesto, la auténtica Canción del Lagarto, sino una «tapadera», o una comedia interpretada para extraños. La verdadera canción habría enumerado todos los pozos de agua donde había bebido

el hombre lagarto, cada árbol con cuya madera había tallado una lanza, cada cueva donde había dormido, a medida que recorría la totalidad del largo trayecto.

Él había entendido la jerga pidgin mucho mejor que yo. Ésta es la versión que garrapateé a continuación:

*El Lagarto y su esposa echaron a andar rumbo al mar del Sur. Ella era joven y bella y su tez era mucho más clara que la de su marido. Atravesaron marismas y ríos hasta que se detuvieron en una colina —la colina de Middle Bore— y allí durmieron aquella noche. Por la mañana pasaron por el campamento de unos perros dingos, donde una madre amamantaba a una camada de cachorros. «¡Ah! —exclamó el Lagarto—. Recordaré a estos cachorros y los comeré más adelante».*

*La pareja siguió marchando, pasó por Oodnadatta, pasó por el lago Eyre, y llegó al mar en Port Augusta. Un viento penetrante soplabla desde el mar, y el Lagarto tuvo frío y empezó a tiritar. Vio, en un promontorio próximo, la fogata del campamento de unos meridionales, y le dijo a su esposa: «Ve adonde están esos hombres y pídeles un leño encendido».*

*Ella obedeció. Pero uno de los meridionales, enardecido por su tez más clara, le hizo el amor... y ella accedió a quedarse con él. Él aclaró la tez de su esposa frotándola de pies a cabeza con ocre amarillo y la envió, con el leño encendido, a reunirse con el viajero solitario. El Lagarto sólo tomó conciencia de su pérdida cuando el ocre desapareció por el frote. Pateó el suelo. Se hinchó, poseído por la furia, pero, puesto que era un forastero en una comarca lejana, carecía de medios para vengarse. Desconsolado, emprendió el camino de regreso a su terruño con su esposa sustituta, más fea que la anterior. En el trayecto se detuvo para matar y comer los cachorros de perro dingo, pero éstos le produjeron una indigestión y lo enfermaron. Al llegar a la colina de Middle Bore, se tumbó en el suelo y murió...*

Y allí, nos dijo el nombre de la camisa azul, era donde estaba.

Arkadi y yo nos quedamos sentados rumiando esta historia de una Elena de las antípodas. La distancia de allí a Port Augusta, a vuelo de pájaro, era de aproximadamente 1700 kilómetros, más o menos el doble, calculamos, de la que había existido entre Troya e Itaca. Intentamos imaginar una *Odisea* con un verso por cada meandro y giro del viaje de diez años de su héroe.

Levanté la vista hacia la Vía Láctea y comenté:

—Tanto daría contar las estrellas.

La mayoría de las tribus, explicó Arkadi, hablaba la lengua de su vecina inmediata, de modo que no existían problemas de comunicación a través de la frontera. El misterio era otro: cómo un hombre de la Tribu A, que vivía en un extremo de un Trazo de Canción, podía escuchar unas pocas estrofas entonadas por la Tribu Q y, sin conocer una palabra de la lengua de Q, saber con exactitud cuál era el territorio que estaba siendo cantado.

—¡Jesús! —exclamé—. ¿Pretendes decirme que el viejo Alan de aquí entendería las canciones de una comarca situada a mil seiscientos kilómetros de distancia?

—Probablemente sí.

—¿Sin haber estado nunca allí?

—Sí.

Uno o dos etnomusicólogos, dijo, habían estudiado el problema. En el ínterin, lo mejor sería imaginar un pequeño experimento ideado por nosotros mismos.

¿Y si encontráramos, cerca de Port Augusta, un cantante que conociera la Canción del Lagarto? ¿Y si le hiciéramos cantar sus versos delante de un magnetofón y luego le pasáramos la cinta a Alan en el territorio kaititj? Probablemente

reconocería inmediatamente la melodía —tal como nosotros reconoceríamos la sonata *Claro de Luna*— pero se le escaparía el significado de la letra. Igualmente, escucharía con mucha atención la estructura melódica. Quizás incluso nos pediría que volviéramos a pasar unos pocos compases. Entonces, súbitamente, se encontraría sincronizado y podría superponer su propia letra a la «jerigonza».

—¿Su propia letra para el territorio que circunda Port Augusta?

—Sí —respondió Arkadi.

—¿Eso es lo que sucede en la realidad?

—Lo es.

—¿Cómo demonios lo hacen?

Nadie, contestó, podía afirmarlo con certeza. Algunas personas hablaban de telepatía. Los mismos aborígenes contaban historias de sus cantantes que iban velozmente, en trance, de un extremo al otro del Trazo. Pero existía otra posibilidad, aún más asombrosa.

Parece que, independientemente de la letra, el contorno melódico de la canción describe la naturaleza del terreno sobre el cual aquélla discurre. De modo que si el Hombre Lagarto deambulaba lentamente por las salinas del lago Eyre, era previsible escuchar una sucesión de largos acordes apagados, como los de la *Marcha fúnebre de Chopin*. Si andaba brincando por los farallones de MacDonnell, se escucharía una serie de arpegios y glissandos, como en las *Rapsodias húngaras* de Liszt.

Se piensa que ciertas frases musicales, ciertas combinaciones de notas, describen la acción de los pies del Antepasado. Una frase diría «Salina»; otra «Lecho del cañadón», «Spinifex», «Duna de arena», «Monte de acacias», «Fachada de roca», y así sucesivamente. A un cantante experto le bastaría escuchar su orden correlativo para contar cuántas veces su héroe atravesó un río, o escaló una cordillera... y así podría calcular en qué punto del Trazo de la Canción estaba y cuánto había avanzado por ella.

—Podría escuchar unos pocos acordes —prosiguió Arkadi—, y decir: «Esto es Middle Bore» o «Aquello es Oodnadatta», donde el antepasado hizo X o Y o Z.

—¿De modo que una frase musical es una referencia topográfica?

—La música —respondió Arkadi—, es un banco de memoria para encontrar el propio camino por el mundo.

—Necesitaré un poco de tiempo para digerir esto.

—Dispones de toda la noche —sonrió—. ¡Con las serpientes!

La fogata seguía ardiendo en el otro campamento y oímos el gorgoteo de las risas femeninas.

—Que duermas bien —dijo.

—Y tú también.

—Nunca me he divertido tanto como con mis viejos —comentó.

Intenté dormir pero no pude. Intenté contar las estrellas que rodeaban la Cruz del Sur, pero mis pensamientos recaían constantemente sobre el hombre de la camisa

azul. Me recordaba a alguien. Conservaba en la memoria la imagen de otro hombre que había reproducido con artes mímicas una historia casi idéntica, con el mismo tipo de ademanes animales. Una vez, en el Sahel, había visto cómo unos bailarines imitaban los retozos de los antílopes y las cigüeñas. Pero aquél no era el recuerdo que yo deseaba exhumar.

Entonces lo pesqué.

¡Lorenz!

## Veintidós

La tarde en que conocí a Konrad Lorenz, éste trabajaba en su jardín de Altenberg, una pequeña ciudad del Danubio próxima a Viena. Desde la estepa soplaba un viento caluroso del este. Yo había ido a hacerle un reportaje para un periódico.

El «Padre de la Etología» era un hombre de barba plateada en forma de pala, con unos ojos azules gélidos y las facciones enrojecidas por el sol. Su libro *Sobre la agresión* había indignado a la opinión pública liberal de ambos márgenes del Atlántico, y había sido un regalo del cielo para los «conservadores». Sus enemigos exhumaron un ensayo suyo semiolvidado, de 1942, el año de la Solución Final, en el cual Lorenz había puesto su teoría del instinto al servicio de la biología racial. En 1973 le habían otorgado el Premio Nobel.

Me presentó a su esposa, quien dejó en el suelo su cesta de escardar y me sonrió, distraídamente, desde abajo del ala de su capelina de paja. Entablamos una conversación afable acerca de lo difícil que era propagar las violetas.

—Mi esposa y yo nos conocemos desde la infancia —dijo Lorenz—. Jugábamos a los iguanodontes entre los arbustos.

Me guió hasta la casa: una grandiosa mansión neobarroca construida por su abuelo en los buenos y viejos tiempos de Francisco José. Cuando abrió la puerta salió a mi encuentro una jauría de perros escuálidos, de pelo marrón, que apoyaron las patas delanteras sobre mis hombros y me lamieron la cara.

—¿Qué son estos perros? —pregunté.

—Perros parias —musitó coléricamente—. *Ach!* Yo habría matado a toda la lechigada. ¿Ve a ese *chow* que está ahí? ¡Un animal estupendo! Su abuelo fue un lobo. Es hembra, y mi esposa la hizo desfilar delante de todos los mejores reproductores *chows* de Baviera, en busca de macho. Los rechazó a todos... ¡y al fin copuló con un *schnautzer!*!

Nos instalamos en su estudio, donde había una estufa blanca de Faenza, una gran pecera, un tren de juguete y un pájaro *mynah* que chillaba en su jaula. Empezamos a pasar revista a su carrera.

A los seis años leyó libros sobre la evolución y se convirtió en un darwinista convencido. Más tarde, mientras estudiaba zoología en Viena, se especializó en anatomía comparada de los patos y las ocas, sólo para descubrir que éstos, lo mismo que todos los otros animales, también heredaban «bloques» o «paradigmas» de conducta instintiva a través de sus genes. El ritual de galanteo del ánade macho era fijo. El ave movía la cola, sacudía la cabeza, se inclinaba hacia adelante, giraba el cuello... ejecutando una serie de movimientos que, una vez activados, seguían un orden previsible y eran tan inseparables de su naturaleza como las patas palmeadas o la cabeza verde reluciente.



Lorenz comprendió, también, que el proceso de selección natural había transformado estas «pautas motoras fijas», las cuales debían de haber desempeñado un papel vital en la supervivencia de la especie. Se podían medir científicamente, así como se medían los cambios anatómicos que separaban una especie de la siguiente.

—Y así fue como descubrí la etología —dijo—. Nadie me la enseñó. Pensé que era un conocimiento rutinario para todos los psicólogos, porque yo era niño y rebosaba respeto por los demás. No me había dado cuenta de que era uno de los pioneros.

La «agresión», tal como la definió Lorenz, era el instinto que impulsaba a los animales y al hombre a buscar un rival de su propia especie y a combatir con él, aunque no necesariamente a matarlo. Cumplía la función de asegurar la distribución equitativa de la especie sobre su hábitat, y de transmitir a la generación siguiente los genes de los «más aptos». El comportamiento agresivo no era una reacción sino un «impulso» o apetito, que, al igual que los impulsos del hambre o la sexualidad, se acumulaba y exigía desahogarse ya fuera sobre el objeto «natural» o, a falta de éste, sobre un chivo expiatorio.

A diferencia del hombre, los animales salvajes rara vez luchaban hasta la muerte. Más bien, convertían sus querellas en un «ritual» de exhibiciones de colmillos, plumas, arañazos o clamores vocales. El intruso, siempre que fuera, por supuesto, el más débil, reconocía estas señales que le vedaban la entrada y se iba sin protestar.

Al lobo derrotado, por ejemplo, le bastaba ofrendar la parte posterior del cuello, para que el vencedor no usufructuara su ventaja.

Lorenz presentó *Sobre la agresión* como el fruto de los descubrimientos de un naturalista experimentado que sabía mucho acerca de las luchas entre animales y que había presenciado muchas contiendas entre hombres. Había sido asistente en el frente ruso. Había pasado años en un campo soviético de prisioneros de guerra, y había llegado a la conclusión de que el hombre pertenece a una especie «peligrosamente agresiva». La guerra, como tal, era la descarga colectiva de sus «impulsos» de lucha frustrados: comportamiento éste que le había hecho pasar malos momentos en la selva primigenia, pero que era letal en la época de la bomba H.

Nuestro defecto fatal, o caída, repetía, consistía en haber perfeccionado «armas artificiales» en lugar de las naturales. Por tanto, carecíamos, como especie, de las inhibiciones instintivas que impedían que los «carnívoros profesionales» masacraran a sus semejantes.

Había esperado comprobar que Lorenz era un hombre de cortesía anacrónica y convicciones protegidas por anteojeras, alguien que se había maravillado ante el orden y la diversidad del reino animal y había resuelto desentenderse del mundo doloroso y caótico de los contactos humanos. No podía haber cometido una equivocación de mayor envergadura. Tenía frente a mí a un hombre tan perplejo como el que más, que, cualesquiera hubiesen sido sus convicciones anteriores, experimentaba una compulsión casi infantil por compartir la emoción de sus

descubrimientos, y por corregir los errores prácticos o de énfasis.

Dominaba perfectamente el arte de la mímica. Podía proyectarse bajo la piel de cualquier pájaro, bestia o pez. Cuando imitaba a la corneja que se hallaba en peores condiciones para ceñirse a la «ley del más fuerte», se convertía en la infortunada corneja. Se convertía en una pareja de gansos silvestres que entrelazaban sus cuellos mientras ejecutaban la «ceremonia triunfal». Y cuando imitaba el vaivén sexual de los peces de su acuario, en virtud del cual una robusta Brunilda rechazaba las tímidas insinuaciones de su compañero, pero se transformaba en una doncella bobalicona y exageradamente sumisa apenas entraba en la pecera un auténtico macho, Lorenz se convertía, alternadamente, en la Brunilda, el blandengue y el tirano.

Se quejaba de haber sido mal interpretado por las personas que veían en su teoría de la agresión una excusa para la guerra permanente.

—Esto —afirmó—, es sencillamente calumnioso. La «agresividad» no implica necesariamente el lesionar al prójimo. Puede ser sólo un comportamiento de «rechazo». Se pueden obtener las mismas consecuencias con el solo hecho de alimentar antipatía por el prójimo. Se le puede espetar un «¡Uauch!» para luego dar media vuelta e irse mientras él croa su respuesta. Es lo que hacen las ranas.

Dos ranas croadoras, continuó, se alejaban lo más posible la una de la otra, excepto durante la época de celo. Lo mismo se podía decir de los osos polares que, afortunadamente para ellos, no vivían hacinados.

—Un oso polar —explicó— puede darse el lujo de alejarse de su congénere.

Asimismo, en el Orinoco, había indios que suprimían la guerra tribal mediante intercambios «rituales» de obsequios.

—Pero lógicamente —acoté—, este «intercambio de obsequios» no es un ritmo encaminado a suprimir la agresión. Es la agresión ritualizada. La violencia sólo estalla cuando se rompe la paridad de dichos intercambios.

—Sí, sí —respondió entusiasmado—. Por supuesto, por supuesto. —Cogió un lápiz que descansaba sobre su mesa de trabajo y lo blandió en dirección a mí—. Si le doy este obsequio —explicó—, mi acto significa: «Éste es mi territorio». Pero también significa: «Yo tengo un territorio y no soy una amenaza para el suyo». Lo único que hacemos es fijar la frontera. Yo le digo: «Aquí deposito mi regalo. No avanzaré un paso más». Si avanzara demasiado con mi obsequio, lo ofendería. Verá —añadió—, el territorio no es necesariamente el lugar donde se come. Es el lugar donde uno permanece... donde está familiarizado con todos los rincones y recovecos... donde conoce de memoria todos los refugios... donde el perseguidor no lo puede vencer. Incluso lo he medido con los peces espinosos.

Luego representó una imitación inolvidable de dos espinosos enfurecidos. Ambos eran imbatibles en el centro de su territorio. Ambos se mostraban gradualmente más asustados y vulnerables a medida que se alejaban de éste. Emprendían escaramuzas que los llevaban de un lado a otro hasta que encontraban un punto de equilibrio y, después, conservaban las distancias. A medida que contaba la historia, Lorenz

cruzaba las manos bajo el mentón y separaba los dedos para imitar las espinas de los peces. Se le coloreaban las agallas. Palidecía. Se inflaba y desinflaba. Arremetía y huía.

Fue aquella imitación del espinoso impotente, fugitivo, la que yo había asociado, allí en Middle Bore, con el Hombre Lagarto cornudo, que se alejó del terruño y perdió su esposa a manos de un desconocido.

## Veintitrés

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me hallaba en el centro de la colorida manta azul, y el sol había asomado. Los ancianos pidieron más carne para el desayuno. El hielo del «esqui» se había derretido durante la noche y los bistecs nadaban en agua enrojecida por la sangre. Resolvimos asarlos antes de que se echaran a perder.

Reavivé las brasas de la fogata mientras Arkadi charlaba con Alan y el hombre de la camisa azul. Les mostró en el mapa que la vía del tren pasaría a no menos de tres kilómetros de la Roca del Lagarto y consiguió que ellos asintieran de mala gana. A continuación, les señaló el tramo de cuarenta kilómetros por el que se proponía viajar.

Durante la mayor parte de la mañana los vehículos rodaron lentamente rumbo al norte por terreno accidentado. El sol era encandecedor y la vegetación estaba reseca y era monótona. El terreno formaba un declive en dirección al este para luego empinarse hacia una hilera de pálidas colinas de arena. El valle intermedio estaba cubierto por un monte ininterrumpido de acacias, que en aquella estación estaban peladas y tenían un color gris plateado, por lo cual parecían un banco de niebla desplegado a baja altura.

Nada se movía, con excepción de las ondas rielantes de calor.

Cruzábamos constantemente las huellas de incendios. En algunos tramos, lo único que había sobrevivido de los arbustos eran unas púas verticales, endurecidas por el fuego, que se ensartaban en nuestros neumáticos cuando les pasábamos por encima. Tuvimos tres pinchazos y el todoterreno de Marian tuvo dos. Cada vez que nos deteníamos para cambiar un neumático, los ojos se nos llenaban de polvo y cenizas. Las mujeres se apeaban, eufóricas, e iban en busca de frutos silvestres.

Mavis estaba de humor exuberante, y quería pagarme las sandalias. Me cogió por la mano y me arrastró hacia un arbusto flácido y verde.

—¡Eh! ¿Adonde vais? —exclamó Arkadi.

—A buscarle unos plátanos silvestres —respondió ella—. No los conoce. —Pero los plátanos, cuando los encontramos, estaban tan secos que casi no se los veía.

En otra oportunidad, ella y Topsy intentaron alcanzar a una iguana, pero ésta demostró ser más veloz que sus perseguidoras. Por fin, encontró una planta cargada de bayas maduras de solano, y me las arrojó a puñados. Tenían el aspecto y el sabor de tomates muy pequeños sin madurar. Comí algunas para complacerla.

—Así me gusta, cariño —dijo ella, y estiró su mano regordeta y me acarició la mejilla.

Cuando en el paisaje surgía algo remotamente parecido a una «peculiaridad», Arkadi frenaba y le preguntaba al viejo Alan: «¿Qué es eso?», o «¿Esa zona está libre?».

Alan escudriñaba su «dominio» desde la ventanilla.

Hacia el mediodía llegamos a un monte de eucaliptos: el único manchón verde que teníamos a la vista. Cerca de allí había un promontorio de piedra arenisca, de unos siete metros de largo y apenas visible por encima de la superficie. Había aparecido en la exploración aérea y era uno de los tres promontorios idénticos que se alineaban a lo largo de la hilera de colinas.

Arkadi le informó a Alan de que probablemente el ingeniero querría aprovechar esa roca para obtener balasto. Probablemente querría dinamitarla.

—¿Qué opinas de eso, viejo? —preguntó.

Alan no contestó.

—¿Esto no tiene historia? ¿O algo así?

Siguió callado.

—¿De modo que este terreno está disponible?

—No —Alan exhaló un profundo suspiro—. Los Cachorros.

—¿Qué cachorros?

—Los Cachorros —repitió, y con la misma voz cansada empezó a contar la historia de los Cachorros.

*En el Tiempo del Ensueño, el Hombre Rata Marsupial, Akuka, y su hermano, cazaban a lo largo de esas colinas. Como era la estación seca, tenían un hambre y una sed espantosas. Todos los pájaros y animales habían huido. Los árboles estaban pelados y los incendios de matorrales barrían la región.*

*Los cazadores buscaron por todas partes un animal para matar, hasta que, ya casi al cabo de sus fuerzas, Akuka vio a una rata marsupial que salía disparada hacia su madriguera. Su hermano lo conminó a no matarla, porque era tabú matar a los de tu propia especie. Akuka no le hizo caso.*

*Sacó a la rata marsupial de la madriguera, le clavó la lanza, la desolló, la comió, e inmediatamente sintió calambres en el estómago. Éste se fue hinchando cada vez más, hasta que al fin reventó, y una multitud de Cachorros brotaron de su interior y se pusieron a chillar pidiendo agua.*

*Muertos de sed, los Cachorros fueron hasta Singleton por el norte, y hasta Taylor Crek, donde ahora está la presa, por el sur. Encontraron el afloramiento de agua, pero se la bebieron toda y volvieron a los tres promontorios rocosos. Las rocas eran los Cachorros, acurrucados los unos contra los otros en la posición en que se tumbaron para morir... aunque resultó que todavía no murieron.*

*Su tío, el hermano de Akuka, oyó sus gemidos e invocó a sus vecinos del oeste para que hicieran llover. La lluvia llegó de poniente (el monte gris de acacias era el cúmulo metamorfoseado en árboles). Los Cachorros dieron media vuelta y deambularon nuevamente hacia el sur. Mientras cruzaban un cañadón no lejos de Lizard Rock, la Roca del Lagarto, cayeron en las aguas de la riada y se «disolvieron».*

El lugar donde los Cachorros «dieron media vuelta» se llamaba *Akwerkepentye*, lo cual significa «críos que viajan mucho».

Cuando Alan terminó el relato, Arkadi dijo con voz queda:

—No te preocupes, viejo. Todo se arreglará. Nadie tocará a los Cachorros.

Alan sacudió la cabeza desesperadamente.

—¿Ahora estás contento? —preguntó Arkadi.

No. No estaba contento. Nada relacionado con ese perverso ferrocarril lo pondría contento. Pero al menos los Cachorros estarían a salvo.

Seguimos avanzando.

—Australia —murmuró Arkadi parsimoniosamente—, es el país de los críos extraviados.

Una hora más tarde llegamos al límite norte de Middle Bore Station. Ahora sólo nos quedaba un neumático sano para el todoterreno, así que resolvimos dar un rodeo en lugar de arriesgarnos a volver por donde habíamos venido. Había un viejo camino de tierra que iba hacia el este y después hacia el sur, y desembocaba detrás del caserío de Alan. En el último tramo nos encontramos con el personal del ferrocarril.

Estaban despejando el terreno a lo largo de la línea férrea proyectada. Sus excavadores habían abierto un claro entre las acacias, y ahora había una franja de tierra removida, de unos cien metros de ancho, que se perdía en lontananza.

Los viejos miraron con desconsuelo las pilas de árboles arrancados.

Nos detuvimos a conversar con un titán de barba negra. Medía más de dos metros diez de estatura y parecía esculpido en bronce. Desnudo hasta la cintura, con un sombrero de paja y pantalones cortos, estaba clavando estacas de señalización con un martillo. Dentro de una hora o dos se iría a Adelaida, con asueto.

—Hombre —exclamó—, sí que me alegro de irme de aquí.

El camino había desaparecido. Nuestros vehículos marchaban lentamente y patinaban sobre la tierra roja y suelta. Tuvimos que apearnos tres veces para empujarlos. Arkadi estaba abrumado. Sugerí que hiciéramos un alto para descansar. Nos refugiarnos bajo la magra sombra de unos árboles. Por todas partes había hormigueros, salpicados con excrementos de pájaros. Sacamos algunos víveres y bebidas, y desplegamos la manta a manera de toldo.

Habíamos pensado que los viejos tendrían hambre, como siempre. Pero se sentaron todos apretujados, haciendo muecas, y se negaron a comer o a hablar. A juzgar por sus expresiones, cualquiera habría dicho que les dolía algo.

Marian y las señoras se habían instalado al pie de otro árbol, y ellas también estaban calladas y tristes.

Una niveladora amarilla pasó envuelta en una nube de polvo.

Arkadi se acostó, se cubrió la cabeza con una toalla, y se puso a roncar. Yo me recosté contra un tronco, utilizando el morral de cuero a modo de almohada, y hojeé las *Metamorfosis* de Ovidio.

La historia de la mutación de Licaón en lobo me hizo remontar a un ventoso día de primavera en Arcadia cuando había visto, sobre el mismo casquete de piedra caliza del monte Licaón, una imagen del rey fiera agazapado. Leí la historia de Jacinto y Adonis; de Deucalión y el Diluvio; y de cómo «las cosas vivientes» fueron creadas a partir del tibio fango nilótico. Y, en razón de lo que ahora sabía acerca de los Trazos de la Canción, se me ocurrió pensar que tal vez toda la mitología clásica representaba los vestigios de un gigantesco «mapa de canciones»: que todas las idas y venidas de los dioses y las diosas, las cuevas y los manantiales sagrados, las esfinges y las quimeras, y todos los hombres y mujeres que se transformaron en ruiñones o cuervos, en ecos o narcisos, en piedras o estrellas... todos ellos se podrían interpretar

en términos de una geografía totémica.

Debí de adormecerme, porque cuando desperté tenía la cara cubierta de moscas y Arkadi gritaba:

—Vamos. En marcha.

Llegamos a Middle Bore una hora antes de la puesta del sol. El todoterreno apenas había terminado de detenerse cuando Alan y el hombre de la camisa azul abrieron sus puertas y se alejaron sin siquiera despedirse con una inclinación de cabeza. Big Tom murmuró algo en el sentido de que el ferrocarril era «malo».

Arkadi tenía un aspecto desquiciado.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿De qué sirve todo?

Se culpaba a sí mismo de haber permitido que vieran las excavadoras.

—No deberías ponerte así.

—Pero me pongo.

—Un día u otro tendrían que haberlas visto.

—Habría preferido que no fuera en mi compañía.

Nos refrescamos bajo una manguera y yo volví a encender nuestra fogata del día anterior. Marian se reunió con nosotros, se sentó sobre el tocón de un árbol aserrado, y se desenredó el pelo. Luego comparó sus anotaciones con las de Arkadi. Las mujeres le habían hablado de un Trazo de Canción llamado Dos Danzarinas, que sin embargo nunca entraba en contacto con la línea férrea.

Levantamos la vista para contemplar una procesión de mujeres y niños que volvían de recoger forraje. Los críos pequeños se balanceaban apaciblemente entre los pliegues de los vestidos de sus madres.

—Nunca los oyes llorar mientras su madre se sigue moviendo —comentó Marian. Había tocado, sin saberlo, uno de mis temas favoritos.

—Y si los críos no soportan quedarse quietos, ¿cómo podremos asentarnos luego? —pregunté.

Ella se levantó bruscamente.

—Lo cual me recuerda que debo irme.

—¿Ahora?

—Ahora. Les prometí a Gladys y Topsy que las llevaría hoy a sus casas.

—¿No pueden quedarse aquí? —inquirí—. ¿No podríamos pasar toda la noche aquí?

—Tú puedes —respondió, sacando la lengua con aire juguetón—. Yo no.

Miré a Arkadi, quien se encogió de hombros como si quisiera decir: «Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay fuerza en el mundo capaz de disuadirla». Cinco minutos después, Marian había reunido a las mujeres y se fue, tras haber hecho un alegre ademán de despedida.

—Esa mujer es el Flautista de Hamelin —exclamé.

—¡Maldita sea! —espetó Arkadi.

Me recordó nuestra promesa de ir a visitar a Frank Olson.

En la casa, una mujer corpulenta, con la piel estropeada por el sol, salió a recibirnos arrastrando los pies, espió por la tela mosquitera de la puerta, y la abrió.

—Frank ha ido a Glen Armond —anunció—. ¡Ha habido una emergencia! ¡Se descompuso Jim Hanlon!

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Arkadi.

—Anoche —respondió la mujer—. Se desplomó en la taberna.

—Deberíamos reunir gente e ir —dijo Arkadi.

—Sí —asentí—. Creo que será mejor que vayamos.



## Veinticuatro

El barman del motel de Glen Armond dijo que Hanlon se había presentado allí alrededor de las nueve de la noche anterior y se había jactado de que había alquilado su remolque a un «caballero literato». Reconfortado por la transacción, se había echado al colete cinco raciones dobles de *scotch*, había caído y se había golpeado la cabeza contra el suelo. Pensando que a la mañana estaría sobrio, lo habían llevado a un cuarto situado en los fondos. Allí, a primera hora de la mañana, un camionero lo oyó gemir, y lo encontraron, nuevamente en el suelo, apretándose el abdomen y con la camisa hecha jirones.

Telefonaron a su amigo, Frank Olson, y lo llevaron en coche a Alice. A las once estaba sobre la mesa de operaciones.

—Algunos hablan de un bloqueo —informó el barman con tono sentencioso—. Generalmente eso encierra un solo significado posible.

En el bar había un teléfono público. Arkadi llamó al hospital. La enfermera de guardia dijo que Hanlon estaba cómodo y dormido.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Arkadi.

—No me lo ha querido decir.

El mostrador había sido confeccionado con traviesas de ferrocarril, de madera, en desuso, y sobre él colgaba un cartel: EL LICOR SE DEBE CONSUMIR EXCLUSIVAMENTE EN ESTE LOCAL.

Miré una ilustración adosada a la pared. Así era como el artista había imaginado el proyecto del *Glen Armond Memorial Dingo Complex*, pintado con acuarela. La palabra *memorial* expresaba el homenaje al perro dingo que había comido, o no había comido, al niño Azaria Chamberlain. El proyecto exigía erigir un dingo de fibra de vidrio, de unos veinte metros de altura, con una escalera de caracol en sus patas delanteras y un restaurante de color rojo oscuro dentro del vientre.

—Increíble —comenté.

—No —respondió Arkadi—. Humorístico.

El autocar nocturno a Darwin se detuvo fuera, y el bar se llenó de pasajeros. Había alemanes, japoneses, un inglés de rodillas rosadas, y el elenco habitual de australianos nativos. Comieron pastel y helados, bebieron, salieron a orinar y volvieron para seguir bebiendo. La parada duró quince minutos. Al fin el conductor los llamó y salieron todos en tropel, dejando el bar a disposición de su clientela fija.

En el fondo del salón, un libanés gordo jugaba al billar con un hombre joven, enjuto y rubio, que tenía un ojo estrábico y que intentaba explicar, con un tartajeo, que los sistemas de parentesco aborígenes eran «jo... jo... jo... jodidamente com... com... complejos». En la barra, un hombre corpulento, con una marca de nacimiento

purpúrea en el cuello, trasegaba metódicamente un *scotch* tras otro entre sus dientes cariados, y hablaba con el agente de la patrulla policial que habíamos conocido el día anterior en Burnt Flat.

Se había puesto vaqueros y una camiseta blanca y limpia, y llevaba una cadena de oro colgada del cuello. Sin su uniforme, parecía haberse encogido. Sus brazos lucían flacos y blancos por encima de la línea que marcaba el límite de los puños de la camisa. Su perro alsaciano estaba inmóvil, sujeto al taburete de la barra, y observaba a unos aborígenes con las orejas erguidas y la lengua estirada.

El policía se volvió hacia mí.

—¿Qué se sirve?

Yo vacilé.

—¿Qué va a beber?

—*Scotch* con soda —respondí—. Gracias.

—¿Hielo?

—Hielo.

—¿De modo que es escritor, eh?

—Las noticias vuelan.

—¿Qué escribe?

—Libros —contesté.

—¿Publicados?

—Sí.

—¿Ciencia-ficción?

—¡NO!

—¿Alguna vez ha escrito un best-séller?

—Nunca.

—Yo pienso escribir uno.

—Lo felicito.

—Usted no creería algunas de las historias que me cuentan.

—Sí las creería.

—Son historias increíbles —insistió, con voz fina y petulante—. Están todas aquí.

—¿Dónde?

—En mi cabeza.

—Lo importante es volcarlas al papel.

—Tengo un título de primera.

—Estupendo.

—¿Quiere que le diga cuál es?

—Si lo desea.

Se quedó boquiabierto y me miró fijamente.

—Supongo que bromea, amigo. ¿Cree que le revelaría mi título? ¡Usted podría usarlo! Ese título vale dinero.

—Entonces no lo deje escapar.

—El título —afirmó con mucha convicción—, puede salvar o arruinar un libro. ¡Pensad en *Extorsión mortal*, de Ed McBain! ¡En *La ciudad del tiburón*! ¡O en *Arde el Edén*! ¡Pensad en *El día del perro*! Grandes títulos.

Calculaba que su título valía 50 000 dólares norteamericanos en metálico. Con semejante título se podía filmar una gran película. ¡Aun sin el libro!

—¿Incluso sin la trama? —sugerí.

—Eso es —asintió.

En los Estados Unidos, dijo, se movilizaban millones cuando los títulos pasaban de mano en mano. Claro que él no iba a vender su título a una compañía cinematográfica. El título y la trama estaban unidos.

—No —murmuró mientras meneaba la cabeza pensativamente—. No querría separarlos.

—No debe hacerlo.

—¿Quizá podríamos colaborar? —preguntó.

Imaginaba una sociedad artística y comercial. Él suministraría el título y la trama. Yo escribiría el libro porque él, en su condición de policía, no disponía de tiempo libre para hacerlo.

—Escribir lleva tiempo —asentí.

—¿Le interesa?

—No.

Pareció desilusionado. Aún no estaba preparado para revelarme el título, pero para avivar mi apetito me propuso iniciarme en los secretos del argumento. El argumento de la historia increíble empezaba con un aborigen al que lo aplastaba un camión con remolques.

—¿Y?

—Será mejor que se lo cuente.

Se humedeció los labios. Había tomado una decisión importante.

—*El cadáver en el saco* —dijo.

—¿*El cadáver en el saco*?

Cerró los ojos y sonrió.

—Es la primera vez que se lo digo a alguien.

—Pero ¿por qué *El cadáver en el saco*?

—El saco donde se guarda el cadáver. Ya le advertí que la historia empieza con un negro muerto en la carretera.

—Es cierto.

—¿Le gusta? —preguntó, ansiosamente.

—No.

—Me refiero al título.

—Sé que se refiere al título.

Giré hacia el hombre de la marca de nacimiento purpúrea que se hallaba sentado a mi izquierda. Había estado acantonado en Inglaterra, durante la guerra, cerca de

Leicester. Había combatido en Francia y después se había casado con una chica de Leicester. Su esposa había ido a vivir a Australia, pero después había vuelto a Leicester, con su hijo.

Había oído decir que explorábamos lugares sagrados.

—¿Sabe qué es lo mejor que se puede hacer con un lugar sagrado? —inquirió, arrastrando las palabras.

—¿Qué?

—¡Dinamitarlo!

Sonrió y alzó el vaso en dirección a los aborígenes. La marca de nacimiento osciló a medida que bebía.

Uno de los aborígenes, un tipo de aspecto rústico, muy flaco y con una mata de pelo crespo, apoyó ambos codos sobre la barra y escuchó.

—¡Lugares sagrados! —El gigante hizo una mueca burlona—. Si todos los que ellos dicen que son lugares sagrados lo fueran, habría trescientos malditos billones de lugares sagrados en Australia.

—¡No está totalmente equivocado, amigo! —comentó el aborígen flaco.

Oí que Arkadi hablaba a mi derecha con el policía. Ambos habían vivido en Adelaida, en el suburbio de St. Peters. Habían ido a la misma escuela. Habían tenido el mismo profesor de matemáticas, pero el policía era cinco años mayor.

—El mundo es pequeño —dijo.

—Lo es —asintió Arkadi.

—¿Y por qué se preocupa por ellos? —El policía señaló a los aborígenes con el pulgar.

—Porque me gustan.

—Y a mí también me gustan —afirmó—. ¡Me gustan! Me gusta hacer lo que es bueno para ellos. Pero son diferentes.

—¿Diferentes en qué sentido?

El policía volvió a humedecerse los labios, y sorbió el aire entre los dientes.

—Están hechos de otra manera —dijo al fin—. Su sistema urinario es distinto del sistema del hombre blanco. ¡Diferentes tuberías! ¡Por eso no pueden soportar el alcohol!

—¿Cómo lo sabe?

—Ha sido demostrado —sentenció el policía—. Científicamente.

—¿Por quién?

—No lo recuerdo.

El hecho, prosiguió, era que deberían existir dos legislaciones diferentes sobre el consumo de alcohol: una para blancos y otra para negros.

—¿Eso es lo que piensa? —preguntó Arkadi.

—¿Crees que hay que castigar a quienes tienen el mejor sistema de tuberías? —insistió el policía, levantando la voz por efecto de la indignación—. Es injusto. Es inconstitucional.

El alsaciano aulló, y el policía le palmeó la cabeza.

Del hecho de tener sistemas de tuberías distintos había un paso a tener distinta materia gris. El cerebro aborígen, dijo, era diferente del de los caucásicos. Los lóbulos frontales estaban más aplastados.

Arkadi entrecerró los ojos hasta dejarlos reducidos a un par de hendiduras tártaras. Ahora estaba realmente irritado.

—A mí me gustan —repitió el policía—. Nunca dije que no me gustan. Pero son como niños. Tienen mentalidad infantil.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Son incapaces de progresar —explicó—. Y esto es lo que tienen de malo ustedes, los defensores de los Derechos Territoriales. Obstaculizan el progreso. Los ayudan a destruir la Australia blanca.

—¿Puedo invitarle a un trago? —interviene.

—No, gracias —espetó el policía. Unos tics espasmódicos le crispaban la cara. Observé que tenía las uñas comidas hasta la carne viva.

Arkadi dejó pasar un momento, hasta que hubo recuperado el control de su genio, y entonces empezó a explicar, lenta y racionalmente, que la mejor manera de juzgar la inteligencia de un hombre consistía en medir su capacidad para manejar las palabras.

Muchos aborígenes, dictaminó, descollarían como sabios lingüistas si se les aplicaran nuestras pautas. La diferencia residía en el enfoque. Los blancos modificaban constantemente el mundo para acomodarlo a su dudosa visión del futuro. Los aborígenes consagraban todas sus energías mentales a conservar el mundo tal cual era. ¿Qué tenía eso de inferior?

Las comisuras de los labios del policía se curvaron hacia abajo.

—Usted no es australiano —le dijo a Arkadi.

—Claro que lo soy. Condenadamente australiano.

—No, no lo es. Me doy cuenta de que no es australiano.

—Nací en Australia.

—Eso no lo hace australiano —se burló—. Hace cinco generaciones que los míos viven en Australia. ¿Dónde nació su padre?

Arkadi hizo una pausa y contestó con circunspecta dignidad:

—Mi padre nació en Rusia.

—¡Eh! —El policía crispó su labio superior y se volvió hacia el gigante—. ¿Qué te dije, Bert? ¡Un *pom* y un *com*! ¡Un inglés y un comunista!

## Veinticinco

El cielo se nubló por la noche y el día amaneció encapotado y bochornoso. Desayunamos panceta y huevos en el bar del motel. La esposa del propietario nos preparó bocadillos para un *picnic* y nos dio hielo para el «esqui». Arkadi volvió a telefonar al hospital.

—Aún se niegan a decir qué le pasa —manifestó mientras colgaba—. Sospecho que es grave.

Discutimos si debíamos volver a Alice, pero como no había nada que pudiéramos hacer, resolvimos seguir viaje rumbo a Cullen. Arkadi desplegó el mapa sobre la mesa. La travesía, calculó, duraría dos días. Cortaríamos camino a campo traviesa y pasaríamos la noche en Popanji, y después nos dirigiríamos a Cullen.

La mujer que bebía café en el taburete contiguo nos oyó y preguntó, disculpándose, si por casualidad pasaríamos por Lombardy Downs.

Arkadi consultó el mapa.

—Está en el trayecto —anunció—. ¿Podemos llevarla?

—¡Oh, no! —La mujer se replegó sobre sí misma—. No. No. No quiero ir allí. Lo que deseaba saber era si podrían llevar algo de mi parte. Una carta.

Era una mujer joven, desmañada y ajada, de pelo opaco y ojos ambarinos que no se desviaban al mirar. Enunciaba las sílabas con pronunciación refinada, y usaba un vestido color castaño con mangas largas.

—Ya la he escrito —prosiguió—. ¿No les molestaría, verdad? Iré a buscarla siempre que ustedes...

—Claro que la llevaremos —la interrumpió Arkadi.

Se fue corriendo y volvió de prisa, sin aliento, con la carta. La empujó vehementemente hacia nosotros, alejándola de sí. Después empezó a jugar con un pequeño crucifijo de oro que le colgaba del cuello.

—Es para Bill Muldoon —explicó, mientras miraba apáticamente el nombre escrito en el sobre—. Es administrador de la hacienda de Lombardy. Es mi marido. Pídanle a cualquier persona que se la entregue. Pero si lo ven... si les pregunta si me han visto... díganle que estoy bien.

Parecía frágil y desconsolada y enferma.

—No se preocupe —respondí—. Lo haremos.

—Gracias —murmuró con voz ahogada, y se sentó para terminar su café.

Rodamos durante tres horas por una planicie desprovista de accidentes llamativos. Había llovido por la noche y esto había asentado el polvo del camino. Vimos algunos emúes a lo lejos. Empezaba a soplar viento. Vimos que algo se columpiaba de un árbol solitario. Era un enorme osito de juguete, tejido, con pantalones azules y gorra escarlata. Alguien le había asestado un tajo en el cuello y el relleno de miraguano se

escapaba por la hendidura. En el suelo había una cruz confeccionada con ramas, frotada con ocre, y con los brazos sujetos mediante cabellos trenzados.

Levanté la cruz y se la tendí a Arkadi.

—Cosas de aborígenes —comentó—. Si yo estuviera en tu lugar, no la tocaría.

La dejé caer y volví a mi asiento. Delante de nosotros el cielo se estaba oscureciendo.

—Es posible que nos aguarde una tormenta —dijo Arkadi.

Giramos delante del cartel que rezaba Lombardy Downs. Al cabo de más o menos un kilómetro y medio el camino contorneó el extremo de una pista de despegue. Una manga de color anaranjado flotaba en posición horizontal, hinchada por el viento zumbante, y a lo lejos se veía un avión ligero.

El propietario de la hacienda también lo era de una línea aérea.

La casa solariega, blanca y de grandes dimensiones, se levantaba en medio de unos árboles achaparrados, pero más cerca de la pista había una casa más pequeña, de ladrillo, contigua a un hangar abierto. En el hangar se alojaban los aviones y automóviles antiguos que coleccionaba el propietario. Junto a un Tiger Moth estaban aparcados un Ford T y un camión rural Rolls-Royce, con sus laterales de madera pintados de color marrón con un ribete negro.

Le repetí a Arkadi la historia que contaba mi padre acerca del Rolls-Royce y el criador de ovejas millonario.

—No era tan absurda, después de todo —comentó.

En la puerta apareció una mujer desaliñada, vestida con una bata de topos verdes. Su pelo rubio estaba enroscado en rizados.

—¿Buscan a alguien, muchachos? —gritó.

—A Bill Muldoon —grité a mi vez, contra el viento—. Le traemos una carta.

—Muldoon ha salido —dijo—. Entren y les prepararé un café.

Entramos en una cocina desordenada. Arkadi depositó la carta encima de la mesa, sobre un mantel de hule a cuadros rojos, junto a unas revistas del corazón. Nos sentamos. Un cuadro al óleo de Ayer's Rock colgaba sesgado sobre la pared. La mujer ojeó la escritura del sobre y se encogió de hombros. Ella era la rival.

Mientras hervía el agua, desenvolvió una barra de caramelo comida a medias, le arrancó un par de centímetros con un mordisco, volvió a envolverla, y se lamió de los labios un resto de la cubierta de chocolate.

—¡Dios, qué aburrida estoy! —exclamó.

El propietario de la hacienda, nos informó, había volado desde Sidney para pasar el fin de semana allí, de modo que Muldoon estaba al pie del cañón. Nos sirvió los cafés y repitió que estaba aburrida.

Nos disponíamos a irnos cuando entró Muldoon, un hombre atlético, rubicundo, vestido íntegramente de negro: sombrero, botas, vaqueros y camisa desabrochada hasta el ombligo, todo negro. Pensó que estábamos allí por una cuestión de negocios y nos estrechó la mano. Apenas vio la carta palideció y apretó las mandíbulas.

—Fuera de aquí —ordenó.

Nos fuimos.

—Poco cordial.

—La ética rural —comentó Arkadi—. Es la misma en todo el mundo.

Media hora más tarde cruzamos unas barras atravesadas sobre un foso para impedir el paso del ganado. Allí terminaba Lombardy Downs. Habíamos eludido por poco una tromba de agua y observamos cómo las columnas de lluvia se precipitaban oblicuamente a nuestro costado hacia una hilera de colinas. Luego tomamos la carretera que une Alice con Popanji.

Los arcones estaban sembrados de coches abandonados, generalmente invertidos, entre montones de vidrios rotos. Nos detuvimos al lado de un Ford azul herrumbroso junto al cual estaba acucillada una negra. El capó estaba abierto y un crío desnudo montaba guardia sobre el techo.

—¿Qué sucede? —preguntó Arkadi, asomándose por la ventanilla.

—Bujías —respondió la mujer—. Fue a buscar bujías nuevas.

—¿Quién fue?

—Él fue.

—¿Adonde?

—A Alice.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Tres días.

—¿Usted se encuentra bien aquí?

—Sí —resopló la mujer.

—¿Tiene agua y todo lo demás?

—Sí.

—¿Quiere un bocadillo?

—Sí.

Les dimos a la mujer y al crío tres bocadillos. Los manosearon y los devoraron ávidamente.

—¿Entonces, está segura de que se encuentra bien? —insistió Arkadi.

—Sí —asintió la mujer.

—Podemos llevarlos de vuelta a Popanji.

Ella meneó malhumoradamente la cabeza y nos despidió con un ademán.

Alrededor de la hora del almuerzo atravesamos un cañadón en cuyo lecho crecían eucaliptos australianos de río. Era un buen lugar para un *picnic*. Avanzamos sorteando rocas erosionadas por la corriente, y charcas de agua amarilla estancada en cuya superficie flotaban hojas. El territorio que se extendía hacia el oeste era gris y pelado, y sobre él se deslizaban las sombras de las nubes. No había ganado, ni cercos, ni molinos de viento: era un terreno demasiado árido para el pastoreo. Habíamos dejado atrás las boñigas de vaca; no había más moscas.

Cuando nos acercamos a uno de los eucaliptos, levantó vuelo una bandada de



cacatúas negras, que chillaban como goznes oxidados y que volvieron a posarse más adelante en un eucalipto seco. Cogí los prismáticos y vi el destino de las plumas escarlatas que les crecían bajo la cola.

Desplegamos los componentes del *picnic* a la sombra. Los bocadillos eran incomibles, así que se los arrojamos a los cuervos. Pero teníamos galletas y queso, aceitunas y una lata de sardinas, y cinco cervezas frías para los dos.

Hablamos de política, de libros en general y de libros rusos. Explicó que era muy extraño sentirse ruso en un país de prejuicios anglosajones. Si pasabas una velada en un salón lleno de «intelectuales» de Sidney, terminaban todos disecando algún oscuro acontecimiento de la primera Colonia Penal.

Paseó la mirada sobre la inmensidad del territorio circundante.

—Lástima que no llegáramos antes —murmuró.

—¿Los rusos?

—No sólo los rusos —respondió, meneando la cabeza—. Los eslavos, los húngaros, incluso los alemanes. Cualquier pueblo capaz de lidiar en los anchos horizontes. Una parte excesiva de este país cayó en manos de isleños. Nunca lo entendieron. Le temen al espacio. Nosotros —agregó—, podríamos habernos sentido orgullosos de él. Lo habríamos amado tal como era. Creo que no lo habríamos vendido tan fácilmente.

—Sí —dije—. ¿Por qué, en este país de infinitos recursos, los australianos no paran de venderlos a los extranjeros?

—Venderían cualquier cosa. —Se encogió de hombros.

Luego cambió de tema y preguntó si alguna vez, en mis viajes, había convivido con un pueblo de cazadores.

—Una vez —respondí—. En Mauritania.

—¿Dónde está eso?

—En el Sahara occidental. No era tanto una tribu de cazadores como una casta de cazadores. Se llamaban los nemadi.

—¿Y qué cazaban?

—Antílopes oryx y addax —contesté—. Con perros.

En la ciudad de Walata, antaño una capital del Imperio almorávide y ahora un laberinto de patios de color sangre, pasé tres días íntegros hostigando al gobernador para que me permitiera visitar a los nemadi.

El gobernador, un hipocondríaco malhumorado, había vivido anhelando la presencia de alguien con quien compartir el recuerdo de sus días de estudiante en París, o con quien debatir detalles doctrinarios de la *pensée maotsetungienne*. Sus palabras favoritas eran *tactique* y *technique*, pero cada vez que yo tocaba el tema de los nemadi, él soltaba una risita quebradiza y murmuraba:

—Está prohibido.

A la hora de las comidas, un tocador de laúd de dedos rosados nos interpretaba serenatas entre los bocados de cuscús, mientras el gobernador reconstruía, con mi estímulo, un plano de calles del Quartier Latin. Desde su palacio —si a cuatro habitaciones de adobe se las puede llamar palacio—, yo divisaba una pequeña tienda blanca de los nemadi que me hacía guiños desde la ladera de enfrente.

—¿Por qué desea ver a esa gente? —me gritó el gobernador—. ¡Walata, sí! Walata es un lugar histórico. Pero estos nemadi no son nada. Son gente mugrienta.

No sólo eran mugrientos, sino que también eran una vergüenza nacional. Era infieles, idiotas, ladrones, parásitos, embusteros. Comían alimentos prohibidos.

—¡Y sus mujeres —añadió—, son prostitutas!

—Pero ¿bellas? —sugerí, aunque sólo fuera para fastidiarlo.

Su mano salió bruscamente de entre los pliegues de su túnica azul.

—¡Ah! —Agitó un dedo en dirección a mí—. ¡Ahora lo sé! ¡Ahora lo entiendo! Pero permítame decirle, joven inglés, que esas mujeres padecen enfermedades terribles. ¡Enfermedades incurables!

—No fue eso lo que me contaron —repliqué.

En la tercera velada que pasamos juntos, después de haberlo intimidado con el nombre del ministro del Interior, percibí síntomas de que empezaba a ceder. Al día siguiente, mientras almorzábamos, dijo que podía ir, siempre que me acompañara un policía, y siempre que no hiciese nada que nos animara a cazar.

—No deben cazar —vociferó—. ¿Me escucha?

—Le escucho —asentí—. Pero los nemadi son cazadores. Cazaban antes de los tiempos del Profeta. ¿Qué otra cosa pueden hacer, si no es cazar?

—La ley de nuestra República —dijo, mientras entrecruzaba los dedos con aire sentencioso—, prohíbe la caza.

Pocas semanas antes, mientras hurgaba en la literatura dedicada a los nómadas del Sahara, había hallado una descripción de los nemadi, fundada sobre los descubrimientos de un etnólogo suizo, que los clasificaba «entre los pueblos más indigentes de la tierra».

Se calculaba que eran unos trescientos, y deambulaban, en grupos de más o menos treinta individuos, a lo largo de El Djouf, el desierto oriental. El informe les atribuía una tez clara y ojos azules, y los situaba en el octavo y más bajo peldaño de la sociedad mora: «Parias del desierto», inferiores a los harratin, que eran esclavos agrícolas negros y amarrados.

Los nemadi no tenían tabúes dietéticos ni veneraban el Islam. Comían saltamontes y miel silvestre, y jabalíes, cuando se les presentaba la ocasión. A veces se ganaban el sustento vendiendo a los nómadas *tichtar*, la carne seca de antílope que, cuando se desmigaja, da un sabor cedizo al cuscús.

Los hombres ganaban un poco más de dinero tallando arzones y cuencos para la leche con madera de acacia. Reiteraban que eran los legítimos propietarios de la tierra, y que los moros se la habían robado. Puesto que los moros los trataban como

parias, se veían obligados a acampar lejos de la ciudad.

En cuanto a sus orígenes, era posible que fuesen sobrevivientes de una población cazadora mesolítica. Casi con certeza habían sido los «mesufitas», uno de los cuales —ciego de un ojo y parcialmente ciego del otro— había guiado a Ibn Battuta por las arenas en 1357. «Aquí el desierto es bello y resplandeciente, y el alma encuentra sosiego —escribió el trotamundos—. Abundan los antílopes. A menudo un rebaño pasa tan cerca de nuestra caravana que los mesufitas los cazan con flechas y perros».

Hacia la década de 1970, los grupos de cazadores equipados con todoterrenos y fusiles de largo alcance garantizaron que los oryx y addax, lejos de proliferar, empezaran a extinguirse. El gobierno promulgó la prohibición total de la caza, y los nemadi fueron incluidos en el decreto.

Los nemadi sabían que ellos eran tan mansos como brutales y vengativos eran los moros; y sabían por añadidura que el pastoreo de rebaños desembocaba en la violencia, por lo cual no querían dedicarse a él. Sus canciones favoritas hablaban de fugas al desierto donde esperarían tiempos mejores.

El gobernador me contó cómo él y sus colegas habían comprado un total de mil cabras para los nemadi.

—¡Mil cabras! —siguió vociferando—. ¿Sabe lo que significa eso? ¡Muchas cabras! ¿Y qué hicieron ellos con las cabras? ¿Acaso las ordeñaron? ¡No! ¡Se las comieron! ¡Todas! *Ils sont im-bé-ci-les!*

Me complace decir que al policía le caían simpáticos los nemadi. Confesó que eran *braves gens*, y añadió, subrepticamente, que el gobernador estaba chalado.

Mientras marchábamos hacia la tienda blanca, oímos por primera vez el coro de risas y luego tropezamos con un grupo de doce nemadi, adultos y niños, que descansaban a la sombra de una acacia. Ninguno estaba enfermo ni sucio. Estaban todos immaculados.

El jefe se levantó para darnos la bienvenida.

—Mahfould —dije—, y le estreché la mano.

Reconocí sus facciones por haberlas visto ya en las fotos del etnógrafo suizo: un rostro chato y sonriente circundado por un turbante de color azul aciano. Casi no había envejecido en veinte años.

En el grupo había varias mujeres vestidas con algodón bañado en tintura de añil, y un negro con un pie deforme. Había asimismo un viejo tullido de ojos azules que se movía ayudándose con las manos. El cazador de más jerarquía era un individuo de hombros cuadrados cuya expresión reflejaba rigor y una alegría desenfadada. Estaba tallando un arzón a partir de un bloque de madera mientras su perro favorito, un terrier moteado y flaco, frotaba el hocico contra su rodilla.

*Nemadi* significa «amo de los perros». Se dice que los perros comen incluso cuando sus dueños pasan hambre, y su adiestramiento sería el orgullo de cualquier circo. Una jauría consta de cinco perros: el «rey» y sus cuatro seguidores.

El cazador, después de rastrear un rebaño de antílopes hasta su campo de

pastoreo, se agazapa con sus perros en la pendiente de una duna, y les ordena sobre qué animal deben abalanzarse. Obedeciendo a una seña, el «rey» se precipita cuesta abajo, hinca los colmillos sobre su morro, y los otros lo cogen por las patas. Clava el cuchillo una sola vez, pronuncia una oración sumaria para pedir el perdón del antílope, y la cacería ha terminado.

Los nemadi desprecian la utilización de las armas de fuego, que interpretan como un sacrilegio. Puesto que creen que el alma del animal muerto reside en sus huesos, los entierran reverentemente para que no los profanen los perros.

—Los antílopes eran nuestros amigos —dijo una de las mujeres con una sonrisa blanca y deslumbrante—. Ahora se han ido lejos. Ahora no tenemos nada, nada que hacer excepto reír.

Cuando les pregunté por las cabras del gobernador todos rieron a carcajadas.

—Y si usted nos regala una cabra —dijo el cazador de más jerarquía—, también la mataremos y la comeremos.

—Correcto —le dije al policía—. Iremos a comprarles una cabra.

Cruzamos el uadi hasta donde un pastor daba de beber a su rebaño. Le pagué un poco más de lo que pedía por un cabrito, y el cazador lo guió hasta el campamento. El borboteo que partió de atrás de un arbusto anunció que su vida había terminado y que habría carne para la cena.

Las mujeres rieron, aporrearon un tam-tam confeccionado con unos viejos bidones de hojalata y entonaron un suave canto gutural para agradecer al forastero la donación de carne.

Se cuenta la historia de un emir moro que, exacerbado por la sonrisa de una mujer nemadi, la secuestró, la vistió de seda y nunca volvió a verla sonreír hasta el día en que ella divisó, a través de la reja de su prisión, a un nemadi que marchaba por el mercado. Hay que decir, en honor del emir, que la dejó en libertad.

—¿Cuál era el secreto de su famosa sonrisa? —les pregunté a las mujeres.

—¡La carne! —exclamaron alegremente, mientras hacían rechinar los dientes al unísono—. La carne nos da nuestras hermosas sonrisas. Mascamos la carne y no podemos dejar de sonreír.

En la pequeña tienda blanca, construida con tiras de algodón sudanés cosidas entre sí, vivía una anciana en compañía de dos perros y un gato. Se llamaba Lemina. Era muy vieja cuando llegó el suizo, hacía de esto casi veinte años. El policía dijo que tenía más de cien.

Alta y erguida, vestida de azul, caminó entre los árboles espinosos hacia el foco de la conmoción.

Mahfould se puso en pie para saludarla. Era sordomuda. Quedaron recortados contra el cielo oscurecido, y agitaban los dedos entendiéndose mediante el lenguaje de los signos. Su tez era blanca, como láminas de papel de seda. Sus ojos estaban nublados y parcialmente ocultos por los párpados entrecerrados. Alzó los brazos marchitos hacia mí, sonriendo, y emitió una serie de sonidos gorjeantes.

Conservó la sonrisa durante tres minutos íntegros. Después giró sobre los talones, arrancó una ramita de una acacia y volvió a su tienda.

Entre esas gentes de tez clara, el negro era el bicho raro. Le pregunté cómo se había sumado al grupo.

—Estaba solo —respondió Mahfould—. Así que se unió a nosotros.

Entonces me enteré, gracias al policía, de que un hombre podía unirse a los nemadi. Una mujer, jamás. Sin embargo, como eran muy pocos, y como ningún forastero que se respetara a sí mismo incurriría en la deshonra de casarse con alguien de categoría inferior, esas mujeres siempre tenían los ojos muy abiertos para no dejar escapar la «sangre blanca recién llegada».

Una de las madres jóvenes, una muchacha circunspecta y bella, con una capucha de algodón azul sobre la cabeza, amamantaba a su crío. Estaba casada con el cazador. Cualquiera habría calculado que tenía alrededor de veinticinco años, pero cuando mencioné el nombre del etnólogo suizo, el marido sonrió y, señalando a su esposa, anunció:

—Tenemos uno de los suyos.

Dejó a un lado la madera que estaba tallando y silbó en dirección al segundo campamento. Uno o dos minutos después, un joven de tez bronceada y ojos verdes centelleantes se acercó dando grandes zancadas entre los arbustos, con dos perros y una lanza de caza. Usaba un breve taparrabo de cuero. Su cabello era entre rubio y rojizo y estaba recortado como una suerte de cresta. Apenas vio a un europeo, bajó los ojos.

Se sentó en silencio entre su madre y su padrastro. Cualquiera podría haberlos confundido con la Sagrada Familia.

Cuando llegué al final del relato, Arkadi no hizo ningún comentario, pero se puso en pie y dijo:

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Enterramos los desperdicios y fuimos en dirección al coche.

—Tal vez te parezca una tontería —dije, esforzándome por sonsacarle una reacción—. Pero llevo grabada la sonrisa de aquella anciana.

La sonrisa, añadí, era como un mensaje de la Edad de Oro. Me había enseñado a rechazar drásticamente todos los argumentos en favor de la perversidad intrínseca de la naturaleza humana. La idea de retornar a la «simplicidad original» no me parecía ingenua ni anticientífica ni desconectada de la realidad.

—El renunciamento puede dar resultados, incluso a esta altura de la historia —afirmé.

—Estoy de acuerdo —asintió Arkadi—. Si el mundo tiene futuro, éste ha de ser ascético.

## Veintiséis

En el destacamento de policía de Popanji, dos muchachas aborígenes con sucios vestidos floreados prestaban juramento ante el agente de turno, frente al mostrador. Necesitaban el sello oficial antes de poder solicitar ayuda de la asistencia social. El agente se había estado entrenando con las pesas, y ellas habían interrumpido sus ejercicios.

Cogió la mano de la más alta y la apoyó sobre la Biblia.

—Correcto —dictaminó—. Ahora, después de mí, repite lo que yo diga. Yo, Rosie...

—Yo, Rosie...

—Juro por Dios Todopoderoso...

—Juro por Dios Todopoderoso...

—Suficiente —la interrumpió—. Ahora te toca a ti, Myrtle.

El policía tendió la mano hacia la de otra joven, pero ésta se encogió y se apartó rápidamente de su alcance.

—Vamos, encanto —dijo el policía con voz almibarada—. No te pongas arisca.

—Oh, por favor, Myrtle —intervino su hermana.

Pero Myrtle meneó la cabeza vigorosamente y entrelazó las manos tras la espalda. Entonces Rosie destrabó delicadamente el dedo índice de su hermana y lo tironeó hacia el libro encuadernado.

—Yo, Myrtle... —recitó el policía.

—Yo, Myrtle... —repitió ella, como si las palabras estuvieran a punto de sofocarla.

—Está bien —asintió el agente—. Esto basta para ti.

Selló sus solicitudes y garrapateó su firma al pie de cada una. En la pared de atrás colgaban retratos de la reina y del duque de Edimburgo. Myrtle se chupó el pulgar y miró, con los ojos desorbitados, los diamantes de la Reina.

—¿Ahora qué quieres? —preguntó el policía.

—Nada —respondió Rosie en nombre de su hermana.

Las jóvenes salieron deprisa, y pasaron frente al mástil de la bandera y atravesaron el campo de césped saturado de agua. Había llovido durante toda la noche. Chapotearon en los charcos al correr hacia un grupo de chicos que pateaban un balón de fútbol.

El policía era bajo, de facciones escarlatas, con piernas cortas y músculos casi increíbles. Le chorreaba la transpiración y tenía los rizos de color zanahoria pegoteados contra la frente. Usaba unos leotardos cortos, de color azul gélido, con brillo satinado. Sus pectorales estaban tan desarrollados que los tirantes de la camiseta habían confluído hacia la depresión central, dejando las tetillas desnudas.

—Hola, Ark —saludó.

—Hola, Red —contestó Arkadi—. Quiero presentarte a mi amigo Bruce.

—Mucho gusto, Bruce.

Estábamos detrás de la luna de cristal a través de la cual se veía el horizonte desnudo. El agua se había estancado en el suelo y había cubierto varias chozas aborígenes hasta una altura de treinta o más centímetros. Los propietarios habían apilado sus pertenencias sobre el techo. El agua estaba jalonada de desperdicios flotantes.

Un poco más hacia el oeste se levantaba la vieja casa del administrador, de dos pisos, que en el ínterin había sido transferida a la comunidad. El techo seguía en su lugar y se conservaban los suelos y las chimeneas. Pero las paredes, los marcos de las ventanas y la escalera habían sido utilizados para hacer leña.

Miramos el crepúsculo amarillo a través de esta casa que parecía una placa de rayos X. En el primer piso y la planta baja estaban sentados sendos corrillos de figuras oscuras, que se calentaban en torno al fuego humeante.

—Las paredes les importan un carajo —comentó Red—, pero les gusta tener un techo para protegerse de la lluvia.

Arkadi le informó de que viajábamos rumbo a Cullen.

—Hay un pequeño altercado entre Titus y la Banda de Amadeus.

—Sí —asintió Red—. He oído hablar de eso.

—¿Quién es Titus? —pregunté.

—Va lo verás —respondió Arkadi—. Ya lo verás.

—Yo también iré allá la semana próxima —manifestó Red—. A buscar la niveladora.

Clarence Japaljarayí, el presidente de la comunidad de Cullen, había pedido prestada la niveladora para construir un camino desde el asentamiento hasta un manantial.

—Eso fue hace nueve meses —añadió Red—. Ahora el hijoputa dice que la ha perdido.

—¿Una niveladora? —Arkadi se rió—. Jesús, es imposible perder una niveladora.

—Bueno, si alguien ha de perder una niveladora —comentó Red—, ese alguien será Clarence.

Arkadi preguntó en qué condiciones se encontraba la carretera a partir de allí. Red jugueteó con la hebilla de su cinturón.

—No tendréis problemas —dijo—. Stumpy Jones casi se atascó durante la gran tormenta del jueves. Pero Rolf y Wendy pasaron ayer, y esta mañana comunicaron por radio que habían llegado.

Se apoyaba alternadamente en uno y otro pie, con movimientos nerviosos. Era evidente que estaba ansioso por retomar sus ejercicios con las pesas.

—Sólo quiero hacerte una pregunta más —insistió Arkadi—. ¿Has visto al viejo Stan Tjakamarra? Había pensado llevarlo con nosotros. Está en muy buenas

relaciones con Titus.

—Creo que Stan ha asumido su papel de andariego —contestó Red—. Ésta ha sido una semana de ceremonias de iniciación. Un verdadero caos, te lo aseguro. Pregúntaselo a Lydia.

Lydia era una de las dos maestras de escuela que trabajaban allí. Le habíamos enviado un mensaje por radio para pedirle que nos esperara.

—Os veré dentro de un rato —anunció Red—. Esta noche Lydia cocina.

El puesto policial de Popanji ocupaba un edificio bajo de hormigón dividido en tres partes iguales: una oficina pública, los aposentos privados del agente y la habitación que Red utilizaba para ejercitarse con las pesas. En el patio del fondo había una cárcel.

La sala de entrenamiento tenía una ventana que ocupaba toda la pared, y las pesas tenían el mismo color azul eléctrico que los leotardos de Red. Vimos cómo entraba en el recinto. Se tumbó sobre el banco de pruebas y cogió la barra. Un chiquillo silbó a sus camaradas, que dejaron el balón y corrieron, desnudos, hasta la ventana, chillando y haciendo muecas y apretando la nariz contra el vidrio.

—Uno de los espectáculos del territorio —comentó Arkadi.

—Y que lo digas —exclamé.

—No es un mal tipo, este Red —prosiguió—. Es partidario de la disciplina. Habla las lenguas aranda y pintupi como un nativo. Un poco chalado, en realidad. Adivina cuál es su libro favorito.

—No quiero ni imaginarlo.

—¡Adivina!

—*Manual de pesas* —dije.

—Ni pensarlo.

—Dímelo.

—La *Ética* de Spinoza.



## *Veintisiete*

Encontramos a Lydia en el aula, donde intentaba devolver una apariencia de orden a los papeles, botes de pintura, alfabetos de plástico y libros ilustrados que estaban diseminados sobre las mesas o pisoteados en el suelo por pies enlodados. Vino a la puerta.

—Dios mío —exclamó—. ¿Qué haré ahora?

Era una mujer capaz e inteligente que rozaba la cuarentena: divorciada y con dos hijos. Sus cabellos estaban canosos y recortados con un flequillo sobre unos ojos castaños de mirada impasible. Era tan competente y estaba tan obviamente acostumbrada a superar todas las crisis, que se negaba a confesarse a sí misma, o a admitir a los demás, que tenía los nervios desquiciados.

Al promediar la mañana había ido a atender una llamada por radio de su madre, que estaba enferma en Melbourne. Cuando había vuelto, los chicos habían metido las manos en un bote de pintura verde y estampado las marcas en las paredes.

—Bueno, por lo menos no cagaron sobre los pupitres —manifestó—. ¡Esta vez, no!

Sus hijos, Nicky y David, jugaban con sus amigos negros en el patio de la escuela, en calzoncillos, embarrados de pies a cabeza, y se columpiaban como monos, encaramados en las raíces colgantes de una higuera. Nicky, frenético de excitación, le gritaba obscenidades a su madre y le sacaba la lengua.

—Te voy a ahogar —le gritó ella a su vez.

Lydia abrió los brazos en el hueco de la puerta, como si quisiera vedarnos la entrada, pero luego dijo:

—Adelante. Adelante. Estoy hecha una tonta, eso es todo.

Se detuvo en el centro del aula, paralizada por el caos.

—Hagamos una fogata —dijo—. La única solución consiste en hacer una fogata y quemarlo todo. Quemarlo y empezar de nuevo.

Arkadi la reconfortó con la voz rusa reverberante que casi siempre reservaba para las mujeres, para apaciguarlas. Entonces Lydia nos condujo hacia una lámina de fibra prensada, sobre la cual estaban clavados con chinchetas los trabajos del curso de arte.

—Los varones pintan caballos y helicópteros —manifestó—. Pero ¿acaso puedo conseguir que pinten una casa? ¡Jamás! Sólo las niñas pintan casas... y flores.

—Qué interesante —comentó Arkadi.

—Mirad éstos —Lydia sonrió—. Son graciosos.

Eran dos dibujos hechos con lápices de colores. Uno representaba un monstruo Emú con garras y pico atroces. El otro mostraba un hombre-mono peludo, con las mandíbulas erizadas de colmillos y unos ojos amarillos refulgentes como faros de automóvil.

—¿Dónde está Graham? —preguntó Arkadi repentinamente.

Graham era el asistente de Lydia, el joven que había visto en Alice al salir del motel.

—Te ruego que no me *hables* de Graham —Lydia se estremeció—. No quiero saber nada de él. Si alguien vuelve a pronunciar la palabra *Graham*, es posible que reaccione violentamente.

Hizo otra tentativa desgana de despejar uno de los pupitres, pero interrumpió el movimiento e inhaló profundamente.

—No —murmuró—. Es inútil. Prefiero dejarlo para mañana por la mañana.

Echó la llave al aula, llamó a los niños, y les hizo poner sus camisetas de invasores espaciales. Estaban descalzos. Nos siguieron renuientemente por el caserío, pero como había muchas espinas y fragmentos de vidrio, optamos por llevarlos a cuestas.

Pasamos frente a la capilla luterana, tapiada desde hacía tres años. Luego pasamos frente al Centro Comunitario: un hangar de metal azul sobre el cual estaba pintada una procesión de hormigas meleras, como en una tira cómica. Desde el interior brotaban acordes de música *country* y *western*. Se estaba desarrollando una asamblea evangélica. Deposité a David en el suelo y asomé la cabeza por la puerta.

Un pálido mestizo aborígen, que vestía unos ceñidos pantalones blancos de bajos acampanados y una camisa escarlata brillante, ocupaba el estrado. Su pecho hirsuto estaba cruzado por cadenas doradas. Su barriga parecía haber sido tardíamente acoplada al cuerpo, y se mecía sobre sus altos tacones esforzándose por entusiasmar a una feligresía bastante adusta.

—Okey —graznó—. ¡Vamos, vamos! ¡Alzad la voz! ¡Cantad a Jeeesús!

Los versos aparecieron uno a uno sobre una pantalla, proyectados por diapositivas:

Jesús es el nombre más dulce que conozco  
y Él es como su nombre  
y por eso lo amo tanto...

—Ahora ves con qué tenemos que lidiar algunos de nosotros —dijo Arkadi.

—Sensiblería —sentencié.

Lydia y sus hijos vivían en una humilde casa prefabricada, de tres habitaciones, que había sido levantada a la sombra de un jabí. En la cocina se habían acumulado los platos sucios de tres días y había hormigas por todas partes. Fregamos la grasa de las sartenes de aluminio e hicimos hervir agua. Yo corté unos trozos de carne y cebollas para un guiso. Después de beber el contenido de la segunda tetera, Lydia empezó a distenderse y a hablar, muy racionalmente, acerca de Graham. Graham había llegado directamente a Popanji desde una escuela de magisterio de Canberra. Tenía veintidós

años. Era inocente, intolerante, y tenía una sonrisa irresistiblemente encantadora. Podía montar en cólera cuando alguien lo llamaba «angelical».

Vivía para la música, y los jóvenes pintupi eran músicos natos. Una de las primeras cosas que hizo, apenas llegó, fue fundar la Popanji Band. El equipo de sonido lo sableó a una moribunda estación de radio de Alice. Ensayaban en el consultorio desocupado de un médico, que aún conservaba intacta la instalación eléctrica.

Graham se reservó las baterías. Había dos guitarristas, hijos de Albert Tjakamarra. El virtuoso del teclado era un gordo que se hacía llamar Danny Roo. El cantante, y estrella, era un chico cimbreado de dieciséis años, Mick Dedos Largos.

Mick usaba trenzas de estilo Bob Marley y tenía una mímica hipnótica. Después de contemplar un vídeo durante cinco minutos, podía imitar a Marley, a Hendrix o a Zappa. Pero su mejor número consistía en revolver sus ojos empalagosos, desplegar en una sonrisa su boca enorme de labios carnosos... y convertirse en su tocayo Jagger.

La banda hacía giras por los asentamientos, desde Yuendumu hasta Ernabella, y llegaba incluso a Balgo, viajando y durmiendo en la vieja furgoneta Volkswagen de Graham.

Cantaban una endecha sobre las matanzas de la policía, titulada *The Ballad of Barrow Creek*. Tenían una pieza átona llamada *Abo Rasta*, y otra, más aleccionadora desde el punto de vista moral, contra la adicción a inhalar gasolina. Grabaron una cinta, y después un disco de siete pulgadas, y tuvieron un éxito entre manos.

*Grandfather's Country* se convirtió en la canción del Movimiento de Vuelta al Campo. Su tema era eterno. «¡Rumbo al oeste, muchacho! ¡Rumbo al oeste!». Lejos de las ciudades y de los campamentos del gobierno. Lejos del alcohol, el pegamento, la grifa, la pasta, la chirona. ¡Afuera! De vuelta al desierto de donde expulsaron al abuelo. El estribillo «Multitudes de gente... multitudes de gente...» tenía un ligero tono litúrgico, como «Pan del cielo... Pan del cielo...», y enloquecía al público. En el festival de *rock* de Alice, donde lo interpretaron, se vio cómo los ancianos aborígenes de barba gris brincaban y se meneaban junto con los chicos.

Un promotor de Sidney habló en privado con Graham, y lo sedujo con una cháchara del negocio del espectáculo.

Graham volvió a su empleo de Popanji, pero tenía la cabeza en otra parte. Imaginaba que su música barría Australia y el resto del mundo. Se veía a sí mismo actuando en una película. No tardó en divagar delante de Lydia sobre agentes artísticos, honorarios de agencia, regalías de discos y derechos de filmación. Ella lo escuchaba en silencio, llena de dudas.

Estaba celosa, y era demasiado honesta para no admitirlo. Había cuidado a Graham como una madre, lo había alimentado, le había cosido los parches de los vaqueros, había puesto su casa en orden y había escuchado sus vehementes discursos idealistas.

Lo que más amaba de él era su seriedad. Era un hombre de acción, la antítesis de su marido, cuyo proyecto había consistido en «trabajar en favor de los aborígenes», y que después había huido a Bondai. Lo que más la asustaba era la idea de que Graham podía irse.

El estar sola, sin hogar ni dinero, con dos niños a los cuales debía criar, devorada por el temor de que el gobierno redujera el presupuesto y la dejara cesante: nada de esto importaba mientras Graham estuviera cerca.

También temía por el mismo Graham. Él y sus amigos negros desaparecían durante días y días en la sabana. Nunca le pedía detalles, pero sospechaba que Graham estaba mezclado en «asuntos» aborígenes, así como había sospechado que su exmarido consumía heroína.

Finalmente, él no pudo resistir la tentación de contárselo. Describió las danzas y las canciones, el vertido de sangre y los diagramas sagrados; y le confesó que lo habían pintado íntegramente con franjas blancas y de color ocre.

Ella le advirtió que la amistad de los aborígenes nunca era «pura». Siempre verían a los blancos como un «recurso». Cuando fuera «uno de ellos», debería compartirlo todo.

—Te quitarán el Volkswagen —dijo.

Él la miró con una sonrisa de divertido desdén y preguntó:

—¿Acaso crees que me importa?

Lydia ocultó su segunda tanda de temores. Le asustaba pensar que una vez que te enrolas, estás enrolado: sea una sociedad secreta o una banda de espías, a partir de ese momento tu vida está marcada. En el lugar donde había estado destinada anteriormente, Groote Eylandt, un joven antropólogo había sonsacado secretos rituales, pero cuando los publicó en su tesis, empezó a sufrir de jaquecas y depresiones, y ahora sólo podía vivir fuera de Australia.

Lydia se esforzó por no creer las historias de embrujamientos mediante el uso de huesos aguzados, y de hechiceros que podían causar la perdición de un hombre mediante sus cánticos. Igualmente, sospechaba que los aborígenes, con su inmovilidad terrorífica, se las habían ingeniado para coger a Australia por el cuello. Ese pueblo aparentemente pasivo, que se quedaba sentado, observaba, esperaba y manipulaba el sentimiento de culpa del hombre blanco, disfrutaba de un poder espantoso.

Un día, después de que Graham hubo desaparecido durante una semana, ella le preguntó, sin eufemismos:

—¿Quieres enseñar o no?

Él se cruzó de brazos.

—Sí, quiero —replicó con inconcebible insolencia—. Pero no en una escuela dirigida por racistas.

Ella boqueó y quiso taparse los oídos, pero Graham siguió hablando despiadadamente. El programa de educación, afirmó, estaba sistemáticamente

encaminado a destruir la cultura de los aborígenes y a sujetarlos a la economía de mercado. Lo que los aborígenes necesitaban era tierra, tierra y más tierra... donde ningún europeo pudiera posar jamás sus plantas sin autorización previa.

Continuó desvariando. Ella sintió que la respuesta le subía a la garganta. Sabía que no debía pronunciar las palabras, pero éstas brotaron tumultuosamente de sus labios:

—¡En Sudáfrica tienen un nombre para eso! ¡*Apartheid*!

Graham echó a andar, alejándose de la casa. A partir de entonces, la ruptura fue total. Por las noches, el bam-bam-bam de la banda le sonaba como algo perverso y amenazante.

Podría haberlo denunciado a las autoridades del sistema de educación. Podría haberlo hecho destituir. En cambio, cargó sobre sus hombros el peso de todo el trabajo de Graham, y dictó ambos cursos sola. A veces, cuando entraba en el aula, encontraba garrapeado sobre la pizarra: «Lydia ama a Graham».

Una mañana, mientras contemplaba cómo la luz del sol se expandía sobre las sabanas, oyó la voz de Graham en la sala. Reía con Nicky y David. Cerró los ojos, sonrió y volvió a adormecerse.

Más tarde, lo oyó manipular los cacharros en la cocina. Entró con una taza de té, se sentó a los pies de la cama y le dio la noticia.

—Lo hemos logrado —anunció.

*Grandfather's Country* ocupaba el tercer lugar en la lista de éxitos del país. La banda sería la atracción estelar de The Place, en Sidney, con billetes de avión y hoteles pagados.

—¡Oh! —exclamó ella, y dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada—. Me alegro. Te lo mereces. Claro que te lo mereces, ¿sabes? Te lo has ganado.

Graham había aceptado dar el primer concierto en Sidney el 15 de febrero, y había tenido tanta prisa en firmar el contrato que descuidó cualesquiera otras consideraciones.

Había olvidado —o simulado olvidar— que las lluvias empezaban en febrero, y que febrero era el mes de las iniciaciones. Había olvidado que su amigo Mick debía iniciarse en el Clan de la Rata Marsupial. Y había borrado de su mente el hecho de que él, Graham, en un arranque de valentía, había aceptado iniciarse junto con Mick.

Las ceremonias de iniciación se organizan en todo el mundo como una batalla simbólica en que el joven debe desnudar sus órganos sexuales ante las fauces de un ogro sediento de sangre, con el fin de demostrar su virilidad y su «adecuación» para el matrimonio. Los colmillos del carnívoro son sustituidos por el cuchillo, que blande el responsable de la circuncisión. En la Australia de los aborígenes, los ritos de pubertad también incluirán la «mordedura» de cabeza, en que los Patriarcas roen el cráneo de los adolescentes o los pinchan con puntas aguzadas. A veces, los jóvenes se arrancan sus propias uñas y vuelven a pegarlas con su sangre.

La ceremonia se celebra en secreto, en un Lugar de Ensueño alejado de la vista de

los extraños. Después, en un seminario que el dolor hace inolvidable, los dísticos sagrados son grabados, mediante un estrépito ensordecedor, en la memoria de los iniciados, quienes, entretanto, deben acucillarse sobre brasas de madera de sándalo. Se dice que el humo tiene propiedades anestésicas que contribuyen a la cicatrización de las heridas.

El adolescente que aplaza su iniciación corre el riesgo de extraviarse en un limbo desprovisto de vida, asexual. Eludirla por completo era, hasta hace poco, un hecho desconocido. La iniciación puede prolongarse durante semanas, si no meses.

Lydia fue un poco ambigua al describir lo que sucedió. Aparentemente, a Graham lo exasperaba pensar en lo que ocurriría si faltaban al primer concierto: Mick montó una escena tremenda y acusó a Graham de haberlo abandonado.

Finalmente, todos llegaron a una transacción: en virtud de ella, a Graham sólo le practicarían «cortes» simbólicos, y a Mick le permitirían abreviar su período de aislamiento. Volvería a Popanji para ensayar con la banda, pero también debería pasar varias horas, cada día, reunido con los Patriarcas. También prometió no partir hasta dos días antes del concierto.

Al principio todo marchó sobre ruedas y, el 7 de febrero, apenas Mick estuvo en condiciones de caminar, él y Graham volvieron al caserío. El tiempo era húmedo y bochornoso, y Mick insistió en ensayar con un par de vaqueros azules ceñidos a la piel. En la noche del 9 de febrero, despertó de una pesadilla para descubrir que la herida estaba horriblemente infectada.

Entonces el pánico se apoderó de Graham. Cargó todo el equipo de sonido y a los músicos en el Volkswagen y, antes de que amaneciera, partió rumbo a Alice.

Cuando Lydia se levantó aquella mañana, descubrió que la casa estaba rodeada por una muchedumbre furiosa, algunos de cuyos integrantes blandían lanzas. La acusaban de esconder a los fugitivos o de haberlos ayudado a huir. Dos camiones cargados de hombres iniciaron la persecución... para traer de vuelta a Mick.

Le dije a Lydia que había visto a Graham, con aire más o menos enloquecido, frente al motel.

—¿Qué se puede hacer, como no sea ver el lado cómico de las cosas? —preguntó ella.

## Veintiocho

A las ocho estábamos en marcha, bajo un manto de nubes bajas. El camino se prolongaba en forma de dos rodadas paralelas de agua rojiza. En algunos tramos debimos cruzar un terreno inundado donde afloraban arbustos achaparrados. Un cormorán levantó el vuelo delante de nosotros, azotando el agua con sus alas. Atravesamos un monte de robles del desierto, que son una especie de casuarinas y se parecen más al cacto que al roble. Ellos también se empinaban en el agua. Arkadi dijo que era una locura seguir viaje, pero lo seguimos. El agua lodosa chapoteaba dentro de la cabina. Yo rechinaba los dientes cada vez que las ruedas empezaban a girar en falso, pero luego arrancábamos nuevamente.

—Nunca estuve tan cerca de morir ahogado como cuando se produjo una inundación súbita en el Sahara —comenté.

Alrededor del mediodía divisamos el camión de Stumpy Jones. Volvía de Cullen, donde había transportado las provisiones semanales.

Frenó y se asomó por la ventanilla.

—Hola, Ark —saludó—. ¿Quieres un trago de *scotch*?

—No diría que no.

Pasó la botella. Cada uno de nosotros se echó un par de tragos al coleteo y se la devolvimos.

—Me han contado que tienes una cita con Titus —dijo Stumpy.

—Sí.

—Te deseo mucha suerte.

—Espero que esté allí.

—Oh, sí, estará, no lo dudes.

Stumpy Jones era un hombre de pelo gris y ojos verdes, con bíceps enormes y «una pizca de sangre negra». Usaba una camisa de cuadros rojos. La mitad izquierda de su cara estaba reducida a un tejido amarillo de cicatrización. En el remolque cargaba una caravana que enviaban a Alice, para que la sometieran a un trabajo de modernización. Se apeó para inspeccionar los cables de sujeción. Sus piernas eran tan extraordinariamente cortas que se asió con una mano del marco de la puerta y se descolgó cuidadosamente al suelo.

—Feliz aterrizaje —exclamó, despidiéndose con un ademán—. Habéis pasado lo peor.

Seguimos avanzando por lo que parecía ser un lago interminable.

—¿Qué le sucedió a su cara? —pregunté.

—Lo mordió una serpiente venenosa —respondió Arkadi—. Hace aproximadamente cuatro años. Bajó para cambiar un rueda y la hija de puta estaba enroscada en el eje. Él se curó y la herida se volvió cancerosa.

—¡Jesús!

—Stumpy es indestructible.

Un par de horas más tarde vimos un rebaño de camellos, empapados por el diluvio, y luego empezamos a divisar, a través de la niebla, la giba redondeada de Mount Cullen, que se alzaba por encima del nivel de la planicie. Cuando nos acercamos, el color de la montaña viró del gris al púrpura: el color de la piedra arenisca roja impregnada de agua. Dos o tres kilómetros más adelante apareció un farallón de paredes desnudas, multifacéticas, que culminaba en un pico y luego descendía gradualmente hacia el norte.

Ése, dijo Arkadi, era Mount Liebler.

El asentamiento de Cullen descansaba en una garganta, entre las dos montañas.

Rodamos junto a la pista de aterrizaje, dejando atrás las caravanas de los asesores blancos, en dirección a un edificio de chapa galvanizada. Frente a él se levantaba un surtidor de gasolina. Había asomado el sol y hacía un calor pegajoso. Una jauría de perros se disputaba unas vísceras de animales. No había nadie a la vista.

Entre los matorrales estaban dispersas varias construcciones semicilíndricas, pero la mayoría de los pintupi preferían vivir protegidos por setos de espinas. Algunas prendas estaban colgadas al sol, secándose.

—¿Quién pensaría que ésta es una comunidad floreciente de cuatrocientas almas?  
—comentó Arkadi.

—Yo no —respondí.

El edificio estaba cerrado.

—Será mejor que vayamos en busca de Rolf.

—¿Quién es Rolf?

—Rolf Niehart —contestó—. Ya verás.

Enfiló el todoterreno hacia un remolque aparcado en medio de los árboles. En un cobertizo contiguo ronroneaba un generador. Arkadi eludió los charcos y golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Rolf? —llamó.

—¿Quién es? —preguntó una voz somnolienta.

—¡Ark!

—¡Ah! ¡El Gran Benefactor en persona!

—Ya está bien.

—Tu humilde servidor.

—Abre.

—¿Vestido o desvestido?

—¡Vestido, pequeño monstruo!

Después de escarbar sus pertenencias durante un momento, Rolf apareció en la puerta del remolque, friccionado e inmaculado, como si acabara de salir de la playa de St. Tropez, con unos vaqueros recortados y una camisa marinera a rayas. Se había desarrollado en escala minúscula, y no podía medir más de un metro cuarenta y



cinco. Su nariz tenía un caballete prominente, pero lo más cautivante era la configuración cromática: un dorado ambarino uniforme, ámbar color arena; ojos de mirada imperturbable y burlona; pelo cortado en cepillo, muy al estilo francés; tez bronceada, aceitosa, lisa, sin un grano ni mínima imperfección. Y cuando abrió la boca exhibió una dentadura compuesta por piezas resplandecientes y triangulares, como las de una cría de tiburón.

Era el encargado de la tienda.

Dentro de la caravana había tantos libros que era casi imposible moverse: en su mayoría novelas en anaqueles y apiladas; de tapas duras y de tapas blandas; novelas inglesas y norteamericanas; novelas en francés y alemán; de autores checos, españoles y rusos; paquetes sin abrir del Gotham Book Mart; pilas de la *Nouvelle Revue Française* y la *New York Review*, revistas literarias; revistas de literatura traducida; legajos; ficheros...

—¡Sentaos! —dijo, como si hubiera habido dónde hacerlo antes de despejar un espacio.

Cuando al fin terminamos de hacer lugar, Rolf ya había llenado tres tazas con el café de la máquina *espresso*, había encendido un Gauloise, y disparaba, con un intermitente rat-tat-tat, contra toda la ficción contemporánea. Los grandes nombres fueron colocados, uno tras otro, sobre el tajo de aquel verdugo literario, manoseados y despachados con una sola palabra: «¡Mierda!».

Los norteamericanos eran «latosos». Los australianos eran «infantiles». Los suramericanos estaban «caducos». Londres era una «letrina». París no era mucho mejor. Las únicas obras más o menos decorosas las escribían en Europa Oriental.

—¡Con la condición de que se queden allí! —espetó.

A continuación encauzó sus diatribas contra los editores y agentes literarios, hasta que Arkadi no aguantó más.

—Escucha, pequeño monstruo. Estamos cansados.

—Eso parecéis —asintió—. También parecéis mugrientos.

—¿Dónde dormiremos?

—En una hermosa caravana con aire acondicionado.

—¿De quién es esa caravana?

—La comunidad de Cullen la pone especialmente a vuestra disposición. Con sábanas limpias en las camas, bebidas frescas en la nevera...

—He preguntado a quién pertenece esa caravana.

—A Glen —respondió—. Aún no se ha instalado en ella.

Glen era un asesor de la comunidad.

—¿Y dónde está Glen?

—En Canberra —contestó Rolf—. Fue a un congreso. ¡Qué rufián más estúpido!

Saltó fuera, montó en el todoterreno y nos guió hacia una caravana flamante, bien pintada, que estaba a unos pocos cientos de metros de la suya. De la rama de un eucalipto colgaba un saco de lona que hacía las veces de ducha, con dos recipientes

de agua en el suelo.

Rolf levantó la tapa de uno de ellos y metió el dedo.

—Todavía está tibia —comentó—. Os esperábamos más temprano.

Le entregó la llave a Arkadi. Dentro de la caravana había jabón, toallas y sábanas.

—Os dejo —manifestó—. Venid luego a la tienda. Cerramos a las cinco.

—¿Cómo está Wendy? —preguntó Arkadi.

—Enamorada de mí —respondió Rolf, sonriendo.

—¡Gilipollas!

Arkadi levantó el puño como si se propusiera pegarle, pero Rolf bajó brincando por la escalerilla y se alejó, despreocupadamente, a través de los matorrales.

—Esto necesita una explicación —comenté.

—Es lo que siempre digo —manifestó Arkadi—. Australia es una tierra de prodigios.

—Para empezar, ¿cuántos años tiene?

—Puede tener cualquier edad, entre los nueve y los noventa.

Nos duchamos, nos cambiamos, nos repantigamos, y entonces Arkadi bosquejó lo que sabía acerca del pasado de Rolf.

Por la rama paterna, procedía de un linaje de alemanes de Barossa Valley: ocho generaciones de prusianos, luteranos empedernidos con fortunas sólidas, la comunidad más arraigada de Australia. La madre era una francesa que había aterrizado en Adelaida durante la guerra. Rolf hablaba tres idiomas: inglés, alemán y francés. Ganó una beca para la Sorbona. Escribió una tesis sobre «lingüística estructural» y después consiguió trabajo como «corresponsal cultural» de un periódico de Sidney.

Esta experiencia le inspiró un odio tan feroz contra la prensa, sus magnates y los medios de comunicación en general que, cuando su amiguita Wendy le sugirió que se aislaran en Cullen, él accedió con una sola condición: disponer de todo el tiempo del mundo para leer.

—¿Y Wendy? —pregunté.

—Oh, ella es una lingüista de primera. Está recopilando material para un diccionario pintupi.

Al terminar el primer año, prosiguió Arkadi, Rolf se había hartado de leer, y fue entonces cuando le ofrecieron el puesto de encargado de la tienda.

El anterior encargado, otro lunático llamado Bruce, que se creía más aborigen que los aborígenes, cometió el error de montar una trifulca con un anciano llamado Wally Tjangapati, y éste le partió el cráneo con su bumerán.

Desafortunadamente, el radiólogo de Alice Springs no vio una astilla de madera de acacia, delgada como una aguja, o más delgada aún, que siguió una trayectoria transversal por el cerebro de Bruce.

—Y le afectó no sólo el habla sino también sus funciones corporales inferiores —concluyó Arkadi.

—¿Por qué aceptó Rolf el empleo?

—Por perversidad.

—¿Qué otra cosa hace? —inquirí—. ¿Escribe?

Arkadi frunció el ceño.

—Yo no hablaría de eso —murmuró—. Creo que es un tema mortificante. Me parece que le rechazaron su novela.

Dormimos una hora de siesta y después nos encaminamos hacia el dispensario, donde estaba el radioteléfono. Estrella, la monja enfermera española, estaba vendando la pierna a una mujer que había sido mordida por un perro. Varias chapas galvanizadas del techo se habían aflojado y el viento las hacía saltar ruidosamente.

Arkadi le preguntó si había algún mensaje.

—No —gritó Estrella por encima del estrépito—. No oigo nada.

—¿Hay mensajes? —rugió Arkadi, señalando la radio.

—No. No. No hay mensajes.

—Lo primero que haré mañana —dije, mientras nos alejábamos—, será reparar el techo.

Nos encaminamos hacia la tienda.

Como Stumpy Jones había traído un cargamento de melones y sandías, unas cincuenta personas estaban acucilladas o sentadas alrededor del surtidor de gasolina, comiendo los unos y las otras.

Las cortezas de los melones no les gustaban a los perros.

Entramos.

Los plomos de la tienda se habían fundido y los clientes tanteaban en la semioscuridad. Algunos hurgaban en el congelador. Alguien había volcado una bolsa de harina. Un niño berreaba por un caramelo perdido, y una madre joven, con su crío sujeto dentro de la camisa escarlata, se echaba al garguero el contenido de una botella de salsa de tomate.

El Loco del Bumerán, un hombre demacrado y calvo, con rollos de grasa alrededor del cuello, se empinaba frente a la caja registradora y reclamaba coléricamente que le cambiaran su cheque de la asistencia social por dinero.

Había dos cajas registradoras. Una funcionaba manualmente y la otra era eléctrica y por lo tanto estaba bloqueada. Una joven aborigen estaba sentada detrás de la primera y contaba los billetes con dedos ágiles. Rolf se hallaba detrás de la segunda, cabizbajo y ajeno al ruido y el hedor.

Leía.

Levantó la vista y exclamó:

—¡Oh, ya estáis aquí! —Leía a Proust—. Estoy a punto de cerrar —agregó—. ¿Necesitáis algo? Tengo una línea excelente de champús de coco.

—No —respondí.

Para ser precisos, le faltaba poco para llegar al final del interminable banquete de la duquesa de Guermantes. Giraba la cabeza de un lado a otro y sus ojos corrían a lo

largo de la página. Entonces, con la satisfacción de haber terminado un párrafo proustiano, soltó un «¡Ah!» involuntario, insertó el marcador y cerró con un golpe seco la edición de la *Pléiade*.

Se levantó de un salto.

—¡Fuera! —les bufó a los clientes—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Largo de aquí!

Dejó que las mujeres que ya hacían cola completaran sus compras. A todos los otros clientes, incluido el Loco del Bumerán, los espantó en dirección a la puerta. La joven madre le ocultó su cesta, con un gemido de angustia. Rolf fue implacable.

—¡Fuera! —repitió—. Habéis tenido todo el día. Volved mañana a las nueve.

Cogió la cesta y volvió a colocar en los estantes las latas de jamón y piña que había rapiñado la mujer. Por fin, cuando hubo sacado a empujones al último cliente, señaló una «esqui» oculta detrás de su caja registradora.

—Raciones de crisis —manifestó—. Gentileza de Stumpy Jones. Venid aquí, grandísimos granujas. Echadme una mano.

Dejó que Arkadi y yo cargáramos el recipiente hasta su remolque. Wendy aún no había regresado.

—Os veré más tarde —se despidió con una inclinación de cabeza—. A las ocho en punto.

Leimos durante un par de horas, y a las ocho en punto recorrimos la distancia que nos separaba de la caravana y encontramos a Rolf y Wendy asando un pollo sobre las brasas de carbón. Había boniatos envueltos en papel de aluminio. Había legumbres y ensalada. Y, desafiando todas las normas, había cuatro botellas de *chablis* helado del Barossa Valley.

Apenas posé la vista sobre Wendy me oí decir: «¡Otra no!». ¡Otra de esas mujeres maravillosas, no! Era alta, serena, circunspecta pero divertida, con el cabello rubio trenzado. Parecía menos demostrativa que Marian, pero menos tensa, más dichosa con su trabajo, menos «perdida».

—Me alegro de que hayáis venido —dijo—. Rolf necesita urgentemente alguien con quien hablar.

## Veintinueve

Titus Tjilkamata, el hombre que Arkadi había ido a visitar, vivía más o menos cuarenta kilómetros al suroeste del caserío de Cullen, en una choza próxima a un afloramiento de agua.

Aparentemente estaba de tan mal humor que Arkadi, quien se había estado preparando para el suplicio, sugirió que me quedara atrás hasta que él hubiese «tanteado el ambiente». Se aseguró la ayuda del «supervisor» de Titus, un cojo de hablar parsimonioso al que apodaban Limpy. Los dos partieron en el todoterreno a las nueve.

Era un día tórrido y muy ventoso y unos borrones de cirrus discurrían por el cielo. Me encaminé hacia el dispensario. El estrépito de las chapas del techo era ensordecedor.

—Ya lo repararon una vez —gritó Estrella—. ¡Costó dos mil dólares! ¡Imagínese! —Era una mujer joven y menuda de facciones muy alegres.

Subí para inspeccionar los daños. El arreglo había sido irremediablemente desastroso. Todas las vigas del techo estaban torcidas: en un futuro nada imprevisible el edificio se derrumbaría.

Estrella me dijo que hablara con Don, el capataz de las obras, para pedirle un martillo y clavos adecuados.

—No es asunto suyo —respondió—. Ni mío.

El trabajo lo había hecho un «artista de mierda», de Alice.

—Eso no reduce el peligro que corre una monja española suicida —comenté sarcásticamente—. Ni el riesgo de que cuando se desprenda una chapa, corte en dos a un crío.

Don capituló de mala gana y me entregó todos los clavos que tenía. Pasé un par de horas martillando las chapas y, cuando terminé la faena, Estrella me recompensó con una sonrisa de aprobación.

—Por lo menos ahora oigo mis pensamientos —dijo.

Tras devolver el martillo, me asomé a la tienda buscando a Rolf.

Cerca de allí, resguardados del viento por un círculo de bidones vacíos, varios hombres y mujeres jugaban al póker apostando sumas muy elevadas. Un hombre había perdido mil cuatrocientos dólares y estaba dispuesto a perder más. La ganadora, una fémina de estatura gigantesca vestida con una bata amarilla, arrojaba las cartas sobre las mantas de *camping* con la expresión boquiabierta y ávida que adoptan las mujeres en los casinos.

Rolf seguía leyendo a Proust. Había dejado el banquete de la duquesa de Guermantes y seguía al barón de Charlus por las calles rumbo a su apartamento. Tenía un termo de café negro, que compartió conmigo.

—Hay alguien aquí que deberías conocer —me dijo.

Le entregó un caramelo blando a un chiquillo y le ordenó que corriera a buscar a Joshua. Unos diez minutos más tarde apareció en el hueco de la puerta un hombre de edad intermedia, con mucha pierna y poco cuerpo, de tez muy oscura y tocado con un sombrero vaquero.

—¡Ja! —exclamó Rolf—. ¡Mr. Wayne en persona!

—¡Patrón! —respondió el aborígen, con un ronco acento norteamericano.

—Escucha, viejo bribón. Éste es un amigo mío, venido de Inglaterra. Quiero que le hables de los Ensueños.

—¡Patrón! —repitió el aborígen.

Joshua era un famoso «actor» pintupi, con quien siempre se podía contar para un buen espectáculo. Había representado papeles en Europa y los Estados Unidos. Al volar por primera vez a Sidney había confundido las luces de tierra con estrellas... y había preguntado por qué el avión volaba en posición invertida.

Lo seguí hasta su casa por un sendero sinuoso que discurría entre las hierbas llamadas *spinifex*. No tenía caderas dignas de ese nombre, y los pantalones se le caían a cada rato y dejaban al descubierto unas nalgas pulcras y callosas.

Su «casa» se hallaba en el punto más alto de la hondonada que separaba el Mount Cullen del Mount Liebler. Consistía en una furgoneta desguazada que Joshua había volcado sobre el techo, para poder tumbarse bajo el capó, a la sombra. La cabina estaba envuelta en una tela negra de plástico. Por una ventanilla asomaba un manojito de lanzas de caza.

Nos sentamos en la arena, con las piernas cruzadas. Le pregunté si le molestaría describir algunos Ensueños locales.

—¡Jo, jo! —rompió a reír con voz crepitante—. ¡Muchos Ensueños! ¡Muchos!

—Bueno, ¿quién... quién es ése? —pregunté, señalando el Mount Liebler.

—¡Jo, jo! —contestó—. Ése es un Grande. Un Caminador. Un Perenty.

El perenty, o varano, es el lagarto más grande de Australia. Puede alcanzar una longitud de dos metros y medio, o más, y desarrolla una velocidad inicial capaz de dejar atrás a un caballo.

Joshua sacó la lengua como si fuera un lagarto y, crispando los dedos como garras, los clavó oblicuamente en la arena para imitar la marcha del perenty.

Volví a mirar el perfil de los farallones del Mount Liebler y descubrí que podía «leer» en la roca de la cabeza plana y triangular del lagarto, su lomo, su pata delantera y trasera, y la cola que se ahusaba gradualmente en dirección al norte.

—Sí —asentí—. Lo veo. ¿Y de dónde venía este Hombre Perenty?

—Desde muy lejos —respondió Joshua—. Desde muy muy lejos. Más o menos desde Kimberley.

—¿Y hacia dónde va?

Levantó la mano en dirección al sur.

—Se pierde entre la gente de esa comarca.

Después de haber comprobado que el Trazo de la Canción Perenty seguía un eje norte-sur, di media vuelta y señalé el Mount Cullen.

—De acuerdo —dije—. ¿Y quién es ése?

—Mujeres —susurró Joshua—. Dos mujeres.

Contó cómo las Dos Mujeres habían perseguido al Perenty de un lado a otro hasta que, por fin, lo habían acorralado allí y habían atacado su cabeza con estacas de las que se utilizan para excavar. Sin embargo, el Perenty se había metido bajo tierra y había huido. Lo único que quedaba de la herida en la cabeza era un hueco semejante al cráter de un meteorito, implantado en la cumbre del Mount Liebler.

Al sur de Cullen el paisaje había reverdecido después de las lluvias. En la llanura asomaban rocas aisladas que parecían islas.

—Dime, Joshua —insistí—, ¿a quiénes corresponden esas rocas?

Joshua enumeró el Fuego, la Araña, el Viento, la Hierba, el Oso Hormiguero, la Serpiente, el Viejo, los Dos Hombres y un animal inidentificable «semejante a un perro pero blanco». Su propio Ensueño, el Oso Hormiguero, venía de Arnhem Land, pasaba por el mismo Cullen y seguía rumbo a Kalgoorlie.

Volví a mirar en dirección al caserío, a los techos de metal y a las aspas giratorias del molino de viento.

—¿Así que el Oso Hormiguero pasa por aquí? —pregunté.

—Eso mismo, patrón —Joshua sonrió—. Usted lo ve perfectamente.

Trazó el itinerario de la huella del Oso Hormiguero a través de la pista de aterrizaje, delante de la escuela y el surtidor, para seguir luego a lo largo de la base del acantilado del Perenty antes de perderse en la llanura.

—¿Puedes cantármelo? —inquirí—. ¿Puedes cantarme su aproximación por ese camino?

Miró en torno para asegurarse de que nadie podía oírlo y entonces, con su voz de pecho, cantó varios dísticos del Oso Hormiguero, marcando el compás mediante papirotazos de su uña contra un trozo de cartón.

—Gracias —dije.

—Patrón.

—Cuéntame otra historia —pedí.

—¿Le gustan las historias?

—Me gustan.

—Está bien, patrón —inclinó la cabeza de un lado a otro—. La historia del Grande que Vuela.

—¿La libélula?

—Más grande.

—¿Un pájaro?

—Más grande.

Los aborígenes, cuando marcan un Trazo de Canción sobre la arena, dibujan una serie de líneas con círculos intercalados. La línea representa un tramo del viaje del

antepasado (generalmente una jornada de marcha). Cada círculo es una «parada», un «pozo de agua», o uno de los campamentos del antepasado. Pero la historia del Grande que Vuela me resultaba incomprensible.

Empezaba con unos pocos trazos rectos; después desembocaba en un laberinto rectangular; y al fin terminaba en una serie de garabatos. A medida que dibujaba cada tramo, Joshua repetía un estribillo, en inglés:

—¡Jo, jo! Ahí tienen el dinero.

Aquella mañana yo debía de estar muy atontado: tardé una eternidad en darme cuenta de que era un Ensueño Qantas. Joshua había volado una vez a Londres con la línea aérea australiana Qantas. El «laberinto» era el aeropuerto de Londres: la sala de llegada, sanidad, inmigración, aduana, y después el viaje a la ciudad en metro. Los «garabatos» eran las vueltas y revueltas del taxi, desde la estación del metro hasta el hotel.

En Londres, Joshua había visto lo que suelen ver los turistas —la Torre de Londres, el cambio de guardia, y así sucesivamente—, pero su verdadero punto de destino había sido Amsterdam.

El ideograma que representaba a Amsterdam era aún más desconcertante. Un círculo. Cuatro círculos más pequeños alrededor del primero. E hilos que partían de cada uno de estos círculos y los unían a una caja rectangular.

Al fin, comprendí que se trataba de algún tipo de mesa redonda en la que él, Joshua, había sido uno de los cuatro participantes. Los otros, en la dirección de las agujas del reloj, había sido «uno blanco, uno Padre», «uno flaco, uno rojo», «uno negro, uno gordo».

Pregunté si los «hilos» eran cables de micrófonos. Joshua meneó la cabeza vigorosamente. Él sabía todo lo relacionado con los micrófonos. Tenían micrófonos, sobre la mesa.

—¡No! ¡No! —exclamó, y se señaló las sienes.

—¿Eran electrodos o algo así?

—¡Je! —graznó—. Ha dado en el clavo.

La imagen que reconstruí —y que sigo sin saber si era correcta o no— fue la de un experimento «científico» en el cual un aborigen moduló su Ensueño, un monje católico entonó el canto gregoriano, un lama tibetano recitó sus mantras, y un africano cantó lo que fuera. Los cuatro se desgañitaron para probar el efecto de los distintos estilos de canción sobre la estructura rítmica del cerebro.

El episodio le pareció a Joshua, desde un enfoque retrospectivo, tan increíblemente cómico que tuvo que sujetarse el estómago para reír.

A mí me sucedió otro tanto.

Reímos hasta ponernos histéricos y nos quedamos jadeando sobre la arena.

Me puse en pie, debilitado por la risa. Le di las gracias y me despedí de él.

Joshua sonrió.

—¿No podría invitarme a un trago? —gruñó con su acento de John Wayne.



—No en Cullen —respondí.

## Treinta

Arkadi volvió a última hora de la tarde, exhausto y preocupado. Se duchó, escribió unas notas y se tumbó en su camastro. La visita a Titus no había terminado bien. No, esto no es cierto. Él y Titus se habían entendido a las mil maravillas, pero la historia que le había contado Titus había sido deprimente.

El padre de Titus era pintupi, su madre era loritja, y él tenía cuarenta y siete o cuarenta y ocho años. Había nacido no lejos de su choza, pero alrededor de 1942 sus padres habían emigrado del desierto —atraídos por la mermelada, el té y la harina del hombre blanco— y se habían refugiado en la misión luterana de Horn River. Los pastores se dieron cuenta de que Titus era un niño de inteligencia sobresaliente y se encargaron de su educación.

Incluso a fines de la década de 1950, los luteranos aplicaban en sus escuelas las normas de las academias prusianas, y Titus era un alumno modelo. Hay fotografías que lo muestran en su pupitre, con el pelo pulcramente peinado con raya, pantaloncitos de franela gris y zapatos muy bien lustrados. Aprendió a hablar fluidamente en inglés y alemán. Aprendió a calcular. Dominó todo tipo de aptitudes mecánicas. En una ocasión sorprendió a sus maestros cuando, en su condición de joven predicador laico, pronunció un sermón sobre las consecuencias teológicas del Edicto de Worms.

Dos veces por año, en junio y noviembre, se quitaba el traje cruzado, cogía el tren para Adelaida, y pasaba unas pocas semanas familiarizándose con la vida moderna. En la biblioteca pública leía ejemplares atrasados del *Scientific American*. Un año, siguió un curso de tecnología petroquímica.

El «otro» Titus era el especialista en canciones ultraconservador, que vivía, semidesnudo, con sus familiares y sus perros; que cazaba con lanza y nunca con rifle; que hablaba seis o siete lenguas aborígenes, y que era famoso, de uno a otro extremo del Desierto Occidental, por sus dictámenes sobre derecho tribal.

El hecho de que tuviese la energía necesaria para yuxtaponer ambos sistemas era una prueba —si dicha prueba hacía falta— de su increíble vitalidad.

Titus había recibido con beneplácito la Ley de Derechos Territoriales y la había interpretado como una oportunidad para que su pueblo volviera a la naturaleza... y como la única esperanza de que se librara del alcoholismo. Aborrecía las actividades de las compañías mineras.

Según la Ley, el gobierno se reservaba los derechos sobre todos los minerales subterráneos y era el único que podía conceder permisos de exploración. Sin embargo, si las compañías deseaban hacer sondeos en territorio aborígen, estaban obligadas, cuando menos, a consultar a los «propietarios tradicionales», y si iniciaban operaciones de extracción, a pagarles una regalía.

Después de sopesar los pros y los contras, Titus llegó a la conclusión de que el dinero que provenía de los minerales era dinero sucio: sucio para los blancos y sucio para los negros. Había corrompido a Australia y le había inculcado falsos valores y falsas pautas de vida. Cuando una compañía obtuvo autorización para reconocer el territorio de Titus mediante ondas sísmicas, él contraatacó con su falta pasiva de cooperación.

Esta actitud no fue la más apropiada para hacerle ganar amigos, ya fuera entre los hombres de negocios blancos o entre los negros ambiciosos de Alice. También fue la causa del conflicto que estaba en pleno proceso de desarrollo.

Alrededor del año 1910, el abuelo de Titus había canjeado dos series de *tjuringas* sin marcar en el curso de sus negociaciones con el clan loritja, que últimamente vivía en la misión Amadeus y por lo tanto se hacía llamar la Banda de Amadeus. El canje le había dado a cada clan acceso a los cotos de caza del otro. Como las *tjuringas* nunca habían sido devueltas, el acuerdo seguía vigente.

Un día, cuando la empresa minera desesperaba de poder entenderse con Titus, una delegación de los Amadeus se presentó en Alice para decir que ellos, y no él, eran los «propietarios» del territorio y sus canciones... y que por lo tanto tenían derecho a cobrar las regalías de explotación minera. Lo que habían hecho había sido alterar las *tjuringas*, grabando en ellas sus configuraciones totémicas. En otras palabras, habían falsificado los títulos de propiedad sobre la heredad de Titus.

Titus, que sólo conocía a Arkadi por su reputación, le había enviado un mensaje solicitando ayuda.

Cuando Arkadi había pedido información en Alice, le habían asegurado que aquélla era simplemente una disputa por dinero. Pero resultó que a Titus le importaba un bledo el dinero. La crisis era mucho más peligrosa porque, al alterar las *tjuringas*, la Banda de Amadeus había intentado reescribir la Creación.

Titus le explicó a Arkadi cómo, por las noches, oía que sus antepasados clamaban venganza, y cómo él se sentía obligado a obedecerles.

Arkadi, por su parte, comprendió que era urgente conseguir que los transgresores «cancelaran» su sacrilegio, pero lo único que se le ocurrió hacer fue ganar tiempo. Le sugirió a Titus que se tomara unas vacaciones en Alice.

—No —respondió Titus con aire taciturno—. Me quedaré.

—Entonces prométeme que no harás nada antes de que yo vuelva a hablar contigo —dijo Arkadi.

—Lo prometo.

Arkadi estaba seguro de que se proponía cumplir su promesa. Pero lo que le resultaba más chocante era la idea de que, a partir de ese momento, los mismos aborígenes iban a manipular su propia ley con el fin de llenarse los bolsillos.

—Y si éste es un presagio de lo que será el futuro —comentó—, ya podría darme por vencido.

Aquella noche Estrella insistió en guisar un estofado para el «techador», y mientras aguardábamos en su caravana oímos unos picoteos de lluvia sobre el techo. Me asomé y vi, sobre el Mount Liebler, una espesa barrera de nubes en cuyos bordes chisporroteaban los rayos.

Pocos minutos después, la tormenta se desencadenó con cortinas de agua.

—Jesús —exclamó Arkadi—, nos quedaremos atascados aquí durante semanas.

—Eso me gustaría —repliqué.

—¿De veras? —espetó—. Pues a mí no.

Primeramente, debía ocuparse del «caso Titus». Después, le tocaría el turno a Hanlon. Y en un plazo de cuatro días Arkadi debería estar en Darwin para entrevistarse con el ingeniero de ferrocarriles.

—No me lo advertiste —dije.

—Nunca me lo preguntaste.

Entonces falló el relé del generador y nos quedamos sumidos en la semioscuridad. La lluvia azotó el techo durante más o menos media hora, y se interrumpió tan bruscamente como había comenzado.

Salí de la caravana.

—Has de ver esto, Ark —exclamé.

Un par de arco iris flotaba sobre el valle entre las dos montañas. Los peñascos de la ladera, que habían tenido un color rojo seco, tenían ahora un color negro purpúreo y estaban surcados, como una cebrá, por caídas verticales de agua blanca. La nube parecía aún más densa que la tierra y los rayos postreros del sol asomaron por debajo de su borde inferior, inundando el *spinifex* con rayos de luz verdosa.

—Lo sé —asintió Arkadi—. No hay nada igual en el mundo.

Por la noche volvió a llover torrencialmente. A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, me sacudió para despertarme.

—Tenemos que partir —anunció—. Deprisa.

Había escuchado el pronóstico meteorológico. El tiempo iba a empeorar.

—¿Debemos hacerlo? —pregunté con voz somnolienta.

—Yo debo hacerlo —contestó—. Tú quédate, si quieres.

—No —dije—. Te acompañaré.

Bebimos té y pusimos la caravana en orden. Fregamos las manchas de lodo del suelo y garrapateamos una nota para Wendy y Rolf.

Rodamos a través de los charcos que bordeaban la pista de aterrizaje y giramos por la carretera que venía del lago Mackay. El amanecer era tenebroso y el sol no terminaba de asomar. Llegamos al final de un tramo de terreno alto... y vimos cómo la carretera desaparecía bajo un lago.

Cuando llegamos de vuelta a Cullen, diluviaba. Rolf estaba ante la puerta de su tienda, envuelto en un poncho impermeable.

—Ja —se burló, mirándome—. ¿Creíais que podríais escabulliros sin despediros? No he terminado con vosotros. Aún.

Arkadi pasó el resto de la mañana hablando por radio. La recepción era pésima. Todos los caminos que llevaban a Alice estaban clausurados y seguirían estándolo durante al menos diez días. Había dos plazas en el avión correo... pero el piloto tendría que acceder a modificar su ruta.

Aproximadamente a mediodía llegó un mensaje con la noticia de que el avión intentaría aterrizar.

—¿Vendrás? —preguntó Arkadi.

—No —respondí—. Me quedaré.

—Es una buena idea —asintió él—. Cuida que los chicos no hagan travesuras con el todoterreno. —Aparcó el vehículo bajo los árboles, junto a nuestra caravana, y me entregó la llave.

En el dispensario, Estrella atendía a una mujer atormentada por un absceso. Tendría que ir al hospital de Alice y ocupar mi plaza en el avión.

Otra tormenta parecía estar gestándose detrás del Mount Liebler cuando la multitud empezó a agitar los brazos en dirección al punto negro que se aproximaba desde el sur. El Cessna chapoteó sobre la pista, salpicando el fuselaje con barro, y carreteó hacia la tienda.

—¡Putra madre! —vociferó el piloto desde la carlinga—. Daos prisa.

Arkadi me estrechó la mano.

—Hasta la vista, amigo —dijo—. Unos diez días, si todo sale bien.

—Hasta la vista.

—Adiós, pequeño monstruo —le dijo a Rolf, y escoltó a la mujer gimiente hasta el avión.

Despegaron y se alejaron del valle un poco por delante de la tormenta en ciernes.

—¿Cómo te sientes, ahora que estás varado aquí en mi compañía? —inquirió Rolf.

—Sobreviviré.

El almuerzo consistió en cerveza y un bocadillo de salami. La cerveza me amodorró, así que dormí hasta las cuatro. Cuando desperté, empecé a poner en orden la caravana para convertirla en un lugar donde pudiera trabajar.

Había una plancha de madera terciada que se volcaba sobre el segundo camastro para transformarlo en escritorio. Incluso había una silla de oficina, giratoria. Metí mis lápices en una jarra y deposité junto a ésta mi cuchillo del ejército suizo. Desembalé algunos blocs para borradores y, con la pulcritud obsesiva que acompaña el comienzo de mis proyectos, formé tres pilas perfectas con mis libretas de apuntes «parisinas».

En Francia, a estas libretas se las conoce por el nombre de *carpets moleskines*, con la salvedad de que el *moleskine*, en este caso, es la encuadernación de hule negro. Cada vez que iba a París, me reaprovisionaba en una *papeterie* de la *rue de l’Ancienne Comédie*. Las páginas estaban cuadrículadas y las guardas estaban sujetas por una banda elástica. Las numeraba por series. En la primera página escribía mi nombre y dirección, y ofrecía una recompensa para quien las hallara. Extraviar el

pasaporte era la menor de mis preocupaciones: extraviar una libreta de apuntes habría sido una catástrofe.

Durante aproximadamente veinte años de viajes, sólo perdí dos. Una desapareció en un autobús afgano. La otra la confiscó la policía secreta brasileña que había imaginado, con cierta clarividencia, que algunas líneas que yo había escrito —sobre las heridas de un Cristo barroco— describían, en clave, lo que ella hacía con los prisioneros políticos.

Unos meses antes de partir rumbo a Australia, la propietaria de la *papeterie* comentó que el *vrai moleskine* era cada día más difícil de conseguir. Había un solo proveedor: una pequeña empresa familiar de Tours. Tardaba mucho en contestar la correspondencia.

—Me gustaría encargarme cien —le dije a *madame*—. Cien me durarán toda una vida.

Prometió telefonear a Tours enseguida, esa misma tarde.

A la hora del almuerzo, tuve una experiencia descorazonadora. El *maître* de la Brasserie Lipp ya no me reconoció:

—*Non, monsieur, il n'y a pas de place.*

A las cinco, acudí a mi cita con *madame*. El fabricante había muerto. Sus herederos habían vendido la empresa. Se quitó los impertinentes y, casi con un aire de duelo, dijo:

—*Le vrai moleskine n'est plus.*

Tenía el presentimiento de que la etapa «viajera» de mi vida podía estar llegando a su fin. Pensé que, antes de que se apoderara de mí un enfermizo espíritu sedentario, debería reabrir aquellas libretas. Debería asentar sobre el papel un resumen de las ideas, citas y encuentros que me habían divertido y obsesionado, y que esperaba que arrojaran luz sobre lo que para mí es el problema de los problemas: la naturaleza de la tendencia humana a desplazarse de un lado a otro.

En uno de sus *pensées* más desconsolados, Pascal dictaminó que todas nuestras desgracias emanaban de una sola causa: nuestra incapacidad para permanecer tranquilamente en una habitación.

¿Por qué, se preguntaba, un hombre que tiene suficientes medios para seguir viviendo se siente impelido a distraerse con largos viajes por mar? ¿Para residir en otra ciudad? ¿Para ir en busca de una *bicoca*? ¿O para participar en la guerra y romper cabezas?

Más tarde, pensándolo mejor, y después de haber descubierto la causa de nuestros infortunios, quiso comprender la razón de éstos y encontró una, muy buena: a saber, la natural desdicha de nuestra débil condición mortal, tan desdichada que cuando le consagrábamos toda nuestra atención, nada podía consolarnos.

Sólo había un medio para aliviar nuestra desesperación, y dicho medio era el *divertissement*, «la distracción», pero ésta era la peor de nuestras desgracias, porque la distracción nos impedía pensar en nosotros mismos y así nos encaminábamos

gradualmente hacia la ruina.

¿Acaso, me preguntaba, nuestra necesidad de distraernos, nuestra manía por lo nuevo, era, en esencia, un impulso migratorio instintivo afín al que experimentan las aves en otoño?

Todos los grandes maestros habían predicado que, inicialmente, el hombre había sido un «vagabundo por los desiertos quemantes y áridos de este mundo» —las palabras pertenecen al Gran Inquisidor de Dostoiewski— y que para redescubrir su humanidad debía cortar sus amarras y echarse a los caminos.

Mis dos libretas más recientes estaban atestadas de apuntes tomados en Sudáfrica, donde había estudiado, de primera mano, algunas evidencias sobre el origen de nuestra especie. Lo que aprendí allí —junto con lo que sabía ahora acerca de los Trazos de la Canción— parecía confirmar la conjetura que había acariciado durante mucho tiempo: que la selección natural nos ha programado —desde la estructura de nuestras células cerebrales hasta la estructura de nuestro dedo gordo del pie— para una vida de marchas estacionales a través de un territorio que nos saca llagas y que está cubierto de zarzas.

Si fuera así; si el desierto fuese el «hogar»; si nuestros instintos se hubieran forjado allí, para sobrevivir a sus rigores... entonces sería más fácil entender por qué las verdes praderas nos hastían, por qué los bienes materiales nos extenuan, y por qué el hombre imaginario de Pascal se sentía en sus cómodos aposentos como si estuviera en una prisión.

## *De las libretas de apuntes*

Nuestra naturaleza reside en el movimiento; la calma completa es la muerte.

PASCAL, *Pensamientos*.

Un estudio de la Gran Dolencia: el horror al hogar.

BAUDELAIRE, *Diarios íntimos*.

Los analistas más convincentes del desasosiego fueron a menudo hombres que, por una razón u otra, estaban inmovilizados: Pascal por enfermedades estomacales y jaquecas; Baudelaire por las drogas; San Juan de la Cruz por los barrotes de su celda. Hay críticos franceses dispuestos a argüir que Proust, el ermitaño de la habitación tapizada con corcho, fue el más extraordinario de los viajeros literarios.

Los fundadores de la regla monástica ideaban constantemente técnicas para sofocar el instinto andariego de sus novicios. «Un monje fuera de su celda —dijo San Antonio—, es como un pez fuera del agua». Sin embargo, Cristo y los apóstoles realizaron a pie sus viajes por las colinas de Palestina.

¿Qué significa esta extraña locura —le preguntó Petrarca a su joven secretario—, esta manía de dormir cada noche en una cama distinta?

¿Qué hago aquí?

RIMBAUD escribiendo a casa desde Etiopía.

*Picós, Piauí, Brasil.*

Noche de insomnio en el Hotel Charm. El insecto de la enfermedad del sueño es endémico en esta región, que tiene una de las tasas de mortalidad infantil más altas



del mundo. A la hora del desayuno, el propietario, en lugar de servirme los huevos, descargó la paleta matamoscas sobre mi plato y retiró por la pata un insecto marrón moteado.

—Mata gente —dijo tétricamente.

La fachada de estuco está pintada de color verde menta claro, con las palabras CHARM HOTEL escritas en mayúsculas negras. Un canalón de desagüe con pérdidas ha lavado la C, de modo que ahora se lee *Harm Hotel*... que traducido del inglés significa «Hotel del daño», en lugar de «Hotel del encanto».

*Djang, Camerún.*

En Djang hay dos hoteles: el hotel Windsor y, en la acera de enfrente, el hotel Anti-Windsor.

*Embajada británica, Kabul, Afganistán.*

El tercer secretario también es el agregado cultural. En su despacho se apilan los ejemplares de *Rebelión en la granja*, de Orwell: es el aporte del gobierno británico a la enseñanza del idioma inglés en las escuelas afganas, y una lección elemental sobre los males del marxismo, tal como nos lo describe un cerdo.

—Pero ¿cerdos? —objeté—. ¿En un país islámico? ¿No cree que este tipo de propaganda podría resultar contraproducente?

El agregado cultural se encogió de hombros. Al embajador le había parecido una buena idea. No había nada que él pudiera hacer.

Quien no viaja no conoce el valor de los hombres.

PROVERBIO MORO.

*Miami, Florida.*

En el autobús que llevaba del centro de la ciudad a la playa viajaba una dama de rosa. Debía de tener ochenta años, por lo menos. Tenía una cabellera de intenso color rosa, con flores rosadas en ella, un vestido rosa que hacía juego, labios rosados, uñas rosadas, bolso rosado, aretes rosados y, en su bolsa de compras, había cajas de pañuelos de papel rosados.

En las cuñas de sus tacones de plástico transparente, un par de peces de colores flotaban perezosamente en formol.

Yo estaba tan pendiente de los peces de colores que no me fijé en el enano de gafas con montura de carey que se hallaba en pie en el asiento vecino al mío.

—Permita que le pregunte, señor —dijo con voz chillona— cuál es la cualidad humana que usted más valora.

—No lo he pensado —respondí.

—Antes yo creía en la empatía —manifestó—, pero recientemente he optado por la compasión.

—Me alegra oírlo.

—¿Me permite otra pregunta, señor? ¿Qué profesión, entre las muchas que existen, practica actualmente?

—Estudio arqueología.

—Me asombra, señor. Yo también me muevo por ese terreno.

Era una rata de alcantarilla. Sus amigos lo bajaban, con un detector de metales, al colector mayor que pasaba debajo de los hoteles de Miami Beach. Lo exploraba en busca de las joyas que habían sido arrastradas, accidentalmente, por el agua de los inodoros.

—No es, se lo puedo asegurar, señor, una ocupación poco remunerativa —dijo.

En el expreso nocturno de Moscú a Kiev, leyendo la tercera *Elegía* de Donne:

Vivir en un país es cautiverio,  
Corretear por todos es una vehemente picardía.

Esta vida es un hospital en el cual a cada enfermo lo posee el deseo de cambiar de cama. Uno preferiría sufrir junto a la estufa. Otro cree que se recuperaría si descansara junto a la ventana.

Yo pienso que sería feliz en aquel lugar donde casualmente no me encuentro, y este asunto de cambiar de casa es el tema de un diálogo perpetuo que mantengo con mi alma.

BAUDELAIRE, *Un lugar fuera de este mundo*.

*Bekom, Camerún.*

Nombres de taxis: El Coche de la Confianza. Bebé Confianza. El Retorno del Chófer

Caballero. *Le Chauffeur Kamikaze.*

*En vuelo, París-Dakar.*

Cena anoche en la *rue l'Abée de l'Epée*. Estaba Malraux. ¡Es ventrílocuo! Hizo una imitación impecable de la puerta del despacho de Stalin cuando se cerró en las narices de Gide. Él y Gide habían ido a quejarse por el trato que recibían los homosexuales en Rusia, y su intención había llegado a oídos de Stalin.

*Dakar.*

El hotel Coq Hardi también es un burdel. Su propietaria, *madame* Martine, es dueña de una barca pesquera, y por ello nos sirve *langouste* en la cena. Una de las dos prostitutas estables, mi amiga Mamzelle Yo-Yo, luce un monumental turbante castaño rojizo y tiene piernas que parecen los vástagos de un émbolo. La otra, *madame* Jacqueline, tiene dos clientes fijos: *Herr* Kisch, que es hidrólogo, y el embajador de Malí.

Anoche le tocó el turno a Kisch. Ella salió al balcón, con sus ajorcas y deslumbrante, como la Madre-de-toda-África envuelta en túnicas de color índigo. Le arrojó un beso, dejó caer una ramita de buganvilla, y ronroneó: «*Herr* Kisch, ahí voy».

Esta noche, cuando el Mercedes del embajador se detuvo en la puerta, ella salió corriendo con su ceñido traje sastre de color café con leche, una peluca rubia oxigenada y zapatos blancos de tacones altos, gritando estridentemente: «*Monsieur l'Ambassadeur, je viens!*».

*Gorée, Senegal.*

Un robusto matrimonio francés ha estado atiborrándose de *fruits de mer* en la terraza del restaurante. Su *dachshund*, sujeto por la trailla a la pata de la silla de la mujer, brinca constantemente con la esperanza de que le arrojen comida.

La mujer al *dachshund*:

—*Taisez-vous, Roméo! C'est l'entracte.*

Fuego interior... fiebre de trashumancia...

*Kakevala.*

En *El origen del hombre*, Darwin observa que el impulso migratorio de ciertos pájaros es más fuerte que el maternal. La madre abandonará a sus polluelos en el nido con tal de no perder su cita para el largo vuelo rumbo al sur.

*Puerto de Sidney.*

En el *ferry* que nos traía de regreso de Manly, una viejecilla me oyó hablar.

—¿Usted es inglés, verdad? —preguntó, con acento inglés del norte—. Me doy cuenta de que lo es.

—Lo soy.

—Yo también.

Usaba unas gafas de cristales gruesos, con montura metálica, y un simpático sombrero de fieltro con un atisbo de tul azul sobre el ala.

—¿Está visitando Sidney? —le pregunté.

—¡No, por amor de Dios! —respondió—. Resido aquí desde 1946. Vine a vivir con mi hijo, pero sucedió algo muy extraño. Cuando llegó el barco, él había muerto. ¡Imagínese! ¡Yo había vendido mi casa de Doncaster, así que pensé que lo mejor sería quedarme! Entonces le pedí a mi segundo hijo que viniera a vivir conmigo. Y él vino... emigró... ¿y sabe una cosa?

—No.

—Murió. Tuvo un ataque al corazón y murió.

—Es horrible —comenté.

—Había tenido un tercer hijo —prosiguió—. Había sido mi favorito, pero había muerto en la guerra, en Dunkerque, ¿sabe? Era muy valiente. Su oficial me envió una carta. ¡Muy valiente, eso era! Estaba en cubierta... cubierto de petróleo inflamado... y se arrojó al mar. ¡Ay! ¡Era una masa de fuego viviente!

—¡Pero eso es horrible!

—Pero hoy tenemos un día hermoso —comentó sonriendo—. ¿No le parece un día hermoso?

Era un luminoso día soleado con nubes blancas y altas y una brisa que soplaba desde el océano. Algunos yates enfilaban a bandazos hacia The Heads, y otros yates navegaban con la vela balón izada. El viejo *ferry* cabalgaba sobre las cabrillas rumbo al teatro de la ópera y el puente.

—¡Y se está tan bien en Manly! —exclamó—. Me encantaba ir a Manly con mi hijo... ¡antes de que muriera! Pero hace veinte años que no voy.

—Sin embargo, está muy cerca —dije.

—Es que no he salido de casa durante dieciséis años. Estaba ciega. Tenía cataratas y no veía nada. El cirujano dijo que eran incurables, así que me quedé encerrada. ¡Imagínese! ¡Dieciséis años en tinieblas! Hasta que la otra semana me visitó una simpática asistente social y me dijo: «Será mejor que se haga examinar

esas cataratas». ¡Y véame ahora!

Espié a través de sus gafas un par de titilantes —ésta es la palabra para definirlos —, de titilantes ojos azules.

—Me llevaron al hospital —continuó—. ¡Y me extirparon las cataratas! ¿No le parece estupendo? ¡Puedo ver!

—Sí —asentí—. Es maravilloso.

—Es la primera vez que salgo sola —confesó—. No se lo conté a nadie. Me dije, a la hora del desayuno: «Es un día hermoso. Cogeré el autobús hasta el muelle circular, e iré en *ferry* a Manly... tal como lo hacíamos en los viejos tiempos». Pedí pescado para el almuerzo. ¡Oh, fue divino! —Encorvó los hombros con aire de picardía y dejó escapar una risita—. ¿Cuántos años calcula que tengo? —inquirió.

—No lo sé —respondí—. Deje que la mire. Yo diría que tiene ochenta.

—No, no, no —exclamó riendo—. Tengo noventa y tres... ¡y puedo ver!

Darwin cita el ejemplo del ganso de Audubon, el cual, cuando lo privan de las plumas del extremo del ala, echa a andar por el suelo.

A continuación describe los padecimientos de un ave que, enjaulada en la temporada de su migración, bate las alas y se ensangrienta el pecho contra los barrotes de su jaula.

Robert Burton —sedentario y erudito rector de Oxford— consagró muchísimo tiempo y estudio a demostrar que el viaje no era una maldición, sino un remedio para la melancolía, o sea, para las depresiones que causaba la vida sedentaria:

Los mismos cielos giran continuamente, el sol se levanta y se pone, la luna crece, las estrellas y los planetas mantienen sus movimientos constantes, los vientos siguen removiendo el aire, las aguas refluyen y fluyen, sin duda para conservarse, para enseñarnos que debemos estar permanentemente en movimiento.

O:

Para esta dolencia (la melancolía) no hay nada mejor que cambiar de aire, que vagabundear en una y otra dirección, como aquellos zalmohenses tártaros que viven en hordas y que aprovechan la oportunidad de disfrutar de tiempos, lugares, estaciones.

*Anatomía de la melancolía.*

Mi salud estaba amenazada. El terror se apoderó de mí. Durante días y días me quedaba dormido y, al despertar, continuaban los sueños tenebrosos. Estaba maduro para la muerte. Mi debilidad me empujó por una ruta plagada de peligros, hasta el fin del mundo, hasta Cimeria, el país de la bruma negra y los tornados. Me vi obligado a viajar para alejar las apariciones acumuladas en mi cerebro.

RIMBAUD, *Una temporada en el infierno*.

Era un gran caminador. ¡Oh! Un caminador asombroso, con la chaqueta abierta, un pequeño fez en la cabeza a pesar del sol.

RIGHAS, sobre Rimbaud en Etiopía.

... a lo largo de sendas horribles como las que se presume que existen en la luna.

RIMBAUD, escribiendo a casa.

«L'Homme aux semelles de vent». El hombre con suelas de viento.

VERLAINE sobre Rimbaud.

*Omdurman, Sudán.*

El jeque S vive en una casita desde la que se ve la tumba de su abuelo, el Majdi. Sobre hojas de papel unidas con cinta adhesiva para formar un rollo, ha escrito un poema de quinientas estrofas, en el estilo y la métrica de la *Elegy* de Grey, titulado «Lamento por la destrucción de la República de Sudán». Me ha estado dando lecciones de lengua árabe. Dice que yo tengo el «brillo de la fe» en la frente, y espera poder convertirme al islamismo.

Le digo que me convertiré al islamismo sólo si él conjura un *djinn*, un genio.

—Los *djinns* son difíciles —contesta—. Pero podemos intentarlo.

Después de pasar una tarde hurgando el *souk* de Omdurman en busca de los tipos apropiados de mirra, incienso y perfume, ya estamos preparados para el *djinn*. Los fieles han elevado sus preces. El sol se ha puesto, y nosotros estamos sentados en el jardín, bajo un árbol de papaya, con un ánimo de expectación reverente, frente a un brasero de carbón.

El jeque ensaya primeramente con un poco de mirra. Se desprende una tenue espiral de humo.

El *djinn* no aparece.

Ensaya el incienso.

El *djinn* no aparece.

Ensaya, por turno, todo lo que hemos comprado.

¡El *djinn* sigue sin aparecer!  
Entonces el jeque dice:  
—Probemos con Elizabeth Arden.

*Nuakchot, Mauritania.*

Un exlegionario, veterano de Dien Bien Fu, con el pelo gris cortado en cepillo y sonrisa dentada, se indigna contra el gobierno porque éste rehúye la responsabilidad por la masacre de My Lai.

—Los crímenes de guerra no existen —afirma—. La guerra es el crimen.

Está aún más indignado por la sentencia del tribunal que condenó al teniente Calley por el asesinato de «orientales humanos», como si el sustantivo «oriental» necesitara que lo complementen con el adjetivo «humano».

Su definición del soldado era la siguiente: «Un profesional al que, durante treinta años, lo emplean para matar a otros hombres. Después, se dedica a podar sus rosales».

Sobre todo, no pierdas tu deseo de caminar: yo mismo camino diariamente hasta alcanzar un estado de bienestar y al hacerlo me alejo de toda enfermedad. Caminando he tomado contacto con mis mejores ideas, y no conozco ningún pensamiento cuya naturaleza sea tan abrumadora como para que uno no pueda distanciarse de él andando... pero cuando te quedas quieto, y cuanto más te quedas quieto, más próximo estás a sentirte enfermo... De modo que si caminas sin parar, todo te saldrá bien.

SØREN KIERKEGAARD, *carta a Jette* (1847).

*Solvitur ambulando.* «Se resuelve andando».

*Atar, Mauritania.*

—¿Has visto a los habitantes de la India? —me preguntó el hijo del emir de Adrar.

—Los he visto.

—¿Es una aldea, o qué?

—No —respondí—. Es uno de los países más grandes del mundo.

—*Tiens!* Yo siempre pensé que era una aldea.

*Nuakchot, Mauritania.*

Unos cuantos edificios de hormigón implantados en la arena y rodeados ahora por una chabola de nómadas que, como Jacob y sus hijos, han sido obligados a hacerse sedentarios «cuando el hambre asoló la tierra».

Hasta la sequía del año pasado, aproximadamente el 80 por 100 de los habitantes del país vivían en tiendas.

Los moros sienten pasión por el color azul. Sus túnicas son azules. Sus turbantes son azules. Las tiendas de la *bidonville*, la chabola, ostentan remiendos de algodón azul, y las chozas, construidas con cajones, lucen obligadamente alguna pincelada de pintura azul.

Aquella tarde seguí a una vieja arrugada que hurgaba entre las basuras en busca de un trapo azul. Recogió uno. Recogió otro. Los comparó. Se deshizo del primero. Por fin encontró uno que tenía exactamente el tono que buscaba, y se marchó cantando.

En el confín de la ciudad tres críos dejaron de patear su balón y corrieron hacia mí. Pero en lugar de pedirme dinero o mis señas, el más pequeño entabló una conversación muy seria. ¿Qué opinaba yo de la guerra de Biafra? ¿Cuáles eran las causas del conflicto árabe-israelí? ¿Qué pensaba de la persecución de Hitler contra los judíos? ¿Y de los monumentos faraónicos? ¿Y del antiguo Imperio de los almorávides?

—Pero ¿quién eres tú? —le pregunté.

Me saludó con un movimiento rígido.

—Sall' Zakaria sall Muhammad —gorjeó con voz aflautada—. ¡Hijo del ministro del Interior!

—¿Y qué edad tienes?

—Ocho años.

A la mañana siguiente, vino a buscarme un todoterreno para llevarme ante el ministro.

—Tengo entendido, *cher monsieur* —dijo—, que ha conocido a mi hijo. Según me contó, fue una conversación muy interesante. A mí, por mi parte, me gustaría cenar con usted, y saber si puedo prestarle algún servicio.

Durante mucho tiempo me jacté de que poseería todos los países imaginables.

RIMBAUD, *Una temporada en el infierno*.



Había unas cincuenta personas encima del camión, apretujadas contra sacos de grano. Se hallaban a mitad de camino de Atar cuando se desató una tormenta de arena. Junto a mí viajaba un senegalés que despedía un fuerte olor. Dijo que tenía veinticinco años. Era robusto y tremendamente musculoso, y los dientes se le habían puesto anaranjados de tanto mascar nueces de cola.

—¿Vas a Atar? —me preguntó.

—¿Tú también?

—No. Yo voy a Francia.

—¿Para qué?

—Para continuar con mi profesión.

—¿Cuál es tu profesión?

—*Installation sanitaire*.

—¿Tienes pasaporte?

—No —respondió sonriendo—. Tengo un papel.

Desplegó un trozo de papel pringoso en el cual leí que don Hernando Fulano de Tal, capitán del pesquero tal y cual, había empleado a Amadou... apellido en blanco... etcétera, etcétera.

—Iré a Villa Cisneros —dijo—. Me embarcaré rumbo a Tenerife o Las Palmas de Gran Canaria. Allí continuaré con mi profesión.

—¿Cómo marinero?

—No, *monsieur*. Como aventurero. Quiero ver todos los pueblos y todos los países del mundo.

*En el viaje de regreso de Atar.*

Había cincuenta pasajeros hacinados en la parte de atrás de una furgoneta con capota de lona. Todos eran moros, excepto yo y una persona cubierta con una bolsa. Ésta se movió y asomó la enjuta y bella cabeza de un wolof. Su piel y su pelo estaban cubiertos por una película de polvo blanco, que recordaba la pelusilla de las uvas purpúreas. Estaba asustado y muy alterado.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Ha terminado. Me rechazaron en la frontera.

—¿A dónde ibas?

—A Francia.

—¿Para qué?

—Para continuar con mi profesión.

—¿Cuál es tu profesión?

—No lo entenderías.

—Sí lo entendería —respondí—. Conozco casi todos los *métiers* de Francia.

—No —insistió, meneando la cabeza—. Ésta no es una profesión que tú puedas entender.

—Cuéntame.

Por fin, con un suspiro que también era un gemido, dijo:

—Soy *ébéniste*. Fabrico *bureaux-plats* Luis XV y Luis XVI.

Era cierto. En una fábrica de muebles de Abidján que complacía los gustos de la nueva burguesía negra francófila, había aprendido a taracear la chapa de madera.

Aunque carecía de pasaporte, llevaba en su maleta un libro sobre muebles franceses del siglo XVIII. Sus héroes eran Cressent y Reisener. Se había forjado la ilusión de visitar el Louvre, Versailles y el Musée des Arts Décoratifs. Y había concebido la esperanza de convertirse, de ser ello posible, en aprendiz de un «maestro» parisino, en el supuesto de que existiera alguien así.

*Londres.*

Visité con Bertie a un comerciante de muebles franceses. Éste le había ofrecido una cómoda de Reisener a Paul Getty, quien le solicitó un peritaje a Bertie.

La cómoda ha sido excesivamente restaurada para devolverla a su condición original.

Bertie la miró y exclamó:

—¡Oh!

—¿Y bien? —preguntó el comerciante después de una pausa.

—Bueno, yo no la pondría en el cuarto de la criada. Pero para él bastará.

Es bueno coleccionar cosas, pero es mejor salir a caminar.

ANATOLE FRANCE.

Mis bienes se alejan volando de mí. Como langostas se remontan sobre sus alas, volando...

Lamento por la destrucción de Ur.

*Timbuktú.*

El camarero me trajo el menú:

*Capitaine bakamoise* («barbo frito»)  
*Pintade grillée*  
*Dessert*

—Bueno —dije—. ¿A qué hora puedo cenar?

—Cenamos a las ocho —respondió.

—De acuerdo, entonces. A las ocho.

—No, *monsieur*. Nosotros cenamos a las ocho. Usted debe cenar antes de las siete... o después de las diez.

—¿A quién se refiere cuando dice «nosotros»?

—A nosotros —contestó—. Al personal. —Bajó la voz y susurró—: Le aconsejo que cene a las siete, *monsieur*. Nosotros nos comemos todo lo que hay.

El cristianismo lo implantó aquí hace alrededor de un siglo, aunque no personalmente, el cardenal De la Vigerie, arzobispo de Cartago y primado de toda África. Era un conocedor del borgoña y se hacía confeccionar los hábitos en Worth.

Entre sus agentes en África se contaban tres padres blancos —Paulmier, Boerlin y Minoret—, quienes fueron decapitados por los tuareg poco después de decir misa en la ciudad prohibida.

El cardenal recibió la noticia en su landó, en la costa de Biarritz.

—*Te Deum laudamus!* —exclamó—. Pero no lo creo.

—No —dijo su informante—. Es verdad.

—¿Están realmente muertos?

—Lo están.

—¡Qué jubilo para nosotros! ¡Y para ellos!

El cardenal interrumpió su paseo matutino y escribió tres cartas de condolencia idénticas para las madres. «Dios os ha utilizado a vosotras para darlos a luz, y me ha utilizado a mí para enviarlos como mártires al cielo. Tenéis esta dichosa certidumbre».

En un ejemplar del *Tristram Shandy* que compré en la tienda de libros de segunda mano de Alice, encontré lo siguiente garrapeado en la guarda: «Uno de los pocos momentos de felicidad que un hombre conoce en Australia es aquél en que cruza la mirada con otro hombre sobre los copetes de dos jarras de cerveza».

*Yun-nan, China.*

El maestro de la aldea era un hombre cortés y enérgico con un mechón de pelo negro azulado reluciente, que vivía con su esposa, de aspecto infantil, en una casa de madera a orillas del río de Jade.

Educado como musicólogo, había trepado hasta lejanas aldeas de montaña para grabar las canciones populares de la tribu na-ji. Opinaba, como Vico, que los primeros lenguajes del mundo habían sido cantados. El hombre primitivo, decía, había aprendido a hablar imitando los gritos de los animales y los reclamos de las aves, y había vivido en un estado de armonía musical con el resto de la Creación.

Su cuarto estaba atestado de misceláneas salvadas, el cielo sabe cómo, de las catástrofes de la Revolución Cultural. Encaramados sobre sillas de laca roja, mordisqueábamos semillas de melón mientras él vertía en dedales de porcelana blanca un té de montaña conocido por el nombre de «Puñado de nieve».

Pasó una cinta magnetofónica de un canto na-ji, entonado como antífona por hombres y mujeres congregados alrededor de un catafalco fúnebre: ¡Uuuu... ziii! ¡Uuuu... ziii! La función del canto consistía en ahuyentar al Devorador de Muertos, un demonio perverso y armado de colmillos que, según se creía, se daba un banquete con el alma.

Nos sorprendió con su capacidad para tararear de punta a punta las mazurkas de Chopin y un repertorio aparentemente interminable de Beethoven. Su padre, mercader de la caravana de traficantes de Lhasa, lo había enviado en la década de 1940 a estudiar música occidental en la academia de Kuming.

En la pared del fondo, sobre una reproducción de *L'Embarquement pour Cythère*, de Claude Lorraine, colgaban dos fotos suyas enmarcadas: una con corbata blanca y frac detrás de un piano de cola; la otra dirigiendo una orquesta en una calle ocupada por multitudes que hacían flamear banderas... espectacular y brioso, de puntillas, con los brazos extendidos hacia arriba y la batuta baja.

—El año 1949 —dijo—. Para dar la bienvenida al Ejército Rojo en Kuming.

—¿Qué interpretaban?

—La *Marche militaire* de Schubert.

Por esto, o más precisamente por su devoción a la «cultura occidental», pasó veintiún años en la cárcel.

Levantó las manos y las miró tristemente como si fueran huérfanos desaparecidos hacía mucho tiempo. Tenía los dedos agarrotados y las muñecas cubiertas de cicatrices: un recuerdo de los días en que los guardias rojos lo habían amarrado a las vigas del techo, en la postura de un Cristo crucificado... o de un director de orquesta.

Una falacia muy difundida es que los hombres son los trashumantes y las mujeres son las guardianas de la lumbre y el hogar. Por supuesto, esto puede ocurrir. Pero las mujeres son, sobre todo, las custodias de la continuidad: si la lumbre se desplaza, se desplazan con ella.

Son las gitanas quienes estimulan a los hombres para que sigan su marcha. Asimismo, eran las mujeres de los indios yaghanes quienes, en las aguas borrascosas del archipiélago del Cabo de Hornos, mantenían vivos los rescoldos en el fondo de sus canoas de corteza de árbol. El padre misionero Martín Gusinde las comparó con las «antiguas vestales» o con «inquietas aves de paso que sólo eran felices y estaban interiormente serenas cuando se hallaban en movimiento».

En Australia Central, son las mujeres quienes impulsan el retorno a las formas de vida arcaicas. Como le dijo una mujer a un amigo mío: «Las mujeres están a favor del campo».

### *Mauritania.*

Dos días después de partir de Chinguetti debimos atravesar un tenebroso cañón gris donde no había nada verde a la vista. Sobre la tierra del valle descansaban varios camellos muertos, cuyos pellejos disecados chasqueaban haciendo *rat... tat... tat...* contra sus cajas torácicas.

Cuando terminamos de escalar la pared del lado opuesto, ya estaba casi oscuro. Se gestaba una tormenta de arena. Los camellos se habían puesto nerviosos. Entonces uno de los guías señaló varias tiendas situadas más o menos un kilómetro más adelante, entre las dunas: tres de piel de cabra y una de algodón blanco.

Nos aproximamos lentamente. Los guías fruncieron la cara, mientras procuraban decidir si las tiendas pertenecían a una tribu amiga. Entonces uno de ellos sonrió, dijo *Lalajlal* y lanzó su camello al trote.

Un joven alto apartó la visera de la tienda y nos hizo señas para que nos aproximáramos. Desmontamos. Sus túnicas eran azules y usaba babuchas amarillas.

Una anciana nos trajo dátiles y leche de cabra, y el jeque ordenó que mataran un cabrito.

—Nada ha cambiado —murmuré para mis adentros—, desde los tiempos de Abraham y Sara.

El jeque, Sidi Ahmed el Beshir Hammadi, hablaba perfectamente el francés. Después de cenar, mientras él servía té de menta, le pregunté, ingenuamente, por qué la vida en las tiendas era inevitable, a pesar de todas las penurias.

—¡Bah! —respondió, encogiéndose de hombros—. Nada me gustaría más que vivir en una casa en la ciudad. Aquí en el desierto no puedes mantenerte limpio. ¡No puedes ducharte! Son las mujeres las que nos hacen vivir en el desierto. Dicen que el desierto es fuente de salud y felicidad para ellas y los niños.

### *Timbuktú.*

Las casas están construidas con barro gris. Muchas de las paredes están cubiertas de *graffiti*, escritos con tiza y con la pulcritud propia de alumnos aplicados:

*Les noms de ceux qui voyagent dans la nuit son Sidi et Yéyé.  
Hélas! Les Anges de l'Enfer.  
Beauté... Beau...  
La poussière en Décembre...*

Es inútil pedirle a un vagabundo,  
consejo para la construcción de una casa.  
El trabajo no se completará nunca.

Después de leer este texto, del *Libro de odas* chino, comprendí hasta qué punto era absurdo intentar escribir un libro sobre los nómadas.

Los psiquiatras, los políticos y los tiranos nos aseguran constantemente que la vida errabunda es una forma aberrante del comportamiento; una neurosis; una manifestación del deseo sexual frustrado; una enfermedad que hay que eliminar en beneficio de la civilización.

Los propagandistas nazis argumentaban que los gitanos y los judíos —pueblos con la trashumancia en los genes— no podían tener cabida en un Reich estable.

Sin embargo, en Oriente aún sustentan el concepto antaño universal, a saber, que la trashumancia restablece la armonía original que en otro tiempo existió entre el hombre y el universo.

No existe la dicha para el hombre que no viaja. El mejor de los hombres se convierte en pecador cuando vive en compañía de otros hombres. Porque Indra es el amigo del viajero. ¡Vagabundead, pues!

AITAREYA BRÁHMANA.

No podéis discurrir por el camino antes de haberos convertido en el Camino mismo.

GAUTAMA BUDA.

¡Seguid la marcha!

En el Islam, y sobre todo en las órdenes sufíes, la *siyahat* o «deambulación» —el acto o el ritmo de caminar— se utilizaba como técnica apropiada para disolver los vínculos del mundo y para permitir que el hombre se perdiera en Dios.

El propósito del derviche consistía en convertirse en un «muerto caminante»: un ser cuyo cuerpo permanece vivo en la tierra pero cuya alma ya está en el Cielo. Un manual sufi, el *Kashf-al-Mahjub*, dice que, al aproximarse al final de su viaje, el derviche se convierte en el camino y no en el caminante, o sea, en un lugar sobre el cual transita alguien, no en un viajero que sigue su propio libre albedrío.

Arkadi, a quien le mencioné esta idea, dijo que se parecía mucho a un concepto aborigen: «Muchos hombres se convierten después en campo, en ese lugar, en antepasados».

Al pasar toda su vida recorriendo y cantando el Trazo de la Canción de su antepasado, el hombre se convierte finalmente en el sendero, en el antepasado y en la canción.

El Camino Sin Rumbo, donde los Hijos de Dios se pierden y, al mismo tiempo, se encuentran.

MAESTRO ECKHART.

La naturaleza lo conduce  
a una paz tan perfecta que los jóvenes contemplan  
con envidia, lo que el anciano apenas siente.

WORDSWORTH, *Old Man Travelling*.

Una breve biografía de Diógenes:

Vivía en una bañera. Comía pulpos y altramuces. Decía: *Kosmopolites eimi*, «Soy ciudadano del mundo». Comparaba sus vagabundeos por Grecia con la migración de las cigüeñas: al norte en verano, al sur para eludir el frío del invierno. Nosotros los lapones tenemos la misma naturaleza que el reno; en primavera añoramos las montañas; en invierno nos sentimos atraídos por los bosques.

En la antigua India, el monzón hacía imposibles los viajes. Y como Buda no quería que sus discípulos se metieran en las riadas hasta el cuello, les permitió un «retiro de la lluvia», el Vassa. Durante este período, los peregrinos sin techo tenían que congregarse en terrenos altos y vivir en chozas de juncos y argamasa.

Fue a partir de estos centros que se desarrollaron los grandes monasterios budistas.

En la Iglesia cristiana primitiva había dos categorías de peregrinaje. La primera era el *ambulare pro Deo*, «peregrinar por Dios», imitando a Cristo o al padre Abraham que abandonó la ciudad de Ur y fue a vivir en una tienda. La segunda era la «peregrinación penitencial», en la cual los culpables de *peccata enormia*, «crímenes enormes», tenían la obligación de convertirse, de acuerdo con una tabla estipulada de tarifas, en mendigos ambulantes —con sombrero, morral, bastón e insignia— para ganarse la salvación en el camino.

La idea de que la marcha exculpaba los crímenes violentos se remontaba a las deambulaciones que Caín se vio obligado a emprender para expiar el asesinato de su hermano.

*Walata, Mauritania.*

Los camelleros llevaban cuchillos de desollar colgados del cuello, en lugar de rosarios, y habían prestado servicios como auxiliares en la Legión. Al ponerse el sol, me llevaron a una casa de las afueras de la ciudad para escuchar al *bhagi*.

El *bhagi* era un peregrino santo que caminaba de un oasis a otro en compañía de su padre viejo y desdentado. Sus ojos eran nubladas almendras azules. Era ciego de nacimiento y el padre debía guiarlo a todas partes.

Sabía el Corán íntegro de memoria y, cuando lo encontramos, estaba acucillado contra la pared de adobe, canturreando los *suras* con una sonrisa animosa mientras el padre volvía las páginas del libro. Las palabras brotaban cada vez más rápidamente, hasta que se difuminaron en un ritmo martilleante continuo, como el de un solo de tambor. El padre pasaba las páginas y los componentes de la multitud empezaron a balancearse con la mirada «perdida», como si estuvieran próximos a caer en trance.

De pronto, el *bhagi* calló. Hubo un momento de silencio total. El verso siguiente empezó a enunciarlo muy muy lentamente, enroscando la lengua alrededor de los sonidos guturales, lanzando las palabras, una por una, en dirección al público, que se dejaba atrapar como si fueran mensajes del «más allá».



El padre apoyó la cabeza sobre el hombro de su hijo y dejó escapar un suspiro profundo.

La vida es un puente. Crúzalo, pero no construyas una casa encima.

PROVERBIO INDIO.

*Sobre la migración de primavera, provincia de Fars.*

La migración quashgai está en su apogeo entre Firuzabad y Shiraz: kilómetro tras kilómetro de ovejas y cabras, semejantes a columnas de hormigas si se las mira desde las laderas de los cerros. Casi ni una brizna de hierba: verde espolvoreado sobre las montañas, pero a lo largo de la ruta sólo una retama blanca en flor, y una artemisa de hojas grises. Los animales flacos y débiles, huesos recubiertos de piel y poco más. De cuando en cuando uno se aparta de la fila, como un soldado desfalleciente en una parada, trastabilla y cae, y entonces se produce una carrera entre los buitres y los perros.

¡Mastines babeantes! ¡Buitres de cabeza roja! Pero ¿sus cabezas son realmente rojas o están enrojecidas por la sangre? ¡Ambas cosas! Son rojas y están ensangrentadas. Y cuando miras hacia el camino por donde hemos venido, ves espirales de buitres, que revolotean.

Los hombres quashgai eran esbeltos, adustos, estaban curtidos por la intemperie y usaban gorros cilindricos de fieltro blanco. Las mujeres lucían todos sus atavíos: vestidos rojos y relucientes de percal especialmente comprados para el viaje de primavera. Algunos montaban caballos y asnos; otros iban sobre los camellos, junto con las tiendas y los palos de éstas. Sus cuerpos se zarandeaban y ondulaban sobre las sillas bamboleantes. Sus ojos estaban fijos en el camino que tenían por delante, como si usaran anteojeras.

Una mujer vestida con túnicas de color azafrán y verde pasó junto a mí montada en un caballo negro. Detrás de ella, un niño jugaba con un lechal huérfano de madre, y ambos estaban sujetos a la silla por las mismas ligaduras; los cacharros de cobre repicaban, y había un gallo atado al extremo de un cordel.

La mujer amamantaba también a un crío. Tenía los pechos festoneados con collares, monedas de oro y amuletos. Como la mayoría de las mujeres nómadas, llevaba la riqueza encima.

¿Cuáles son, pues, las primeras impresiones que un lactante nómada recibe de este mundo? Un pezón oscilante y una lluvia de oro.

A los hunos los consume una insaciable sed de oro.

AMIANO MARCELINO.

Pues traían zarcillos de oro, porque eran ismaelitas.

JUECES 8:24.

Un buen caballo es un miembro de la familia.

ADAGIO QUASHGAI.

*Dasht-i-Arjan, cerca de Shiraz*

El anciano estaba acucillado junto a su yegua zaina moribunda: durante la migración, los caballos son los primeros que caen. Había encontrado un manchón de hierba fresca. Había azuzado a la yegua hasta allí y trataba de meterle un puñado entre los dientes. Era demasiado tarde. Yacía sobre el flanco, con la lengua afuera y con los ojos vidriosos que anunciaban la proximidad de la muerte.

El anciano se mordió el labio y lloró parcamente: una o dos lágrimas por cada mejilla. Luego se echó al hombro la silla de montar, sin mirar atrás, y enderezamos juntos hacia el camino.

En el camino, uno de los *jans* nos recogió con su todoterreno.

Era un caballero anciano, de espalda erguida, con monóculo y alguna noción de lo que era Europa. Tenía casa y huertos en Shiraz, pero cada primavera se ponía al servicio de su tribu.

Me llevó a una tienda donde sus cofrades *jans* estaban reunidos para discutir su estrategia. Uno era un tipo muy elegante, que lucía una chaqueta acolchada amarilla para esquiar. Ostentaba lo que interpreté como un bronceado de esquiador. Sospeché que había venido directamente de St. Moritz, y desconfió de mí a primera vista.

El *jan* al que todos rendían pleitesía era un hombre nervudo, de nariz ganchuda, con una barba rala y gris en el mentón, que estaba sentado en un *kelim* y escuchaba los argumentos de los demás sin mover un músculo. Luego cogió un trozo de papel y trazó unos garabatos sobre su superficie con un bolígrafo.

Era el orden de prioridades con que los diferentes clanes atravesarían el tramo

siguiente de territorio.

Génesis 13:9 describe la misma escena, cuando a Abraham, el jeque beduino, le preocupa la posibilidad de que sus *cowboys* se pongan a pelear con los *cowboys* de Lot: «¿No está toda la Tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú fueres a la derecha, yo iré a la izquierda».

Toda migración nómada ha de ser organizada con tanta precisión y flexibilidad como una campaña militar. A las espaldas, la hierba se marchita. Al frente, es posible que la nieve bloquee los desfiladeros.

Casi todos los nómadas alegan ser «dueños» de su itinerario de migración (en árabe, *Il-Rah*, «El camino»), mas en la práctica sólo reivindican derechos estacionales de pastoreo: un mes y un tramo de camino son sinónimos.

Pero la migración del nómada, a diferencia de la del cazador, no es la suya propia. Es, más precisamente, una gira guiada por animales que tienen el instinto de orientación embotado por la domesticación. Exige pericia y entraña riesgos. Una sola estación puede arruinar a un hombre, como arruinó a Job, y a los nómadas del Sahel o a las compañías ganaderas de Wyoming durante el Gran Invierno Blanco de 1886-1887.

Durante una mala estación, el nómada experimenta la tentación irresistible de apartarse de su camino, pero el Ejército lo espera con ametralladoras.

—Ahora —dijo mi amigo, el viejo jan—, el ejército ha sustituido al león y el lobo.

*Nomos* es la palabra griega que significa «tierra de pastoreo» y «el nómada» es un jefe y patriarca de un clan que dirige la asignación de las tierras de pastoreo. Así, *nomos* asumió el significado de «ley», «distribución equitativa», «aquello que es adjudicado por la costumbre»... y por lo tanto se convirtió en la base de todo el derecho occidental.

El verbo *nemein* —«pacer», «apacentar», «pastar» o «desplegar»— ya tiene una segunda acepción desde tiempos de Homero: «distribuir», «asignar» o «dispensar», sobre todo tierra, honores, carne o bebida. *Nemesis* es la «distribución de justicia» y por consiguiente de la «justicia divina». *Nomisma* significa «moneda corriente» y de allí deriva «numismática».

Los nómadas que conoció Homero eran los escitas que «ordeñaban yeguas» y deambulaban con sus carros por la estepa del sur de Rusia. Eran personas que sepultaban a sus jefes bajo montículos fúnebres, con sus caballos y tesoros de oro.

Pero los orígenes del nomadismo son muy difíciles de evaluar.

*Bandiagara, Malí.*

*Madame* Dieterlen, veterana especialista en África, me sirvió café en su remolque, sobre el borde del barranco Dogon. Le pregunté qué huellas dejaban para el arqueólogo los bororo peul —pastores del Sahel— una vez que abandonaban su campamento.

Pensó un momento y respondió:

—Diseminan las cenizas de sus hogueras. No. El arqueólogo no las encontraría. Pero las mujeres tejen pequeñas cepillas con briznas de hierba, y las cuelgan de la rama del árbol que les da sombra.

Max Weber remonta los orígenes del capitalismo moderno a ciertos calvinistas que, desentendiéndose de la parábola del camello y el ojo de la aguja, predicaban la doctrina de las recompensas justas al trabajo. Sin embargo, la noción de movilizarse y aumentar el «patrimonio de ganado en pie» tiene una historia tan antigua como el mismo pastoreo. Los animales domesticados son «moneda corriente», «cosas que corren», del francés *courir*. En verdad, casi todas nuestras expresiones monetarias —capital, hacienda, pecuniario, bien mueble, esterlina, y quizá incluso la misma idea de «crecimiento»— tienen sus orígenes en el mundo pastoril.

¿No es acaso un coraje pasajero el de ser rey,  
y cabalgar triunfalmente por Persépolis?

MARLOWE, *Tamburlaine the Great*, Parte I, 1, 758.

*Persépolis, Fars.*

Caminábamos hacia Persépolis bajo la lluvia. Los quashgais estaban empapados y felices, y los animales estaban calados; y cuando cesó la lluvia se sacudieron el agua de las chaquetas y siguieron adelante, como si bailaran. Pasamos frente a un huerto

circundado por un muro de adobe. Después de la lluvia, flotaba un aroma a azahar.

Un muchacho caminaba a mi lado. Él y una chica intercambiaron una mirada fugaz. Ella cabalgaba detrás de su madre en un camello, pero ésta marchaba más deprisa.

Cuando faltaban unos cinco kilómetros para llegar a Persépolis, nos encontramos con unas enormes tiendas abovedadas en construcción, a las cuales el Shah-i-Shah había invitado a la morralla de la realeza para su coronación, que se celebraría en junio. Las tiendas habían sido diseñadas por Jansen, la firma de decoradores parisinos.

Alguien gritaba, en francés.

Intenté sonsacarle un comentario al joven quashgai, o conseguir por lo menos que mirara las tiendas. Pero se encogió de hombros y miró en dirección contraria, así que continuamos viaje rumbo a Persépolis.

Al pasar por Persépolis contemplé las columnas estriadas, los pórticos, leones, toros, grifos mitológicos; la pulida terminación metálica de la piedra, y los renglones y renglones de inscripciones megalómanas: «Yo... Yo... Yo... El Rey... El Rey... quemé... maté... colonicé...».

Se despertó mi simpatía por Alejandro que la había incendiado.

Una vez más intenté conseguir que el joven quashgai mirara. Volvió a encogerse de hombros. Por lo que él sabía, o por lo que le importaba, Persépolis podría haber estado construida con cerillas... de manera que seguimos marchando rumbo a las montañas.

Pirámides, arcos, obeliscos: no eran más que las irregularidades de la vanagloria, y extravagantes enormidades de la magnanimidad antigua.

SIR THOMAS BROWNE, *Urne Buriall*.

Al regresar de Irán por primera vez desde la caída del *sha*, Franco S. dice que, entre los efectos colaterales de la revolución de Jomeini, se cuenta el hecho de que los quashgai han recuperado su vigor y movilidad.

La tradición de la fogata del campamento enfrenta la de la pirámide.

MARTIN BUBER, *Moses*.

Antes de dirigirse a las multitudes de los mítines de Nuremberg, el Führer comulgaba

consigo mismo en una cámara subterránea copiada de la tumba de la Gran Pirámide.

- ¡Mira! He dibujado una calavera en el vértice de la Pirámide.
- ¿Por qué has hecho eso, Sedig?
- Me gusta dibujar cosas terroríficas.
- ¿Qué hace la calavera en la Pirámide?
- Ahí dentro está sepultado un gigante, y su cráneo asoma fuera.
- ¿Qué piensas de ese gigante?
- Malo.
- ¿Por qué?
- Porque come a la gente.

Conversación con Sedig el Fadil el Mahdi, de seis años.

La piedra labrada horrorizaba a Yahvé: «Y si hicieras altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares herramienta sobre él, lo profanarás».

ÉXODO 20:25.

... y ninguno conoce el lugar de su sepulcro hasta hoy.

DEUTERONOMIO 34:6.

Cuando se extingue la luz de la Luna un perro aúlla y calla. La lumbre titila y el centinela bosteza. Un hombre muy anciano pasa silenciosamente por delante de las tiendas, tanteando el camino con un bastón para no tropezar con las cuerdas que las sostienen. Sigue adelante. Su pueblo se traslada a una comarca más fértil. Moisés tiene una cita con los chacales y los buitres.

Después de irrumpir en el Templo de Jerusalén, Pompeyo exigió que le mostraran el *Sancta Sanctorum*, y le sorprendió encontrarse en una habitación vacía.

Heródoto narra la visita a Egipto de unos griegos que, al ver las montañas de piedra caliza construidas por el hombre, las llamaron *pyramides* porque su forma les recordó la de las pequeñas tortas de harina de trigo que se vendían en tenderetes callejeros. Agrega que los habitantes del lugar evocaban con horror la época de su edificación y

no podían pronunciar los nombres de sus constructores, Keops y Kefrén, a los que preferían llamar Filitis, en memoria de un pastor que antaño había apacentado su rebaño a la sombra de aquellas moles.

Mampostería, ¿y acaso es obra del hombre?... Tiemblo al pensar en los antiguos egipcios.

HERMAN MELVILLE, *Journey up the Straits*.

*Mezquita de Djinguereber, Timbuktú.*

Una hilera tras otra de tenebrosas arcadas de adobe. Excrementos de murciélagos. Nidos de avispas en las vigas. Haces de luz que caen sobre esteras de caña como los rayos de un cristal incandescente.

El morabito interrumpió sus oraciones para hacerme algunas preguntas.

—¿Existe un pueblo de gentes llamadas «americanos»? —inquirió.

—Sí, existe.

—Dicen que han visitado la Luna.

—La han visitado.

—Son blasfemos.

Una muy breve *Historia del Rascacielos*:

Todos saben que la Torre de Babel fue concebida como un asalto al Cielo. Los funcionarios que tenían a su cargo la construcción eran pocos. Los trabajadores eran innumerables, y para que no interpretaran mal las órdenes todos ellos debían hablar el mismo idioma.

Poco a poco, a medida que las hileras de mampostería se sucedían las unas a las otras, la Autoridad Suprema empezó a temer que el concepto de guerra contra el Cielo estuviera desprovisto de sentido. Peor aún, que el Dios instalado en Su Cielo pudiera no existir. En una sesión de emergencia del Comité Central, se resolvió sondear el cielo. Se dispararon salvas de misiles, en dirección vertical, y cuando éstos regresaron a la Tierra, ensangrentados, se tuvo la prueba de que Dios, después de todo, era mortal, y de que las obras de la Torre debían continuar.

A Él, por su parte, le sentó mal que le pincharan el trasero. Una mañana, con un soplo desdeñoso, Él hizo que el brazo de un albañil encaramado en una de las terrazas

superiores perdiera la estabilidad, y que dejara caer el ladrillo sobre la cabeza de un colega albañil situado más abajo. Fue un accidente. Todos comprendieron que era un accidente, pero el albañil de abajo empezó a vociferar amenazas e insultos. Sus camaradas intentaron apaciguarlo, en vano. Todos tomaron partido en la riña, sin saber qué era lo que la había desencadenado. Cada cual, movido por su justa indignación, se negaba a escuchar lo que decía su vecino, y utilizaba un lenguaje destinado a crear confusión. El Comité Central era impotente, y las cuadrillas de obreros, cada una de las cuales hablaba ahora un idioma distinto, se refugiaron en las regiones más remotas de la tierra para protegerse las unas de las otras.

Inspirado en JOSEFO, *Antigüedades judaicas*, I, IV.

Sin la coacción no se podía fundar ninguna colonia. Los trabajadores no aceptaban supervisor. Los ríos no traían el aluvión.

TEXTO SUMERIO.

Para los babilonios, *Bab-il* significaba «Puerta de Dios». Para los hebreos, la misma palabra significaba «confusión», quizá «confusión cacofónica». Los *Zigurats* de la Mesopotamia eran «Puertas de Dios», decoradas con los siete colores del arco iris y consagradas a Anu y Enlil, divinidades que representaban el Orden y la Coacción.

Ciertamente los antiguos judíos —que estaban encajonados entre imperios prepotentes— demostraron tener una intuición maravillosa al concebir el Estado como un Behemot o Leviatán, como un monstruo que amenazaba la vida humana. Tal vez fueron el primer pueblo que entendió que la Torre de Babel era el caos, que el orden era el caos, y que el lenguaje —el don de lenguas que Yahvé sopló en la boca de Adán— tiene una vitalidad rebelde y díscola comparada con la cual los cimientos de la Pirámide no son más que polvo.

*En el tren, Francfort-Viena.*

Iba a visitar a su anciano padre, que era rabino en Viena. Era bajo y gordo. Tenía una blanca tez pálida y bucles rojizos, y usaba un largo gabán de sarga y un sombrero de pelo de castor. Era muy tímido. Tan tímido que no podía desvestirse si había otra persona en el compartimento. El camarero del coche cama le había asegurado que estaría solo.

Le ofrecí salir al pasillo. El tren atravesaba un bosque. Abrí la ventanilla e inhalé el aroma de los pinos. Cuando volví a entrar, estaba tumbado en la litera superior,



distendido y con ganas de hablar.

Había pasado dieciséis años estudiando en una academia talmúdica de Booklyn: en todo ese tiempo no había visto a su padre. La mañana los volvería a reunir.

Antes de la guerra su familia había vivido en Sibiu, en Rumania, y cuando estalló la contienda pensaron que estaban a salvo. Luego, en 1942, los nazis pintaron una estrella en su casa.

El rabino se afeitó la barba y se cortó los bucles. Su criada gentil le consiguió una indumentaria de campesino: sombrero de fieltro, túnica con cinturón, zamarra de piel de oveja y botas. Abrazó a su esposa, a sus dos hijas y al varón más pequeño: los cuatro habrían de morir en Birkenau. Cogió a su primogénito en brazos y huyó al bosque.

El rabino atravesó a pie, con su hijo, los bosques de hayas de los Cárpatos. Los pastores los alojaban y les daban carne: la forma en que los pastores mataban las ovejas no ofendía los principios del rabino. Finalmente, cruzaron la frontera turca y consiguieron embarcarse rumbo a los Estados Unidos.

El rabino nunca se sintió cómodo en los Estados Unidos. Podía simpatizar con el sionismo, pero nunca se resolvió a sumarse a él. Allí donde estaba la *Torá*, también estaba el Reino. Desesperado, volvió a Europa.

Ahora, padre e hijo regresarían a Rumania porque, pocas semanas atrás, el rabino había recibido una señal. Una noche, a una hora muy avanzada, en su apartamento, abrió de mala gana la puerta cuando tocaron el timbre. En el rellano estaba una anciana con una cesta para la compra. Tenía los labios azulados y un halo de cabellos blancos. Reconoció vagamente a su criada gentil.

—Lo he encontrado —dijo la mujer—. Su casa está a salvo. Sus libros están a salvo, incluso sus ropas lo están. Durante años simulé que ahora era una casa gentil. Estoy muriéndome. Aquí está la llave.

*Shahrak, Afganistán.*

Los tajiks dicen que son el pueblo más antiguo de la Tierra. Cultivan trigo, lino y melones. Tienen facciones largas, resignadas, y se extenuan trabajando en los canales de irrigación. Crían perdices de pelea y no saben cuidar los caballos.

En el valle situado más arriba de la aldea tajik, encontramos un campamento de aimags firuzkuhi. Sus *yurts* tenían techos blancos abovedados, y las partes laterales estaban decoradas con rombos, volutas y diseños a cuadros de todos los colores imaginables, como si se tratara de un campo de torneos de caballería. Los caballos pacían en un campo de acianos y a lo largo del río crecían sauces de hojas blancas. Vimos una oveja de la exótica raza que tiene la cola gorda, y ésta era tan grande que habían tenido que sujetársela a un carretón. Algunas mujeres vestidas de color púrpura cardaban lana fuera de los *yurts*.

Ésta es la época del año en que los agricultores y los nómadas se convierten súbitamente en excelentes amigos, después de una temporada de acritud. Ha empezado la cosecha. Los nómadas compran grano para el invierno. Los aldeanos compran queso y cueros y carne. Reciben complacidos a las ovejas en sus campos: para quebrar el rastrojo y abonarlos en vísperas de la siembra de otoño.

Los nómadas y los agricultores son los brazos gemelos de la llamada Revolución del Neolítico que, en su versión clásica, se desarrolló alrededor del año 8500 a. C. sobre las laderas de la Media Luna Fértil, la bien irrigada «tierra de colinas y valles» que se extiende formando un arco desde Palestina hasta el suroeste de Irán. Allí, a alturas de unos mil metros, los antepasados salvajes de nuestras ovejas y cabras ramoneaban sobre campos de trigo y cebada silvestres.

Gradualmente, a medida que se domesticaba cada una de estas cuatro especies, los granjeros se fueron diseminando hacia abajo, hasta las llanuras aluviales, donde se levantarían las primeras ciudades. Los pastores, por su parte, enderezaron hacia las tierras altas estivales y fundaron su propia orden rival.

El amorita que no conoce el grano... Un pueblo cuya embestida es como el huracán... Un pueblo que nunca ha conocido una ciudad...

TEXTO SUMERIO.

*Ouissa, Montañas de Air, Níger.*

El huerto era circular. Su tierra era negra. A lo largo del perímetro se extendía una empalizada de arbustos espinosos para mantener alejados los camellos y las cabras. En el centro se alzaban dos viejas palmeras datileras, flanqueando el pozo y una cisterna.

Cuatro canales de irrigación dividían el huerto en cuartos. Éstos se hallaban subdivididos a su vez en un laberinto de plantaciones de guisantes, judías, cebollas, zanahorias, legumbres verdes, calabazas y tomates.

El encargado del huerto era un esclavo negro, desnudo salvo por su taparrabo. Estaba abstraído en su trabajo. Izaba el cubo desde el fondo del pozo y miraba cómo el hilo de agua fluía por el laberinto. Cuando un sector había recibido su ración, bloqueaba la zanja con su azada y desviaba la corriente hacia el siguiente.

Un trecho más arriba, había en el valle otras empalizadas circulares de espinas, donde los tuareg encerraban sus cabras por la noche.

El negro que controla sus retoños, comparte un destino común con los primeros dictadores. Los archivos sumerios y egipcios nos cuentan que los gobernantes más antiguos del mundo civilizado se veían a sí mismos como «Amos de las Aguas Fertilizantes» que podían optar entre llevar la vida a sus súbditos marchitos o cerrar los grifos.

Abel, en cuya muerte los Padres de la Iglesia vieron prefigurado el martirio de Cristo, era un pastor de ovejas. Caín era un agricultor sedentario. Abel era el favorito de Dios, porque el mismo Yahvé era un «Dios del Camino» cuya movilidad excluía a otros dioses. Sin embargo, a Caín, que habría de construir la primera ciudad, le fue prometida la hegemonía sobre su hermano.

Un versículo del *Midras*, que comenta la riña, dice que los hijos de Adán heredaron una división equitativa del mundo: Caín la propiedad de toda la tierra, Abel la de todas las criaturas vivas... después de lo cual Caín acusó a Abel de intromisión ilícita.

Los nombres de los hermanos forman una pareja igualada de opuestos. Abel proviene del hebreo *hebel*, que significa «aliento» o «vapor»: todo lo que vive y se mueve y es perecedero, incluida su propia vida. La raíz de «Caín» parece ser el verbo *kanah*: «adquirir», «obtener», «tener propiedad», y por lo tanto «gobernar» o «subyugar».

*Caín* también significa «forjador de metal». Y puesto que, en varios idiomas — incluido el chino —, las palabras que designan la violencia y la subyugación están asociadas al descubrimiento del metal, quizá Caín y sus descendientes están predestinados a practicar la magia negra de la tecnología.

Sinopsis posible del asesinato:

Caín es un individuo laborioso, encorvado de tanto cavar. El día es caluroso y no hay nubes. Las águilas revolotean en el firmamento azul. Las últimas aguas del deshielo aún se precipitan por el valle, pero las laderas ya están marrones y agostadas. Las moscas se arraciman en las comisuras de sus ojos. Se enjuga el sudor de la frente y reanuda el trabajo. Su azada tiene una empuñadura de madera, a la que está sujeta una piedra afilada.

Abel descansa en la fresca sombra de una roca, en un tramo más alto de la ladera.

Toca su flauta, una y otra vez, con los mismos trinos insistentes. Caín se detiene a escuchar. Endereza la espalda dificultosamente. Entonces, levanta la mano para protegerse del resplandor y otea sus tierras contiguas al río. Las ovejas han pisoteado el trabajo de la mañana. Sin darse tiempo para pensar, echa a correr...

Una versión menos exculpatoria de la historia dice que Caín le tendió una emboscada a Abel y le arrojó una piedra a la cabeza, en cuyo caso el asesinato fue fruto del rencor y la envidia fermentados: la envidia que el prisionero siente por la libertad de los espacios abiertos.

Yahvé permite que Caín expíe su culpa, con la única condición de que pague el precio. Le niega los «frutos de la tierra» y lo obliga a deambular como «un fugitivo y vagabundo» por la Tierra de Nod. *Nod* significa «erial» o «desierto», y es el lugar por donde Abel deambuló antes que él.

*Travel*, o sea «viaje», en inglés es una palabra idéntica a *travail*: «labor física o mental», «trabajo», sobre todo de naturaleza dolorosa y opresiva, «esfuerzo», «penuria», «sufrimiento». Un «viaje».

La Ciudad de Caín construida con Sangre Humana, no con Sangre de Toros y Cabras.

WILLIAM BLAKE, *The Ghost of Abel*.

«Solo entre las naciones», maestro del ataque sorpresivo, ávido de ganancia y sin embargo asqueado por los bienes materiales, impulsado por la fantasía de todos los viajeros a anhelar un hogar estable... ningún pueblo experimentó jamás tan vivamente como el judío las ambigüedades morales del asentamiento sedentario. Su Dios es una proyección de su perplejidad. Su Libro —el Antiguo Testamento y el Nuevo— se puede leer, por lo menos en un nivel, como un diálogo monumental entre Él y Su Pueblo sobre las virtudes y los pecados del asentamiento en la Tierra.

¿Habría de ser una tierra destinada a campos y casas? ¿Una tierra de maíz y vino? ¿De ciudades que ellos no habían construido y de vides que no habían plantado? ¿O habría de ser un país de tiendas negras y senderos de cabras? ¿Un país de nómadas y de leche y miel silvestre? ¿Un Reino donde el pueblo «habite en su lugar y nunca más sea removido» (Samuel II, 7:10)? ¿O habría de ser, como supuso Heine, «un reino portátil» que sólo podría existir en los corazones de los hombres?

En sus orígenes, Yahvé es un Dios del Camino. Su santuario es el Arca Móvil, Su

Morada es una tienda, Su Altar es un túmulo de piedras toscas. Y aunque Él pueda prometer a Sus Criaturas una tierra bien irrigada —así como el azul y el verde son los colores favoritos del beduino—, Él les desea secretamente el Desierto.

Las saca de Egipto, alejándolas de los antros y del látigo del capataz, y las traslada en tres días hasta la límpida y rigurosa atmósfera del Sinaí. Allí les dispensa su Festividad Solemne: la Pascua, un banquete de cordero asado y hierbas amargas, de pan que no se ha cocido en un horno sino sobre una piedra caliente. Y les ordena que lo ingieran «aprisa» con los pies calzados y varas en la mano, para recordarles, eternamente, que su vitalidad reside en el movimiento.

Les concede la «danza en redondo», el *hag*: una danza que imita los brincos de las cabras en su migración de primavera «como quien se interna con una flauta en los montes del Señor». Él aparece en la Zarza Ardiente y en la Columna de Fuego. Él es todo lo que no es Egipto. Y sin embargo Él se permitirá el dudoso honor de un templo... y lo lamentará: «Pusieron sus abominaciones en la casa sobre la cual fue invocado mi nombre, amancillándola» (Jeremías 7:30).

Los ghettos de Europa oriental eran sendos tramos de desierto «donde no habría de crecer nada verde». Los amos cristianos prohibían que los judíos fueran propietarios de tierras o casas; que cultivaran sus propias hortalizas; o que practicaran cualquier oficio que no fuese el de la usura. Y aunque les permitían recoger ramas para prender fuego, no podían aserrar una tabla por temor a que esto desembocara en un trabajo de construcción.

Los gentiles, que imponían estas restricciones, creían que castigaban a los judíos por el delito de haber matado a Cristo... así como Yahvé había castigado a Caín. Los judíos ortodoxos pensaban que al aceptarlas revivían la travesía del Sinaí, cuando el Pueblo había ganado la estimación de su Señor.

Los profetas Isaías, Jeremías, Amós y Oseas fueron resucitados del nomadismo que vociferaba improperios contra la decadencia de la civilización. Al hincar raíces en la tierra, al «juntar casa a casa y heredad a heredad», al convertir el Templo en una galería de esculturas, el pueblo había vuelto la espalda a su Dios.

«¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?»... «Hasta que las ciudades estén assoladas...». Los profetas aguardaban un Día de Restauración en que los judíos retomarían el ascetismo frugal de la vida nómada. En la Visión de Isaías les prometen un Salvador, que se llamaría Emanuel y sería pastor.

Cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo encerrar a los judíos tras las murallas de Jerusalén, Jeremías evocó a los recabitas, la única tribu que había resistido los

halagos de la vida sedentaria:

No beberemos vino; porque Jonadab hijo de Recab nuestro padre nos ordenó diciendo: no beberéis jamás vino vosotros ni vuestros hijos; ni edificaréis casa, ni sembraréis sementera, ni plantaréis viña, ni la retendréis; sino que moraréis en tiendas todos vuestros días, para que viváis muchos días sobre la faz de la tierra donde fuisteis forasteros.

JEREMIAS 35:6-7.

Sólo los recabitas, al conservar la movilidad táctica, pudieron eludir los horrores de la guerra de asedio.

En el *Maqaddimah (Historia universal)* de Ibn Jaldún, un filósofo que escrutó la condición humana desde el punto de vista nómada, leemos:

Los pueblos del desierto tienen más posibilidades de ser virtuosos que los pueblos sedentarios porque están más próximos al estado primigenio y están más alejados de todos los malos hábitos que han infectado el corazón de los sedentarios.

Al hablar de «pueblos del desierto», Ibn Jaldún se refiere a beduinos semejantes a los que antaño él había reclutado como mercenarios, en el corazón del Sahara, en los tiempos de su juventud guerrera.

Años más tarde, después de haber escudriñado los ojos rasgados de Tamerlán y de haber visto las pilas de calaveras y ciudades humeantes, él también, como los profetas del Antiguo Testamento, experimentó la ansiedad pavorosa de la civilización, y rememoró con nostalgia la vida en las tiendas.

Ibn Jaldún fundó su sistema sobre la intuición de que los hombres decaen, moral y físicamente, a medida que gravitan hacia las ciudades.

Los rigores del desierto, sugirió, habían precedido a la molición de las ciudades. Por tanto, el desierto era un hontanar de civilización, y los pueblos del desierto llevaban ventaja a los sedentarios porque eran más abstemios, más libres, más valerosos, más sanos, estaban menos abotagados, eran menos pusilánimes y menos propensos a someterse a leyes corruptas, y en términos generales se curaban más fácilmente.

*Monasterio de Simonaspetras, Monte Athos.*

Un joven húngaro, exhausto después de haber escalado la Montaña Santa, llegó a la cornisa y se sentó y contempló el mar tempestuoso que tenía a sus pies. Había estudiado epidemiología pero había renunciado a esta profesión para escalar las

montañas sagradas del mundo. Esperaba poder escalar el Monte Ararat y circunvalar el Monte Kailash del Tíbet.

—El hombre —dijo súbitamente, sin aviso previo—, no ha nacido para ser sedentario.

Esto era algo que había aprendido gracias al estudio de las epidemias. La historia de las enfermedades infecciosas era la de los hombres que fermentaban en su propia inmundicia. También observó que la Caja de Pandora de las Enfermedades había sido una vasija de alfarería neolítica.

—No se equivoque —agregó—. Las epidemias harán que las armas nucleares parezcan, por comparación, juguetes inútiles.

No era un progreso estival. Tuvieron un comienzo frío, en esta estación del año. La peor época del año para realizar en ella un viaje, y sobre todo un largo viaje.

LANCELOT ANDREWS, 1622.

En el inglés hablado entre los siglos XII y XVI, la palabra *progress*, «progreso», significaba «viaje», especialmente un «viaje de temporada» o «círculo».

El «progreso» era la gira de un rey por los castillos de sus barones; de un obispo por sus diócesis; de un nómada por sus tierras de pastoreo; de un peregrino por una serie escalonada de santuarios. Hasta el siglo XVII no se conocieron las formas de progreso «moral» o «material».

En tibetano, al ser humano se lo define como *a-Gro ba*, «el que marcha», «el que realiza migraciones». Asimismo, un *arab* (o *bedu*) es un «morador de las tiendas», por contraposición al *ha-zar*, «el que habita en una casa». Sin embargo, a veces incluso un *bedu* debe asentarse, encadenado a un pozo del desierto durante la estación seca de agosto: el mes que dio nombre al Ramadán (de *rams*, «arder»).

En última instancia, en el mundo sólo hay dos categorías de hombres: los que se quedan en casa y los que no.

KIPLING.

Sin embargo es posible que esto sea una cuestión de cambio estacional...

Pocos climas carecen de una estación de penuria: una época de tormento e inactividad forzosa en que los hombres son más débiles y los carnívoros están más hambrientos. (El Ramadán es también «el tiempo de las bestias»). En su ensayo sobre las fluctuaciones estacionales de las sociedades esquimales, Marcel Mauss contrapone la vida estival en las tiendas, pictórica e «irreligiosa», con las actividades asignadas por el hambre, «espirituales» y cargadas de emociones, que caracterizan el asentamiento invernal en el iglú. A su vez, Colin Turnbull nos informa de que los pigmeos mbuti de África ecuatorial pasan la mayor parte del año deambulando por su bosque lluvioso en condiciones de segura abundancia, pero también ellos se asientan durante una temporada, «ritualizando» una estación de escasez (y vida sedentaria) donde no tendría por qué existir.

A veces he pensado que se podría postular una teoría del asentamiento —y, por lo tanto, de la civilización— como «la capitalización de la temporada de penuria».

*Hong Kong.*

Paddy Booz cuenta que se encontró con un Gran Maestro taoísta en las calles de una ciudad de provincia china. El hombre vestía sus túnicas azules de Gran Maestro y su sombrero de copa alta. Él y su joven discípulo habían caminado a lo largo y a lo ancho de China.

—Pero ¿qué hizo durante la Revolución Cultural? —le preguntó Paddy.

—Fui a caminar por las montañas Kung Lung.

Mientras viajaba con Arkadi recordé un pasaje de *Early Russia*, de Vernadski, donde describe cómo los campesinos eslavos se sumergían en una marisma y respiraban a través de cañas huecas hasta que se perdía a lo lejos el estrépito de los jinetes.

—Ven a casa y te presentaré a mi padre —dijo—. Él y sus camaradas hacían eso cuando los Panzers pasaban por la aldea.

*Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum.*

El hexámetro ejemplar de Virgilio, que describe el redoblar de los cascos de los caballos sobre la llanura, tiene un equivalente persa en la frase de un sobreviviente del saqueo mongol de Bujará: *Amdand u jandand u soktand u kushtand u burdand u raftand*: «Ellos vinieron y destruyeron y quemaron y mataron y liaron su botín y se fueron».

*Del Marco Polo de HENRY YULE, I, 233.*



Un hombre de a pie no es un hombre.

*Cowboy tejano.*

Sobre la crueldad de los nómadas:

No tengo un molino con sauces  
tengo un caballo y un látigo  
te mataré y me iré.

YORMUT TURCOMANO.

En 1223 la *Crónica de Novgorod* documentó la llegada, desde Tartaria, de una hechicera acompañada por dos hombres. Exigieron la entrada de una décima parte de todo: «de los hombres, las princesas, los caballos, el tesoro, una décima parte de todo».

Los príncipes rusos se negaron. Empezó la invasión de los mongoles.

*Leningrado.*

Un picnic en el despacho de un profesor de arqueología: caviar, pan negro, lonjas de esturión ahumado, cebollas, rábanos y una botella de Stolichnaia... para dos.

Yo había pasado la mayor parte de la mañana indagando sus opiniones acerca de la mecánica de las invasiones nómadas. Toynbee sustentaba la teoría de que una temporada de sequía, en algún lugar de la estepa de Asia Central, desalojaba a una tribu de sus campos de pastoreo y producía un «efecto dominó», con repercusiones desde Europa hasta China.

Sin embargo, me había llamado la atención el hecho de que los nómadas eran más expansivos no en épocas de penuria sino de abundancia, en épocas de máximo desarrollo, cuando la hierba estaba más verde y los pastores permitían que su ganado se multiplicara hasta superar el límite de estabilidad.

Por lo que concernía al profesor, sus nómadas parecían haberse desplazado en círculos afables, cohesionados, obedientes, sin molestar a sus vecinos ni violar las que ahora son las fronteras de las Repúblicas Socialistas.

Luego, después de beber unos tragos más de vodka, me envolvió en un abrazo fraternal, paneuropeo y, mientras reducía las comisuras de sus ojos a un par de ranuras, dijo:

—Esto es lo que odiamos, ¿verdad?

—Yo no —respondí.

*Le Désert est monothéiste.* El aforismo de Renan implica que los horizontes vacíos y un cielo refulgente despejan la mente de sus distracciones y le permiten concentrarse en la Divinidad. ¡Pero la vida en el desierto no es así!

Para sobrevivir, el habitante del desierto —ya sea tuareg o aborigen australiano— debe desarrollar un sentido de la orientación prodigioso. Debe identificar, filtrar y comparar constantemente mil «signos» distintos —las huellas de un escarabajo estercolero o la ondulación de una duna—, que le revelarán dónde se encuentra; dónde están los demás; dónde ha llovido; de dónde provendrá la siguiente ración de alimento; si la planta x está en flor, si la planta y dará bayas, y así sucesivamente.

Una paradoja de las religiones monoteístas consiste en que, si bien nacieron en el ámbito del desierto, los habitantes de éste exhiben una indiferencia francamente arrogante respecto del Todopoderoso. «Subiremos hasta Dios y lo saludaremos —le dijo un bedu a Palgrave en los años 1860—, y si demuestra ser hospitalario, nos quedaremos con él; de lo contrario, montaremos en nuestros caballos y nos iremos al galope».

Mahoma dijo: «Ningún hombre se convertirá en profeta si no ha sido antes pastor». Pero, como él mismo debió de confesar, los árabes del desierto eran «los infieles e hipócritas más contumaces».

Hasta hace poco tiempo, el beduino que emigraba a un lugar desde donde se veía la Meca, no creía que mereciera la pena circunvalar los santuarios, ni siquiera una vez en la vida. Sin embargo el *Hadj*, «Viaje Sagrado», era en sí mismo una migración «ritual»: para desarraigar a los hombres de sus hogares pecaminosos y reimplantar, aunque sólo fuera temporalmente, la igualdad de todos los hombres ante Dios.

Un peregrino que realiza el *Hadj* retoma su condición primigenia: si muere en el *Hadj* va rectamente al Cielo, como mártir. Asimismo, *Il Rah*, «El Camino», se empleaba inicialmente como término técnico para designar el «camino» o «ruta de migración», antes de que los místicos lo adoptaran para simbolizar «el Camino hacia Dios».

El concepto tiene su equivalente en las lenguas de Australia Central, donde *tjurna*

*djugurba* significa «las huellas de las pisadas del Antepasado» y «el Camino de la Ley».

Parecería existir, en un estrato profundo de la mente humana, un vínculo entre la «búsqueda del camino» y la «ley».

Para el beduino árabe, el Infierno es un cielo luminoso y el Sol es una hembra fuerte, huesuda —malvada, vieja y celosa de la vida— que seca los pastos y la piel de los seres humanos.

La Luna, por el contrario, es un joven esbelto y enérgico, que protege al nómada mientras éste duerme, lo guía durante los viajes nocturnos, le suministra lluvia y destila el rocío de las plantas. Este joven tiene la desgracia de estar casado con el Sol. Después de pasar una sola noche con el Sol hembra, la Luna macho queda flaca y consumida. Necesita un mes para recuperarse.

El antropólogo noruego Frederick Barth describe cómo en la década de los treinta del siglo xx el *sha* Reza prohibió a los *basseri*, otra tribu nómada iraní, que saliera de sus tierras de pastoreo invernales.

En 1941, el *sha* fue derrocado y recuperaron la libertad de realizar el viaje de unos quinientos kilómetros a los Zagros. Eran libres, pero no tenían animales. Sus ovejas de vellón fino se habían sofocado en las planicies meridionales. Sin embargo, partieron igualmente.

Se hicieron nómadas nuevamente, lo que equivale a decir que volvieron a hacerse humanos. «Para ellos —escribió Barth—, el valor supremo residía en la libertad de emigrar, no en las circunstancias que hacían económicamente viable la migración». Cuando Barth tuvo que explicar la falta de ritual —o de cualquier creencia arraigada— entre los *basseri*, llegó a la conclusión de que el viaje mismo era el ritual, que el itinerario hasta las tierras altas estivales era el Camino, y que la instalación y el desmantelamiento de las tiendas eran plegarias mucho más significativas que cualesquiera de las que se entonaban en la mezquita.

Las incursiones son nuestra agricultura.

PROVERBIO BEDUINO.

Yo contra mi hermano  
yo y mi hermano contra nuestro primo  
yo, mi hermano y nuestro primo contra los vecinos

todos nosotros contra el forastero.

PROVERBIO BEDUINO.

Alois Musil, el primo arabista de Robert, calculó en 1928 que, entre los beduinos rwala, las cuatro quintas partes de los hombres morían en la guerra o en *vendettas* o víctimas de heridas recibidas.

Por el contrario, los cazadores, que practican el arte de lo mínimo, limitan deliberadamente su número y disfrutan de mucha mayor seguridad en lo que concierne a la vida y la tierra. Spencer y Gillen escribieron, refiriéndose al nativo de Australia Central, que aunque es posible que riña o luche ocasionalmente, nunca se le metería en la cabeza la idea de anexar un nuevo territorio. Esta actitud se explica «por la creencia de que sus antepasados Alcheringa (del Tiempo del Ensueño) ocupaban precisamente el mismo territorio que él ocupa ahora».

La ética pastoral, en Australia:

Alguien del Departamento de Asuntos Aborígenes —creo que fue el ministro en persona—, ha dicho que, en el Territorio Septentrional, el «ganado de propiedad extranjera» disfruta de más derechos que los ciudadanos australianos.

La ética pastoral, en la antigua Irlanda:

Desde que empuñé mi lanza, no ha pasado un solo día sin que matara a un hombre de Connaught.

CONALL CERNACH, ganadero del Ulster.

Cualquier tribu nómada es una máquina militar embrionaria cuyo impulso consiste en combatir a otros nómadas o, si no, en atacar o amenazar la ciudad.

Por lo tanto, desde el comienzo de la historia, los colonos han reclutado a los nómadas como mercenarios: ya fuera para combatir una amenaza nómada, en las condiciones en que los cosacos lucharon contra los tártaros en nombre del zar; o, si no había nómadas, para guerrear contra otros Estados.

En la antigua Mesopotamia, estos «mercenarios» se transformaron primeramente en una casta de aristócratas militares, y después en dirigentes del Estado. Puede argüirse

que el Estado, como tal, nació de una suerte de fusión «química» entre el pastor y el labrador, una vez que se descubrió que las técnicas de la coerción animal se podían aplicar a una masa campesina inerte. Los primeros dictadores no sólo desempeñaron el papel de «Amos de las Aguas Fertilizantes» sino que se llamaron a sí mismos «Pastores del Pueblo». En verdad, en todo el mundo, las palabras que designan al «esclavo» y al «animal domesticado» son las mismas. A las masas se las ha de acorralar, ordeñar, encerrar (para salvarlas de los «lobos» humanos que están fuera) y, si es necesario, encolumnar para la matanza.

Por tanto, la Ciudad es un redil superpuesto a un Jardín.

Otra posibilidad —no desprovista de aplicación en la teoría de los juegos de guerra— consiste en que el Ejército, cualquier ejército profesional u organismo bélico, es, sin saberlo, una tribu de nómadas sustitutos, que ha crecido dentro del Estado, que se nutre del Estado, y en cuya ausencia el Estado se derrumbaría, pero cuyo desasosiego resulta, en última instancia, destructivo para el Estado, en la medida en que, como los tábanos, trata de azuzarlo constantemente para hacerlo entrar en acción.

*Los trabajos y los días*, de Hesíodo, suministra un modelo metafórico de la decadencia del hombre en relación con el progreso tecnológico. Sus etapas de cultura humana pasan de la Edad de Oro a las de Plata, Bronce y Hierro. Las Edades de Bronce y Hierro fueron una realidad arqueológica, que Hesíodo conocía por experiencia y que había culminado en un *crescendo* de violencia y lucha. Evidentemente, desconocía el Paleolítico y el Neolítico, así que las Edades de Oro y Plata las concibió simbólicamente. Escalonadas en el orden inverso al de la perfección metálica, representan una degeneración de lo incorruptible a lo empañado, lo corroído y lo herrumbroso.

Los Hombres de la Raza de Oro, afirma Hesíodo, vivieron en una época durante la cual Cronos, o el «Tiempo Natural», reinaba en el Cielo. La tierra los aprovisionaba generosamente. Vivían una vida feliz, despreocupada, y vagabundeaban libremente por sus tierras, sin posesiones, ni casas ni guerras. Comían sus alimentos en comunidad, confraternizando entre ellos y con los dioses. Morían con las manos y los pies incólumes, como si los hubiera sorprendido el sueño.

En la era cristiana, Orígenes (*Contra Celso*, IV, 79) habría de utilizar el texto de Hesíodo para demostrar que, en los comienzos de la historia humana, los hombres disfrutaban de la protección sobrenatural, de manera que no existía ninguna división entre sus naturalezas divina y humana, o, parafraseando el texto, no existía contradicción entre la vida instintiva del hombre y su razón.

En la región de Libia donde se encuentran las fieras salvajes, habitan los garamantes, que evitan toda relación con los hombres, carecen de armas de guerra y no saben

defenderse.

HERÓDOTO, IV, 194.

Los antiguos cristianos creían que, al regresar al desierto, podían asumir la agonía de Nuestro Señor en el Erial.

Deambulan por los desiertos como si ellos mismos fueran animales salvajes. Rondan las colinas como aves. Ramonean como bestias. Su rutina cotidiana es inflexible, siempre previsible, porque se alimentan de raíces, el producto natural de la Tierra.

Del *Prado espiritual* de JUAN MOSCHUS, una descripción de los ermitaños conocidos por el nombre de «ramoneadores».

Toda mitología recuerda la inocencia del estado primigenio: Adán es el Jardín, los pacíficos hiperbóreos, los *utarakurus* u «Hombres de la Virtud Perfecta» de los taoístas. Los pesimistas interpretan a menudo la historia de la Edad de Oro como una tendencia a volver la espalda a los males del presente, y a suspirar por la dicha de la juventud. Pero en el texto de Hesíodo no hay nada que exceda los límites de lo probable.

Las tribus auténticas o semiauténticas que flotan sobre la periferia de las geografías antiguas —atavantes, fenni, parrossitas o espermatófagos danzarines— tienen sus equivalentes modernos en los bosquimanos, los shoshones, los esquimales y los aborígenes australianos.

Una característica de los hombres de la Edad de Oro: siempre se los recuerda como migratorios.

En la costa de Mauritania, no lejos de donde naufragó la *Méduse* (del *Rapto de la Medusa*, de Géricault), vi los endebles refugios de los imraguen: una casta de pescadores que cogen salmonetes en redes barrederas y que disfrutan, con alegría y gracia, de la misma condición de parias que recae sobre los nemadi.

Parecidas chozas de pescadores debieron de alzarse sobre la ribera del lago de Galilea: «Venid a mí y os haré pescadores de hombres».

Una alternativa a la visión de la Edad de Oro es la de los «antiprimitivistas»: éstos piensan que el hombre, al convertirse en cazador, se hizo cazador y asesino de su

especie.

Ésta es una doctrina muy conveniente si: *a)* deseáis asesinar a otros; *b)* deseáis adoptar medidas «draconianas» para impedir que sus impulsos homicidas se salgan de madre.

En ambos casos, es indispensable considerar que el Salvaje es vil.

En sus meditaciones sobre la caza, Ortega y Gasset destaca que ésta, a diferencia de la violencia, nunca es recíproca: el cazador caza y el cazado intenta huir. En el momento de matar, el leopardo no es más violento ni está más encolerizado de lo que el antílope está encolerizado con la hierba que come. La mayoría de los relatos de cazadores subraya que el acto de matar implica un momento de compasión y veneración: de gratitud para con el animal que accede a morir.

Un veterano de la sabana se volvió hacia mí en la taberna de Glen Armond y me preguntó:

—¿Quiere saber cómo cazan los aborígenes?

—Dígamelo.

—Por instinto.

## Treinta y uno

Es una de mis antiguas libretas de apuntes copié concienzudamente fragmentos del *Journal* de Sir George Grey, escrito en torno a 1830. Tal vez Grey fue el primer explorador blanco que comprendió que, a pesar de algunas penurias ocasionales, los aborígenes «vivían bien».

El mejor pasaje del *Journal* es el que describe cómo un aborígen forzaba al máximo todas sus facultades físicas y mentales para acechar y alancear un canguro.

El último párrafo culmina en una coda:

... sus movimientos llenos de gracia, su avance cauteloso, el aire de quietud y reposo que impregna su cuerpo cuando la presa está alarmada, todo excita involuntariamente vuestra imaginación y os obliga a murmuraros para vuestros adentros: «¡Qué bello! ¡Bellísimo!».

Cometí la tontería de pensar que parte de esta «belleza» debía de perdurar, aún hoy. La pedí a Rolf que buscara un hombre que me llevara a cazar.

Hacía un par de semanas que me limitaba a calentar la silla, y empezaba a experimentar la repugnancia por las palabras que nacen de la falta de ejercicio.

—El mejor acompañante —dijo Rolf—, sería el viejo Alex Tjangapati. Habla un poco de inglés.

Alex era un tipo entrado en años que llevaba el pelo recogido con bramante de color ocre, y que vestía un abrigo de mujer, de terciopelo color ciruela, con hombreras. No creo que llevara nada abajo. Todos los días salía a caminar por la sabana, y por la noche merodeaba por la tienda con sus lanzas de caza, escrutando al resto de la Banda de Cullen como si sus integrantes fueran la auténtica *canaille*.

Cuando Rolf le pidió que me llevara consigo, hizo una mueca de pesar y se alejó de nosotros.

—Bueno —comenté—, no hay nada que hacer.

—No importa —respondió Rolf—. Encontraremos a otro.

Aproximadamente a las doce del día siguiente, Stumpy Jones llegó a Cullen con el camión. Era el primero que había sorteado la riada. Aun así, había pasado una noche atascado a este lado de Popanji, y los chicos de Magellan Mining habían tenido que sacarlo del lodo.

Lo acompañaba una joven. Era la amiga de Don, el capataz de la obra.

—Y es una buena chica —dijo Stumpy, con un guiño.

Llevaba el pelo muy corto y tenía puesto un vestido blanco mugriento. Don pareció complacido de verla, pero ella le echó una mirada fría, distante, y siguió sonriéndole a Stumpy.

—Es cierto —manifestó ella—. No rezongo cuando me quedo empantanada.

Don y yo ayudamos a descargar los cajones del camión. Casi habíamos terminado



cuando apareció Rolf.

—¿Quieres ir a cazar? —preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Accedes a pagar un depósito lleno de gasolina?

—Si eso es lo que pretenden.

—Lo he arreglado.

—¿Con quién?

—Con Donkey-donk —dijo—. ¡Un buen tipo!

—¿Cuándo?

—Ahora —contestó—. Será mejor que vayas a ponerte las botas. ¡Y un sombrero!

Me encaminaba hacia la caravana cuando se acercó por atrás un Ford destartado, chirriante y gemebundo. Un aborigen barbudo y panzón empuñaba el volante.

—¿Irás a cazar? —preguntó sonriendo.

—¿Contigo?

—¡Y que lo digas! —contestó Donkey-donk.

Volvimos atrás para cargar gasolina, pero apenas hube pagado el contenido íntegro del depósito comprendí que mi papel en la expedición no sería el de «cliente» sino el de «esclavo».

Donkey-donk me hizo comprar más aceite, munición, golosinas y cigarrillos. Quiso que le comprara un neumático nuevo. Hizo que le sostuviera el cigarrillo mientras él hurgaba dentro del motor.

Estábamos todos listos para partir cuando se aproximó a pie un joven que respondió al nombre de Walter. Éste era un gran viajero. Había recorrido Australia de un extremo a otro, buscando, con muchos remilgos, una esposa. También había pasado una temporada en la Asociación Cristiana de Jóvenes de Amsterdam. Era muy bello. Tenía un perfil de dios y la tez muy oscura. Su cabello y su barba tenían el color del oro hilado.

—¿Quieres venir a cazar? —le preguntó Donkey-donk a gritos.

—Claro que sí —respondió Walter, y se instaló en el asiento trasero.

Fuimos en busca del hombre que tenía el rifle. Resultó ser otro joven increíblemente atractivo, de sonrisa indolente y con la melena hasta los hombros. Estaba sentado fuera de una choza de ramas. Había garrapeado su nombre, Nero, con un bolígrafo rojo, sobre toda la tela de sus tejanos.

La esposa de Nero resultó ser la mujer gigante que yo había visto jugar al póker. Era una cabeza y pico más alta que él, y aproximadamente cuatro veces más ancha. Estaba sentada detrás de su choza, junto a la fogata, royendo un jamón de canguro chamuscado. Cuando Nero montó en el coche, su hijo pequeño corrió tras él y se zambulló por la ventanilla abierta. La madre lo persiguió, blandiendo su porra de hueso de canguro. Sacó a la criatura por los pelos y le escupió en la cara.

Hacía pocos minutos que rodábamos, cuando Nero se volvió hacia los otros.

—¿Tenéis las cerillas? —inquirió.

Donkey-donk y Walter menearon la cabeza. Dimos media vuelta para ir a buscarlas.

—Señales de humo —explicó Nero sonriendo—. Si nos quedamos atascados.

Enfilamos hacia el sur entre los montes Culley y Liebler y giramos hacia la carretera Gun Barrel. Después de la lluvia, empezaban a aparecer flores amarillas en los matorrales. El camino comenzaba y terminaba en un espejismo, y la cadena de cerros rocosos parecía flotar sobre la planicie.

Señalé el afloramiento rojizo de la izquierda.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El Viejo —respondió espontáneamente Walter, con buen humor.

—¿Y de dónde viene este Viejo?

—De lejos. De la Banda de Aranda, quizá. Tal vez de Sidney.

—¿Y a dónde va?

—A Port Hedland —contestó sin vacilar.

Port Hedland es un puerto de embarque de mineral de hierro, situado en la costa occidental de Australia, unos mil trescientos kilómetros al oeste de Cullen, del otro lado del desierto Gibson.

—¿Y qué le sucede a ese Viejo cuando llega al mar? —insistí.

—Es su fin —sentenció Walter—. Ahí termina todo.

A continuación señalé una colina baja, de cima plana, que según me había asegurado Rolf, era un trozo de excremento que el Hombre Perenty había defecado en el Tiempo del Ensueño.

—¿Y qué me dices de eso?

Walker tironeó de su barba con movimientos nerviosos.

—Soy demasiado joven —murmuró tímidamente... con lo cual dio a entender que no lo habían iniciado en esa canción específica—. Pregúntaselo a Nero —añadió—. Él lo sabe.

Nero soltó una risita e inclinó la cabeza de un lado a otro.

—El Ensueño de la Letrina —manifestó—. El Ensueño de la Mierda.

Donkey-donk se desternillaba de risa y zigzagueaba por todo el ancho del camino. Me volví para mirar a los dos ocupantes del asiento trasero.

—¿Mierda de Perenty? —pregunté.

—No, no —Nero rió tontamente—. Dos Hombres.

—¿Y de dónde provienen esos Dos Hombres?

—De ninguna parte —batió palmas—. ¡Lo hicieron allí!

Nero hizo un signo con el pulgar y el índice para dejar bien aclarado cuáles eran los menesteres de los Dos Hombres.

—Cuñados —explicó.

Walter frunció el ceño, apretó los labios y juntó las rodillas con fuerza.

—No te creo —le dije a Nero—. Me estás tomando el pelo.

—¡Je, je! —rió y soltó otra andanada incontenible de risitas.

Él y Donkey-donk seguían sofocados por la risa cuando, más o menos un kilómetro más adelante, nos detuvimos junto a unos peñascos situados a ras de tierra. Los tres saltaron del coche.

—Ven —me gritó Nero—. Agua.

Entre las rocas había charcos de agua estancada, en los cuales se retorcían larvas de mosquitos.

—Tenias —dijo Nero.

—No son tenias —corregí—. Son larvas de mosquito.

—Un perro dingo —anunció Donkey-donk.

Señaló la roca de mayores dimensiones, que realmente parecía un perro echado. Las rocas más pequeñas, añadió, eran los cachorros.

Chapotearon en el agua durante varios minutos. Después nos apartamos del camino y enfilamos hacia el oeste a campo traviesa.

Donkey-donk, debo confesar, era un conductor asombroso. Interpretó una especie de danza con el coche en medio del *spinifex*. Sabía con precisión dónde debía rodear un arbusto o aplastarlo. Las semillas llovían sobre el parabrisas.

Nero mantenía el cañón de su rifle calibre 22 asomado por la ventanilla.

—Rastro de pavo —susurró.

Donkey-donk frenó y un pavo del monte —que es una especie de avutarda— asomó su cabeza moteada por encima de los tallos de hierba y huyó al trote. Nero disparó otra vez, y el ave se desplomó en medio de un remolino de plumas voladoras.

—¡Buen tiro! —exclamé.

—¡Otro! —gritó Walker, y un segundo pavo corrió en dirección a un matorral. Nero volvió a disparar y erró. Cuando fuimos en busca del primer pavo, éste también había desaparecido.

—¡Bicho jodido! —rezongó Nero.

Seguimos rodando rumbo al oeste, y al cabo de poco tiempo un canguro y su cría aparecieron brincando delante de nosotros. Donkey-donk apretó el acelerador a fondo y el coche traqueteó y se zarandeó sobre los caballones mientras los canguros saltaban delante, sacando ventaja. Entonces salimos del campo de *spinifex* y entramos en un territorio quemado y despejado, y empezamos a ganar terreno, y los alcanzamos y embestimos a la hembra a la altura de las ancas —la cría había virado en sentido lateral— y salió despedida hacia atrás, con una voltereta, por encima del techo del auto, y aterrizó —¡rogué que muerta!— en medio de una nube de polvo y ceniza.

Saltamos fuera del vehículo. Nero disparó contra la nube, pero el canguro estaba levantado y corría, aturdido y cojeando, pero a bastante velocidad, y Donkey-donk, que ahora estaba solo al volante, lo perseguía.

Vimos cómo el coche embestía al canguro por segunda vez, pero el animal cayó

sobre el capó, bajó de un salto, y enderezó, brincando, hacia nosotros. Nero le descerrajó un par de tiros al azar pero erró —los proyectiles se perdieron zumbando en la maleza cerca de mí— y el canguro volvió a zigzaguear por donde había venido. Entonces Donkey-donk cambió de dirección y lo embistió por tercera vez, con un chasquido horrible, y la hembra se quedó inmóvil.

Donkey-donk abrió la puerta del coche y le asestó un golpe en el cráneo con una llave inglesa, después de lo cual la hembra se alzó nuevamente sobre las ancas y él debió cogerla por la cola. Cuando los tres nos acercamos a la carrera, el canguro avanzaba a los saltos, y Donkey-donk forcejeaba como si estuviera participando en una competición de tira y afloja con la cuerda, y entonces Nero le descerrajó un balazo en el cráneo a la hembra y ahí terminó todo.

Walker parecía asqueado y afligido.

—Esto no me gusta —manifestó.

—A mí tampoco —asentí.

Nero contemplaba el canguro muerto. Un hilo de sangre le brotaba de los ollares y desaparecía en la tierra roja.

—Es una hembra vieja —comentó, encogiéndose de hombros—. No sirve para comer.

—¿Qué harás con ella?

—La dejaré aquí —contestó—. Quizá le cortaré la cola. ¿Tienes un cuchillo?

—No —respondí.

Nero hurgó en el coche y encontró la tapa de un viejo bote de hojalata. Utilizándola como instrumento cortante, intentó amputar la cola pero no consiguió atravesar las vértebras.

El neumático izquierdo posterior estaba pinchado. Donkey-donk me ordenó que sacara el gato y cambiara la rueda. La herramienta estaba muy combada y cuando la accioné unas pocas veces se rompió y el eje se posó en el suelo.

—Ahora sí que la has hecho buena —comentó con una mueca.

—¿Y qué haremos? —pregunté.

—Caminar —dijo Nero, con una risita.

—¿Mucho?

—Un par de días, tal vez.

—¿Y las señales de humo? —sugerí.

—¡No! —gruñó Donkey-donk—. ¡Levántalo! ¡Levántalo, hombre!

Walker y yo cogimos el parachoques, tensamos la espalda e intentamos levantar el coche mientras Donkey-donk preparaba un tronco para introducirlo bajo el diferencial.

Fue inútil.

—Acércate —le grité a Nero—. ¡Echanos una mano!

Nero curvó los dedos y acarició con ellos uno de sus delgados bíceps, mientras pestañeaba y reía por lo bajo.

—¡No tengo fuerza! —resolló.

Donkey-donk me tendió una estaca y me ordenó que cavara un hoyo bajo la rueda. Media hora más tarde, el hoyo tuvo dimensiones suficientes para cambiar la rueda. Los tres me miraban mientras trabajaba. Yo estaba exhausto y empapado en sudor. Luego zarandeamos el coche de un lado a otro y finalmente lo desatascamos.

Dejamos el canguro a merced de los cuervos y volvimos a Cullen.

—¿Quieres venir a cazar mañana? —preguntó Donkey-donk.

—No —respondí.

*Londres, 1970.*

En una conferencia pública, le oí ventilar a Koestler su opinión de que la especie humana estaba loca. Argumentó que, como consecuencia de una coordinación insuficiente entre dos áreas del cerebro —el neocórtex «racional» y el hipotálamo «instintivo»—, el hombre ha adquirido quién sabe cómo «esa veta única, asesina, alucinatoria» que lo ha impulsado, inevitablemente, a matar, torturar y hacer la guerra.

Nuestros antepasados prehistóricos, dijo, no sufrían los efectos del hacinamiento. No estaban escasos de territorio. No vivían en ciudades... y sin embargo se masacraban igualmente entre sí.

Añadió que, a partir de Hiroshima, se había producido una transformación total de la «estructura de la conciencia humana»: a saber, que por primera vez en su historia, el hombre debía contemplar la idea de su destrucción como especie.

Esta bazofia milenarista me enfureció. A la hora de las preguntas alcé la mano.

Alrededor del año 1000, manifesté, la población de toda Europa estaba convencida de que era inminente el fin violento del mundo. ¿En qué sentido la «estructura de su conciencia» difería de la nuestra?

Koestler me clavó una mirada de desprecio y, con la aprobación del auditorio, espetó:

—Difería porque una era una fantasía y la bomba-H es real.

Lectura saludable para el fin del Segundo Milenio: *El año mil* de Henri Focillon.

En su capítulo «el problema de los terrores», Focillon demuestra cómo, hace exactamente mil años, el hombre occidental estaba paralizado por una serie de temores idénticos a los que hoy postulan los fanáticos que se hacen pasar por estadistas. La frase *Mundus senescit*, «el mundo envejece», reflejaba un talante de agudo pesimismo intelectual, así como una convicción «religiosa» de que el mundo era un organismo vivo que, al haber traspuesto el pináculo de su madurez, estaba súbitamente condenado a morir.

Las causas del terror eran tres.

1. Que Dios destruiría su creación en medio de nubes de fuego y azufre.
2. Que las legiones del Diablo irrumpirían desde Oriente.
3. Que las epidemias aniquilarían la raza humana.

Y sin embargo el terror pasó. El año 1000 llegó y se fue, y echó raíces la nueva sociedad «abierta» de la Edad Media. Como escribió el obispo Glaber, en el más bello de los textos: «Tres años después del año 1000, la Tierra estaba cubierta por un blanco manto de iglesias».

*Cena, Londres, 1971.*

Un norteamericano muy alto vino a cenar. Volvía a Washington después de completar una misión en Vietnam, donde había ido a recoger datos. Durante la semana anterior había volado a Hawai, Guam, Tokio y Saigón. Había sobrevolado Hanoi durante una incursión de bombardeo. Había conferenciado con los jefes de estado mayor de la OTAN, y aquélla era su única noche libre.

Era un hombre cándido. Mientras comíamos la ensalada habló de los defoliantes. Nunca olvidaré cómo las frambuesas se introducían entre sus labios, ni el estampido de las sílabas enfáticas que brotaban de éstos: «Los norvietnamitas han perdido *éentre* la *mitád* y la *tercéra páрте* de una *generación* de sus jóvenes combatientes. Ésta es una *pérdida*, que ninguna *nación puéde* soportár indefinidamente. Y es por esto por lo que prevémos una *victória militar*; en *Vietnám*, en el curso de 1972...».

No hostigues a un enemigo acorralado.

El príncipe Fu Chai dijo: «Las fieras, cuando están acorraladas, luchan desesperadamente. ¡Cuánto más cierto es esto en el caso de los hombres! Si saben que no existe otra alternativa, lucharán hasta morir».

*El arte de la guerra*, de SUN TZU.

*Steiermark, Austria, 1974.*

Mientras paseaba por los Rottenmanner Tauern antes de mi entrevista con Lorenz, sentía el peso de sus libros en mi morral. Los días eran despejados. Cada noche la pasaba en una cabaña alpina distinta, y cenaba salchichas y cerveza. Las laderas estaban tapizadas de flores: gencianas y edelweiss, aguileñas y martagones. Los pinares tenían un color verde azulado bajo la luz del sol, y en las cimas perduraban

frangas de nieve. En todos los prados pacían mansas vacas de pelo castaño, cuyos cencerros tintineaban y reverberaban a través de los valles, o desde mucho más abajo se remontaba el tañido de la campana de una iglesia...

El verso de Hölderlin: «En un bello azul florece el campanario con su techo de metal...».

Los caminantes: hombres y mujeres con camisas rojas y blancas, y pantalones cortos de cuero, y todos exclaman *Grüss Gott!* al pasar. Un hombrecillo nervudo me confundió con un alemán y, con la mueca maliciosa de un vendedor de pornografía, dio vuelta al cuello de su chaqueta para mostrarme sus esvásticas.

La relectura de Lorenz me hizo comprender por qué las personas sensatas tendían a llevarse las manos a la cabeza, horrorizadas: para negar que existía algo llamado naturaleza humana, y para insistir en que todo debía ser aprendido.

El «determinismo genético», pensaban esas personas, amenazaba todos los impulsos liberales, humanos y democráticos a los que aún se aferraba Occidente. Comprendían, además, que en el área de los instintos no era posible seleccionar y elegir: había que quedarse con todo. No se podía dejar entrar a Venus en el Panteón y cerrarle la puerta a Marte. Y una vez que se aceptaban la «belicosidad», la «territorialidad» y el «orden jerárquico», se estaba de nuevo en la sopa de la reacción decimonónica.

Lo que sedujo a los partidarios de la guerra fría, en *Sobre la agresión*, fue el concepto de Lorenz sobre el combate «ritual».

Por inferencia, las superpotencias deben combatir, porque ello está en su naturaleza. Sin embargo, quizá podrían encuadrar sus contiendas en algún país pobre, pequeño, preferentemente indefenso, así como dos machos cabríos elegirían un tramo de tierra de nadie para pelear.

Me han contado que el secretario de Defensa de los Estados Unidos tenía un ejemplar con anotaciones sobre su mesa de noche.

Los hombres son producto de su situación, y el aprendizaje condiciona todo lo que dirán o pensarán o harán en su vida. A los niños los traumatizan los episodios de su infancia; a las naciones, las crisis de su historia. Pero ¿acaso este «condicionamiento» podría significar que no existen normas absolutas que trascienden los recuerdos históricos? ¿Que no existen formas del «bien» o el «mal» desvinculadas de la raza o el credo?

¿Acaso el «don de lenguas» ha eliminado de alguna manera el instinto? En síntesis, ¿acaso el hombre es la proverbial «pizarra en blanco» de los conductistas:

infinitamente maleable y adaptable?

Si fuera así, todos los Grandes Maestros han estado vomitando sandeces.

El pasaje más «objetable» de *On Agression* —o el que inspiró los abucheos de quienes lo acusaron de «¡nazi!»— es aquél en el cual Lorenz describe la «pauta motora fija» instintiva que se observa en los soldados jóvenes estimulados hasta alcanzar la furia guerrera: la cabeza erguida... el mentón proyectado hacia adelante... los brazos rotados hacia adentro... la vibración del pelo que ya no existe a lo largo de la columna vertebral... «Uno se remonta eufórico por encima de las preocupaciones de la vida cotidiana... Los hombres disfrutaban del sentimiento de rectitud absoluta aun cuando cometen atrocidades...».

Y sin embargo... la madre que lucha enconadamente para defender a su hijo obedece —¡eso esperamos!— la llamada del instinto, y no el consejo de un folleto de orientación familiar. Y si se admite la existencia del comportamiento belicoso en las mujeres jóvenes, ¿por qué no admitirlo también en los hombres jóvenes?

Los instintos son «las razones del corazón que la razón no conoce», como dijera Pascal. Y creer en las «razones del corazón» no brinda ningún consuelo reaccionario... ¡sino todo lo contrario!

Según el famoso aserto de Dostoiewski, sin la religión todo es permisible. Sin el instinto, todo sería igualmente permisible.

Un mundo al que se le hubiera extirpado el instinto sería mucho más letal y peligroso que cualquier cosa que pudiesen imaginar los «belicistas», porque se trataría de un limbo donde todo podría estar superado por su opuesto: el bien podría ser el mal; la sensatez, la insensatez; la verdad, mentiras; tejer no sería más moral que asesinar niños; y al hombre se le podría lavar el cerebro hasta hacerle pensar o decir o hacer lo que más les plazca a las autoridades establecidas.

Un torturador puede amputarle la nariz a un hombre, pero si éste tiene la oportunidad de engendrar un hijo, el niño nacerá con nariz. ¡Lo mismo vale para el instinto! La presencia de un núcleo de instinto inmodificable en el hombre significa que los lavadores de cerebro deben emprender su trabajo de deformación una y otra vez, con cada individuo y cada generación... y ésta es, al fin, una actividad muy extenuante.



Los griegos creían que la gama del comportamiento humano tenía límites. No se trataba, como señaló Camus, de que nunca se superarían dichos límites, sino sólo de que existían, arbitrariamente, ¡y de que el Destino fulminaría a cualquiera que tuviese la soberbia de transgredirlos!

Lorenz afirma que en la vida de todo animal existen determinadas crisis —o rubicones intelectuales— durante las cuales recibe la orden de comportarse de determinada manera. La orden no es necesariamente acatada: si el objetivo «natural» de este comportamiento se halla ausente, el animal lo reencauzará hacia un sustituto... y sufrirá una deformación en su proceso de desarrollo.

Toda mitología tiene su versión del «héroe y su itinerario de pruebas», en la cual un hombre joven, también, es «convocado». Viaja a un país lejano donde algún gigante o monstruo amenaza con destruir a la población. En el curso de una batalla sobrehumana, vence al Poder de las Tinieblas, demuestra su virilidad, y recibe una recompensa: una esposa, un tesoro, tierra, fama.

Disfruta de ello hasta su edad madura cuando, una vez más, el cielo se oscurece. Nuevamente lo hostiga el desasosiego. Vuelve a partir: ya sea para morir en combate, como Beowulf, o para enderezar rumbo a un destino misterioso y desaparecer, como el ciego Tiresias se lo profetiza a Ulises.

*Catarsis*: palabra griega que significa «purgar» o «limpiar». Una etimología controvertible la hace derivar del griego *katheiro*: «librar la tierra de monstruos».

El mito propone, la acción dispone. El Ciclo del Héroe representa una paradigma inmutable del comportamiento «ideal» del varón humano. (Por supuesto, se podría elaborar otro para la Heroína). Cada fragmento del mito corresponderá —como un eslabón de una cadena de comportamientos— a una de las clásicas Edades del hombre. Cada Edad se inaugura con una nueva barrera que hay que sortear o con un suplicio que hay que soportar. La jerarquía del Héroe se elevará proporcionalmente a la medida en que completa, o parece completar, esta carrera de obstáculos.

La mayoría de nosotros, al no ser héroes, remoloneamos a lo largo de la vida, entramos en escena fuera de tiempo, y terminamos sufriendo nuestros diversos descabros emocionales. Al Héroe no le ocurre nada semejante. El Héroe —y es por esto por lo que lo entronizamos como tal— afronta cada prueba tal como se le presenta, y suma un punto tras otro.

Una vez hice el experimento de encuadrar la carrera de un héroe moderno, el Che

Guevara, en la estructura de la epopeya de Beowulf. El resultado consistió, con algunos retoques por aquí y por allá, en que a ambos héroes los vemos ejecutar la misma serie de hazañas repitiendo la misma secuencia de hechos: la partida; el viaje a través del mar; la derrota del Monstruo (Grendel-Batista); la derrota de la madre del Monstruo («la bruja del agua»-la bahía de Cochinos). Ambos héroes reciben su recompensa: una esposa, la fama, un tesoro (en el caso de Guevara una esposa cubana y la dirección del Banco Nacional de Cuba), y así sucesivamente. Ambos mueren finalmente en un país lejano: a Beowulf lo mata el Gusano Escamoso, a Guevara el dictador de Bolivia.

Guevara, como hombre, da la impresión de tener una personalidad despiadada y desagradable, no obstante su simpatía. Como Héroe, nunca se equivocó... y el mundo optó por verlo como Héroe.

Se dice que en los momentos de crisis, los Héroes escuchan «voces de ángeles» que les informan de lo que deben hacer a continuación. Toda la *Odisea* es un maravilloso tironeo entre Atenea que susurra en el oído de Ulises: «Sí, lo lograrás», y Poseidón que le ruge: «¡No, no lo lograrás!». Y si trocáis «voces de ángeles» por la palabra «instinto», os aproximaréis a lo que piensan los mitógrafos más aficionados a las interpretaciones psicológicas: que los mitos son fragmentos de la vida espiritual del hombre primitivo.

El Ciclo del Héroe, allí donde aparece, es una historia de «supervivencia de los más aptos» en el sentido darwiniano: es un esquema para el «éxito» genético. Beowulf parte... Iván parte... Jack parte... el joven aborigen andariego parte... incluso el antiguo Don Quijote parte. Y estos *Wanderjahre*, y combates contra la bestia, son la versión que da el narrador del tabú del incesto, en virtud del cual el hombre debe demostrar primeramente su «aptitud» y después debe «casarse lejos».

En la práctica, importa poco que los mitos sean mensajes en clave del instinto, cuyas estructuras residen en el sistema nervioso central, o narraciones didácticas heredadas del comienzo de los tiempos. Hay un detalle en el que jamás se podrá poner demasiado énfasis. Pocas veces, o nunca, en el mito es deseable, desde el punto de vista moral, que un hombre mate a otro a sangre fría.

Una de las técnicas empleadas en las fraternidades militares de la antigua Germania para sofocar las inhibiciones contra el acto de matar, consistía en hacer que el joven se desnudara; se enfundara en la piel caliente y recién desollada de un oso; y se

excitara hasta alcanzar una furia «bestial». En otras palabras, debía ponerse frenético o, en inglés, *berserk*, término cuyas raíces escandinavas significan «oso» y «camisa».

*Bearskin* (en inglés, «piel de oso») y *berserk* (en inglés, «frenético») son sinónimos. Los cascos de los guardias reales que están apostados frente al palacio de Buckingham son los herederos de aquella primitiva indumentaria bélica.

Homero distingue dos tipos de «comportamiento para la lucha». Uno es el *menos*, la sangre fría con que Ulises mata a los pretendientes. El otro es la *lyssa*, o «furia lupina», que se apodera de Héctor en el campo de batalla (*Ilíada* IX, 237-239). Se considera que el hombre dominado por la *lyssa* ya no es «humano» ni está sujeto a las leyes de la tierra y el Cielo.

El «entusiasmo bélico militante» que menciona Lorenz describe la *lyssa*.

Los indios sioux son un hatajo de miserables piojosos desharrapados saqueadores embusteros furtivos asesinos desgraciados anónimas mofetas devoradoras de vísceras con los que el Señor permitió que se infectara la tierra, y por cuya exterminación inmediata y definitiva deberían rezar todos los hombres, con excepción de los protectores oficiales de indios y los traficantes.

Del *Topeka Weekly Daily*, 1869.

El extranjero, si no es un mercader, es un enemigo.

ANTIGUO PROVERBIO INGLÉS.

En bajo latín *wargus*, o sea *expulsus* o «extranjero», es sinónimo de lobo; y por tanto los dos conceptos —el de la bestia salvaje que ha de ser cazada, y el del hombre que ha de ser tratado como bestia salvaje— están íntimamente asociados.

P. J. HAMILTON GRIERSON, *The Silent Trade*.

*Nuristán, Afganistán, 1970.*

Las aldeas de Nuristán están implantadas en un ángulo tan vertiginoso respecto de las laderas, que las escaleras de madera de cedro de la India han de hacer las veces de calles. Los lugareños son rubios y tienen ojos azules, y llevan consigo hachas de guerra confeccionadas con bronce. Usan sombreros aplastados, jarreteras entrecruzadas que les ciñen las piernas y un toque de polvo negro sobre cada párpado. Alejandro los confundió con una tribu de griegos extraviados en tiempos inmemoriales, y los alemanes con una tribu de arios.

Nuestros porteadores eran un atajo de pusilánimes: se quejaban constantemente de que no podían dar un paso más con sus pobres pies, y echaban miradas de envidia a nuestras botas.

A las cuatro quisieron acampar junto a unas casas sombrías y destartadas, pero nosotros insistimos en seguir marchando valle arriba. Una hora más tarde, llegamos a una aldea rodeada de nogales. Los tejados parecían anaranjados, porque estaban cubiertos de albaricoques que se secaban al sol, y las niñas ataviadas con vestidos de color carmesí jugaban en un prado florido.

El jefe de la aldea nos dio la bienvenida con una sonrisa franca y ancha. Luego se unió a nosotros un joven sátiro barbudo, con la cabeza coronada por hojas de parra y ulmarias, que nos ofreció un fino chorro del vino blanco y agrio que llevaba en su cantimplora de cuero.

—Nos detendremos aquí —respondió.

Había aprendido inglés en el bazar de Peshawar.

—Sí nos detendremos —insistí.

—Estas personas son lobos —afirmó.

—¿Lobos?

—Son lobos.

—¿Y los habitantes de aquella aldea? —pregunté, señalando una segunda población, de aspecto miserable, que se levantaba algo más de medio kilómetro río arriba.

—Ésos son personas —contestó.

—¿Y los de la aldea siguiente? ¿Lobos, supongo?

—Lobos —asintió.

—¡Qué disparates dices!

—No son disparates, *sahib* —respondió—. Algunas personas son personas y algunas otras personas son lobos.

No se necesita mucha imaginación para suponer que el hombre, como especie, ha vivido una tragedia tremenda en su pasado evolutivo: el hecho de que se haya zafado tan estupendamente es un testimonio de la magnitud de la amenaza.

Demostrarlo es otra cosa. Sin embargo, hace ya veinte años, intuí que se prestaba demasiada atención a nuestras tendencias presuntamente «fratricidas» y muy poca al papel que desempeñó el carnívoro en la formación de nuestro carácter y nuestro destino.

Si hubiera que dar una respuesta de tipo general a la pregunta: «¿Qué comen los carnívoros?», aquélla sería muy simple: «Lo que pueden conseguir».

GRIFF EWER, *The Carnivores*.

Se ha dicho que los kadares, una tribu cazadora de la India meridional, eran ajenos a la violencia o a las exhibiciones de virilidad porque encauzaban todas sus antipatías hacia afuera y las descargaban sobre el tigre.

Supongamos, en aras de la discusión, que cancelamos las monsergas sobre la «agresión» y nos concentramos en el problema de la «defensa». ¿Y si el Adversario, en las planicies africanas, no hubiera sido el otro hombre? ¿Los hombres de la otra tribu? ¿Y si las descargas de adrenalina que estimulaban la «furia bélica» hubieran evolucionado para protegernos de los grandes felinos? ¿Y si nuestras armas no hubieran estado destinadas, primordialmente, a cazar animales, sino a salvar nuestro pellejo? ¿Y si no hubiéramos sido tanto una especie predatoria como una especie en busca de un depredador? ¿O si, en algún momento crítico, la Bestia hubiera estado a punto de triunfar?

Aquí, que nadie se equivoque, reside la gran bifurcación.

Si los primeros hombres hubieran sido seres embrutecidos, asesinos, dados al canibalismo, y si su rapacidad los hubiera impulsado a perpetrar actos de exterminio, entonces cualquier Estado, al suministrar un manto protector de fuerza, habría salvado a los hombres de sí mismos y debería ser juzgado, inevitablemente, como algo beneficioso. Semejante Estado, por muy intimidatorio que sea para el individuo, debería catalogarse como una bendición. Y cualquier iniciativa de los individuos encaminada a desquiciar, debilitar o amenazar el Estado, equivaldría a dar un paso en dirección al caos primigenio.

Si, por el contrario, los primeros hombres vivían humillados, acosados, sitiados, en comunidades escasas y fragmentadas, oteando eternamente el horizonte desde donde podía provenir la ayuda, aferrándose a la vida y a sus semejantes para sortear los horrores de la noche, ¿no sería posible que todos los atributos que llamamos «humanos» —el lenguaje, la composición de canciones, el compartir los alimentos, la entrega de obsequios, el casamiento mixto—, es decir, todos los dones voluntarios que aportan equilibrio a la sociedad, que suprimen el empleo de la violencia entre sus miembros, y que sólo pueden funcionar ordenadamente si la equivalencia es la norma... no sería posible, repito, que todos ellos se hayan desarrollado como estratagemas para la supervivencia, forjados en la lucha contra adversidades tremendas, para alejar el peligro de extinción? ¿Serían, por lo tanto, menos instintivos o estarían menos desprovistos de orientación? ¿Acaso una teoría general de la defensa no explicaría mejor por qué las guerras ofensivas son, a la larga, impracticables? ¿Por qué los prepotentes no ganan nunca?

Hacía demasiado calor en el estudio de Lorenz y nos trasladamos a una glorieta situada en el jardín. Sobre la ciudad se empinaba el castillo medieval de Greiffenstein: un bastión de la Europa cristiana contra el mundo versátil de los jinetes asiáticos. Al verlo en su propio ámbito comprendí que sus opiniones sobre la agresión debían de estar influidas, hasta cierto punto, por el hecho de que se habían gestado en el centro de un pavoroso drama geopolítico.

Le pregunté por qué tantas personas todavía encontraban indigerible la teoría del instinto, cuando se aplicaba al hombre.

—Hay ciertas cosas —respondió—, con las cuales sencillamente no se puede lidiar, y una de ellas es la pura estupidez.

—Por favor, interrúmpame si me equivoco —dije—, pero cuando usted aísla, en cualquier animal, un «bloque» de comportamiento, la primera pregunta que se formula es «¿Para qué?». ¿De qué manera esto o aquello habría ayudado a conservar la especie en su hábitat original?

—Es cierto —asintió, con una inclinación de cabeza.

—Un petirrojo —proseguí, aludiendo a uno de sus experimentos—, al ver a otro petirrojo, o incluso un vellón rojo, procede a atacar, porque el rojo significa «rival territorial».

—Eso es lo que hará.

—¿De modo que el disparador que moviliza el espíritu de lucha del petirrojo es la presencia de uno de sus pares?

—Por supuesto.

—¿Entonces por qué cuando se trata de la lucha entre hombres, uno u otro de los combatientes no ha de ser cabalmente humano? ¿No cree que el «entusiasmo militante», tal como usted lo describe, pudo haberse desarrollado como reacción defensiva contra las fieras salvajes?

—Podría ser —murmuró pensativamente—. Podría muy bien ser. Antes de cazar un león, los masai de Kenia despiertan su entusiasmo bélico de manera muy artificial, con un redoble de tambores semejante a una marcha nazi... Sí. Es posible que la lucha se haya desarrollado primordialmente contra las fieras salvajes. Al ver un leopardo, los chimpancés ejecutan maravillosamente la pantomima de la agresión colectiva.

—Pero ¿está seguro de que no ha mezclado los conceptos de «agresión» y «defensa»? —insistí—. ¿No estamos abordando dos mecanismos totalmente independientes entre sí? Por un lado usted tiene los rituales «agresivos» que, en el caso de los seres humanos, consisten en la entrega de regalos, la concertación de tratados y los convenios familiares. ¿Luego tiene la «defensa», seguramente contra la Bestia?

Toda propaganda bélica, continué, descansa sobre la presunción de que hay que degradar al enemigo a la categoría de algo bestial, infiel, canceroso, y así sucesivamente. O, por el contrario, los combatientes del bando propio deben transformarse ellos mismos en simulacros de bestias... en cuyo caso los hombres se convierten en sus presas legítimas.

Lorenz tironeó de su barba, me clavó una mirada escrutadora y manifestó, nunca sabré si irónicamente o no:

—Lo que usted acaba de decir es totalmente nuevo.

## Treinta y dos

Una mañana, mientras desayunaba con Rolf y Wendy, un hombre alto y sin camisa se acercó a nosotros con movimientos desgarbados.

—Es un honor —dijo Rolf—. Big Foot Clarence. Presidente del Consejo de Cullen.

El hombre tenía la tez oscura y una silueta más o menos parecida a una pera, y sus pies eran enormes. Le cedí mi silla y se sentó, con el ceño fruncido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Rolf.

—Bien —respondió Clarence.

—Estupendo.

—Aprobaron el presupuesto, en Canberra —añadió Clarence, con tono apático e indiferente.

—Oh, sí.

—Sí —añadió—. Conseguimos el avión.

Ya hacía dos años que el Consejo de Cullen solicitaba un avión.

—Sí —repitió Clarence—. Ya tenemos el avión. Se me ocurrió que debería comunicártelo.

—Gracias, Clarence.

—Se me ocurrió que podría ir a Canberra el jueves —anunció—. Se me ocurrió que podría volver en el avión.

—Eso está bien —asintió Rolf.

Clarence se puso en pie y ya se alejaba cuando Rolf lo llamó.

—Clarence —dijo.

—Sí.

—Clarence, ¿qué has hecho con la niveladora?

—¿Qué niveladora?

—La niveladora de Popanji.

—No conozco ninguna niveladora de Popanji.

—Sí la conoces —insistió Rolf—. La niveladora que te prestó Red Lawson.

—¿Cuándo?

—El año pasado —respondió—. Tú y tus camaradas salisteis a cazar en aquella niveladora. ¿Lo recuerdas?

—No.

—Bueno, Red vendrá a buscarla. Te aconsejo que la encuentres, Clarence. De lo contrario, podrían descontar su costo del avión.

—No sé nada acerca de ninguna niveladora —Clarence hizo una mueca colérica y salió pisando con fuerza.

Mi mirada se cruzó con la de Wendy. Ésta se esforzaba por no reír.



—Ese avión —comentó Rolf, volviéndose hacia mí—, traerá problemas.

Estaba muy bien concederles un avión, pero otra cosa sería pagar su mantenimiento. A ningún miembro de la Banda de Cullen le parecía que valiera la pena tener un avión, a menos que estuviera allí mismo. Esto significaba pagarle a un piloto para que viviese en Cullen. También significaba contar con un hangar donde no pudieran colarse los críos.

En el asentamiento Amadeus, continuó Rolf, el piloto había sido un gran tipo, al que le gustaba sacar a volar a los críos. Críos de ocho y diez años, que no tardaron en descifrar los sistemas de control del avión. Observaron dónde guardaba las llaves, en un cajón cerrado de su remolque, y consiguieron birlárselas mientras él dormía la siesta.

—Cuando se despertó —prosiguió Rolf—, vio que el avión carreteaba por la pista.

—¿Despegaron?

—No del todo —manifestó—. Atravesaron los límites del campo de aterrizaje y terminaron entre unos matorrales. El avión quedó casi descalabrado.

A primera hora de la mañana el aire seguía siendo fresco y luminoso.

—Había pensado salir a caminar un poco —comentó.

Esperábamos que Arkadi llegara de un día a otro y, cada mañana, mientras trabajaba en la caravana, me prometía a mí mismo que caminaría hasta las alturas del Mount Liebler.

—Lleva agua —aconsejó Rolf—. Lleva tres veces más agua de la que creas que necesitarás.

Señalé el camino por donde me proponía subir.

—No te preocupes —dijo—. Tenemos rastreadores que te encontrarían en un par de horas. Pero debes llevar agua.

Llené mi cantimplora, metí dos botellas adicionales en mi morral, y eché a andar. En el límite del caserío, pasé frente a un bolso de mujer que colgaba de un árbol.

Atravesé una meseta de arena y roca roja desmenuzada, interrumpida por gargantas difíciles de sortear. Los arbustos habían sido quemados para organizar batidas de caza, y de los tocones asomaban brotes de intenso color verde.

Yo subía sistemáticamente y, al mirar la llanura desplegada a mis pies, comprendí por qué los aborígenes preferían pintar su tierra con toques «puntillistas». La tierra estaba punteada. Los puntos blancos correspondían al *spinifex*; los azulados a los eucaliptos; y los de color verde limón a otros tipos de hierba con penachos. También entendí, mejor que nunca, lo que había querido decir Lawrence al referirse al «peculiar, distante y hastiado retraimiento de Australia».

Un ualaby se levantó y bajó la cuesta dando saltos. Luego vi, al otro lado de la hondonada, algo grande que estaba a la sombra de un árbol. Al principio pensé que podía ser un canguro gigante, pero luego me di cuenta de que era un hombre.

Escalé la otra pendiente y me encontré con el viejo Alex, desnudo, con las lanzas

alineadas en el suelo y su abrigo de terciopelo enrollado como un bulto. Lo saludé con una inclinación de cabeza y él hizo otro tanto.

—Hola —dije—. ¿Qué te ha traído aquí?

Sonrió, avergonzado por su desnudez, y respondió casi sin separar los labios:

—Camino todo el tiempo por todo el mundo.

Lo dejé sumido en su Ensueño y seguí marchando. El *spinifex* era más tupido que nunca. A veces desesperaba de encontrar un camino para pasar, pero siempre lo encontraba, como un hilo de Ariadna.

Después cedí a la tentación —la tentación de tocar un puercoespín— y apoyé la mano sobre una mata, sólo para descubrir que tenía la palma atravesada por las púas un par de centímetros antes de lo previsto. Mientras me las quitaba, recordé algo que había dicho Arkadi: «En Australia todo es espinoso. Incluso la iguana tiene la boca llena de espinas».

Trepé por los peñascos de la ladera y desemboqué en un borde filoso de roca. Realmente parecía la cola de un lagarto perenty. Más adelante, había un terreno llano con algunos árboles a lo largo del lecho seco de un río. Los árboles estaban desprovistos de hojas. Tenían una corteza rugosa y gris y pequeñas flores escarlatas que caían al suelo como gotas de sangre.

Me senté, casi exhausto, en la media sombra de uno de estos árboles. Hacía un calor infernal.

Cerca de allí, dos alcaudones machos, negros y blancos como urracas, lanzaban gritos antifonales desde ambos lados de una cañada. Uno de ellos levantaba el pico en posición vertical y emitía tres largas modulaciones ululantes, seguidas por tres breves y ascendentes. El rival recogía el estribillo y lo repetía.

—Es así de sencillo —dije para mis adentros—. Intercambian notas a través de una frontera.

Estaba despatarrado contra el tronco, con una pierna columpiándose sobre la margen del río seco, y bebía ávidamente de la cantimplora. Ahora sabía a qué se había referido Rolf al hablar de deshidratación. Era una locura seguir subiendo. Debería regresar por donde había venido.

Los alcaudones se callaron. El sudor me chorreaba por los párpados, de modo que lo veía todo borroso y desproporcionado. Oí el repiqueteo de piedras sueltas a lo largo de la orilla del río seco, y levanté la vista para encontrarme con un monstruo que se acercaba.

Era un lagarto gigante, el señor de la montaña, el perenty en persona. Debía de medir más de dos metros. Su piel era de color ocre claro, con manchas marrones más oscuras. Lamía el aire con su lengua de color lila. Me quedé rígido. Avanzaba clavando las garras en el suelo: era imposible saber si me había visto. Las garras pasaron a pocos centímetros de mi bota. Luego dio media vuelta y, con un ímpetu súbito, salió disparado por donde había venido.

El perenty tiene una fea dentadura, pero es inofensivo si no lo acorralan. En

verdad, Australia es excepcionalmente benévola, si se exceptúan los escorpiones, las serpientes y las arañas.

Igualmente, los aborígenes han heredado un bestiario de monstruos y cocos con los que amenazan a sus hijos o atormentan a los jóvenes en el momento de la iniciación. Recordé el *Boly-yas* descrito por sir George Grey: una aparición de orejas colgantes, más sigilosamente vengativa que cualquier otro ser, que consumía la carne pero dejaba los huesos. Recordé la Serpiente Arco Iris. Y recordé lo que Arkadi me había contado acerca del *Manu-manu*: una criatura armada de colmillos, semejante al yeti, que se desplazaba bajo tierra, acechaba los campamentos y huía llevándose a los forasteros desprevenidos.

Los primeros australianos, reflexioné, debieron de conocer auténticos monstruos como el *Thylacaleo*, o «león marsupial». También había habido un lagarto perenty de diez metros de longitud. Pero en la megafauna australiana no había nada capaz de competir con los horrores de la sabana africana.

Empecé a preguntarme si los ribetes violentos de la vida aborígen —la venganza de sangre y las iniciaciones cruentas— podían ser la consecuencia de que no había verdaderas fieras con las cuales lidiar.

Me puse dificultosamente en pie, trepé hasta el otro lado de la sierra y miré desde lo alto al caserío de Cullen.

Me pareció ver un sendero expedito para el descenso, que me permitiría ahorrarme el cruce de barrancos. Este camino más transitable resultó ser un pedregal resbaladizo, pero llegué abajo sano y salvo y volví al pueblo bordeando el lecho de un río.

Por el lecho circulaba un hilo de agua, a lo largo del cual crecían arbustos. Me salpiqué la cara con un poco de agua y seguí andando. Había levantado la pierna derecha para avanzar un paso y me oí decir: «Estoy a punto de pisar algo que parece una piña verde de un pino». Lo que aún no había visto era la cabeza de la serpiente, lista para atacar, erguida detrás de un arbusto. Embragué mis piernas en la marcha atrás y retrocedí, muy lentamente, uno... dos... uno... dos. La serpiente también se replegó, y se deslizó dentro de un agujero. Me dije: «Estás muy sereno»... hasta que sentí las convulsiones de la náusea.

Llegué a Cullen a la una y media.

Rolf me miró de arriba abajo y comentó:

—Tienes muy mala pinta, amigo.

Colúmpiate, mi niño, en la copa del árbol,  
cuando sople el viento, la cuna oscilará,  
cuando se rompa la rama, la cuna caerá,  
y al suelo se irá mi niño, con la cuna y lo demás.

Un experimento realizado en la Tavistock Clinic de Londres, y descrito por el doctor John Bowlby en su *El apego y la pérdida*, confirma, a mi juicio, que el hombre pertenece a una especie migratoria.

Todo bebé normal chilla si lo dejan solo, y el mejor sistema para acallar sus gritos consiste en que la madre lo coja en brazos y lo acune o lo «pasee» hasta devolverle el buen humor. Bowlby montó una máquina que imitaba, exactamente, la cadencia y el movimiento de la marcha de la madre, y comprobó que, cuando el niño era sano, y estaba abrigado y bien alimentado, dejaba de llorar inmediatamente. «El movimiento ideal —escribió— es vertical, con una trayectoria de siete centímetros y medio». El mecerlo a una velocidad reducida, por ejemplo de treinta ciclos por minuto, no surtía efecto, pero si se aumentaba la velocidad a cincuenta ciclos o más, todos los bebés dejaban de llorar y casi siempre se quedaban tranquilos.

Un día sí, y otro también, el bebé nunca se siente suficientemente paseado. Y si los bebés exigen instintivamente que los paseen, la madre, en la sabana de África, también debió de caminar mucho: de un campamento a otro en su búsqueda diaria de alimentos, al ir al pozo de agua y al ir a visitar a los vecinos.

Los monos tienen los pies planos, y nosotros tenemos arcos elásticos. Según el profesor Napier, la andadura del hombre consiste en un paso largo, cadencioso: 1... 2... 1... 2, con un ritmo cuádruple incorporado a la actividad de los pies cuando éstos entran en contacto con el suelo: 1,2,3,4... 1,2,3,4..., golpe de talón, el peso sobre la parte externa del pie, el peso transferido a la almohadilla del pie, toma de impulso con el dedo gordo.

Se me ocurre, y muy seriamente, una pregunta: cuántas suelas de zapato, cuántas suelas de cuero de buey, cuántas sandalias desgastó Alighieri en el curso de su labor poética, al deambular por los senderos de cabras de Italia.

El *Infierno*, y sobre todo el *Purgatorio*, glorifican la andadura humana, la medida y el ritmo de la marcha, el pie y su forma. El paso, asociado a la respiración y saturado de pensamiento: esto es lo que Dante entiende como comienzo de la prosodia.

OSIP MANDELSTAM, *Coloquio sobre Dante*.

*Melos*: palabra griega que significa «miembro», y de allí «melodía».

E imaginad esta alma perezosa...

Un explorador blanco de África, ansioso por abreviar su travesía, pagó a sus portadores para que realizaran una serie de marchas forzadas. Pero ellos, casi al llegar a su punto de destino, descargaron los bultos y se negaron a moverse. Aunque les ofreció pagas adicionales no consiguió que modificaran su comportamiento. Dijeron que debían esperar que los alcanzaran sus almas.

Los bosquimanos, que recorren inmensas distancias por el Kalahari, no imaginan la supervivencia del alma en otro mundo. «Cuando morimos, morimos —dicen—. El viento borra la huella de nuestras pisadas, y ése es nuestro final».

Los pueblos indolentes y sedentarios, como los antiguos egipcios —con su concepto del viaje de ultratumba por el Campo de Cañas— proyectan sobre el otro mundo los viajes que no hicieron en éste.

*Londres, 1965.*

El hombre que vino a cenar con *Mr.* Rasij era un inglés muy aseado y parcialmente calvo, rubicundo como un bebé saludable, que promediaba los sesenta. Tenía patillas rubias que viraban al gris y ojos azules claros. Se llamaba Alan Brady. A primera vista se notaba que era un hombre muy dichoso.

*Mr.* Rasij era el comprador oficial del gobierno sudanés en Londres. Residía en un apartamento situado en el último piso de un edificio en torre, en Victoria. Se teñía la barba con alheña y usaba *jalabiyas* de color blanco y un turbante flojo. Vivía pegado al teléfono para recibir informes confidenciales por las carreras de caballos, y aparentemente no salía nunca de casa. De cuando en cuando, se oía el ruido de sus mujeres en otra habitación.

Su amigo Brady era viajante de una firma que fabricaba máquinas de escribir y equipos para oficina. Tenía clientes en unos treinta países africanos, y cada cuatro meses los visitaba por turno.

Decía que prefería la compañía de los africanos a la de los blancos. Era un placer hacer negocios con ellos. La gente decía que era imposible tratar con los africanos y que siempre pedían algo a cambio de nada.

—Pero permítame decirle —explicó Brady—, que son mucho más tratables que los colegas que tengo en la oficina.

En veinte años de transacciones había tenido dos morosos. Nunca se tomaba

vacaciones. No tenía miedo a las revoluciones ni a las líneas aéreas africanas.

Viajaba a Londres tres veces por año, nunca por más de una semana y se alojaba en el dormitorio que la firma reservaba para sus viajantes. Como no tenía ropas de invierno, trataba de escalonar aquellas visitas para eludir el peor tiempo: en noviembre, en marzo y nuevamente en julio.

Fuera de la ropa que llevaba puesta, no tenía más bienes que un traje tropical de recambio, una corbata de recambio, un pulóver, tres camisas, ropa interior, calcetines, pantuflas, un paraguas y un bolso de tela de esponja. Todo cabía en una maleta que podía transportar como equipaje de mano.

—No me gusta perder tiempo en los aeropuertos —dijo.

Cada vez que volvía a Londres, iba a la tienda de un especialista en artículos tropicales, próxima a Piccadilly, y renovaba todo su equipo: maleta, paraguas, ropas y lo demás. Lo que desechaba se lo daba al portero de la oficina, que así se ganaba unas libras.

—Sobre el cuerpo de Alan Brady no se termina de desgastar nada —afirmó orgullosamente.

No tenía amigos ingleses, ni familia. El apartamento de *Mr. Rasij* era el único lugar de Londres donde se sentía cómodo.

A su padre lo habían gaseado en el Somme, su madre había muerto durante la semana de Dunkerque. A veces, en verano, acostumbraba a visitar su tumba, en el cementerio de una aldea próxima a Nottingham. En otro tiempo había tenido una tía en Wigan, pero ésta también había muerto.

Ya había superado la edad de jubilarse. El personal de la oficina murmuraba que era hora de que se retirase, pero su libro de pedidos estaba siempre repleto, y la dirección lo conservaba.

—¿No tiene una base? —le pregunté—. ¿No tiene ningún lugar que pueda definir como su «hogar»?

Se ruborizó, embarazado.

—Lo tengo —balbuceó—. Se trata de algo más bien privado.

—Lo siento —dije—. Olvídelo.

—No es que me avergüence de ello —prosiguió—. Pero algunas personas podrían considerarlo ridículo.

—Yo no —afirmé.

Explicó que, en la caja de caudales de la oficina, guardaba un antiguo cofrecillo de hojalata negra, como los que usan los abogados para guardar escrituras, de esos que ostentan la inscripción «Testamentaría de *sir* Fulano de Tal», en letras blancas.

Cada vez que llegaba a Londres, se encerraba bajo llave en el dormitorio y esparcía el contenido sobre el colchón.

En el fondo del cofrecillo guardaba una miscelánea rescatada de su vida anterior: la foto de boda de sus padres; las medallas de su padre; la carta del Rey; un osito de peluche; un martín pescador de porcelana de Dresde que había sido el favorito de su

madre; el prendedor de granate de ésta; su trofeo de natación (hacia 1928, él ya no tenía accesos de asma bronquial); su bandeja de plata «por veinticinco años de leales servicios» prestados a la firma.

En la mitad superior del cofrecillo guardaba sus recuerdos «africanos», separados de los anteriores por una capa de papel de seda. Eran elementos desprovistos de valor, cada uno de los cuales testimoniaba un encuentro memorable: una talla zulú comprada a un triste viejo en los Drakensbergs; una serpiente de hierro de Dahomey; una estampa del Caballo del Profeta, o una carta de un niño de Burundy que le agradecía el regalo de una pelota de fútbol. Cada vez traía consigo algo nuevo y se desprendía de algo viejo que había perdido su valor.

Alan Brady alimentaba un solo temor: que pronto lo obligaran a jubilarse.

Si cada criatura recién nacida trae consigo el anhelo de desplazarse hacia adelante, el paso siguiente consiste en averiguar por qué aborrece quedarse quieta.

El doctor Bowlby indagó más a fondo las causas de la ansiedad y la cólera de los más pequeños, y llegó a la conclusión de que el complejo vínculo instintivo entre la madre y su hijo —los gritos de alarma del crío (muy distintos de los gemidos de frío o hambre o enfermedad); la «extraña» aptitud de la madre para oír esos gritos; el miedo del niño a la oscuridad y a los desconocidos; su terror ante los objetos que se aproximan rápidamente; su invención de monstruos de pesadilla donde ninguno de éstos existe; en síntesis, todas esas «fobias desconcertantes» que Freud intentó descifrar sin lograrlo— podría explicarse, en verdad, por la presencia constante de depredadores en la morada primigenia del hombre.

Bowlby cita una frase de los *Principles of Psychology* de William James: «La mayor causa de terror en la infancia es la soledad». El niño solitario, que patatea y chilla en su cuna, no exhibe necesariamente, por lo tanto, los primeros signos del deseo de Muerte, o del Ansia de Poder, o de un «impulso agresivo» encaminado a romperle los dientes a su hermano. Es posible que éstos se desarrollen o no se desarrollen más tarde. No. El niño grita —si se traspone la cuna a los matorrales espinosos africanos— porque, a menos que su madre acuda en el próximo par de minutos, lo devorará una hiena.

Todo niño parece tener una imagen mental innata de la «cosa» que puede atacarlo: tanto es así que cualquier «cosa» amenazante, aunque no sea la «cosa» auténtica, desencadenará una secuencia previsible de comportamientos defensivos. Los chillidos y patateos son la primera línea de defensa. Entonces la madre deberá estar preparada para luchar por el niño, y el padre para luchar por ambos. El peligro se

duplica por la noche, porque el hombre carece de visión nocturna y los grandes felinos cazan por la noche. Y seguramente este drama muy maniqueísta —que concierne a la luz, las tinieblas y la Bestia— anida en el seno de la tributación humana.

A los visitantes de la guardería de un hospital los sorprende a menudo el silencio. Sin embargo, si la madre ha abandonado realmente a su hijo, la única posibilidad de supervivencia que le queda a éste depende de que tenga la boca cerrada.



## Treinta y tres

Tal como lo había prometido, Red Dawson se presentó en Cullen para reclamar la niveladora desaparecida. Llegó en el vehículo de la policía, y para inculcar a la Banda de Cullen la seriedad de sus intenciones, iba íntegramente ataviado con su uniforme de color caqui, con todas las insignias de su rango y un sombrero deliberadamente sujeto bajo el mentón mediante el barboquejo. Sus calcetines estaban estirados hasta reventar sobre las pantorrillas.

Por la tarde recorrió las viviendas precarias semicilíndricas, pero tropezó con un muro de silencio. Nadie había oído hablar de la niveladora. Nadie sabía lo que era una niveladora. Excepto Clarence, el presidente, quien tuvo un acceso de ira y dijo que había confundido Cullen con algún otro lugar. Incluso Joshua se mostró reticente.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Red a Rolf.

Estaba sentado sobre una caja de embalar, en la tienda, y se enjugaba el sudor de la frente.

—Esperemos al viejo Alex —respondió Rolf—. Él lo sabrá. Y si no lo conozco mal, aborrecerá la niveladora y querrá sacarla de aquí.

Alex andaba deambulando como siempre por la sabana, pero debería estar de vuelta cuando se pusiera el sol... y estuvo.

—Deja esto por mi cuenta —dijo Rolf, y se fue a conversar con él.

Alex lo escuchó. Luego, con una sonrisa muy tenue, apuntó hacia el noreste con un dedo huesudo.

La pasión de Red por Spinoza empezó a cobrar sentido cuando nos contó, a la hora de la cena, que su madre era una judía de Amsterdam. Ella había sido el único miembro de la familia que había sobrevivido a la ocupación nazi, oculta en el desván de unos vecinos cristianos. Cuando los brutos hubieron partido y ella pudo transitar libremente por las calles, tuvo la sensación de que debía optar entre morir... o irse muy lejos. Conoció a un soldado australiano, que la trató amablemente y le propuso que se casara con él.

Red estaba ansioso por hablar de Spinoza, pero para mi mayor bochorno yo sólo había ojeado su *Ética* y nuestra conversación se redujo a una serie de incoherencias balbuceantes. Evidentemente, mi desempeño no estaba a la altura del de Arkadi.

A la mañana siguiente Red y yo, y un hombre que él había traído de Popanji, salimos a buscar la niveladora. Rodamos muy lentamente por la comarca en dirección al lugar que había señalado Alex. Cada vez que llegábamos a un promontorio, Red se detenía y cogía sus prismáticos.

—¡Ni señales de esa mierda! —decía.

Por fin nos metimos en un desfiladero que separaba dos colinas bajas, y al llegar al otro lado exclamamos simultáneamente:

—¡Rastros de niveladora!

¡Vaya si se habían divertido! Recorrimos kilómetros y kilómetros de terreno surcado por huellas en forma de círculo, de rizo y de ocho. Pero por mucho que perseveráramos en dar vueltas por ese ridículo laberinto, seguíamos sin encontrar señales de la niveladora.

—Creo que estoy enloqueciendo —comentó Red.

En ese momento miré en dirección a un cerro cónico situado a nuestra derecha. Sobre su vértice estaba posado el colosal artefacto amarillo.

—¡Mira! —grité.

—¡Jesús! —exclamó Red—. ¿Cómo diablos la subieron hasta allí?

Escalamos el cerro y encontramos la niveladora, herrumbrosa, con la pintura descascarillada. Un arbusto crecía a través del motor, y tenía una rueda suspendida en el aire, sobre una cuesta muy empinada. Los neumáticos, cosa increíble, estaban duros.

Red verificó el depósito, que conservaba la mitad de su contenido. Probó el arranque automático, que no funcionaba. Luego estudió la pendiente, para asegurarse de que no existían peligros ocultos, y calculó que probablemente podríamos hacerla arrancar con el impulso de la bajada.

—¡Qué hijos de puta espabilados! —comentó sonriendo—. ¡Sabían muy bien lo que hacían!

El metal de la máquina estaba infernalmente caliente. Red me entregó un par de guantes resistentes al calor y un pulverizador. Mi papel en la operación consistía en rociar el carburador con éter, sin anestesiarme a mí mismo.

Me cubría la nariz con un pañuelo. Red se encaramó en el asiento del conductor.

—¿Listo? —preguntó.

—¡Listo! —contesté.

Quitó el freno y la niveladora se deslizó hacia adelante en medio de un crujido de ramas rotas. Yo accioné la boquilla del pulverizador y me agarré con uñas y dientes cuando, repentinamente, empezamos a traquetear cuesta abajo mientras el motor cobraba vida con un rugido. Red pilotó hábilmente el armatoste hasta llegar al terreno plano, y allí lo frenó. Se volvió hacia mí y me hizo una seña con los pulgares levantados.

Le ordenó al hombre que se había traído de Popanji que cogiera el volante del vehículo de la policía. Yo viajé en la parte posterior de la cabina de la niveladora. Cuando faltaba más o menos un kilómetro y medio para llegar a Cullen, grité por encima del estrépito:

—¿Podrías hacerme un gran favor? ¿Me permites pilotarla?

—¡Claro que sí! —dijo Red.

Entré en el caserío al volante de la niveladora. No había nadie a la vista. Aparqué en una cuesta, detrás del remolque de Rolf.

Ahora, si veía al «otro» Bruce en Alice, podría decirle: «No he pilotado una

excavadora, Bru. Pero sí una niveladora».

En ningún país abundan tanto las fieras peligrosas como en el sur de África.

CHARLES DARWIN, *El origen del hombre*.

Pero donde existe el peligro también se desarrolla aquello que salva.

FRIEDRICH HÖLDERLIN, *Patmos*.

La divagación de Koestler acerca del «baño de sangre» primigenio me hizo comprender que debió de leer, de primera o segunda mano, la obra de Raymond Dart. Dart fue el joven profesor de anatomía de la Universidad Witwatersrand de Johannesburgo que, en 1924, valoró la importancia del Niño Taung —un espectacular cráneo fósil de la provincia de El Cabo— y procedió a bautizarlo con un nombre de trabalenguas: *Australopithecus africanus*, el «Mono meridional africano».

Dedujo, correctamente, que la criatura tenía una estatura de aproximadamente un metro veinte; que caminaba erguida, más o menos como un hombre; y que aunque el cerebro de un ejemplar adulto difícilmente podría haber sido mayor que el de un chimpancé, tenía igualmente características humanas.

El descubrimiento de este «eslabón perdido», insistió —en medio de las burlas de los «expertos» ingleses—, confirmaba la predicción de Darwin en el sentido de que el hombre descendía de los simios superiores de África.

También creía que al «niño» lo habían matado de un golpe en la cabeza.

Dart, un habitante de Queensland descendiente de agricultores, perteneció a la generación de la Primera Guerra Mundial, y aunque sólo presencié operaciones de limpieza en 1918, sustentaba, aparentemente, la teoría desencantada de que los hombres disfrutaban al matar a sus semejantes, y seguirán matando eternamente.

Por cierto, hacia 1953, con nuevas evidencias extraídas de una cueva de los lindes del Kalahari, se sintió obligado a compartir —en un ensayo titulado *La transición predatoria del simio al hombre*— su opinión de que nuestra especie había emergido de su pasado antropoide precisamente porque éramos asesinos y caníbales; que el arma había engendrado al hombre; que toda la historia posterior giraba alrededor de la posesión y el perfeccionamiento de armas superiores; y que, por inferencia, los hombres deben adaptar su sociedad a sus armas y no las armas a las necesidades de la sociedad.

Un discípulo de Dart, Robert Andrey, se sintió movido a colocar dicho ensayo a la altura de *El manifiesto comunista* por su influencia de largo alcance sobre la

ideología.

En 1947-1948, mientras excavaba la cueva de la calera de Makapansgat —que a su vez era un lugar tétrico donde los pioneros bóers habían masacrado a una tribu de bantúes— Dart descubrió algo que tomó por el «basurero de la cocina» de una banda de australopitecos que, «como Nemrod mucho después que ellos», habían sido grandes cazadores.

Aunque habían comido huevos, cangrejos, lagartos, roedores y pájaros, también habían descuartizado abundantes antílopes, para no hablar de mamíferos mucho más grandes: una jirafa, un oso del género *ursus spelaeus* extinguido hace ya mucho tiempo, hipopótamos, rinocerontes, elefantes, leones, dos tipos de hiena, a los cuales se sumaban, mezclados entre los aproximadamente siete mil huesos, muchos cráneos de babuinos a los que les faltaban los esqueletos, y los vestigios de un festín caníbal.

Entre los fósiles, Dart seleccionó un ejemplar especial: «la mandíbula inferior fracturada del hijo de doce años de un mono de aspecto humano»:

Al chico lo había matado un golpe violento asestado con mucha precisión en la punta del mentón. El porrazo fue tan feroz que fracturó la mandíbula a ambos lados de la cara e hizo volar todos los dientes de delante. Este ejemplar dramático me impulsó a profundizar, en 1948 y los siete años siguientes, en el estudio de su forma de vida asesina y caníbal.

Cosa que efectivamente hizo. Empezó por comparar el cúmulo de huesos de Makapansgat con los de Taung y Sterkfontein (esta última, una cueva cercana a Pretoria); y entre 1949 y 1965 publicó un total de 39 ensayos en los que desarrolló la teoría sobre una cultura de herramientas «osteodontokeráticas» (hueso-diente-cuerno) que correspondía al *Australopithecus*.

El retrato que trazó de nuestros antepasados inmediatos reveló que utilizaban habitualmente la mano derecha; que su arma favorita era una porra fabricada con el extremo distal del húmero de antílope; que usaban cuernos o astillas de hueso aguzadas a manera de dagas, quijadas a manera de sierras, dientes caninos de carnívoros a manera de picos; y que habían triturado otro montón de huesos para extraerles la médula.

Al notar, además, que casi invariablemente faltaban las vértebras de la cola, Dart sugirió que éstas las blandían a manera de mayales o látigos o banderas de señales. Asimismo, como los cráneos de los babuinos y de los *Australopithecus* parecían deliberadamente mutilados, sugirió que los ocupantes de la cueva habían sido «cazadores profesionales de cabezas». Su conclusión fue la siguiente:

Los archivos salpicados de sangre y llenos de vísceras destripadas que componen la historia humana, desde los más primitivos testimonios egipcios o sumerios hasta las atrocidades más recientes de la Segunda Guerra Mundial, concuerdan con el primigenio canibalismo universal, con las prácticas de sacrificios animales y humanos o de sus sustitutos en la religión formal, y con la extirpación de cabelleras humanas, la cacería de cabezas, la mutilación corporal y las prácticas necrófilas, para proclamar esta característica común de la sed de sangre, este hábito predatorio, esta marca de Caín que separa al hombre, desde el punto de vista dietético, de sus parientes

antropoides, y lo asocia más bien con los carnívoros más letales.

El estilo basta para sugerir que algo grave falla.

*Berkeley, California, 1969.*

En el People's Park me interpeló un *hippie* prematuramente envejecido.

—¡Basta de matar! —exclamó—. ¡Basta de matar!

—¿Por casualidad —pregunté—, no se te ocurriría decirle a un tigre que se convierta en rumiante herbívoro?

Me puse en pie, listo para echar a correr.

—¡Mierda! —gritó.

—¡Piensa en Hitler! —le grité a mi vez—. ¡Piensa en Rudolf Hess! Siempre hurgaban recíprocamente en sus cestas de picnic llenas de comida vegetariana.

Me informan de que en Cuaresma se cometen más asesinatos que en cualquier otra época del año. Un hombre sujeto a una dieta de habas (porque éste es el principal alimento de los griegos durante sus ayunos) tendrá el humor ideal para adornar el altar de su Santo y para clavarle un cuchillo a su vecino más próximo.

A. W. KINGLAKE, *Eothen*.

*Universidad Witwatersrand, Johannesburgo, 1983.*

En el Departamento de Anatomía se celebraba el nonagésimo cumpleaños del profesor Raymond Dart. El anciano blandía unas pesas de hematita con las que esperaba mantener en buenas condiciones sus lóbulos frontales. Con voz rechinante, explicó que el uso habitual de la mano derecha implicaba el uso del hemisferio izquierdo del cerebro. Pero si se ejercitaban ambas manos por igual, también se ejercitaban ambos hemisferios cerebrales.

Dos estudiantes negros mojaron delicadamente sus galletas en sus tazas de té, y rieron por lo bajo.

Después de la fiesta, dos jóvenes colegas de Dart me guiaron por un pasillo para mostrarme el Niño de Taung. ¡Qué objeto! Parecía un personajillo muy sagaz que te escudriñara desde la cumbre de los tiempos a través de unos prismáticos.

Los daños que había sufrido el cráneo, explicaron, no tenían nada que ver con la violencia. Antes de que se fosilizara, había sido sencillamente triturado por los estratos de la roca elástica llamada «brecha», que se estaban cohesionando.

También me permitieron manipular la «mandíbula rota» del niño de Makapansgat. Era de color negro grisáceo, no porque la hubieran cocinado sino porque tenía manchas de magnesio. Nuevamente dijeron que los daños habían sido causados por el «raspado» como consecuencia del hundimiento de los estratos.

Al diablo con la andanada de sandeces que se asentaron sobre los testimonios de estos dos especímenes.

*Swartkrans, Transvaal.*

En compañía de Bob Brain para una jornada de excavación en la cueva Swartkrans: hace diecinueve temporadas que él trabaja aquí. Erguido sobre la boca de la cueva, miré en una dirección, por encima de un panorama de colinas cubiertas de hierba hasta ver el alto Veld; y hacia la otra hasta ver los techos relucientes del caserío de Sterkfontein y, más allá, la montaña de detritos de la misma Krugersdorp.

La superficie del terreno estaba quebrada por pequeñas rocas melladas, que hacían muy dificultosa la marcha. Había un áloe escarlata en flor pero no había árboles, o mejor dicho, no los había en la planicie. Sin embargo, dentro de la boca de la cueva, una hedionda *anagyris foética* levantaba su tronco moteado, y sus hojas daban sombra a la excavación. Las plantas de semilla sólo sobreviven a los incendios de matorrales y las heladas en los lugares protegidos.

Brain me mostró la roca llamada «brecha», de la que se han extraído muchos fósiles de una forma musculosa de *Australopithecus*, con aspecto de King Kong, conocida por el nombre de *A. robustus*. una criatura que, según se sabe, coexistió en ese valle con el primer hombre, el *Homo habilis*, hace más de dos millones de años.

El capataz, George, era un excavador veterano. Extraía un pie cúbico de tierra por vez, y pasaba el contenido por un cedazo. Brain cogía cada fragmento de hueso, y lo escudriñaba bajo una lupa.

Abrumados por el calor del día, reposábamos dentro de su choza. Sobre el anaquel descansaba un ejemplar de *Religio Medici*, de sir Thomas Browne. Fue allí donde Brain escribió la mayor parte de su libro, *The Hunters or the Hunted?*, la historia de detectives más cautivante que he leído en mi vida.

Brain, director del Transvaal Museum de Pretoria, es un hombre circunspecto, reflexivo, retraído, de convicciones ascéticas e infinita paciencia. Su padre fue un entomólogo inglés que viajó a Rhodesia para trabajar en el control de plagas. Su madre era una sudafricana blanca de ascendencia holandesa. Brain es sobrino bisnieto de Eugène Marais, el poeta, naturalista y recluso cuyo libro *El alma de la hormiga blanca* habría de plagiar Maeterlinck.

Brain ha definido al verdadero naturalista como «un hombre enamorado del mundo», y piensa que la única manera de abordar la naturaleza consiste en tratar de ver las cosas como son, «sin filtros». Lo atormenta la fragilidad de la vida humana, y siempre busca maneras de preservarla.

Aborrece estar circunscrito a una sola disciplina, y periódicamente se ha

enfrascado —con una suerte de abnegación taoísta— en la zoología, la geología, la prehistoria y la climatología. Ha escrito sobre el comportamiento de los monos; sobre los geos; sobre los camaleones, y sobre el crótalo del desierto de Namib. Cuando haya completado su trabajo en Swartkrans, se propone volver a los protozoarios, «esos manojos unicelulares de vitalidad» que uno encuentra en los pozos más salobres del desierto, y que se alimentan, se reproducen y mueren en un lapso de pocas horas.

En 1955, cuando era joven, Brain asistió al Tercer Congreso Panafricano de Prehistoria y oyó exponer a Raymond Dart sus teorías sobre el «Baño de Sangre». Le pareció que estaba calumniando al hombre, como especie, y tal vez fue la única persona presente que supo el porqué.

Casualmente, había estado trabajando como geólogo de suelos en las «brechas» de Makapansgat, y dudaba de que Dart tuviera alguna justificación para interpretar todos los fragmentos de hueso hallados en la cueva, ya fuera como herramientas o como armas. Además, aunque en todo el mundo animal se producían esporádicamente casos de asesinato y canibalismo —generalmente como respuesta al hacinamiento o la tensión— la idea de que el hombre era producto del asesinato carecía de sentido en el campo de la evolución.

Brain rumió la tesis de Dart durante diez años y, al convertirse en director del museo, resolvió abordar el problema.

En el valle de Sterkfontein hay tres cuevas de caliza dolomítica donde se han hallado fósiles de homínidos: la misma Sterkfontein, Swartkrans y Kromdraai. No bien se hubo convencido de que en ellas las condiciones eran esencialmente iguales a las de Makapansgat, puso manos a la obra.

Cada una de las cuevas está ocupada por una «brecha» de huesos y sedimentos que se ha comprimido en estratos durante un período de dos a tres millones de años. Los huesos son de diversos tamaños, y van desde los de elefante hasta los de ratón. Entre ellos se cuentan los de varias especies extinguidas de babuinos y las de dos formas de *Australopithecus*: en Sterkfontein, el más primitivo y «grácil» *A. africanus*; en Swartkrans, su descendiente, el musculoso *A. robustus*.

También hay huesos, aunque no muchos, de hombre.

Algunos de estos huesos de homínidos sí exhiben señales inconfundibles de un final violento. Si se pudiera demostrar que otros homínidos los introdujeron en la cueva, estos últimos deberían afrontar cargos de asesinato y canibalismo. Si no, no.

Brain sometió aproximadamente veinte mil huesos a un minucioso examen «forense», para decidir cómo había llegado cada uno a la cueva y cómo había quedado en semejantes condiciones. Quizás algunos huesos habían sido arrastrados

hasta allí por inundaciones. Otros habían sido transportados por puercos espinos, que, como se sabe, juntan huesos y los utilizan para afilarse los dientes. Los de roedores más pequeños habían sido regurgitados por los búhos. Los huesos de los grandes mamíferos —elefantes, hipopótamos, hienas— eran probablemente obra de las hienas carroñeras.

Pero nada de esto altera el panorama general: a saber, que las tres cuevas habían sido madrigueras de carnívoros, y que la abrumadora mayoría de los huesos provenían de animales que habían sido matados fuera de la cueva, y arrastrados «a casa» para ser devorados en la oscuridad. Los fósiles representaban los desechos de la comida.

Es innecesario insistir sobre la ingeniosidad del método de Brain: basta señalar que todos aquellos huesos de antílope que Dart había catalogado como porras y puñales y cosas parecidas, eran precisamente aquellos componentes del esqueleto que un gran felino acostumbraría a dejar abandonados después de su banquete.

Respecto de la escasez de fósiles de homínidos —salvo cráneos y mandíbulas— Brain observó que, al devorar a un babuino, el leopardo tritura la mayor parte del esqueleto, exceptuando las extremidades y el cráneo. La ligera «mutilación» descubierta a veces en la base del cráneo se explicaba por el hábito que tenía el animal de romper la caja craneal en un punto más débil (el *foramen magnum*) para luego extraer el contenido mediante lametones.

El esqueleto de un primate es mucho más fácil y digerible que el de un antílope.

Todos los grandes felinos matan mediante una dentellada en el cuello, dentellada ésta que tiene analogías con el hacha del verdugo, la guillotina y el garrote vil. En sus *Reflexiones sobre la guillotina*, Camus recuerda cómo a su padre, un respetable *petit bourgeois* de Orán, lo indignó tanto un asesinato espantoso, que asintió al guillotinado público del culpable... y volvió vomitando desvalidamente.

Tal como nos ha revelado la experiencia del doctor Livingstone con un león, la sensación de ser atacado por un gran felino puede resultar menos pavorosa de lo que imaginamos. «Causa —escribió— una suerte de ensoñación, en la cual no existe una sensación de dolor ni un sentimiento de terror. Fue como lo que describen los pacientes cloroformados, que ven toda la operación pero no sienten el cuchillo... Es probable que este estado se produzca en todos los animales a los que matan los carnívoros, y de ser así, se trata de una concesión misericordiosa de nuestro creador para mitigar el dolor de la muerte».



Una tarde en compañía de la doctora Elizabeth Vrba, paleontóloga, principal colaboradora de Brain... ¡y una conversadora cautivante! Estábamos sentados en el suelo de la llamada Sala Roja y manipulábamos, con guantes blancos, fósiles tan famosos como el de la «señora Ples»: un cráneo casi completo de *A. africanus* que el difunto Robert Broom descubrió hacia 1930.

Tener en una mano la delicada mandíbula del *africanus* y en otra los enormes molares triturantes del *robustus* era como manipular la herradura de un *pony* de Shetland y la de un percherón.

Los fósiles del valle de Sterkfontein son todos tardíos cuando se los compara con los de Kenia y Etiopía, donde ahora se piensa que la forma arcaica y enana del *Australopithecus*, el *A. afarensis* (el ejemplar típico es «Lucy»), caminaba erecto hace aproximadamente seis millones de años. Según los cálculos actuales, los primeros «sudafricanos» tienen aproximadamente la mitad de aquella edad.

Elizabeth Vrba me mostró cómo las tres formas de *Australopithecus* representan otras tantas etapas de la escala evolutiva, cada vez más grandes y más musculosas para responder a un mundo cada vez más seco y más despejado.

El punto en que el primer hombre se aparta de este linaje es un interrogante que los expertos seguirán discutiendo *ad infinitum*. Todo trabajador de campo desea ser quien lo encuentre a ÉL. Pero, tal como advirtió Brain: «Descubrir un hermoso fósil, y uncir luego a él la propia reputación, equivale a no ver más el fósil».

Lo cierto es que, en alguna fecha situada hace más de dos millones y medio de años, aparece en África oriental una criatura pequeña y ágil, con un desarrollo asombroso de los lóbulos frontales. En las tres etapas del *Australopithecus*, la proporción entre el cuerpo y el cerebro se mantiene constante. En el hombre, se produce una explosión súbita.

Elizabeth Vrba ha escrito una serie de ensayos sobre los ritmos de cambio evolutivo que han sido aclamados en todo el mundo. Fue ella quien aguzó mi conciencia sobre el debate entre los «gradualistas» y los partidarios de la teoría del «salto».

Los darwinistas ortodoxos creen que la evolución se ciñe a una continuidad

solemne. Cada generación difiere imperceptiblemente de la de sus padres, y cuando las diferencias se acumulan, la especie cruza una línea divisoria genética y cobra vida una nueva criatura, digna de un nombre distinto en la clasificación de Linneo.

Los partidarios de la teoría del «salto», en cambio, atentos a las transiciones brutales del siglo xx, argumentan que cada especie es una entidad con un origen brusco y un final abrupto, y que la evolución se desarrolla mediante breves estallidos de actividad frenética seguidos por largos períodos de indolencia.

La mayoría de los evolucionistas opina que el clima es un motor del cambio evolutivo.

Las especies, en general, son conservadoras y resistentes al cambio. Avanzan progresivamente, como miembros de un matrimonio en crisis, e introducen ajustes menores aquí y allá, hasta que llegan a un punto crítico, pasado el cual no pueden seguir aguantando.

En medio de una catástrofe climática, cuando su hábitat se fragmenta en todo el entorno, es posible que una comunidad reproductora pequeña se desprenda de sus congéneres y quede arrumbada en un reducto aislado, generalmente en los confines de su territorio ancestral, donde deberá transformarse o extinguirse.

El «salto» de una especie a la siguiente, cuando se produce, ha de ocurrir rápida y limpiamente. De pronto, los recién llegados ya no responden a las antiguas llamadas de apareamiento. En verdad, una vez que se consolidan estos «mecanismos aislantes», no puede haber regresiones genéticas, ni pérdidas de los nuevos rasgos, ni vuelta atrás.

A veces la nueva especie, vigorizada por el cambio, puede recolonizar sus antiguas madrigueras y sustituir a sus predecesores.

El proceso de «salto» en el aislamiento ha sido llamado «especiación alopátrica», «en otro país», y explica por qué, en tanto que los biólogos encuentran incontables variaciones dentro de una especie —en la magnitud del cuerpo o la pigmentación—, nunca nadie ha hallado una forma intermedia entre una especie y la siguiente.

Por lo tanto, la búsqueda del origen del hombre puede convertirse en la cacería de una quimera.

Según parece, el aislamiento necesario para el «salto» puede existir en condiciones igualmente buenas a lo largo de un camino o itinerario migratorio, el cual es, al fin y al cabo, un área de territorio desovillada en una línea continua, semejante a la hebra que se podría hilar de un vellón.

Al reflexionar sobre lo precedente, me impresionó la semejanza entre la «alopatría» y los mitos aborígenes de la Creación, en los cuales cada especie totémica nace, aislada, en un punto determinado del mapa, y después se expande en forma de

líneas por el territorio.

Todas las especies deben «saltar» finalmente, pero algunas lo hacen con mejor predisposición que otras. Elizabeth Vrba me mostró gráficos sobre los cuales había dibujado los linajes de dos familias hermanas de antílopes, los *Alcephalini* y los *Aepycerotini*, que compartían un antepasado común en el mioceno.

Los *Alcephalini*, la familia a la cual pertenecen el ñu y el antílope de Sudáfrica, tienen dientes y estómagos «especializados» para alimentarse en zonas áridas, y han generado aproximadamente cuarenta especies durante los últimos seis millones y medio de años. El impala, miembro de los *Aepycerotini*, que es un animal con capacidad para prosperar en los climas más diversos, se ha mantenido inmutable hasta hoy.

En otra época, explicó Elizabeth Vrba, se aclamaba el cambio evolutivo como símbolo del éxito. Ahora sabemos que no es así: los triunfadores son los que perduran.

La noticia realmente importante consiste en que pertenecemos a un linaje muy estable.

Los antepasados del hombre se adaptaban a todo tipo de condiciones: eran criaturas resistentes y ricas en recursos que, durante tanto tiempo como el impala, tuvieron que zafarse de muchos aprietos sin necesidad de diferenciarse a cada rato. De ello se infiere que cuando se descubre un cambio morfológico importante en el linaje de los homínidos, es porque debió de existir una presión externa feroz para justificarlo. Y que es posible que tengamos, además, un apuntalamiento moral, e instintivo, mucho más rígido de lo que hasta ahora habíamos sospechado.

Desde las postrimerías del mioceno sólo ha habido, en verdad, dos de estos grandes «saltos hacia adelante», separados el uno del otro por un lapso de aproximadamente cuatro millones de años: el primero asociado con el *Australopithecus*, el segundo con el hombre.

1. La reestructuración de la pelvis y el pie, que dejaron de ser los del simio que vivía en el bosque y saltaba de rama en rama para convertirse en los de un ser que marchaba por la llanura; que pasaron de un plan cuadrúpedo a un plan bípedo; que dejaron de ser los de una criatura que se movía con las manos para convertirse en los de una criatura que tenía las manos libres para otras actividades.

2. La rápida expansión del cerebro.

Resulta que ambos «saltos» coincidieron con virajes súbitos hacia un clima más frío y

más seco.

Hace aproximadamente diez millones de años, nuestro antepasado hipotético, el simio del mioceno, debía de pasar sus días en el bosque de follaje alto y constantemente azotado por la lluvia que cubría la mayor parte de África en aquella época.

Probablemente pasaba cada noche en un lugar distinto, como el chimpancé y el gorila, pero circunscribía sus andanzas a unos pocos kilómetros cuadrados de territorio seguro, donde siempre tenía alimentos a su alcance, donde la lluvia corría por los canalones de los troncos y donde después el sol salpicaba las hojas, y donde podía columpiarse hacia lugares seguros y alejados de los «horrores» del suelo.

(He visto el cráneo fósil de un hiénido del mioceno, procedente del lago TERNÉFINE del Chad: un animal del tamaño de un toro con mandíbulas capaces de seccionar la pata a un elefante).

Sin embargo, en las postrimerías del mioceno empezó a disminuir el tamaño de los árboles. Parece que, por razones aún oscuras, el Mediterráneo absorbió el seis por ciento de la sal de los océanos del mundo. Como consecuencia de la reducción de la salinidad, los mares que rodeaban la Antártida empezaron a helarse. La magnitud del manto de hielo se duplicó. Bajó el nivel del mar, y el Mediterráneo, cerrado por un puente de tierra a la altura de Gibraltar, se convirtió en una gran cuenca salada evaporadora.

En África, la selva lluviosa se redujo a pequeñas áreas —donde actualmente se encuentran los monos arbóreos—, en tanto que en la franja oriental del continente la vegetación se convirtió en una «sabana en mosaico»: un territorio abierto ocupado por bosques y praderas, con estaciones alternadas de humedad y sequía, de abundancia y carencia, de inundaciones y lagos de cieno resquebrajado. Aquél fue el «hogar» del *Australopithecus*.

Éste era un animal que caminaba y probablemente transportaba cargas: la marcha erecta, con el consiguiente desarrollo del músculo deltoide, parece presuponer el traslado de pesos, probablemente víveres y niños, de un lugar a otro. Sin embargo, sus hombros anchos, sus brazos largos, y los dedos de sus pies marginalmente prensiles, sugieren que, por lo menos en su forma «arcaica», aún vivía parte del tiempo en los árboles, o se refugiaba en ellos.

Hacia 1830, Wilhelm von Humboldt, el padre de la lingüística moderna, sugirió que el hombre marchaba erguido como consecuencia del discurso que así no sería «ahogado o enmudecido por el suelo».

Sin embargo, cuatro millones de años de marcha erguida no surtieron absolutamente ningún efecto sobre el desarrollo del habla.

Igualmente, parece que tanto los «gráciles» como los «robustos» tenían la aptitud de fabricar herramientas simples, de hueso e incluso de piedra. Cuando se examinan estas herramientas bajo el microscopio, su desgaste sugiere que no eran utilizadas para efectuar carnicerías, sino para arrancar bulbos y tubérculos. Es posible que el *Australopithecus* haya cazado alguna gacela joven si ésta se ponía a su alcance. Incluso es posible que haya cazado sistemáticamente, como un chimpancé. Pero seguía siendo más o menos vegetariano.

En cuanto al primer hombre, éste era omnívoro. Sus dientes son los de un omnívoro. Las herramientas de piedra diseminadas por sus campamentos parecen indicar que descuartizaba cadáveres de animales y los comía. Sin embargo, probablemente era un carroñero más que un cazador. Su aparición coincide con la segunda gran alteración climática.

Los estudiosos de la climatología han descubierto que, hace entre tres millones doscientos mil y dos millones seiscientos mil años, se produjo una caída drástica en la temperatura del mundo conocida por el nombre de Primera Glaciación Septentrional, durante la cual se congeló por primera vez el casquete del Polo Norte. En África, las consecuencias fueron catastróficas.

Los bosques fueron barridos de un extremo al otro del Valle de la Gran Fractura y los sustituyó la estepa abierta: un gran desierto de arena y guijarros, manchones de hierba y arbustos espinosos, con un remanente de árboles más altos a lo largo del curso de agua.

El matorral espinoso fue el territorio donde se expandió el cerebro del primer hombre: la Corona de Espinas no fue una corona causal.

—El hombre —dijo Elizabeth Vrba—, nació en medio de la adversidad. En este caso, la adversidad es la aridez.

—¿Eso significa que el hombre nació en el desierto?

—Sí —respondió—. En el desierto. O por lo menos en el semidesierto.

—¿Donde el aprovisionamiento de agua era siempre poco fiable?

—Sí.

—Pero ¿había muchos animales en la zona?

—Al carnívoro no le importa dónde vive, con tal que pueda conseguir su ración de carne. ¡Debió de ser terrible!

La historia de la evolución está llena de «carreras armamentistas» entre el depredador y la presa, porque la selección natural favorece a la presa con las mejores defensas y a

los depredadores con los mejores equipos para matar.

La tortuga se refugia en su caparazón. El puercoespín eriza sus púas. La polilla se oculta camuflándose contra la corteza de un árbol, y el conejo corre al interior de una madriguera muy pequeña, donde el zorro no puede seguirlo. Pero el hombre estaba indefenso en una llanura sin árboles. La reacción del *robustus* consistió en desarrollar más músculo. Nosotros utilizamos el cerebro.

Era absurdo, prosiguió la doctora Vrba, estudiar la aparición del hombre en un vacío, sin analizar el destino de otras especies en la misma escala cronológica. El hecho fue que, hace aproximadamente dos millones y medio de años, en el momento preciso en que el hombre dio su «salto» espectacular, se produjo una «tremenda rotación de especies».

—A los antílopes —dijo—, se les vino el cielo abajo.

En toda África oriental, los ramoneadores más sedentarios dejaron paso a los herbívoros migratorios «más cerebrales». Sencillamente había desaparecido la base de la existencia sedentaria.

—Y las especies sedentarias —prosiguió—, como los genes sedentarios, son inmensamente afortunados durante un tiempo, pero al fin son autodestructivos.

En los territorios áridos, los recursos nunca son estables de un año a otro. Una tormenta fortuita puede crear un oasis verde transitorio, mientras que a pocos kilómetros de allí la tierra sigue reseca y desnuda. Por lo tanto, para sobrevivir en la sequía, cualquier especie debe recurrir a una de dos estratagemas: resignarse a lo peor y abroquelarse; o abrirse al mundo y echar a andar.

Algunas semillas del desierto se mantienen latentes durante décadas. Algunos roedores del desierto sólo salen de sus madrigueras por la noche. La *welwitschia*, una espectacular planta de hojas correosas que crece en el desierto de Namib, vive miles de años con su dieta diaria de niebla matinal. Pero los animales migratorios deben desplazarse... o deben estar preparados para hacerlo.

Elizabeth Vrba dijo, en un momento de la conversación, que los relámpagos estimulan a los antílopes y los inducen a migrar.

—Otro tanto les sucede a los bosquimanos del Kalahari —acoté—. Ellos también «siguen» al relámpago. Porque donde ha habido relámpagos, habrá agua, plantas y caza.

Cuando dejo descansar los pies mi mente también deja de funcionar.

Es posible que la facultad lingüística del *Homo habilis* haya estado circunscrita a gruñidos y aullidos y siseos. Nunca lo sabremos. El cerebro no sobrevive al proceso de fosilización. Sin embargo, sus contornos y lineamientos dejan su huella en el interior del cráneo. Es posible sacar moldes y colocar éstos vaciados en fila y compararlos entre sí.

*París, Musée de l'Homme, 1984.*

El profesor Yves Coppens —una de las mentes más lúcidas entre las que se ocupan del tema del hombre fósil— había alineado en su pulcro despacho una serie de estos vaciados. En el momento en que pasó del *Australopithecus* al hombre, tuve la sensación de que me hallaba frente a algo asombroso y nuevo.

No sólo aumenta el tamaño del cerebro (casi en un 50 por 100), sino que también cambia su forma. Las regiones parietal y temporal —centros de la inteligencia sensorial y el aprendizaje— se modifican y se vuelven mucho más complejas. El Área de Broca, que según se sabe es inseparable de la coordinación del lenguaje, aparece por primera vez. Se espesan las membranas. Se multiplican las sinapsis, lo mismo que las venas y arterias que irrigan el cerebro.

Dentro de la boca también se producen grandes cambios morfológicos, sobre todo en la región alveolar donde la lengua entra en contacto con el paladar. Y como el hombre es por definición un animal parlante, estas transformaciones sólo se pueden entender en relación con el desarrollo del lenguaje.

Las etapas subsiguientes de la evolución humana —del *Homo erectus* al *Homo sapiens sapiens*— no merecen, según el criterio de Coppens, el título de especies independientes. Más bien, se las debería catalogar como transformaciones del modelo original: el *Homo habilis*.

«La larga experiencia con el *Homo habilis* —escribe en *Le Singe, l'Afrique et l'homme*—, me ha llevado a pensar que es a él a quien deberíamos formular la pregunta: ¿Quiénes somos? ¿De dónde hemos venido? ¿A dónde vamos? Su triunfo repentino parece tan brillante, tan extraordinario y tan nuevo, que yo elegiría gustosamente esta especie, y esta región del mundo, para situar el origen de la memoria y el lenguaje».

—Sé que esto podría parecer descabellado —le dije a Elizabeth Vrba—, pero si me preguntaran: «¿Para qué sirve el gran cerebro?», sentiría la tentación de contestar: «Para abrírnos camino cantando por el desierto».

Pareció un poco sorprendida. Luego metió la mano en un cajón de su escritorio y extrajo una acuarela: una imagen que el artista se había formado sobre una familia de

los primeros hombres, y sus niños, que marchaban en fila india por un erial vacío.

Sonrió y comentó:

—Yo también pienso que los homínidos eran migratorios.

¿Quién había sido, entonces, el asesino de la cueva?

Los leopardos prefieren devorar sus presas en los recovecos más oscuros. Y en una primera etapa de su investigación, Brain pensó que habían sido ellos los responsables de la carnicería. Hipótesis que, en verdad, podría ser parcialmente correcta.

Entre los fósiles de la Sala Roja me mostró el calvario incompleto de un joven *Homo habilis* varón. Cerca de la parte anterior del cráneo se observan las marcas de un tumor cerebral: así que tal vez era el idiota del grupo. En la base, hay dos agujeros nítidos separados por dos centímetros y pico de distancia. Luego Brain cogió el cráneo de un leopardo descubierto en el mismo estrato y me mostró cómo los caninos inferiores encajaban perfectamente en los dos agujeros. El leopardo arrastra a su víctima sujetándole el cráneo con las mandíbulas, tal como el gato arrastra el ratón.

Los agujeros estaban exactamente en la posición justa.

*Bhimtal, Kumaon, India.*

Una tarde, fui a visitar al *saddhu* devoto de Siva en su ermita, situada en la colina de enfrente. Era un hombre muy santo, que aceptó mi ofrenda de pocas rupias y la envolvió, reverentemente, en el ángulo de su túnica anaranjada. Estaba sentado sobre una piel de leopardo, con las piernas cruzadas. Su barba fluía sobre sus rodillas y, mientras hervía el agua para el té, las cucarachas subían y bajaban por ella. Debajo de la ermita había una cueva de un leopardo. En las noches de luna el leopardo salía al jardín, y él y el *saddhu* se miraban recíprocamente.

Pero los más ancianos de la aldea recordaban con horror la época de los «devoradores de hombres», cuando nadie estaba seguro, ni siquiera tras las puertas con cerrojo.

En Rudraprayag, al norte de aquí, un devorador de hombres engulló a más de ciento veinticinco personas antes de que Jim Corbett le pegara un tiro. En otro caso, la fiera derribó la puerta de un establo, se arrastró por encima o por debajo de los cuerpos de cuarenta cabras vivas sin tocar ni una, y finalmente cogió al joven pastor que dormía solo en el último rincón de la choza.

*Transvaal Museum.*



Generalmente, aunque no siempre, el leopardo se convierte en devorador de hombres como consecuencia de un accidente. Por ejemplo, la pérdida de un canino. Pero una vez que el animal se acostumbra al sabor de la carne humana, no prueba otra.

Cuando Brain se decidió a sumar los porcentajes de fósiles de primates, o sea de babuinos y homínidos, tanto en la categoría «robusta» de Swartkrans como en la categoría *africanus* de Sterkfontein, descubrió con asombro que los huesos de primates representaban el 52,9 por 100 y el 69,8 por 100 del espectro total de presas. El resto correspondía a los antílopes y otros mamíferos. Cualquiera que fuera la bestia (o cualesquiera que fueran las bestias) que utilizaba las cuevas como matadero, tenía preferencia por los «primates».

Brain acarició la idea de que aquello había sido obra de leopardos «devoradores de hombres», pero la hipótesis tenía varios puntos débiles:

1. Las estadísticas de los parques nacionales africanos demuestran que los babuinos no representan más del 2 por 100 de la dieta normal de un leopardo.

2. En los estratos superiores de Swartkrans, cuando los ocupantes indiscutibles de la cueva eran los leopardos, éstos dejaban abundantes restos de su presa habitual, la gacela de África del sur llamada *springbok*, en tanto que los babuinos se reducían al 3 por 100.

¿Era posible que los leopardos hubieran pasado por una etapa «anormal» durante la cual se habían alimentado de hombres, para luego volver a sus hábitos anteriores?

Además, cuando Elizabeth Vrba se decidió a analizar los huesos de bóvidos de las cuevas, encontró una preponderancia de animales como el antílope gigante de África del Sur o *hartebeeste*, con los que el leopardo no habría podido competir porque eran demasiado corpulentos para él. Algún otro carnívoro más poderoso debía de haber estado actuando. ¿Cuál?

- a) Las hienas cazadoras de piernas largas, *Hyenictis* y *Euryboas*.
- b) Los *machairodus*, smilodones o felinos de dientes del sable.
- c) El género *Dinofelis*, «el falso smilodon».

Los smilodones tenían unos músculos enormes en el cuello y daban unos saltos portentosos, y en sus mandíbulas superiores tenían caninos como guadañas, con el borde cortante serrado, los cuales, con un golpe descendente, se hundían en el cuello de la presa. Estaban especialmente dotados para cazar grandes herbívoros. Sus dientes carniceros eran más eficientes que los de cualquier otro carnívoro para cortar el alimento. Y sin embargo sus mandíbulas inferiores eran débiles, tan débiles que no podían destrozar totalmente un esqueleto.

En una oportunidad, Griff Ewer sugirió que los molares trituradores de la hiena habían evolucionado en respuesta a la superabundancia de cadáveres que los smilodones no terminaban de devorar.

Evidentemente, las cuevas del valle de Sterkfontein estuvieron ocupadas durante mucho tiempo por una variedad de carnívoros.

Brain pensó que los smilodones y las hienas, trabajando juntos, pudieron haber transportado hasta allí una parte de los huesos, y sobre todo los de los antílopes más grandes. Las hienas cazadoras también podrían haber sido responsables del almacenamiento de algunos de los homínidos.

Pero pasemos a la tercera alternativa.

El *Dinofelis* era un felino menos ágil que el leopardo o la «chita», pero de contextura mucho más robusta. Tenía dientes asesinos rectos, semejantes a dagas, a mitad de camino entre la forma de los del smilodon y, digamos, los del tigre moderno. Su mandíbula inferior podía cerrarse de un solo golpe y, puesto que se movía con un poco de torpeza, debía de cazar sigilosamente y por la noche. También debía de tener la piel moteada. O podría haberla tenido rayada. O podría haber sido negro, como la pantera.

Se han exhumado sus huesos desde el Transvaal hasta Etiopía, o sea, del ámbito originario del hombre.

En la Sala Roja, acababa de tener en mis manos un cráneo fósil de *Dinofelis*, un ejemplar perfecto, cubierto con una pátina de color marrón meloso. Tomé la iniciativa de articular su mandíbula inferior y mientras lo hacía miré atentamente los colmillos.

El cráneo proviene de uno de los tres esqueletos completos de *Dinofelis* —un macho, una hembra y un «cachorro»— que encontraron fosilizados junto con los de ocho babuinos y ningún otro animal en Bolt's Farm, a poca distancia de Swartkrans, en los años 1947-1948. Su descubridor, H. B. S. Cooke, sugirió que la «familia» de *Dinofelis* había estado cazando babuinos cuando había caído en un foso natural, y todos habían muerto juntos.

¡Extraño final! Pero no más extraño que las preguntas aún sin respuesta: ¿Por qué, en esas cuevas, había tantos babuinos y homínidos? ¿Por qué había tan pocos antílopes y animales de otras especies?

Brain sopesó las posibilidades con su habitual cautela, y en los dos últimos párrafos de *The Hunters of the Hunted?* planteó, de forma experimental, dos hipótesis

complementarias.

Es posible que a los homínidos no los hayan arrastrado a las cuevas, sino que hayan vivido en ellas junto con su destructor. En el monte Suswa, un volcán apagado de Kenia, hay largos túneles de lava, en cuyas profundidades vivían los leopardos, en tanto que los grupos de babuinos se refugiaban a la entrada durante la noche. Los leopardos tenían una despensa viva en su propia puerta.

En el Transvaal las noches de invierno son frías, tan frías que el número de babuinos del alto Veld está limitado por la cantidad de cuevas o refugios donde pueden dormir. En la época de la Primera Glaciación Septentrional, debieron de sucederse centenares de noches de helada. Y ahora imaginemos al *robustus* en medio del frío: seres migratorios que deambulaban en verano hasta las tierras altas y que en invierno se replegaban a los valles, desprovistos de toda defensa que no fuera la que les suministraba su propia fuerza bruta; sin fuego; sin más calor que el de sus cuerpos apretujados entre sí; ciegos por la noche, pero obligados a compartir su vivienda con un felino de ojos brillantes que, de cuando en cuando, debía de salir a cazar un descarriado.

La segunda hipótesis presenta una idea que produce vértigo.

¿Y si el *Dinofelis*, pregunta Brain, era un animal de presa especializado en primates?

«La combinación de las mandíbulas robustas con un componente bien desarrollado de la dentadura —escribe—, podría haber permitido que el *Dinofelis* comiera todas las partes del esqueleto del primate, excepto el cráneo. La hipótesis de que el *Dinofelis* era un carnicero especializado, resulta persuasiva».

Y uno siente la tentación de preguntar: ¿Es posible que el *Dinofelis* fuera Nuestra Bestia? ¿Una Bestia que sobresalía entre todos los otros Avatares del Infierno? ¿El Archienemigo que nos acechaba, sigilosa y astutamente, en todos los lugares adonde íbamos? Pero ¿sobre el cuál, finalmente, triunfamos?

Coleridge garrapeó una vez en una libreta de apuntes: «El Príncipe de las Tinieblas es un Caballero». Lo que seduce en la hipótesis del animal de presa especializado es la idea de su intimidad con la Bestia. Porque si, inicialmente, existió una Bestia específica, ¿no habremos querido hechizarla, como los ángeles hechizaron a los leones en la celda de Daniel?

Las serpientes, los escorpiones y otras criaturas deletéreas de la sabana —que, independientemente de su materialidad zoológica, disfrutaban de una carrera de segundo orden en los Infiernos de los Místicos— nunca podrían haber amenazado nuestra existencia como tal; nunca podrían haber postulado el fin de nuestro mundo. Un carnicero especializado podría haberlo hecho, y ésta es la razón por la cual

debemos tomarlo en serio, aunque la evidencia sea muy frágil.

A mi juicio —ya sea que aceptemos la intervención de un gran felino, de varios felinos, o de monstruos como la hiena cazadora— el logro de Bob Brain consiste en haber resucitado una figura cuya presencia se fue diluyendo progresivamente desde las postrimerías de la Edad Media: el Príncipe de las Tinieblas con toda su siniestra majestuosidad.

Sin forzar los límites del rigor científico (como indudablemente lo he hecho yo), Brain ha puesto al descubierto los anales de una victoria formidable —una victoria sobre la que aún podemos seguir construyendo— en virtud de la cual el hombre, al convertirse en hombre, triunfó sobre los poderes de la destrucción.

Porque el hombre aparece súbitamente en los estratos superiores de Swartkrans y Sterkfontein. Él manda y los animales de presa ya no están a su lado.

Es posible que, comparados con esta victoria, el resto de nuestros logros se puedan interpretar como otros tantos adornos superfluos. Se podría decir que somos una especie que se está tomando sus vacaciones. Sin embargo, quizá aquélla tuvo que ser una victoria pírrica: ¿Acaso la totalidad de la historia no ha consistido en una búsqueda de falsos monstruos? ¿En una nostalgia por la Bestia que hemos perdido? ¿Por el Caballero que se retiró garbosamente con una reverencia... y nos dejó con el arma en la mano?

## Treinta y cuatro

Rolf y yo estábamos tomando un trago cuando una de las enfermeras de Estrella entró corriendo para anunciar que un hombre llamaba por el radioteléfono. Rogué que fuera Arkadi. Después de todos mis desahogos por escrito, anhelaba una sesión de su charla fresca, inteligente.

Los dos corrimos al dispensario para descubrir que no había un hombre en la línea, sino una mujer de voz muy ronca: Eileen Houston, de la Oficina de Artes Aborígenes de Sidney.

—¿Winston ya ha terminado su cuadro? —gruñó.

—Sí —respondió Rolf.

—Okey. Dile que estaré a las nueve en punto.

Se cortó la comunicación.

—Putá —masculló Rolf.

Winston Japurula, el artista más «importante» que trabajaba en Cullen, había completado un lienzo hacía apenas una semana, y esperaba que la señora Houston se presentara para comprárselo. Como muchos artistas, era pródigo con sus dádivas, y había acumulado una deuda descomunal en la tienda.

La señora Houston, que se describía a sí misma como «la decana de las compradoras de Arte Aborigen», tenía la costumbre de recorrer los asentamientos para vigilar a sus artistas. Les traía pintura y pinceles y lienzo, y les pagaba la obra terminada con un cheque. Era una mujer muy tenaz. Siempre acampaba en la sabana, sola, y nunca carecía de prisa.

A la mañana siguiente Winston la estaba esperando, con las piernas cruzadas, desnudo hasta la cintura, sobre un tramo de terreno llano próximo a los barriles de gasolina. Era un hedonista envejecido, con rollos de grasa que desbordaban sobre sus pantaloncitos salpicados de pintura y una boca inmensa con las comisuras curvadas hacia abajo. Sus hijos y nietos ostentaban la marca de su magnífica fealdad. Dibujaba un monstruo sobre un trozo de cartón. Había adquirido, por osmosis, el temperamento y los modales del Lower West Broadway.

Su «policía» o supervisor ritual, un hombre joven, con pantalones deportivos, llamado Bobby, estaba cerca para vigilar que Winston no dejara filtrar ningún conocimiento sagrado.

A las nueve en punto, los chicos divisaron el todoterreno rojo de la señora Houston que avanzaba por la pista de aterrizaje. Se apeó, se acercó al grupo, y asentó sus nalgas sobre una banqueta de *cámping*.

—Buenos días, Winston —dijo, con una inclinación de cabeza.

—Buenos días —respondió él, sin moverse.

Era una mujer corpulenta, enfundada en un «vestido de batalla» de color marrón

claro. Su pámela escarlata, semejante a un casco tropical, estaba encajada hasta el fondo sobre una melena de rizos grisáceos. Sus mejillas pálidas, curtidas por el calor, se ahusaban en dirección a un mentón muy puntiagudo.

—¿Qué esperamos? —preguntó—. Pensé que había venido a ver un cuadro.

Winston jugueteó con su tirabuzón de pelo e hizo un ademán en dirección a sus nietos para ordenarles que fueran a traerlo de la tienda.

Seis de ellos volvieron transportando un gran lienzo desplegado, de digamos dos metros y pico por uno y medio, protegido del polvo mediante una lámina de plástico transparente. Lo depositaron cuidadosamente en el suelo y le quitaron la cubierta.

La señora Houston parpadeó. La vi reprimir una sonrisa de satisfacción. Le había encargado a Winston que pintara un cuadro «blanco». Pero éste, creo, superaba sus expectativas.

Muchos artistas aborígenes utilizan técnicas de colores estridentes. Allí sólo había seis círculos escalonados entre el blanco y el blanco cremoso, pintados con escrupulosos toques «puntillistas», sobre un fondo que iba del blanco al blanco azulado y al ocre muy claro. En el espacio comprendido entre los círculos se veían algunos garabatos serpenteantes de color gris lila igualmente pálido.

La señora Houston movió los labios. Casi se podían oír sus cálculos mentales: una galería blanca... una abstracción blanca... Blanco sobre Blanco... Malevich... Nueva York...

Se enjugó el sudor de la frente y se dominó.

—¡Winston! —señaló el lienzo con el dedo.

—Sí.

—Winston, ¿no has usado el blanco de titanio como te dije! ¿De qué sirve que pague pigmentos caros si ni siquiera los utilizas? Has usado blanco de cinc, ¿no es cierto? ¡Contesta!

La reacción de Winston consistió en cruzar los brazos sobre su rostro y espiar por una hendidura, como si se tratara de un juego infantil.

—¿Has usado o no has usado el blanco de titanio?

—¡NO! —gritó Winston, sin bajar los brazos.

—Eso me pareció —dijo ella, y levantó el mentón con talante satisfecho.

Luego volvió a mirar el lienzo y descubrió un pequeño desgarrón, de menos de un centímetro de longitud, sobre el borde de uno de los círculos.

—¡Mira! —exclamó—. Lo has roto. Winston, has roto la tela. ¿Sabes lo que significa eso? Habrá que rehacer el cuadro. Tendré que enviarlo a los restauradores de Melbourne. Y eso me costará por lo menos trescientos dólares. Es una lástima.

Winston, que había bajado las defensas, volvió a cubrirse el rostro con los brazos y presentó una fachada indescifrable a la traficante.

—Es una lástima —repitió la mujer.

Los testigos observaban el lienzo como si estuvieran mirando un cadáver.

La mandíbula de la señora Houston empezó a temblar. Había exagerado y debería

adoptar un tono más conciliador.

—Pero es un bello cuadro, Winston —manifestó—. Muy apropiado para nuestra exposición itinerante. ¿Te dije que estábamos formando una colección, verdad? ¿De los mejores artistas pintupi? ¿Te lo dije? ¿Me oyes?

Hablaba con tono ansioso. Winston no contestó nada.

—¿Me oyes?

—Sí —respondió arrastrando la palabra, y bajó los brazos.

—Bueno, ¿entonces estás de acuerdo, no es cierto? —Intentó reír.

—Sí.

La mujer extrajo un bloc y un lápiz del bolso que llevaba colgado del hombro.

—¿Cuál es la historia, Winston?

—¿Qué historia?

—La historia del cuadro.

—Yo lo pinté.

—Ya sé que lo has pintado. Quiero decir, ¿cuál es la historia del Ensueño? No puedo vender un cuadro sin historia. ¡Ya lo sabes!

—¿Lo sé?

—Sí, lo sabes.

—El Viejo —dijo.

—Gracias —empezó a escribir sobre el bloc—. ¿Así que la pintura es un Ensueño del Viejo?

—Sí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—El resto de la historia.

—¿Qué historia?

—La historia del Viejo —exclamó la señora Houston, furiosa—. ¿Qué hace el Viejo?

—Camina —respondió Winston, mientras dibujaba una línea doble de puntos sobre la arena.

—Claro que camina —dijo ella—. ¿Hacia dónde camina?

Winston miró el lienzo con los ojos desencajados y después levantó la vista hacia el «policía».

Bobby le hizo un guiño.

—Te he hecho una pregunta —insistió la señora Houston, enunciando las sílabas una por una—. ¿Hacia dónde camina el Viejo?

Winston se sorbió los labios y no dijo nada.

—Bueno, ¿qué es eso? —La mujer señaló uno de los círculos blancos.

—Salina.

—¿Y eso?

—Salina.

—¿Eso?

—Salina. Todas son salinas.

—¿Así que el Viejo camina sobre salinas?

—Sí.

—¡No es una gran historia! —La señora Houston se encogió de hombros—. ¿Y qué me dices de esos garabatos del medio?

—*Pitjuri* —contestó.

El *pitjuri* es un narcótico de efecto suave que los aborígenes mastican para apaciguar el hambre. Winston bamboleó la cabeza y revolvió los ojos de un lado a otro, como un hombre bajo los efectos del *pitjuri*. Los espectadores rieron. La señora Houston no.

—Ya veo —murmuró. Después, pensando en voz alta para sus adentros, empezó a escribir el bosquejo de la historia—. El anciano antepasado de barba blanca, muerto de sed, vuelve a casa atravesando una salina refulgente y encuentra, en la margen opuesta, una planta de *pitjuri*...

Apretó el lápiz entre los labios y me miró en busca de confirmación.

Le sonreí afablemente.

—Sí, me gusta —dijo—. Será un buen comienzo.

Winston había levantado la vista del lienzo y la clavó en ella.

—Lo sé —prosiguió—. ¡Lo sé! Ahora tenemos que fijar el precio, ¿verdad? ¿Cuánto te di la vez pasada?

—Quinientos dólares —contestó Winston, con tono agrio.

—¿Y cuántos te adelanté esta vez?

—Doscientos.

—Correcto, Winston. Lo recuerdas bien. Bueno, ahora hay que reparar el daño. ¿Qué te parece si restamos cien para la restauración y te pago otros trescientos? O sea cien más que la vez pasada. Entonces estaremos ambos conformes.

Winston no se movió.

—Y necesitaré una foto tuya —siguió parloteando—. Creo que será mejor que te pongas más ropas. Hace falta una buena foto nueva para el catálogo.

—¡No! —rugió Winston.

—¿Qué significa ése no? —La señora Houston pareció muy disgustada—. ¿No quieres que te saquen una foto?

—¡NO! —vociferó con más fuerza—. ¡Quiero más dinero!

—¿Más dinero? No... no... no entiendo.

—¡He dicho... MÁS DINERO!

La señora Houston adoptó una expresión agraviada, como si estuviera tratando con un niño ingrato, y luego preguntó, fríamente:

—¿Cuánto?

Winston volvió a cubrirse el rostro con los brazos.

—¿Cuánto dinero quieres? —Perseveró—. No estoy aquí para perder mi tiempo.



He estipulado mi precio. Fija tú el tuyo.

Winston no se movió.

—Esto es ridículo —dijo ella.

Winston permaneció callado.

—No haré otra oferta —manifestó ella—. Tú tendrás que fijar tu precio.

Nada.

—Adelante. Dilo. ¿Cuánto?

Winston bajó uno de los brazos y dejó libre un espacio triangular a través del cual gritó:

—¡SEIS MIL DÓLARES!

La señora Houston estuvo a punto de caerse del taburete.

—¡Seis mil dólares! ¡Debes de estar bromeando!

—Bueno, ¿por qué pide usted siete mil jodidos dólares por uno de mis cuadros en su jodida exposición de Adelaida?

En vista del alineamiento de auténticos monstruos que enfrentaban al primer hombre, está fuera de la cuestión suponer que la lucha y la guerra tribales formaban parte del esquema inicial. Sólo existían las formas clásicas de cooperación.

Ibn Jaldún escribe que en tanto Dios otorgó a los animales sus extremidades naturales para defenderse, al hombre le dispensó la facultad de pensar. El poder del pensamiento le permitió fabricar armas —lanzas en lugar de cuernos, sables en lugar de garras, escudos en lugar de pieles compactas— y organizar comunidades para producirlas.

Como cada individuo aislado era impotente ante el animal salvaje, y sobre todo ante el animal predatorio, el hombre sólo podía protegerse mediante la defensa comunitaria. Pero, en las condiciones de la sociedad civilizada, la guerra de todos contra todos se desencadenó con los equipos ideados para ahuyentar a los animales de presa.

¿Cuál era el arma apropiada para disuadir a una fiera como el *Dinofelis*?

El fuego, por cierto. Sospecho que algún día, en alguna parte, un excavador descubrirá que el *Homo habilis* utilizó el fuego.

En cuanto a las armas convencionales, ¿acaso la hachuela? ¡Inútil! ¿Una maza? ¡Peor que inútil! Sólo una lanza como la que San Jorge clava en las fauces del dragón, habría surtido el efecto indispensable: una lanza que un joven situado en el apogeo de sus poderes físicos arroja con buena puntería y con una sincronización de una fracción de segundo.

Demócrito (fragmento 154) dijo que era absurdo que los hombres se jactaran de su superioridad sobre los animales cuando, en cuestiones de gran importancia, éstos eran nuestros maestros: la araña en el tejido y el zurcido; la golondrina en la arquitectura; el cisne y el ruiseñor en el canto.

A lo cual se podría seguir agregando indefinidamente: el murciélago por el radar; el delfín por el sonar; y, como dijo Ibn Jaldún, los cuernos en sustitución de la lanza.

*Sasriem, desierto de Namib.*

Rebaños de cebras, avestruces y gemsbok (el oryx africano) marchaban alumbrados por la aurora contra un fondo de dunas anaranjadas. El suelo del valle era un mar de pedruscos grises.

El vigilante dijo, refiriéndose a las lanzas rectas del oryx, que eran maravillosamente eficaces contra el leopardo, pero que, en la práctica, estaban excesivamente especializadas: cuando combatían dos machos, a veces se atravesaban el uno al otro.

Cuando bajamos del coche había un oryx cerca, apostado tras un arbusto. El vigilante nos aconsejó que fuéramos prudentes: se han conocido casos en que han empalado a un hombre.

Según una tradición bíblica, la «marca» que Dios puso a Caín fueron los «cuernos»: para defenderse de las bestias del desierto, ávidas por vengar la muerte de su amo y señor, Abel.

La peculiar imagen, registrada en *Moralia* de Gregorio Magno, del cuerpo de Cristo como anzuelo para la bestia.

El tercer invento, invisible para los arqueólogos, debió de ser la mochila —de fibra o cuero— en que la madre transportaba a su lactante, de modo que las manos le quedaran libres para recoger raíces o bayas.

Así la mochila se convirtió en el primer vehículo.

Tal como escribe Lorna Marshall acerca de los bosquimanos kung: «Transportan a sus niños y sus bártulos en capas de cuero. Los críos desnudos cuelgan junto a la madre sujetos por una correa de cuero blando de antílope, sobre el lado izquierdo».

Los pueblos cazadores no disponen de leche de animales domésticos; y como dice la señora Marshall, es la leche que fortalece las piernas del niño. La madre no puede darse el lujo de destetar a su hijo hasta los tres, los cuatro o más años. Y ya sea ella o el padre deben cargar con él hasta que está en condiciones de completar por sí solo una jornada de marcha: travesías de cien o ciento sesenta kilómetros, con dos o tres «dormidas» en el trayecto.

El matrimonio constituye una unidad de transporte y defensa.

El difunto C. W. Peck documentó un mito sobre el origen de las armas, recogido en el oeste de Nueva Gales del Sur. Yo sugiero que tiene validez universal:

Hace mucho tiempo, cuando los hombres carecían de armas y estaban indefensos frente a los animales salvajes, había un grupo numeroso de individuos acampados en la confluencia de los ríos Lachlan y Murrumbidgee. Hacía calor. Los espejismos deformaban el paisaje, y todos descansaban en la sombra. De pronto los atacó una horda de canguros gigantes, que trituraban a sus víctimas con sus poderosos brazos. La gente huyó aterrada y hubo pocos sobrevivientes.

Sin embargo, entre los sobrevivientes se hallaba el jefe, quien convocó a una reunión para discutir los medios de defensa. Fue en aquella reunión donde los hombres inventaron las lanzas, los escudos, las mazas y los bumeranes. Y como muchas de las jóvenes habían dejado caer sus críos en la fuga precipitada, fueron ellas quienes inventaron la ingeniosa cuna de corteza.

La historia narra a continuación cómo los hombres más inteligentes se camuflaron con grasa y polvo, se acercaron sigilosamente a los canguros y los ahuyentaron con fuego.

En la Australia prehistórica hubo canguros gigantes —que debían de ser peligrosos cuando estaban acorralados—, pero no eran carnívoros ni agresivos.

En cuanto a los jóvenes héroes, sólo podían adquirir un buen estado físico mediante el adiestramiento más riguroso dentro de su propio grupo: en la lucha en general, en la lucha cuerpo a cuerpo y en el arte de blandir armas. La adolescencia es la etapa de «entrenamiento». Después, todas las enemistades se canalizan —o deberían canalizarse— hacia afuera en dirección al adversario.

Los «chicos de la guerra» son los que nunca crecen.

*Níger.*

La directora del campamento era una francesa llamada *madame* Marie, cuyo cabello tenía el color de los peces dorados y que no sentía estima por los otros blancos. Su marido se había divorciado de ella porque se acostaba con negros, y así había perdido una villa, un Mercedes, y una piscina, pero había conservado sus joyas.

En la tercera noche de mi visita, organizó una *soirée musicale* con la participación, en igualdad de condiciones, de *Anou et ses Sorciers Noirs*, y de ella misma, *Marie et son Go*. Cuando terminó el espectáculo, se llevó a la cama a uno de los hechiceros, y a las dos y media tuvo un ataque cardíaco. El hechicero salió corriendo de la alcoba, mientras balbuceaba:

—Yo no toqué a *madame*.

Al día siguiente, Marie desafió los esfuerzos de su médico por enviarla al hospital, y permaneció en el lecho, sin maquillaje, con la vista perdida más allá de los arbustos que se extendían al otro lado de la ventana, y suspirando:

—*La lumière... Oh! La belle lumière...*

Alrededor de las once llegaron dos chicos de la tribu bororo. Estaban caprichosamente vestidos con faldas cortas de mujer y sombreros de paja.

Los bororos son nómadas que deambulan por el Sahel con total desdén por los bienes materiales, y que dedican toda su energía y emoción a la cría de su hermoso ganado con cuernos en forma de lira, y al cultivo de su propia belleza.

Los chicos —uno con bíceps de «levantador de pesas» y el otro esbelto y guapo — habían venido a preguntar a Marie si le sobraban cosméticos.

—*Mais sûrement...* —exclamó ella desde la alcoba, y entramos todos.

Marie echó mano de su neceser y volcó el contenido sobre la colcha, mientras decía ocasionalmente: «*Non, pas ça!*». Igualmente, los chicos cogieron todos los tonos de lápiz de labios, de esmalte de uñas, de rímel y de lápiz de cejas. Envolvieron el botín en un pañuelo de cabeza. Marie les regaló algunos números atrasados de la revista *Elle*. Luego se alejaron deprisa, riendo y arrastrando las sandalias por la terraza.

—Es para su ceremonia —explicó Marie—. Esta noche los dos se convertirán en hombres. ¡Tiene que verlo! *Un vrai spectacle!*

—Lo veré.

—Una hora antes de la puesta del sol —dijo—. En el palacio del Emir.

Desde el techo del palacio del Emir tuve un panorama espectacular del patio donde actuaban tres músicos: un flautista, un tamborilero y un hombre que tañía un instrumento de tres cuerdas con una calabaza a modo de caja de resonancia.

El hombre que estaba sentado junto a mí, un *ancien combattant*, hablaba correctamente francés.

Apareció un «maestro de ceremonias», quien ordenó a dos jóvenes asistentes que esparcieran sobre la tierra un círculo de polvo blanco, para formar algo semejante a la pista de un circo. Una vez completada su faena, los jóvenes montaron guardia junto a este espacio, ahuyentando a los intrusos con unas férulas de fibra de palma.

Entre el público había muchas damas bororo de edad intermedia, acompañadas por sus hijas. Éstas usaban una especie de toca blanca. Sus madres se hallaban arropadas con telas de color índigo y de sus orejas colgaban tintineantes zarcillos de bronce. Escudriñaban a sus posibles yernos con la mirada experta de asistentes a una subasta de caballos de pura sangre.

En el patio interior se hallaban los muchachos, que durante los últimos cuatro años habían sido obligados a pasearse con ropas femeninas. Oímos una algarabía convulsiva y luego, en medio de un redoble de tambor, entraron los dos chicos embadurnados con el maquillaje de Marie.

El «duro» tenía los labios pintados en forma de corazón, sus uñas estaban barnizadas con esmalte escarlata y sus párpados estaban coloreados de verde. Su vestido sin tirantes, de falda ancha, tenía tablas de color lavanda sobre una enagua rosada. Un par de calcetines verdes fluorescentes y de zapatillas de gimnasia estropeaba el efecto.

Su amigo, el «bello», lucía un turbante ceñido de color malva, una túnica de rayas verdes y blancas, y tenía un sentido más moderno de la elegancia. Había sido muy cuidadoso al aplicarse el lápiz de labios, y sobre cada mejilla había pintado dos rectángulos perfectos con franjas rosadas y blancas. Usaba unas gafas de cristales reflectantes y se admiraba frente a un espejo de mano.

La multitud los clamó.

Otro joven bororo entró empuñando tres porras «hercúleas», recién cortadas del tronco de una acacia. Se las tendió al bello para que escogiese su arma.

El bello se quitó las gafas, señaló lánguidamente la más grande, se metió algo en la boca y saludó con un ademán a sus amigos apostados en el techo. Éstos lanzaron aullidos de aprobación y levantaron en las puntas de sus lanzas sus sombreros de plástico que simulaban ser de paja.

El maestro de ceremonias cogió la porra elegida por el bello y, con la solemnidad propia de un camarero que sirve un Chateau Lafite, se la tendió al duro.

Entonces el bello ocupó su lugar en el centro del círculo y, sujetando las gafas sobre su cabeza, empezó a gorjear una canción en falsete. Su amigo, entretanto, hacía piruetas por el borde del círculo, mientras blandía la porra con ambas manos.

El tamborilero aceleró el ritmo. El bello cantaba como si fueran a estallarle los pulmones, y el duro, que giraba cada vez más velozmente, se iba acercando a él. Por fin, descargó la porra contra la caja torácica de su amigo, con un impacto descalabrante, y el golpeado soltó un triunfal: «¡Yau... u... u... u... u...!» pero ni siquiera pestañeó.

—¿Qué cantaba? —le pregunté al *ancien combattant*.

—Puedo matar un león —respondió—... tengo la mayor de las vergas... puedo satisfacer a mil mujeres...

—Desde luego —asentí.

Después de repetir dos veces la misma pantomima, le tocó al bello el turno de

aporrear al duro. Cuando todo hubo terminado, los dos —convertidos en los mejores amigos y hermanos de sangre por el resto de sus vidas— se pusieron a brincar entre los espectadores, que estiraban las manos y les pegaban billetes al maquillaje de la cara.

Los muchachos volvieron al palacio cogidos de la mano. Otras dos parejas realizaron la misma ceremonia, pero resultaron ser menos *chic*. Luego también se esfumaron.

Los asistentes borraron el círculo blanco y toda la multitud se congregó en el patio, a la espera de que sucediese algo.

Estaba casi oscuro cuando, desde el patio interior, llegaron más alaridos que helaban la sangre. Hubo otro redoble de tambor, y los seis jóvenes entraron marchando, recios y lustrosos, con toneletes de cuero negro, con los sombreros erizados de plumas de avestruz, ondulando los hombros, blandiendo las espadas... a medida que avanzaban para ir a mezclarse con las chicas.

—Son hombres —proclamó el *ancien combattant*.

Contemplé desde lo alto, en la semipenumbra, la masa de figuras negras y azules, que parecían olas en mitad de la noche con una o dos crestas de espuma blanca, y cuyas alhajas de plata titilaban como partículas fosforescentes.

## Treinta y cinco

Para dejarse espacio mutuamente, Rolf y Wendy se habían independizado el uno del otro. Rolf y los libros ocupaban el remolque. Wendy, en las noches en que deseaba estar sola, dormía en una celda de hormigón. Ésta había sido el depósito de la escuela en los tiempos en que todas las clases se dictaban al aire libre.

Me pidió que fuera a ver cómo trabajaba en el diccionario. Lloviznaba. Un ligero chubasco venía del oeste, y todos se habían refugiado en sus casas precarias.

Encontré a Wendy en compañía del viejo Alex, ambos acucillados sobre una bandeja de especímenes botánicos: cápsulas de semillas, flores secas, hojas y raíces. Él usaba el abrigo de terciopelo color ciruela. Cuando Wendy le pasaba un espécimen, el viejo Alex lo hacía girar de un lado a otro, lo miraba a la luz, susurraba para sus adentros y luego recitaba su nombre en pintupi. Ella se lo hacía repetir varias veces, para asegurarse de su pronunciación fonética. A continuación, le ponía un rótulo.

Había una sola planta que Alex no reconoció: la cabezuela seca de un cardo.

—Vino con el hombre blanco —dijo, frunciendo el ceño.

—Tiene razón —asintió Wendy, girando hacía mí—. Es un aporte europeo.

Le dio las gracias y él se fue, con las lanzas recostadas sobre el hombro.

—Es lo auténtico —comentó, sonriendo a espaldas de él—. Pero no se le puede pedir demasiado en un día... se distrae.

El cuarto de Wendy era tan austero como caótico era el de Rolf. Guardaba unas pocas ropas en una maleta. Había una cama de metal gris, un aguamanil y un telescopio montado sobre un trípode.

—Es una vieja reliquia de familia —explicó—. Perteneció a mi abuelo.

Algunas noches, arrastraba la cama fuera y se dormía contemplando las estrellas.

Cogió la bandeja de Alex y me llevó a un cobertizo más pequeño de hojalata, donde había muchos más especímenes distribuidos sobre caballetes: no sólo de plantas, sino también de huevos, insectos, reptiles, pájaros, serpientes y fragmentos de roca.

—Se supone que soy etnobotánica —comentó riendo—. Pero las cosas se me fueron un poco de las manos.

Alex era su mejor informador. Sus conocimientos sobre las plantas eran inagotables. Recitaba el nombre de la especie, cuándo y dónde florecía. Las usaba a manera de calendario.

—Cuando trabajas sola aquí —prosiguió—, se te llena la cabeza de ideas locas y no tienes con quién ponerlas a prueba. —Echó la cabeza hacia atrás y se rió—. Afortunadamente, tengo a Rolf —añadió—. Ninguna idea es demasiado loca para él.

—¿Cuál, por ejemplo?

Wendy nunca había estudiado lingüística. Sin embargo, mientras trabajaba en la confección del diccionario se le había despertado el interés por el mito de Babel. ¿Por qué, si la vida aborígen había sido tan uniforme, había habido doscientas lenguas en Australia? ¿Esto se podía explicar realmente por razones de tribalismo o aislamiento? ¡Claro que no! Empezaba a preguntarse si el lenguaje mismo no se hallaba relacionado tal vez con la distribución de las diferentes especies humanas sobre la tierra.

—A veces —dijo—, le pido al viejo Alex que me dé el nombre de una planta y contesta: «No tiene nombre», lo que significa: «Esta planta no crece en mi comarca».

Entonces buscaba a un informador que, en su infancia, sí había vivido donde crecía la planta, y descubría que, después de todo, ésta tenía nombre.

El «corazón seco» de Australia, explicó, era un rompecabezas de microclimas, de minerales diferentes y de distintas plantas y distintos animales. El hombre que se criaba en la zona del desierto conocía de memoria su fauna y su flora. Sabía qué planta atraía a los animales que necesitaba cazar. Sabía dónde había agua. Sabía dónde crecían los tubérculos subterráneos. En otras palabras, al recitar los nombres de todas las «cosas» que había en su territorio, siempre podía contar con el hecho de que tendría medios para sobrevivir.

—Pero si lo llevabas a otra región con los ojos vendados —manifestó—, podía terminar extraviado y hambriento.

—¿Porque perdía la orientación?

—Sí.

—¿Dice que el hombre «hace» su territorio al recitar los nombres de las «cosas» que hay en él?

—¡Sí, eso es lo que digo! —Su rostro se iluminó.

—¿De modo que nunca pudo haber existido la base para una lengua universal?

—Sí. Sí.

Wendy dijo que, aun ahora, cuando la madre aborígen observa que su hijo empieza a tratar de hablar, le permite manipular las «cosas» de esa región específica: hojas, frutos, insectos y así sucesivamente.

El crío, prendido al pecho de su madre, jugará con la «cosa», le hablará, probará sus dientes en ella, aprenderá su nombre, lo repetirá, y finalmente la dejará a un lado.

—Nosotros les damos a nuestros hijos armas y juegos informáticos —comentó Wendy—. Ellos les dan a los suyos la tierra.

La labor más sublime de la poesía consiste en insuflar sentido y pasión a los elementos insensibles; y es típico de los niños el coger en sus manos objetos inanimados y hablarles jugando como si fueran personas vivas... Este axioma filológico-filosófico nos demuestra que en la infancia del mundo los hombres eran por naturaleza poetas sublimes...



Los hombres descargan grandes pasiones mediante el canto, tal como observamos en los más afligidos y los más regocijados.

VICO, *Ciencia nueva*, LIX.

Los antiguos egipcios creían que la sede del alma estaba en la lengua: ésta era un timón o un remo mediante el cual el hombre enderezaba su curso por el mundo.

Las lenguas «primitivas» están compuestas por palabras muy largas, llenas de sonidos difíciles, y son más cantadas que habladas... Las palabras antiguas debían de ser a las actuales lo que el plesiosaurio y el gigantosaurio son a los reptiles de hoy.

O. JESPERSEN, *El lenguaje*.

La poesía es la lengua madre de la raza humana, así como el jardín es más antiguo que el campo cultivado, la pintura más que la escritura, el canto más que la declamación, las parábolas más que las inferencias, el trueque más que el comercio...

J. G. HAMANN, *Aesthetica in Nuce*.

Todo lenguaje apasionado se convierte por sí mismo en musical, con una música más sutil que la del solo acento. La locución del hombre, aun presa de la cólera vehemente, se trueca en un canto, en una canción.

THOMAS CARLYLE, citado en JESPERSEN, *Language*.

Las palabras brotan voluntariamente del pecho sin necesidad ni propósito, y probablemente no ha existido en ningún desierto una horda migratoria que no tuviera sus propias canciones. El ser humano, como especie animal, es una criatura canora, pero combina los ideales con los sonidos musicales implícitos.

WILHELM VON HUMBOLDT, *Sobre la diversidad de estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*

Según Strehlow, la palabra aranda *tnakama* significa «llamar por su nombre» y también «confiar» y «creer».

La poesía propiamente dicha nunca es sólo una forma superior (*melos*) del lenguaje cotidiano. Es más bien a la inversa: el lenguaje cotidiano es un poema olvidado y, por lo tanto agotado, del cual ya casi no resuena ninguna invocación.

HEIDEGGER, *Lenguaje*.

Richard Lee calculó que a un niño bosquimano lo transportarán a lo largo de una distancia de 7900 kilómetros antes de que empiece a caminar por sus propios medios. Puesto que, durante esta etapa rítmica, nombrará constantemente el contenido de su territorio, será imposible que no se convierta en poeta.

Proust, con más perspicacia que cualquier otro escrito, nos recuerda que los «paseos» de la infancia forman la materia prima de nuestra inteligencia:

Las flores que la gente me muestra ahora por primera vez nunca me parecen flores auténticas. El camino Méséglise, con sus lilas, sus espinos, sus amapolas; el camino Guermantes con su río atestado de renacuajos, sus nenúfares y sus ranúnculos, han configurado eternamente, para mí, la imagen del territorio donde gustosamente pasaría mi vida... los acianos, los espinos, los manzanos, que encuentro fortuitamente en los campos, cuando salgo a caminar, porque en la misma profundidad, en el nivel de mi vida pasada, en seguida tomaban contacto con mi corazón.

Una regla general de la biología estipula que las especies migratorias son menos «agresivas» que las sedentarias.

Existe una razón evidente para ello. La migración misma, como el peregrinaje, es el viaje arduo: un «nivelador» en virtud del cual sobreviven los «aptos», en tanto que los rezagados caen a la vera del camino.

Así el viaje hace innecesarias las jerarquías y las exhibiciones de autoridad. Los «dictadores» del reino animal son aquéllos que viven en un ambiente de abundancia. Los anarquistas, como siempre, son los «caballeros del camino».

¿Qué podemos hacer? Nacimos con el Gran Desasosiego. Nuestro padre nos enseñó que la vida es un largo viaje en el cual sólo los ineptos quedan atrás.

ESQUIMAL CARIBOU al doctor Knoud Rassmussen.

Lo precedente me trae a la memoria los dos fósiles indiscutibles de *Homo habilis* que

habían sido arrastrados al interior de la cueva de Swartkrans y devorados: uno, del joven con un tumor cerebral; el otro, de una mujer anciana y artrítica.

Entre los ensayos que recomendó Elizabeth Vrba había uno titulado *Competition or Peaceful Existence?*, de John Wiens.

Wiens, un ornitólogo que trabaja en Nuevo México, ha estado estudiando el comportamiento de las aves canoras migratorias —como la *Amphispiza belli* y el *Oreoscoptes montanus*— que vuelven todos los veranos para anidar en el matorral árido de las Western Plains.

Allí, donde a los años de hambruna puede seguirlos una súbita avalancha de abundancia, las aves no dan señales de multiplicarse para ponerse a tono con la riqueza de alimentos, ni de aumentar la competencia con sus vecinos. Más bien, dedujo Wiens, las aves migratorias deben de tener algún mecanismo interno que estimula la cooperación y la coexistencia.

Argumenta, a continuación, que la gran «lucha por la vida» darwiniana quizá es más válida, paradójicamente, para los climas estables que para los cambiantes. En las regiones donde la abundancia está asegurada, los animales delimitan y defienden su territorio con despliegues de agresividad. En los páramos, donde la naturaleza casi nunca es pródiga —pero donde generalmente hay espacio para moverse— aprovechan sus magros recursos y así se las apañan sin combatir.

En *Aranda Traditions*, Strehlow compara dos pueblos de Australia central: uno sedentario y otro migratorio.

Los aranda, que vivían en un territorio con pozos de agua fiables y abundante caza, eran unos ultraconservadores cuyas ceremonias eran inmutables, cuyas iniciaciones eran brutales, y cuyo castigo para el sacrilegio era la muerte. Se consideraban una raza «pura», y rara vez pensaban en abandonar la tierra.

En cambio, los habitantes del Desierto Occidental estaban tan abiertos al mundo circundante como cerrados estaban los aranda. Copiaban sin prejuicios cantos y danzas, y aunque no amaban menos su tierra, siempre estaban en movimiento. «Lo más asombroso de este pueblo —escribe Strehlow—, era su predisposición a reír. Era un pueblo que reía alegremente, que se comportaba como si nunca hubiera tenido algo de que preocuparse en el mundo. Los hombres aranda, civilizados en las haciendas donde se criaban ovejas, acostumbraban a decir: “Ríen sin parar. No pueden evitarlo”».

Un atardecer de verano en Manhattan, con la ciudad vacía, y yo pedaleo por la parte baja de Park Avenue, mientras los rayos del sol caen sesgados desde las calles

laterales, y una multitud de mariposas *Danaus plexippus*, alternadamente marrones en la sombra y doradas en la luz, rodean el edificio Pan Am, descienden de la estatua de Mercurio que remata la Grand Central Station y continúan volando hacia la zona baja de la ciudad y hacia el Caribe.

En el curso de mis lecturas sobre migraciones animales, tomé conocimiento de los viajes del bacalao, de la anguila, del arenque, de la sardina, y del éxodo suicida de los lemmings.

Sopesé argumentos en favor y en contra de la existencia de un «sexto sentido» — un sentido magnético de la orientación— dentro del sistema nervioso central humano. Observé la marcha del antílope de Sudáfrica a través del Serengeti. Leí la descripción de aves que «aprenden» a viajar de sus padres; y del polluelo de cuclillos que nunca conoció a sus padres y que por tanto debía de llevar el viaje en sus genes.

Todas las migraciones animales han sido condicionadas por los desplazamientos de las zonas climáticas y, en el caso de la tortuga verde, por el desplazamiento de los mismos continentes.

Había teorías acerca de la forma en que las aves fijan su posición por la altura del Sol, las fases de la Luna y la aparición y el ocaso de las estrellas; y acerca de la forma en que realizan ajustes de navegación cuando una tormenta las aparta de su rumbo. Ciertos patos y gansos pueden «grabar» los coros de las ranas de abajo, y «saben» que están volando sobre una marisma. Otros voladores nocturnos hacen rebotar sus gritos contra la tierra y, al captar el eco, fijan su altitud y la naturaleza del suelo.

Los aullidos de los peces migratorios pueden atravesar el casco de un barco y despertar a los marineros en sus literas. El salmón conoce el sabor de su río ancestral. Los delfines irradian chasquidos localizadores de ecos hacia los arrecifes submarinos para orientarse y encontrar lugares seguros por donde atravesarlos... Hasta se me ha ocurrido pensar que cuando un delfín «triangula» para determinar su posición, su comportamiento es análogo al nuestro, dado que nosotros ponemos nombre a las «cosas» que encontramos en la vida diaria, y las comparamos, y así definimos nuestra localización en el mundo.

Todos los libros que consulté incluían, como algo muy corriente, la más espectacular de las migraciones de aves: el vuelo del gaviotín agolondrinado del Artico, que anida en la tundra; hiberna en las aguas antárticas y luego vuela de regreso al norte.

Cerré el libro. Los sillones de cuero de la London Library me amodorraban. El hombre sentado junto a mí roncaba con una revista literaria desplegada sobre el vientre. ¡Al demonio con la migración!, me dije. Deposité la pila de libros sobre la mesa. Tenía hambre.

Fuera, me encontré con un día frío y soleado de diciembre. Esperaba sacarle a un amigo una invitación a almorzar. En St. Jame's Street pasaba caminando frente al White's Club cuando se detuvo un taxi y un hombre enfundado en un abrigo con cuello de terciopelo se apeó de él. Le tendió un par de billetes de una libra al taxista y avanzó hacia la escalinata. Tenía una espesa cabellera gris y una trama de venillas reventadas, como si le hubieran estirado una media roja transparente sobre las mejillas. Lo reconocí porque lo había visto en fotos: era un duque.

En el mismo momento otro hombre, vestido con un antiguo gabán que había pertenecido al Ejército, sin calcetines, y con bramantes en los zapatos en lugar de cordones, se adelantó exhibiendo una sonrisa calculada para congraciarse.

—Esto... disculpe que lo moleste, *sir* —dijo con fuerte acento irlandés—. Me pregunto si por casualidad...

El duque se introdujo de prisa por la puerta.

Miré al vagabundo, que me hizo un guiño astuto. Unas hebras de pelo rojizo flotaban sobre su cuero cabelludo lleno de manchas. Tenía unos ojos acuosos que suplicaban confianza, enfocados un poco por delante de la nariz. Debía de tener sesenta y pico años, casi setenta. Dedujo de mi aspecto que no valía la pena sablearme.

—Se me ocurre una idea —le dije.

—Sí, caballero.

—¿Usted es un hombre que ha viajado mucho, verdad?

—Por todo el mundo, caballero.

—Bueno, si accede a hablarme de sus viajes, le pagaré con gusto el almuerzo.

—Y a mí me encantará complacerlo.

A la vuelta de la esquina, en Jermyn Street, entramos en un restaurante italiano atestado de gente y barato. Quedaba libre una mesa pequeña.

No le sugerí que se quitara el gabán porque temía descubrir lo que llevaba abajo. El olor era increíble. Dos elegantes secretarias se apartaron de nosotros, y ajustaron sus faldas contra las piernas como si temiesen una invasión de pulgas.

—¿Qué se servirá? —le pregunté.

—¿Esto... y qué pedirá usted?

—Adelante —insistí—. Pida lo que le apetezca.

Ojeó el menú, sosteniéndolo invertido con el aplomo de un cliente habitual que se siente obligado a verificar cuál es el *plat du jour*.

—¡Bistec con patatas fritas! —exclamó.

La camarera dejó de mordisquear el extremo de su lápiz y dirigió una mirada sufriente a las secretarias.

—¿Chuleta o filete? —preguntó.

—Como usted prefiera.

—Dos filetes —intervine—. Uno medio cocido. Otro poco cocido.

Sació su sed con cerveza, pero su mente estaba hipnotizada por la perspectiva de

comer y en las comisuras de su boca aparecieron hilos de saliva.

Yo sabía que los vagabundos tienen métodos sistemáticos para recoger desechos, y que vuelven una y otra vez a una serie favorita de cubos de basura. Le pregunté cuál era la técnica que aplicaba en los clubes de Londres.

Recapacitó un momento y dijo que el más rentable era siempre el Atheneum. Entre sus socios aún había caballeros religiosos.

—Sí —masculló—. Siempre se le puede gorronear un chelín a un obispo.

El siguiente, por orden de méritos, había sido el Travellers'. Aquellos caballeros habían visto mundo, como él mismo.

—Almas gemelas, se podría decir —prosiguió—. Pero actualmente... no... no.

El Travellers' ya no era lo que había sido. Lo había copado otra clase de gente.

—Publicitarios —explicó amargamente—. Muy tacaños, se lo aseguro.

Añadió que Brooks's, Boodle's y White's entraban todos en la misma categoría. ¡Alto riesgo! ¡Generosidad... o nada!

Su filete, cuando llegó, inhibió totalmente sus poderes de conversación. Lo atacó con terca ferocidad, se llevó el plato a la cara, lamió los jugos y entonces, al recordar dónde estaba, volvió a depositarlo sobre la mesa.

—¿Quiere otro? —pregunté.

—No diría que no, caballero —respondió—. ¡Es usted muy amable!

Pedí un segundo filete, y él se enfrascó en la historia de su vida. Mereció la pena. El relato, a medida que se desovillaba, resultó ser exactamente lo que yo deseaba oír: la pequeña granja de County Galway, la muerte de su madre, Liverpool, el Atlántico, los mataderos de Chicago, Australia, la Depresión, las islas de los Mares del Sur...

—¡Ooooh! ¡Ése es el lugar para usted, hijo mío! ¡Tahití! *Vahinés!* —Deslizó la lengua sobre su labio inferior—. *Vahinés!* —repitió—. Significa «mujeres»... ¡Ooooh! ¡Divinas! ¡Lo hice en pie bajo una caída de agua!

Las secretarias pidieron la cuenta y se fueron. Levanté la vista y vi los gordos carrillos del *maître*, que nos escudriñaba con mirada hostil. Yo temía que nos echaran a puntapiés.

—Ahora —dije—, quiero saber otra cosa.

—Sí, caballero. Soy todos oídos.

—¿Volvería a Irlanda?

—No —cerró los ojos—. No, no me gustaría. Demasiados malos recuerdos.

—Bueno, ¿hay algún lugar que usted considere su «territorio»?

—Claro que sí —echó la cabeza hacia atrás y sonrió—. La Promenade des Anglais, en Niza. ¿Alguna vez la ha oído nombrar?

—Sí —respondí.

Una noche de verano, en la Promenade, había entablado conversación con un caballero francés de buenos modales. Discutieron la situación del mundo durante una hora, en inglés. El caballero extrajo un billete de diez mil francos —«¡cuidado, francos antiguos!»— de su cartera y, después de entregarle su tarjeta, le deseó una

feliz estancia.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Era el jefe de policía!

Siempre que había podido, había tratado de volver a visitar el escenario de aquel episodio, el más emocionante de su carrera.

—Sí —rió—. Le di un sablazo al jefe de policía... ¡en Niza!

Ahora el restaurante estaba menos concurrido. Pedí que le sirvieran una ración doble de pastel de manzana. Rechazó una taza de café que, según dijo, le sentaba mal al estómago. Eructó. Yo pagué.

—Gracias, señor —dijo, con el aire de un entrevistado que tiene una serie de compromisos por la tarde—. Espero haberle sido útil.

—Claro que lo ha sido —contesté agradecido.

Se puso en pie, pero volvió a sentarse y me miró fijamente. Ahora que había descrito las alternativas exteriores de su vida, no quería irse sin hacer algún comentario sobre sus motivaciones internas.

Entonces dijo, lentamente y con mucha seriedad:

—Es como si las mareas te estuvieran tironeando por el camino. Me parezco al gaviotín agolondrinado, caballero. Ése sí que es un pájaro. Un hermoso pájaro blanco que vuela del Polo Norte al Polo Sur y después vuelve al punto de partida.

## Treinta y seis

Volvió a llover por la noche, y por la mañana, cuando miré por la ventana, el sol había asomado y las nubes de vapor purpúreo parecían desprenderse de la ladera del Mount Liebler.

A las diez, Rolf y yo fuimos a buscar a Limpy. Arkadi nos había enviado un mensaje, con tres semanas de retraso, para que fuéramos a esperarlo cuando llegara en el avión correo. Era importante... repito, «muy importante», que Limpy y Titus estuvieran presentes.

El olor medicinal de las fogatas alimentadas con madera de eucalipto flotaba a través del valle. El perro aulló cuando nos acercamos. La gente está secando sus mantas.

—¿Limpy? —gritó Rolf, y una voz tenue contestó desde un remolque destartalado, que estaba aparcado un trecho más arriba—. ¡Así que es allí donde están! —exclamó Rolf.

El remolque había sido decorado, en un arranque de optimismo, con las palabras «Centro Recreativo». Contenía una desvencijada mesa de *ping-pong*, sin red, cubierta por una película de polvo rojo.

Los tres respetables ancianos estaban sentados en el suelo: Limpy, Alex y Joshua... con los sombreros puestos. Limpy lucía un sombrero de vaquero; Joshua una gorra de béisbol de los Yankees; y Alex un magnífico pero raído sombrero de leñador.

—¿Titus está en el pozo? —preguntó Rolf.

—¡Claro que sí! —respondió Limpy.

—¿No irá a ninguna parte?

—No —contestó meneando la cabeza—. Se quedará allí mismo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Rolf.

—Lo sé —dijo Limpy, y puso fin a la conversación.

Rolf me había contado antes que Alex era el propietario de uno de los pendientes de madreperla del mar de Timor que se comerciaban en Australia desde tiempos inmemoriales. Se los utilizaba en las ceremonias de invocación de la lluvia: evidentemente Alex había cumplido su misión por ese año. Entonces nos dio la sorpresa de introducir la mano entre los botones de su abrigo de terciopelo para extraer el pendiente colgado del extremo de un hilo.

Tenía grabado un dibujo de meandros zigzagueantes, frotado con ocre rojo. Debía de haber estado oscilando entre sus piernas.

A primera vista, estos pendientes se parecen a una *tjuringa*. Pero, en el trato con los forasteros, no son necesariamente secretos.

—¿De dónde proviene eso? —pregunté, mientras señalaba la concha.



—De Broome —respondió Alex categóricamente.

Deslizó el dedo índice sobre la mesa de *ping-pong* polvorienta y marcó todas las «paradas» que había a través del desierto Gibson, entre Cullen y Broome.

—Está bien —asentí—. ¿Obtienes las conchas de madreperla de Broome? ¿Y qué envías a cambio?

Vació, y luego dibujó un óvalo alargado sobre el polvo.

—Tabla —dijo.

—¿*Tjuringa*? —inquirí.

Hizo un ademán de asentimiento.

—¿Cuestiones sagradas? ¿Canciones y todo lo demás?

Hizo otro ademán de asentimiento.

—Eso —le dije a Rolf, mientras nos íbamos—, es muy interesante.

Aún perdura la canción que menciona la tierra por la que canta.

MARTIN HEIDEGGER, *¿Para qué sirven los poetas?*

Antes de viajar a Australia, yo hablaba a menudo de los Trazos de la Canción, y la gente recordaba inevitablemente alguna otra cosa.

«¿Son como las “líneas de los prados”?», preguntaban, refiriéndose a los arcaicos círculos de piedra, menhires y cementerios que están asentados sobre líneas a través de Gran Bretaña. Soy muy antiguos pero sólo se les aparecen a quienes tienen ojos para ver.

A los sinólogos les traían a la memoria las «líneas del dragón» del *feng-shui*, o geomancia tradicional china. Y cuando le mencioné el tema a un periodista finés, éste me informó de que los lapones tenían «piedras que cantan», dispuestas también en líneas.

Para algunos, los Trazos de la Canción eran como el *Arte de la Memoria* a la inversa. En el maravilloso libro de Frances Yates se aprende cómo los oradores clásicos, a partir de Cicerón y sus predecesores, edificaban palacios de la memoria: adosaban fragmentos de su discurso a elementos arquitectónicos imaginarios y entonces, después de abrirse paso alrededor de cada arquitrabe y pilar, podían memorizar disertaciones colosalmente extensas. A dichos elementos se los conocía por el nombre de *loci* o «lugares». Pero en Australia los *loci* no eran una construcción mental, sino que habían existido siempre, como acontecimiento del Tiempo del Ensueño.

A otros amigos les hacían evocar las «líneas de Nazca», que están talladas en la superficie del desierto central de Perú, el cual tiene la consistencia de un merengue. Dichas líneas configuran, en verdad, una suerte de mapa totémico.

En una ocasión, pasamos una semana regocijante con María Reich, quien había asumido por su propia voluntad la misión de custodiarlas. Una mañana, fui con ella a observar la más espectacular de las líneas, que sólo era visible al amanecer. Yo trepaba por una empinada pendiente de polvo y piedras, llevando conmigo su equipo fotográfico, mientras María, que frisaba los setenta, marchaba adelante. Me horrorizó verla pasar rodando a mi lado, rumbo al fondo.

Temí que se hubiera roto los huesos, pero ella comentó riendo:

—Mi padre acostumbraba a decir que cuando empiezas a rodar, debes seguir rodando.

No. Éstas no eran las comparaciones que yo buscaba. No en esa etapa. Ya las había trascendido.

El comercio significa amistad y cooperación, y la canción era el principal objeto de intercambio. La canción, por lo tanto, traía consigo la paz. Y sin embargo intuía que los Trazos de la Canción no eran necesariamente un fenómeno australiano, sino universal: que eran los medios que el hombre utilizaba para delimitar su territorio, y organizar así su vida social. Todos los sistemas posteriores fueron variantes —o perversiones— de este modelo original.

Los principales Trazos de la Canción de Australia parecen entrar en el país desde el norte o el noroeste —desde el otro lado del mar de Timor o del estrecho de Torres— y a partir de allí se ramifican hacia el sur a través del continente. Uno tiene la impresión de que representan las rutas de los primeros australianos... y de que éstos llegaron de alguna otra parte.

¿Hace cuánto tiempo? ¿Cincuenta mil años? ¿Ochenta o cien mil años? La cronología es insignificante cuando se la compara con la de la prehistoria africana.

Y aquí debo saltar al mundo de la fe, a regiones adonde no pretendo que nadie me siga.

Tengo una visión, la visión de que los Trazos de la Canción se despliegan a través de los continentes y los tiempos; de que los hombres han dejado un rastro de canción allí donde han pisado (canción de la cual podemos captar un eco de cuando en cuando), y de que estos rastros han de remontarse, en el tiempo y el espacio, hasta un rincón aislado de la sabana africana, donde el primer hombre abrió la boca para desafiar los terrores que lo rodeaban, y gritó la primera estrofa de la Canción del Mundo: «¡YO SOY!».

## Treinta y siete

Oí el motor del avión que se acercaba para aterrizar. Corrí a través de la pista y llegué a tiempo para ver cómo Arkadi bajaba llevando consigo un «esqui». Lo siguió la melena dorada de Marian. Ésta parecía delirantemente feliz. Usaba otro vestido de algodón floreado, no menos astroso que los anteriores.

—¡Eh! —exclamó—. Esto es maravilloso.

—¡Hola, viejo camarada! —dijo Arkadi, sonriendo. Dejó el «esqui» en el suelo y nos rodeó a ambos con uno de sus abrazos rusos—. Permitid que os presente a la *memsahib* —añadió.

—¿La qué?

—La *memsahib*.

—¿Os habéis casado?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres días —anunció Marian—. Y te hemos echado de menos. Te hemos echado mucho de menos.

—¡Ésta sí que es una noticia!

—¿No te parece? —Marian soltó una risita—. Fue un poco repentino.

—Yo creía que estabas casado —le dije severamente a Arkadi.

—Lo estaba —asintió Arkadi—. Pero el día en que partí, fui a casa para cambiarme de ropa y encontré un sobre voluminoso sobre el felpudo. Me pareció que tenía un aire opresivamente oficial. «¡Déjalo!», me dije. Entonces se me ocurrió que tal vez habían dictado la sentencia de mi divorcio... y eso era. Me duché —continuó—. Me cambié. Me preparé una mezcla de bebidas y me relajé con la sensación de ser un hombre libre. Una mosca entró en el estudio y me puse a mirar a la maldita, y no cesaba de repetirme a mí mismo: «Ahora que soy libre, hay algo que debo hacer». Pero no se me ocurría qué...

Marian le sacó la lengua.

—Sinceramente, no se me ocurría —sonrió—. Entonces di un brinco, derramé la bebida y vociferé: «¡LO SÉ! ¡CASARME CON MARIAN!».

Los tres caminábamos hacia el remolque de Rolf. El piloto había ido a la tienda en busca de la maleta del correo, y cuando hubo vuelto a salir, Rolf corrió hacia nosotros.

—Rolf —le grité, cuando calculé que podía oírme—. Estos dos se han casado.

—Algún día tenía que suceder —respondió.

Tuvo que ponerse de puntillas cuando besó a ambos.

Apenas me había fijado en el aborigen bien afeitado, de edad intermedia, que

también había llegado en el avión y caminaba detrás de Arkadi.

—¿Quién es? —pregunté.

—No lo digas en Gath —susurró Arkadi—. Es el portavoz de la Banda de Amadeus. Lleva las *tjuringas* de Titus en su maletín. Creo que lo he arreglado.

Cuando llegamos al remolque, Rolf inició una actividad vertiginosa, colocó en círculo cinco sillas de *cámping* y se dispuso a preparar el café.

El hombre de Amadeus se quedó mirando, pero al cabo de un par de minutos Limpy salió de la nada y, con un ademán muy cortés, lo escoltó rumbo al campamento.

—Ahora —dijo Rolf, mientras vertía el café—. ¡Cuéntanos algo más acerca de la boda!

—Bueno, obtuve mi certificado de divorcio...

—¿Y?

—Fui a la casa de esta dama y encontré a dos de sus indignos admiradores en la cocina. ¡Tenían un aspecto miserable, y lo tuvieron aún más cuando me vieron! Así que la invité a salir al pasillo, y le susurré en el oído. Asintió con tanto entusiasmo que casi me arrojó al suelo.

—Es una historia muy romántica —comentó Rolf—. ¡Os hace honor a ambos!

—La dama —prosiguió Arkadi—, entró luego en la cocina y dijo, con una sonrisa francamente beatífica: «¡Fuera! ¡Lo siento! Estamos ocupados. ¡Fuera!».

—De modo que se fueron —Marian soltó otra de sus risitas—. No hay mucho más que agregar. Él se fue a Darwin. Yo puse en orden la casa. Fregué los suelos. Él volvió. Hubo una ceremonia. Una fiesta. ¡Y ahora estamos aquí!

—Todas son buenas noticias —manifestó Arkadi—. Son buenas... y toquemos madera... en lo que concierne a Titus. Son buenas para Hanlon... lo suyo fue un bloqueo sin causas malignas. Son buenas en relación con el ferrocarril. Revisaron el presupuesto y no ven la manera de construir esa mierda. Los trabajos están paralizados. Yo me he quedado en el paro, pero ¿eso a quién le importa?

—¿Y sabes quién le echó la maldición? —pregunté.

—El viejo Alan —respondió Arkadi.

—¿Te parece que lo exorcizó con sus cantos?

—¿Cómo marchan tus escritos? —inquirió.

—Enredados como siempre.

—No estés tan abatido —dijo Marian—. Tenemos un pescado estupendo para la cena.

En el «esqui» había una barramunda de dos kilos y hierbas para asarla a la parrilla. También habían agregado dos botellas de vino blanco, de la Wynne Vineyard de Australia meridional.

—¡Eh! —exclamé—. Esto es algo especial. ¿Dónde lo conseguisteis?

—Cuestión de influencia —respondió Arkadi.

—¿Dónde está Wendy? —Marian se volvió hacia Rolf.

—Se fue con los chicos a buscar frutos silvestres.

Más o menos cinco minutos más tarde Wendy apareció al volante de su viejo todoterreno. La parte posterior estaba atestada de niños sonrientes, algunos de los cuales sujetaban iguanas por la cola.

—Estos dos se han casado —anunció Rolf.

—¡Oh, qué estupendo! —Wendy saltó del vehículo y se arrojó a los brazos de Marian, y Arkadi se sumó a ellas.

Contando a Estrella, fuimos seis comensales a la hora de cenar. Comimos y reímos y bebimos y contamos historias ridículas. Estrella era una fuente inagotable de anécdotas absurdas. Su personaje favorito era el obispo católico de los Kimberleys, que en otro tiempo había sido comandante de submarinos alemanes y ahora se creía un as de la aviación.

—Este hombre —dijo Estrella—, es un fenómeno... una maravilla... Se mete con su aeroplano en medio de un cumulonimbo para comprobar si finalmente sale cabeza arriba o cabeza abajo.

Después del café, fui a despejar el remolque para los recién casados. Arkadi puso el todoterreno en marcha.

—Quería ir a buscar a Titus a las ocho.

—¿Esta vez puedo acompañarte? —pregunté.

Le hizo un guiño a Marian.

—Claro que sí.

Los vimos ir a acostarse. Eran dos personas hechas en el cielo la una para la otra. Estaban locamente enamoradas desde el día en que se habían conocido, y sin embargo se habían replegado gradualmente en sus caparazones, mirando en otra dirección, deliberada y desesperadamente, como si aquello fuera demasiado bueno y no pudiera materializarse nunca, hasta que la reticencia y la angustia se habían diluido y ahora ocurría, al fin, lo que debería haber ocurrido hacía mucho tiempo.

La noche era despejada y tibia. Wendy y yo arrastramos el armazón de la cama fuera de la celda. Ella me enseñó a enfocar el telescopio y, antes de irme a dormir, viajé por la Cruz del Sur.

## Treinta y ocho

A las ocho nos pusimos en movimiento. Era una mañana despejada y fresca, pero también era inevitable que más tarde hiciese calor. El representante de Amadeus estaba sentado entre Arkadi y Marian, aferrado a su maletín. Limpy, acicalado para aquella ocasión, viajaba atrás conmigo.

Nos dirigimos hacia el escenario de mi frustrada cacería de canguros, pero luego giramos a la izquierda por la carretera comarcal a Alice. Al cabo de unos dieciséis kilómetros, los arbustos de flores amarillas fueron sustituidos por un parque ondulado y abierto, de hierba blanqueada y eucaliptos de copa redondeada, verde azulados como olivos, con las hojas virando al blanco bajo la acción del viento. Y si uno desenfocaba los ojos, podía pensar que se hallaba en el luminoso paisaje provenzal de *El campo de trigo amarillo* próximo a Arles, de Van Gogh.

Atravesamos una cañada y volvimos a girar hacia la izquierda por un camino arenoso. En medio de un soto se levantaba una pulcra choza de metal acanalado, y allí también estaba el Ford de Titus. Una mujer se levantó bruscamente y se alejó corriendo. Los perros aullaron, como de costumbre.

Titus, vestido con pantaloncitos y un sombrero de ala ancha y copa baja, estaba sentado sobre una colchoneta rosada de espuma de goma, frente a un bote de lata lleno de agua hirviente. Su padre —un anciano apuesto, de piernas largas, con el cuerpo erizado de largas crines grises— estaba tumbado sobre el polvo, sonriendo.

—Llegáis temprano —dijo Titus con talante adusto—. No os esperaba antes de las nueve.

Me sorprendió su fealdad: el ancho de su nariz, las verrugas que le cubrían la frente, el labio carnoso y colgante, y los ojos parcialmente ocultos por los pliegues de sus párpados.

¡Pero qué fisonomía! Nunca había visto otra con tanta movilidad y tanto carácter. Hasta el más insignificante de sus rasgos se encontraba en un estado de animación perpetua. En determinado momento, era un inflexible legislador aborigen; un segundo después, era un cómico extravagante.

—Titus —dijo Arkadi—. Éste es un amigo mío que ha venido de Inglaterra. Se llama Bruce.

—¿Cómo está la Thatcher? —preguntó, arrastrando las palabras.

—Sigue allí.

—No puedo decir que esa mujer me guste —miró a Marian—. A ti te conozco, ¿verdad?

—Pero lo que no sabes —intercaló Arkadi—, es que desde hace cuatro días es mi esposa.

—Noches, querrás decir —corrigió Titus.

—Precisamente.

—Me complace oírlo —manifestó—. Un chico como tú necesita una esposa sensata.

—Precisamente —repitió Arkadi, y la abrazó.

Arkadi pensó que había llegado el momento de presentar al hombre de Amadeus. Pero Titus alzó la mano y exclamó:

—¡Un momento!

Quitó el candado de la puerta de la choza, dejándola entreabierta, y sacó un jarro azul, esmaltado, para el visitante imprevisto.

El té estaba listo.

—¿Azúcar? —me preguntó.

—No, gracias.

—No —comentó con un guiño—. No me pareció que fueras de esos.

Cuando terminamos el té, se levantó de un salto y dijo:

—¡Bueno! ¡Al grano!

Les hizo una seña a Limpy y al hombre de Amadeus para que se adelantaran. Luego giró hacia nosotros.

—Me haréis un favor si os quedáis aquí mismo durante la próxima media hora —dijo.

Las ramas secas crujieron bajo sus pies, y los hombres desaparecieron entre los árboles.

El anciano padre sonreía, y se adormiló poco a poco.

Una *tjuringa* —vale la pena repetirlo— es una placa ovalada de piedra o de madera de acacia. Es una partitura musical y al mismo tiempo una guía mitológica de los viajes del antepasado. Es el cuerpo concreto del antepasado (*pars pro toto*). Es el *alter ego* del hombre, su alma, su óbolo para Caronte, su título de propiedad sobre su territorio, su pasaporte y su billete «de retorno».

Strehlow cuenta la historia patética de algunos patriarcas que descubren que los blancos han saqueado el lugar donde guardan su *tjuringa*... y para los cuales aquello es el fin del mundo. Suministra la descripción jubilosa de lo que les ocurrió a otros ancianos que prestaron sus *tjuringas* a sus vecinos durante varios años y que, al devolverlas cuando se las devuelven, prorrumpen en una algarabía de alegres canciones.

También he leído una descripción de cómo, cuando se cantaba un ciclo de canciones íntegro, los «propietarios» alineaban sus *tjuringas* de modo que se tocaran por los extremos, en orden, escalonadas como los coches dormitorio del *Train Bleu*.

En cambio, si rompías o extraviabas tu *tjuringa*, quedabas al margen del género humano, y perdías toda esperanza de «volver». Oí decir, en relación con un joven vagabundo de Alice: «No ha visto su *tjuringa*. No sabe quién es él mismo».

En la *Epopéya de Gilgamesh*, como digresión, hay un extraño pasaje en el cual Gilgamesh el rey, hastiado de la vida, desea visitar el Otro Mundo para ver a su amigo muerto, el «salvaje» Enkidu. Pero el encargado del transbordador, Utnapishtim, le dice: «¡No! Tú no puedes entrar en estas regiones. Has roto las tabletas de piedra».

Arkadi espiaba por la puerta de la choza de Titus.

—Ni se te ocurra entrar —susurró entre dientes—, pero si echas una mirada dentro, es posible que veas algo que te sorprenderá.

Me acuclillé y espíe. Mis ojos tardaron en habituarse a la oscuridad. Sobre un cofre adosado a la cama de Titus había una pila de libros, en inglés y alemán. El de arriba era *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche.

—Sí —asentí—. Estoy muy sorprendido.

Al cabo de menos de media hora, oímos un silbido entre los árboles y vimos que los tres hombres avanzaban hacia nosotros en fila india.

—¡Todo solucionado! —dijo Titus, enérgicamente, y se sentó sobre su colchoneta—. Las *tjuringas* han sido devueltas a sus legítimos propietarios.

El hombre de Amadeus parecía aliviado. La conversación se encauzó por otros derroteros.

Titus era el terror del Movimiento de Derechos Territoriales porque todo lo que tenía que decir debía ser necesariamente original e impertinente. Explicó cómo, para la gente de la generación de sus abuelos, el panorama había sido infinitamente más sombrío de lo que era actualmente. Al ver cómo se desquiciaban sus hijos, los patriarcas habían entregado a menudo sus *tjuringas* a los misioneros para evitar que las rompieran, las extraviaran o las vendieran. Un hombre digno de su confianza había sido el pastor de la misión de Horn River, Klaus-Peter Auricht.

—Mi abuelo —explicó Titus—, entregó varias *tjuringas* al pastor cuando éste —con un movimiento de cabeza señaló a su padre, que estaba roncando—, se envició con el alcohol.

Antes de morir a fines de los años sesenta, el pastor Auricht llevó la «colección» a la sede central de la misión, en Alice, donde la guardaron bajo llave. Cuando los «activistas» se enteraron de que los alemanes retenían un patrimonio sagrado «que valía millones», armaron el jaleo habitual y ejercieron presiones políticas para que lo devolvieran al pueblo.

—Lo que los hijos de puta no entienden —prosiguió Titus, arrastrando las palabras—, es que el aborígen no existe como tal. Hay Tjakamarras y jaburullas y duburungas como yo, y así sucesivamente por todo el país. Pero si Leslie Watson —añadió—, y esa Banda de Canberra echara aunque sólo fuese un vistazo a las *tjuringas* de mi familia, y si aplicáramos la ley a esta situación, yo me vería obligado



a correrlos a lanzazos, ¿no es verdad?

Titus rió convulsivamente, y nosotros lo imitamos.

—Debo deciros —jadeó con una sonrisa maliciosa—, que, desde que os vi por última vez, he tenido algunos extraños visitantes.

Los primeros fueron unos jóvenes arquitectos que querían edificarle una casa, en nombre del Consejo Pintupi y con la esperanza de cerrarle la boca.

—Tenían en mente una especie de choza de techo plano —resopló Titus—. ¡Hijos de puta! Les contesté que si debía tener una casa, la quería con techo de dos aguas. Necesitaba una biblioteca para mis libros. Una sala de estar. Un cuarto de huéspedes. Una cocina exterior y una ducha. En caso contrario prefería quedarme aquí.

El siguiente había sido aún más hilarante: un representante locuaz de la corporación minera local, que pretendía hacer circular ondas sísmicas por el territorio de Titus.

—¡Qué bastardo! —exclamó Titus—. Me muestra su mapa de exploración geológica, cosa que, permitidme añadir, está obligado a hacer porque así lo estipula la Ley de la Corona, y vomita un torrente de patrañas. «¡Oiga, deme eso!», le digo. Echo una mirada a las sinclinales y llego a la conclusión de que es muy probable que haya petróleo o gas natural cerca de Hunter's Bluff. Entonces le digo: «¡Entiéndame bien! Tenemos criterios distintos para encarar esto. Nosotros tenemos muchos Ensueños importantes en la zona. Tenemos un Gato Nativo. Tenemos un Emú, una Cacatúa Negra, un Periquito, dos tipos de Lagarto; tenemos una “morada eterna” para el Gran Canguro. A primera vista diría que en este último lugar es donde está su yacimiento de petróleo o lo que sea, pero el Gran Canguro duerme desde la Época del Ensueño y, mientras de mí dependa, seguirá durmiendo eternamente».

Titus disfrutó realmente con nuestra visita. Nos reímos mucho más. Incluso el fantasmón de Amadeus rió. Después nos apiñamos en el todoterreno y volvimos deprisa a Cullen.

Pasé la tarde recogiendo mis papeles. Por la mañana partiríamos rumbo a Alice.

## Treinta y nueve

El hombre de Amadeus quería que lo dejaran en el caserío de Horn River, de modo que Arkadi ofreció llevarlo por la carretera comarcal. Era mucho menos frecuentada que la otra, pero el terreno se estaba secando y el hombre de la compañía minera la había recorrido en coche.

Habíamos cargado los víveres y el agua y nos estábamos despidiendo de Rolf y Wendy, prometiéndoles que les escribiríamos y les enviaríamos libros y estaríamos siempre en contacto, cuando Limpy se acercó a nosotros e hizo bocina con las manos alrededor del oído de Arkadi.

—Claro que te llevaremos —dijo Arkadi.

Limpy estaba más acicalado que nunca. Se había puesto una camisa blanca limpia y una americana de *tweed* marrón, y su pelo y su cara rezumaban aceite, lo cual le daba el aspecto de una foca gris mojada.

Lo que deseaba era visitar el Cycad Valley, un lugar de inmensa importancia para su Trazo de la Canción, donde no había estado nunca.

El Cycad Valley es un parque nacional —aunque bien protegido del público— donde crecen una especie única de palmito y antiguos ejemplares de pino local. El Horn River discurre por su garganta, y el Ensueño de Limpy, el Gato Nativo, circulaba precisamente por el centro del lecho del río. El Gato Nativo, o Tjilpa, no es un auténtico gato, sino un pequeño marsupial (*Dasyurus geoffreyi*) con bigotes desmesurados y una cola a rayas que yergue verticalmente sobre el lomo. Lamentablemente, es posible que se haya extinguido.

Se cuenta que en algún lugar situado al norte de la cordillera MacDonnell, un joven antepasado Tjilpa vio cómo dos plumas de águila caían del cielo y quiso saber de dónde provenían. Al seguir la Vía Láctea por encima de las dunas de arena, atrajo gradualmente a otros Hombres Tjilpa, que se sumaron al grupo. Caminaron y caminaron. El viento invernal les erizaba la piel y tenían las patas resquebrajadas por el frío.

Al fin llegaron al mar, en Port Augusta, y allí, empinada en el agua, se levantaba una pértiga tan alta que tocaba el cielo (como la Montaña del Purgatorio de Dante). Su parte superior estaba teñida de blanco por las plumas del cielo y su mitad inferior estaba teñida de blanco por las plumas del mar. Los Hombres Tjilpa acostaron la pértiga y la transportaron a Australia central.

Limpy nunca había ido allí en razón de un antiguo conflicto tribal. Pero últimamente le había llegado el rumor de que tres parientes lejanos suyos vivían en la región, o mejor dicho agonizaban en ella, junto al lugar donde almacenaban sus *tjuringas*. Quería verlos antes de que expiraran.

Rodamos durante siete horas, desde las siete hasta las dos. Limpy iba sentado

adelante entre el conductor y Marian, inmóvil salvo por un veloz desplazamiento de la vista hacia la derecha o la izquierda.

Unos quince kilómetros antes del valle, el todoterreno atravesó a los tumbos un arroyo que corría hacia el sur.

Limpy se enderezó súbitamente como el muñeco de resorte de una caja de sorpresas, masculló algo entre dientes, asomó la cabeza por la ventanilla del conductor (obligando a Arkadi a dar un giro brusco), repitió la maniobra por el otro lado, y después cruzó los brazos y se quedó callado.

—¿Qué pasa? —preguntó Arkadi.

—El Hombre Tjilpa va en esa dirección —respondió Limpy, señalando hacia el sur.

Al llegar al cartel indicador de Cycad Valley, giramos por una curva cerrada en declive que iba hacia la derecha y nos internamos por un camino que bajaba a lo largo del lecho del Horn. El agua de color verde claro corría impetuosamente sobre las piedras blancas. Vadeamos el río varias veces. De su lecho crecían eucaliptos australianos.

Limpy mantenía los brazos cruzados y no decía nada.

Llegamos a la confluencia de dos ríos, o mejor dicho, nos encontramos con el río que habíamos cruzado más arriba, en la carretera principal. Este afluente menor era la ruta de los Hombres Tjilpa, y desembocamos en él en ángulo recto.

Cuando Arkadi giró el volante a la izquierda, Limpy volvió a entrar bruscamente en acción. Nuevamente asomó la cabeza por ambas ventanillas. Sus ojos escudriñaron frenéticamente las rocas, los despeñaderos, las palmeras, el agua. Sus labios se movían con la velocidad de los de un ventrílocuo y, entre ellos, brotaba un murmullo: el del viento entre las ramas.

Arkadi comprendió enseguida lo que pasaba. Limpy había aprendido los dísticos de su Gato Nativo para la marcha a pie, a seis kilómetros por hora, y nosotros viajábamos a cuarenta.

Arkadi puso la primera, y empezamos a rodar a una velocidad no mayor que la de un caminante. Limpy acomodó instantáneamente su ritmo a la nueva velocidad. Sonreía. Columpiaba la cabeza hacia atrás y adelante. El murmullo se convirtió en un bello silbido melodioso y resultó evidente que, por lo que a él concernía, él era el tjinga.

Rodamos durante casi una hora. El camino se enroscaba entre los despeñaderos purpúreos. Había peñascos gigantescos surcados por vetas negras, y las cicadáceas asomaban entre ellos como helechos hipertrofiados. El día era sofocante.

Entonces el río desapareció bajo tierra, dejando en la superficie un charco de aguas estancadas, rodeado de cañas. Una garza purpúrea levantó el vuelo y se posó sobre un árbol. El camino había terminado.

Nos apeamos y seguimos a Limpy por una senda muy pisoteada y sinuosa que serpenteaba entre los peñascos y el agua y que desembocaba en una plataforma de

roca de color rojo oscuro, con estratificaciones decrecientes, que recordaba los asientos de un teatro griego. Bajo un árbol se levantaba la habitual choza de hojalata.

Una mujer de edad intermedia, con unos pechos prominentes bajo la bata de color púrpura, arrastraba una rama de madera combustible hacia el hogar. Limpy se presentó. La mujer sonrió y nos hizo señas para que la siguiéramos.

Tal como escribí en mis libretas de apuntes, los místicos creen que el hombre ideal caminará por sí mismo hasta una «muerte justa». El que ha llegado «vuelve atrás».

En la Australia aborígen, existen reglas específicas para «volver atrás» o, más exactamente, para abrirte paso cantando hasta el lugar que te corresponde: el «lugar de tu concepción», el lugar donde está guardada tu *tjuringa*. Sólo entonces puedes convertirte —o reconvertirte— en el antepasado. El concepto es muy semejante al misterioso aforismo de Heráclito: «Mortales e inmortales, vivos en su muerte, muerto cada uno en la vida del otro».

Limpy avanzaba cojeando. Nosotros lo seguíamos de puntillas. El cielo estaba incandescente y sobre el sendero se proyectaban sombras nítidamente recortadas. Un hilo de agua goteaba por el despeñadero.

—¡El lugar de la *tjuringa* está allí arriba! —dijo Limpy quedamente, mientras señalaba una grieta oscura situada muy por encima de nuestras cabezas.

En un calvero había tres camas de «hospital», con muelles y sin colchón, sobre los cuales yacían los tres moribundos. Estaban casi reducidos a los esqueletos. Habían perdido la barba y el pelo. Uno de ellos conservaba la fuerza suficiente para levantar un brazo, otro para decir algo. Cuando oyeron quién era Limpy, los tres sonrieron, espontáneamente, con la misma sonrisa desdentada.

Arkadi cruzó los brazos y contempló la escena.

—¿No son maravillosos? —susurró Marian, cogiendo mi mano con la suya y dándole un apretón.

Sí. Estaban requetebién. Sabían a dónde iban, y le sonreían a la muerte cobijados a la sombra de un eucalipto.



BRUCE CHATWIN. (Sheffield, 1940-Niza, 1989). Arqueólogo y escritor británico. Tras estudiar arqueología en la universidad escocesa de Edimburgo, en 1973 encontró empleo como corresponsal de viajes para el periódico *The Sunday Times*.

Años más tarde abandonó el trabajo para realizar una serie de largos viajes, que darían pie a sus novelas. En ellas se combina la fascinación por la vida nómada y la comprensión de la fragilidad humana. Murió víctima del sida, aunque siempre negó padecer la enfermedad.

Ha escrito entre otros libros: *El virrey de Ouidah* (1980), *En la colina negra* (1982), *Las líneas de la canción* (1987) y *Utz* (1988).